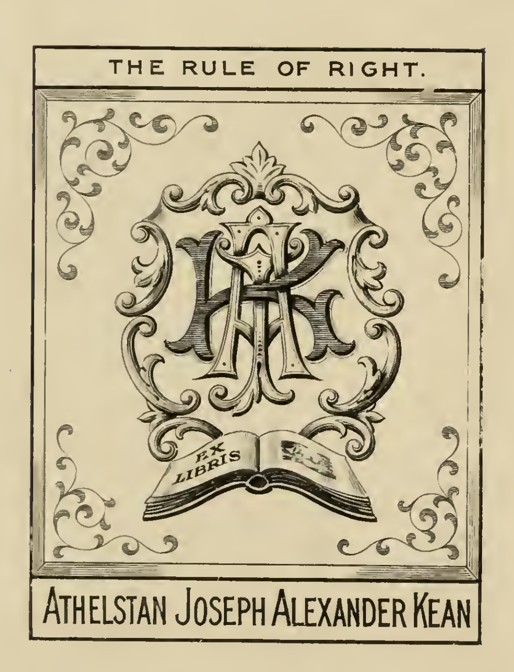

3 1761 07008943 8
Diaz
y
Mexico


THE RULE OF RIGHT.
EX LIBRIS
ATHELSTAN JOSEPH ALEXANDER KEAN

DIAZ Y MEXICO

POR

JUAN HUMBERTO CORNYN, B. A., LL. B.

PROFESOR DE INGLES EN LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO,

AUTOR DE: "TOPICOS MEXICANOS," "EL REY DE LOS TULES,"
"CUENTOS FANTÁSTICOS," "LITERATOS MEXICANOS,"
"LEYENDAS MEXICANAS," "EL VIEJO MAYA,"
"NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE,"
"ARTISTAS MEXICANOS," ETC.

PRIMER TOMO

MEXICO
IMPRENTA LACAUD
CALLEJÓN DE SANTA INÉS NÚMERO 5

1910



DEDICATORIA

Agradecido por el estímulo y apoyo que me prestó para la publicación de esta obra, y por el interés que por ella ha tomado, respetuosamente la dedico al Señor Don Guillermo de Landa y Escandón, Gobernador del Distrito Federal, y uno de los más distinguidos colaboradores del General Díaz en el engrandecimiento de México, sincero amigo del obrero, infatigable fomentador de la educación cívica y verdadero tipo de estadista moderno, para quien, antes que todo, está el cumplimiento del deber.

Juan Humberto Cornyn.

México, Julio de 1910

INDICE

TOMO I.



GENERAL PORFIRIO DÍAZ,
Presidente de la República Mexicana.

CAPITULO I.

Herencia.

En la cuna de la libertad, morada de la antigua y prolongada civilización de uno de los pueblos del Nuevo Mundo más persistentemente característicos, en el lugar que vió nacer á Juárez, el gran estadista zapoteca, tierra de la leyenda, de la historia y de la tradición, en el valle más hermoso y más romántico de todo México, en la tierra de sus valerosos antecesores indios, patria adoptiva de su valeroso homónimo, Bernal Díaz del Castillo, veterano soldado español de alma fuerte, templada á la intemperie, que había seguido al conquistador Cortés por todas sus luchas y viscisitudes y que había visto tantas batallas como años puede vivir el hombre, en la posada de La Soledad de la ciudad de Oaxaca, nació, á mediados del mes de Septiembre del año 1830, un hijo á la señora doña Petrona Mori de Díaz, esposa del respetable propietario de la hostería, don José de la Cruz Díaz, niño que estaba destinado á llegar á ser aún más grande que el gran Juárez y más renombrado que el mismo veterano conquistador Bernal Díaz del Castillo. Este niño fué bautizado el 15 de Septiembre con el nombre de Porfirio de la Cruz Díaz.

Alguien ha dicho con gran humor, que si un hombre quiere tener éxito en la vida, debe tener cuidado en la elección de sus progenitores. La herencia toma gran parte en los destinos de los hombres; mucha mayor ciertamente, de la que generalmente se cree, por la sencilla razón de que generalmente es difícil trazar las evoluciones de las familias de los grandes hombres.

Porfirio de la Cruz Díaz fué afortunado en sus ascendientes. Corre en sus venas la sangre del heróico pueblo mixteca, cuya inteligencia había producido una civilización admirable en las regiones mon-

tañosas del sur de México en días prehistóricos, y había resistido obstinadamente á las usurpaciones de otras razas durante siglos, ántes de que el blanco hubiera pisado las tierras del contiente del Nuevo Mundo. Entre sus ascendientes contaba también, por el lado de su madre, con un asturiano que se casó con una joven de una familia mixteca cuatro generaciones atrás en Magdalena Yodocono, pequeña villa de la parroquia de Vilantongo, situada en la parte más pintoresca é histórica de la tierra de los mixtecas.

Su padre, José de la Cruz Díaz, era descendiente de un inmigrante español que vino á México durante el siglo XVI: y se cuenta con mucha persistencia una leyenda, leyenda que pasa aún de boca en boca entre la gente de Oaxaca, al efecto de que este ascendiente no era otro sino el esforzado veterano Bernal Díaz del Castillo, quien, después de haber llenado más de setenta años de vida activa, se dedicó á escribir una de las historias más íntimas, más interesantes, más pintorescas y convincentes que pueda haber sido escrita por un soldado de fortuna. Historia que concluyó con su energía carcterística. Esta historia de la Nueva España es la relación más vívida y minuciosa de la conquista de la tierra de los Moctezumas y de las aventuras de Cortés y sus compañeros que se ha publicado, y es la principal fuente de donde toman todos los historiadores de la conquista su información acerca de este período de la historia de México.

Los ascendientes maternos de Porfirio Díaz, eran por lo que se sabe, gente enérgica y rica, y decimos rica en relación á los medios de vida entre los primitivos habitantes de la tierra de los mixtecas. El testamento de Juliana Nicolás, muestra que dejó á su hija María Tecla Cortés, abuela de Porfirio Díaz, una yunta de bueyes, un par de toros, dos vacas, veinte carneros, un caballo, una mula, un sitio de terreno donde habían dos casas pequeñas, una finca en el llano bajo y otro pedazo de terreno llamado Nuticoo. De esto se puede inferir que los antecesores mixtecas



Ex-Mesón de la Soledad.

de Porfirio Díaz eran gente muy frugal y económica y se puede asegurar que su inteligencia era, con mucho, muy superior al nivel ordinario entre los de su raza.

Aunque los ascendientes paternos de Porfirio han sido perdidos en las tinieblas del pasado, las leyendas é historias que aún se cuentan en la ciudad de Oaxaca relativas á la conección de Bernal Díaz del Castillo con la familia; y la circunstancia de que era sabido que don José era pariente de algunas personas que llegaron á ejercer varios cargos de autoridad en la ciudad citada, junto con otros rasgos de su carácter, daban á la familia Díaz cierta prominencia local y rango en la sociedad, que nunca llegó á perder del todo aún en los años de pobreza y prueba que siguieron á la muerte del jefe de la familia.

De suerte que Porfirio fué afortunado en cuanto á que las circunstancias de su nacimiento lo colocaron en un nivel social suficientemente elevado para permitirle aspirar á las posiciones más distinguidas en su tierra natal. También el lugar de su nacimiento y el negocio á que se dedicaba su padre pusieron á la familia en contacto con toda clase de gente. El muchacho, que era de natural inteligente y observador, pronto se asimiló la vida que lo rodeaba; y aunque inconscientemente para él, los incidentes de su niñez y de su adolescencia parecen haber conspirado en prepararlo para la gran carrera que tenía delante. Era como si una voz hubiera gritado en la soledad: "Preparad el camino, porque vendrá un hombre, á quien no seréis dignos de desatarle las correas del calzado!"

Don José de la Cruz era hombre que, si hubiera nacido en otra esfera más apropiada de vida, hubiera podido conquistarse un nombre por sí mismo entre los príncipes del comercio en su país, pues tenía todas las capacidades y talento que hacen á los grandes negociantes. Era alto para su raza, de majestuosa apariencia, activo, musculoso y bien formado, tanto de cuerpo como de miembros. En una palabra, era hombre hermoso, de maneras insinuantes, de aspec-

to y palabras convincentes y astuto en todos sus negocios. Poseía una habilidad administrativa perfectamente definida y se dirigía al negocio como por instinto, y era reconocido como hombre próspero y de éxito en las comunidades donde vivió. Estas cualidades se las heredó á su hijo, que tuvo la suerte de encontrar para ejercitarlas un campo más vasto.

Pero el muchacho parece haber hecho reversión á un tipo más anterior de la familia, á sus antecesores guerreros de parte de madre, á los heróicos mixtecas, cuya vida era tan dada á la guerra y á la lucha de hombre contra hombre, tribu contra tribu y nación contra nación, que personifican en sus leyendas á los elementos de la naturaleza como siempre en guerra unos contra otros. Los mixtecas, en sus días de existencia nacional, como tenían constantemente que defenderse de los avances de sus enemigos, desarrollaron un espíritu guerrero que se infiltró por todo el pueblo. La historia de la nación vino á ser, con el transcurso del tiempo, un poema épico, grande y heróico, adornado con toda la imaginación poética de un pueblo esencialmente imaginativo. En sus leyendas populares representan al fundador de la dinastía mixteca lanzando sus flechas contra el declinante sol é hiriéndolo de tal modo, que se ve obligado á ocultar su rostro detrás de la barrera azul de inmensas montañas al poniente, mientras que todo el horizonte queda inundado con la roja sangre que mana de su herida. No hay, pues, motivos para poner en duda que Porfirio debe mucho de lo que es á la sangre mixteca que corre por sus venas, la cual se ha manifestado en las inclinaciones bélicas tanto de él mismo como de su hermano menor desde la primera ocasión que se presentó, inclinaciones que persistieron todo el tiempo que hubo motivo para ejercitarlas.

Debe tomarse también en cuenta la leyenda de que uno de sus antecesores de parte de padre fué Bernal Díaz del Castillo, héroe de más de setenta batallas.

Decididamente Porfirio fué afortunado con sus



Cañón Chivela, Estado de Oaxaca.

antecesores. Sangre fría, valor hasta la temeridad, habilidad para la ejecución, honradez y conciencia recta, determinación, tenacidad y vitalidad admirable, son todas cualidades que heredó de sus mayores. Pocos hombres han entrado á la vida mejor preparados que él á este respecto. Y sin embargo, no forman éstas el total de las cualidades poseídas por el muchacho Porfirio y que cuentan para determinar éxito en la vida: porque estaba dotado además de admirable paciencia, de lealtad más que corriente y de carácter y aspecto fascinadores, todo lo cual le dió, desde su niñez, una influencia poderosa sobre todos aquellos con quienes se ponía en relación personal. Pocos niños nacen con tantas cualidades que contribuyan al éxito. Y es el objeto de esta obra mostrar cómo el niño y el hombre hicieron uso de ellas en toda su latitud, y desarrollar, paso por paso, la poderosa y duradera influencia para el bien, que ha tenido su vida sobre México durante medio siglo.

El niño Porfirio también heredó de su madre la sangre de los asturianos de España, raza vigorosa que por largo tiempo desafió á los enemigos que amenazaban hacer desaparecer el dominio español de la península ibérica. Estos asturianos eran montañeses, y el niño Porfirio nació también en el romántico valle de Oaxaca, donde las montañas majestuosas todavía contemplan el lugar de su nacimiento. Sus primeros años los pasó rodeado de estas inmensas montañas de su Estado natal y aprendió á amarlas y á conocerlas con un conocimiento íntimo de sus recursos, sus intrincadas veredas y sus lugares fuertes, lo cual vendría á ser después uno de los factores más importantes del éxito que repetidas veces arrebató en condiciones imposibles á toda apariencia. La sangre mixteca de sus venas lo identificó, durante todo tiempo, con el país y con su pueblo. Su vida no fué una vida aparte de la de las razas aborígenas de su Estado natal, como la de muchos españoles que se establecieron en México. Estuvo en posición de poder comprender las condiciones y simpatizar con las as-

piraciones del pueblo en cuyo seno la suerte lo había colocado. A este respecto ha sido muy afortunado el Estado de Oaxaca, en cuanto á que muchos de sus grandes hombres se han enorgullecido de su sangre india.

Porfirio Díaz tuvo la buena suerte de que sus antecesores fueran dignos bajo todos conceptos de su respeto. Este rango de la familia en la comunidad en que vivía le aseguró amistades que desde un principio se interesaron por la carrera del muchacho. Entre éstas se encontraban el futuro Obispo de Oaxaca, el Gobernador del Estado (que era pariente), y el patriótico caudillo de la reforma, Benito Juárez, que estaba llamado á representar después un papel tan importante en la historia de México.

La guerra tan prolongada de la independencia dejó consigo un sentimiento de intranquilidad general que redujo grandemente el valor de la propiedad, tanto urbana como rural. Millares de familias sufrieron severamente á causa de estos cambios, y entre ellas la familia Díaz. La lucha consiguiente para ganar la vida y obtener educación, tuvo mucha influencia en la vida del futuro gobernante de México.



"Tlachiquero" sacando agua-miel.

CAPITULO II.

José de la Cruz Diaz.

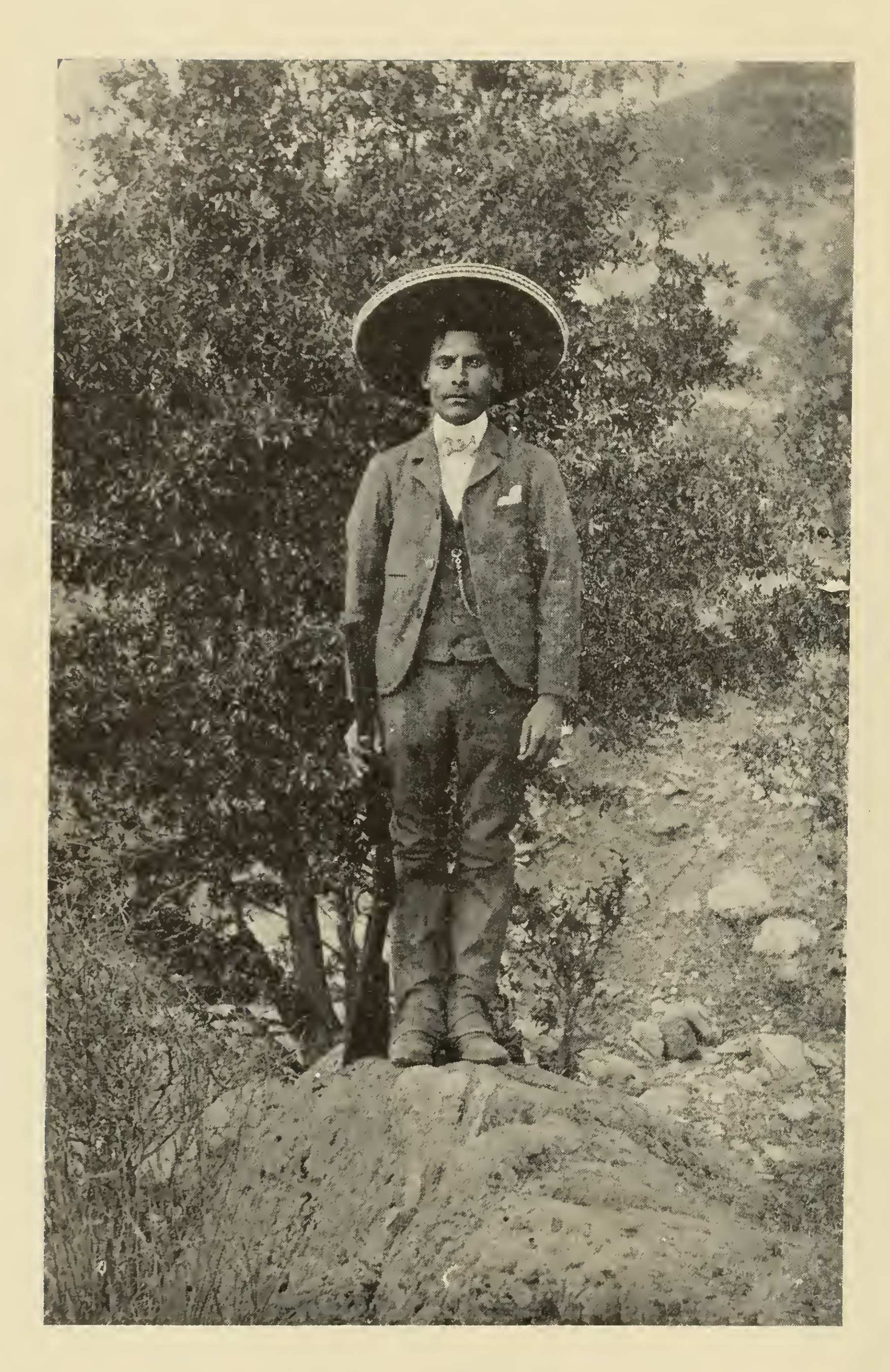
José de la Cruz Díaz era herrero de oficio y veterinario de profesión y en ambas capacidades sirvió al ejército en su juventud. Cuando dejó el ejército entró al servicio de la mina "Cinco Señores," la cual tenía entonces una sucursal de fundición en conexión con las minas de San José y El Socorro, en el distrito de Ixtlán del Estado de Oaxaca y cerca de la actual ciudad de Villa Juárez. Era don José uno de los dependientes de confianza de la Compañía; y en tal concepto organizó una cuadrilla de hombres vigorosos y valientes, que bajo su mando, conducían la plata producida en las minas hasta Oaxaca, y traía de regreso dinero para pagar los salarios de los mineros y otros empleados de la Compañía.

Fué mientras estuvo empleado en esta Compañía que contrajo matrimonio con Petrona Mori, de Yocodono, una villa de la vecindad. Como él era pobre y á su esposa no le agradaba vivir entre las montañas de Ixtlán, don José determinó establecerse en negocios por su cuenta. Con este objeto se trasladó al distrito de Ometepec, en el mismo Estado, pero más cerca de la costa marítima. Allí, con poco más que sus manos para ayudarse, arrendó una pequeña finca y comenzó á cultivar caña de azúcar. Al principio tuvo que luchar duramente por la vida, pero era hombre de recursos y determinación, y sobre todo muy laborioso, y así gradualmente logró dominar las circunstancias adversas. Construyó un pequeño trapiche para uso en la finca y abrió un pequeño almacén: y llegó á ser hombre de considerable importancia en la comunidad rural en que vivió durante ocho años.

Pero se encontró don José con una familia que crecía, y prácticamente, sin facilidades para educar-

la. Por lo cual resolvió vender todos sus intereses y trasladarse á la ciudad de Oaxaca. Allí alquiló una casa espaciosa y abrió un hotel al cual dió el nombre de "Mesón de la Soledad." En este mismo edificio abrió también un establecimiento para herrar caballos y una oficina y hospital de veterinaria. Compró también dos casas, una de las cuales alquiló y en la otra puso una tenería. Con el resto del dinero que obtuvo de la venta de su propiedad cerca de la costa, compró parte de la hacienda de Tlanichico, la cual dedicó al cultivo del maguey, que era entonces como ahora, negocio muy productivo.

Don José continuó prosperando en Oaxaca, como ántes había prosperado en la finca de caña, y la posada de La Soledad llegó á ser una de las más conocidas y mejor atendidas de la capital del Estado. Pero el año de 1833 visitó el cólera todo el sur de México, é hizo innumerables víctimas por donde quiera, siendo una de ellas don José de la Cruz Díaz.



CAZADOR MEXICANO.

CAPITULO III.

Inventiva de un muchacho.

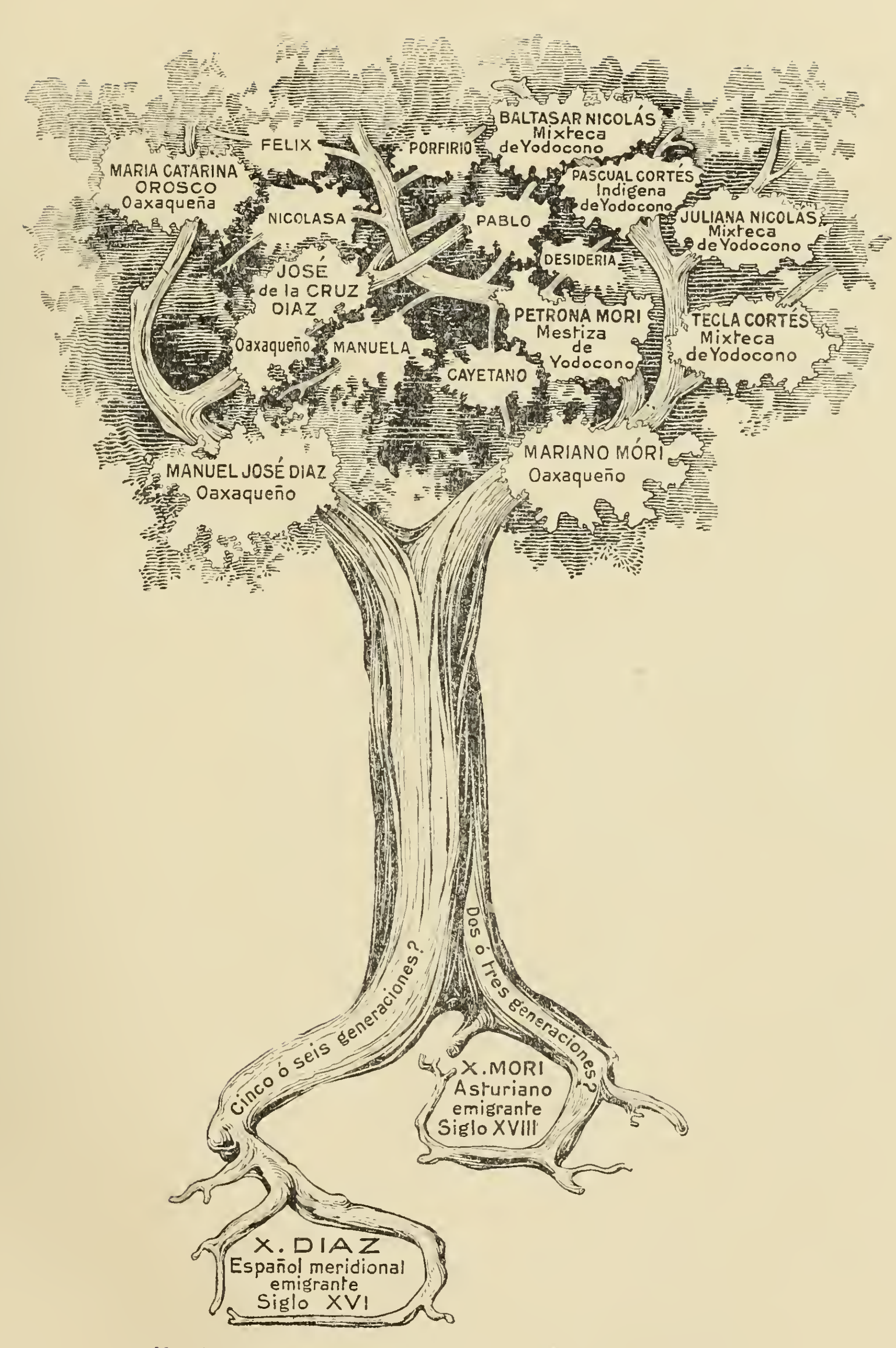
Aquella época no había sido nada favorable para la familia Díaz; las continuas luchas intestinas que habían dejado al país en circunstancias críticas, contribuyeron en gran parte á menoscabar la fortuna que había logrado hacer don José. Después de su muerte, la familia quedó casi sin recursos, y dicho acontecimiento contribuyó aún más á agravar la situación, por cuanto que la familia se componía de miembros jóvenes, y la madre se vió obligada á gastar el pequeño patrimonio que les había dejado don José para cubrir los gastos de la subsistencia. Las necesidades de la familia aumentaron y la viuda no tuvo sino que vender el último pedazo de tierra que quedaba de la herencia que había dejado su esposo á la familia. La propiedad que en tiempos anteriores había llegado á tener buen precio, bajó mucho debido á las malas condiciones financieras por las que atravesaba el país durante ese período, así es de que lo que recibió la viuda en pago del terreno, fueron unos pocos cientos de pesos, en pequeños pagos parciales y por un largo plazo de tiempo. La viuda y sus dos hijas mayores se vieron obligadas á buscar trabajo en la pequeña ciuda de Oaxaca. Trabajaban desde temprano hasta el anochecer; hacían camisas, bordaban chales y se ocupaban en otras clases de trabajos de aguja, para así afrontar las necesidades de la subsistencia. La madre de Porfirio tenía grandes deseos de dar á sus hijos la mejor educación en cuanto estuviera al alcance de sus fuerzas. No obstante la pobreza en que se encontraban, no quería que sus hijos aprendieran un oficio, á pesar de que ésto le hubiera ahorrado el trabajo de tenerlos que alimentar, vestir y proporcionar útiles para la escuela; pero ella ambicionaba ver á sus hijos ocupar

buena posición social, tanto porque conocía que estaban dotados de talento, como porque lo exigía el nivel social de sus relaciones y vínculos de familia. De manera que continuó luchando con innumerables obstáculos que hubieran desanimado á una mujer menos esforzada. Los muchachos más pequeños fueron puestos en la escuela, aunque estaban muy pobremente vestidos y su alimentación era bastante humilde. Con frecuencia la madre sufría al ver tantas privaciones como tenían que soportar en la terrible lucha por la existencia, pero tanto ella como sus hijas trabajaban con resignación ejemplar, porque su ideal era el porvenir de sus hijos varones.

En el año de 1845, cuando Porfirio cumplió los quince años de edad, entró como estudiante en el Seminario Pontifical de la ciudad de Oaxaca. El muchacho era muy activo é inteligente y sobresalía entre sus compañeros; lo cual aumentó el sueño dorado de la madre, que era ver algún día á su hijo estudiar la carrera del sacerdocio, que en aquellos tiempos era la más grande ambición de las mujeres de la clase media. Tanto la carrera de sacerdote como la de militar, ofrecían para los jóvenes un porvenir brillante.

Mucho del trabajo que hacían doña Petrona y sus hijas era para la tienda de Joaquín Vasconcelos, uno de los comerciantes más conocidos y prósperos de Oaxaca, quien para ayudar á la familia les proporcionaba trabajo, para que así tuvieran los recursos que necesitaban; porque doña Petrona no era mujer á quien se podía dar de caridad, pues tal cosa habría afectado sus sentimientos de dignidad y alta estimación.

La madre y sus dos hijas también enseñaban á algunos niños pertenecientes á familias del lugar, lo cual hacía que se vieran obligadas á trabajar por la noche los encargos que venían de la tienda de Joaquín Vasconcelos. Aún los hijos pequeños de doña Petrona trabajaban después de las horas de escuela, cardando lana y algodón y haciendo otros peque-



El Arbol Genealógico de la Familia DIAZ

ños oficios para ayudar á su madre y hermanas á cubrir los gastos que ocasionaban. Toda la familia trabajaba, y así los niños pronto adquirieron el hábito del trabajo y desde muy temprana edad conocieron lo que es la lucha por la vida, lo cual contribuyó más tarde al éxito y porvenir de Porfirio y de su hermano Félix, pues les formó caractéres perseverantes y dotados de habilidad y pronta decisión. Al fin la suerte vino á ayudar á doña Petrona á educar á sus hijos mejor de lo que ella había pensado, pues muchas veces la adversidad es una austera maestra y una vez aprendidas sus lecciones son de mucha eficacia. Desde muy pequeños aprendieron los muchachos á hacer cosas útiles. Los preceptos de la educación moderna que trabajamos para aprender y aprendemos para trabajar, nunca fueron puestos más de manifiesto como en el caso de los hijos de la familia Díaz. Aprendieron á luchar contra el infortunio y sus espíritus sin darse cuenta absorbieron el fruto del trabajo en cuya atmósfera fueron criados, aprendieron á ser hombres de bien y el amor á la perseverancia que les fué inculcado por la madre; todo lo cual contribuyó para que los muchachos llegaran desde un principio á distinguirse entre sus compañeros, organizando juegos y deportes entre los niños de la ciudad, con quienes ellos se relacionaban. Podía verse ya á los hombres del futuro en miniatura. Principiaban á manifestar su carácter emprendedor y su habilidad, su inventiva y su valor entre sus compañeros, y después lo demostraron como hombres cuando salieron al mundo á hacerse cargo de las obligaciones y deberes de la vida. Mientras doña Petrona luchaba por educar á sus hijos, tanto las circunstancias como sus buena senseñanzas y ejemplo, contribuían á hacer de ellos hombres de provecho. La mayor fortuna de un hombre en el mundo es haber nacido de una buena madre, y el destino colocó á los dos muchachos Díaz en esta condición.

A medida que Porfirio crecía iba manifestando los resultados de esta educación, no solo en los juegos

y deportes con sus compañeros ó en la influencia que sobre ellos mantenía, sino también en su habilidad para proveerse de los artículos que los escasos recursos de su madre no le podían proporcionar. Un día visitó Porfirio la tienda de remendar calzado perteneciente á Nicolás Aides, la cual estaba frente al Instituto Pontifical, y haciendo algunas preguntas á los operarios y poniendo gran atención á lo que hacían adquirió muy pronto todo el conocimiento necesario para fabricar calzado. Pidió á Aidés que le prestara algunas herramientas, y después de algunos ensayos, le fué posible hacer con gran habilidad calzado para él y para su familia. Por supuesto que no era de una hermosa figura, pero en ese tiempo no se competía en Oaxaca con los estilos de París. La habilidad del muchacho alivió algún tanto á su familia de la necesidad de comprar calzado, que era uno de los artículos más costosos del presupuesto de la casa, y el dinero que se ahorraba en ésto era invertido en otros gastos indispensables que diariamente se presentaban.

En ese tiempo las escuelas no estaban provistas de muebles, y las iglesias no tenían asientos de ninguna clase; en lo cual vió Porfirio una oportunidad para hacer un poco de dinero y aliviar así las muchas necesidades de la familia. Frecuentó la tienda de un carpintero que estaba cerca de la iglesia de San Pedro, trabajó allí durante algunas semanas, y muy pronto aprendió á hacer sillas, mesas y banquillos. Vendió estos muebles á los estudiantes del Instituto Pontifical y banquillos á algunas devotas que los llevaban consigo á la iglesia cuando iban á hacer sus devociones y se los llevaban á su casa cuando regresaban. Tanto en esta ocasión como en otras muchas después, manifestó su habilidad para hacerse de recursos, lo cual ha sido siempre característico en él, ya como soldado ú organizador, ya como hombre de Estado, siendo esta cualidad la que ha hecho de él uno de los mandatarios más notables de la República Mexicana.



En Tierra Caliente.

Este dón para hacerse de recursos lo manifestó de muchas maneras. Fué también muy aficionado á ejercicios de toda clase: la casualidad hizo que llegara á su poder un libro que trataba de gimnasia, y luego improvisó un gimnasio en su casa haciendo él mismo los aparatos. No satisfecho con ésto organizó una clase de gimnasia entre sus amigos, incluyendo á su hermano Félix, quien era dos años menor. Porfirio fué el que sobresalió más en los ejercicios, en los cuales mostró mucha ligereza y habilidad. Los muchachos continuaron diariamente los ejercicios bajo la dirección de Porfirio, y se hicieron más aparatos conforme adelantaban é iban adquiriendo experiencia.

Porfirio fué también amante de los ejercicios al aire libre: hacía viajes á través de las montañas y visitaba los pueblos y villas vecinas y en estas excursiones con frecuencia se dedicaba á la caza ó á la pesca, logrando obtener algunas piezas sin ayuda de armas de fuego. Fueron esos los días en que, sin darse cuenta él mismo, estaba adquiriendo la fuerte constitución y magnífica musculatura, que tanto le ayudó más tarde para poder soportar muchos trabajos y aventuras y hacer actos de valor que llegaron á ser una parte de su vida. El aire libre, las profundas sombras de las selvas semi-tropicales de Oaxaca y los ásperos peñascos de los montes fueron sus maestros, y él aprendió á conocerlos y amarlos; y aún ahora, á una edad en que la mayor parte de los hombres se encuentran imposibilitados para dedicarse á sus trabajos ó reposando en el sueño eterno, Porfirio Díaz todavía toma sus paseos á caballo en las mañanas y se dirige por los hermosos sombreados caminos del Valle de México; y cuando los asuntos del Estado no son muy urgentes y le permiten tomarse unos días de descanso, va de cacería á las montañas que conoció y amó en su juventud, y vive por un corto tiempo en la contemplación de la naturaleza que lo trató tan generosamente en los días de su niñez y mocedad. En éstas sus excursiones viaja de una

manera que causaría envidia á muchos jóvenes, y con frecuencia ha sucedido que sus acompañantes han comenzado á sentirse fatigados antes que Díaz. Hay en el espíritu fuerte y determinado del hombre que ha gobernado á México durante un tercio de siglo y que ha hecho surgir órden del cáos debido á la fuerza de su voluntad y á la perspicacia de su inteligencia, el mismo vigor que le hizo posible vencer todos los obstáculos en los días de su niñez y juventud.

Un incidente de sus mocedades es digno de mencionar. Tenía un día ardiente deseo de ir á cazar á los montes, y siempre que había salido con este objeto, tan solo llevaba consigo una catapulta, un palo grueso y algún aparato para la pesca. Las armas de fuego, á pesar de que eran baratas, no estaban al alcance de sus recursos. Aquí vino otra vez la inventiva en su ayuda. En una tienda de artículos de segunda mano donde se vendía toda clase de efectos de hierro y acero, compró por unos pocos centavos un cañón de escopeta viejo y enmohecido; lo limpió bien y lo puso en estado de servicio; de igual modo consiguió la llave de chispa de una pistola vieja y se dirigió al taller de un herrero conocido suyo, y allí armó y arregló las piezas. Después hizo la culata de un pedazo de tablón de dos pulgadas de grueso, con lo cual y gracias á su ingenuidad é inventiva, se encontró poseedor de la tan deseada escopeta y en estado de satisfacer á su gusto su afición á la cacería.

Había pues principiado á fabricar armas de fuego, y había dependido únicamente de sí mismo para proveerse de todos los elementos que entraban en su primer esfuerzo en esta dirección. La energía manifestada por el muchacho fué con el tiempo característica del hombre.

Relatando este incidente de la historia de su carrera, Porfirio Díaz confesó, que su primer ensayo para hacer éste su mosquete dió por resultado algo de aspecto rudo y primitivo, pero que después llegó á adquirir gran habilidad en la reparación de armas de fuego. Salía á cacería con los indios del Valle Gran-

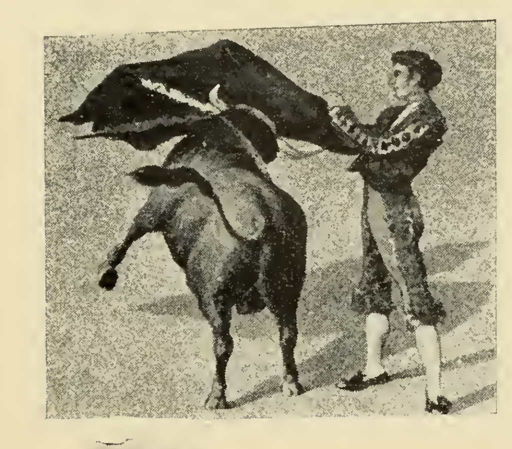
de, y cuando no necesitaba su escopeta, se la alquilaba á alguno de ellos. También negociaba componiéndoles armas á los indios, y describe con mucha satisfacción que aprendió á hacer buenas culatas de fusil, las cuales tallaba artísticamente de tal modo, que sus clientes quedaban muy contentos. Como Porfirio tenía que ir á la escuela todos los días, se dedicaba á estos trabajos y negocios los domingos. Con frecuencia algunos de estos días iba Porfirio á cazar con sus indios conocidos y al regreso, como ya hemos dicho arriba, alquilaba su fusil á alguno de ellos, mientras se llevaba el del indio para limpiarlo y componerlo, recibiendo después el pago de la compostura. De esta manera el futuro Presidente de México ganó dinero y adquirió afición á las armas de fuego y á la vida al aire libre.

Este fué el principio de su carrera activa, que continuó con varias interrupciones, hasta que se encontró á la cabeza del Gobierno de su tierra nativa. Muchas veces en las luchas de la vida, tuvo que traer en su auxilio la misma facilidad de inventiva y la misma habilidad para hacerse de recursos y dominar las circunstancias, que mostró en su juventud, y siempre le fué de gran utilidad la educación que obtuvo durante su niñez y adolescencia.

Las excursiones á las montañas, las noches que pasaba en los cerros, el contacto frecuente con los indios, el conocimiento que tenía de los bosques, los valles y los ríos, la costumbre de dormir al aire libre, el valor para las aventuras, peligros y toda clase de situaciones, constituyeron una escuela en la cual el joven Porfirio aprendió más que cuando estudió la carrera de las armas en los colegios; y fué este aprendizaje el que lo hizo á él y á su hermano Félix, que lo acompañaba en todas sus expediciones y seguía su ejemplo, el terror de las partidas conservadoras y guerrilleros que asolaban Oaxaca, Guerrero y las comarcas del Istmo, desde los días de Santa Ana hasta la caída del Imperio de Maximiliano.

Pero además de tener completo conocimiento to-

pográfico de su tierra natal y del modo de hacerse de recursos y del vigor de su juventud, logró también familiarizarse con la gente del valle de Oaxaca, conoció el carácter del indio, y se hizo de muchas amistades entre los habitantes de las montañas. Este conocimiento del carácter de los aborígenes y contacto con los nativos de la parte sur de México, fueron algunos años más tarde una gran adquisición para Porfirio Díaz, un capital de más valor que el que se puede conseguir con el estudio en las mejores Escuelas Militares. Le dió el poder de levantar ejércitos y manejarlos en las condiciones y circunstancias más difíciles. En este conocimiento de la gente y de las montañas de Oaxaca, se encuentra el secreto de esas sus marchas admirables, de las emboscadas que puso al enemigo, de las batallas que ganó con su táctica militar sobre fuerzas superiores en número y armamento. En esto se encuentra también el secreto de su admirable influencia sobre los rudos y mal armados indios, que una y otra vez lo siguieron á la victoria; de su habilidad para confundir y ofuscar al enemigo con sus tácticas comparables al rayo, que hicieron de él el guerrero más distinguido de su época. Conocía á su patria, á su pueblo y á los hombres con quienes tenía que luchar y siempre hizo uso para llevar á cabo la tarea que tenía entre manos de un caudal inextinguible de recursos, los cuales eran tanto más efectivos y poderosos cuanto que eran dirigidos por una inteligencia de perspicacia excepcional, una voluntad de fuerza poco común y una rara habilidad de acción.





Corrida de Toros.

CAPITULO IV.

Díaz pierde su primera batalla.

Si la vida de Porfirio Díaz fué, como es natural, influenciada por la herencia, la atmósfera y el lugar en que pasó su niñez la influenciaron de un modo no menos importante. Los que han tenido bastante oportunidad de tratar con niños en diferentes países, habrán notado que sus hábitos y sus juegos no son sino el reflejo de las costumbres del lugar en que viven. En los Estados Unidos, en Inglaterra, en Canadá y en todos los demás países anglo-sajones, donde se acostumbran mucho los deportes, los niños pequeños imitan y juegan con el mismo entusiasmo los mismos juegos que los de más edad. Aquí en México, donde los deportes no constituyen un factor importante en la vida de la juventud, los niños, como es natural, y en todas partes sucede, imitan lo que ven; y así, el juego más acostumbrado entre ellos, es una imitación de las corridas de toros. Los niños americanos é ingleses en México, no están exentos de esta influencia; pues juegan á los toros con tanto gusto como los niños mexicanos, á quienes con frecuencia aventajan en este deporte.

La atmósfera en la cual se pasa la infancia, es de gran importancia en el futuro del niño. Porfirio Díaz estuvo en sus primeros años rodeado de una atmósfera guerrera. Se respiraba guerra por todos lados. Y no se escapó Oaxaca del terrible flagelo de la guerra, la cual llevó, como era de esperarse, innumerables calamidades; siendo una de ellas aumentar las dificultades en la lucha por la existencia. Los ejércitos iban y volvían; aventureros audaces frecuentaban la ciudad y se daban el lujo de gastar regiamente el dinero que habían ganado en sus correrías. La guarnición de la ciudad tuvo que ser doblada para defenderla de los ataques de los bandoleros. Se veían

con frecuencia en la población veteranos que regresaban de las filas contando mil proezas. Las conversaciones que se oían en las calles, plazas y demás lugares públicos, generalmente versaban sobre asuntos de batallas, expediciones de la multitud de merodeadores que pululaban por la ciudad y aventuras atrevidas de los valientes montañeses, á quienes tanto se admiraba, ó sobre los movimientos de las tropas de los jefes militares más conocidos. En el seno de las familias también se hablaba de guerras y más guerras. Los resultados de estas condiciones desastrosas fueron penosos para las gentes mayores, que tenían á su cargo el soporte de sus familias; pero para los niños, que aún no habían comenzado á sentir el peso de la responsabilidad, les sonaba aquello como agradable historia de alguna tierra encantada donde todo eran aventuras, en las cuales los protagonistas se movían en un escenario admirable de contemplar. Los niños más débiles se contentaban con soñar en estas historias, pero los caracteres más audaces, como los dos jovencitos Díaz, de naturaleza fuerte y activa inteligencia, trataban de vivir en su niñez la vida emocionante que llenaba la atmósfera á su rededor.

Los mismos juegos con que se divertían estaban llenos del espíritu guerrero que se respiraba en el aire de Oaxaca, y en todos estos juegos eran ellos los promotores y directores. Porfirio, que era el más atrevido y el de más recursos, daba siempre la iniciativa en las variaciones de este deporte militar. Aún en esta edad temprana mostró gran capacidad como organizador, cualidad que ha sido desde muy al principio de su notable carrera, una de las más relevantes que ha poseído. Organizaba á los niños de la escuela en ejércitos, que distribuía en compañías y batallones con sus respectivos oficiales, y los hacía marchar de arriba para abajo por las calles de la ciudad. Pero viendo que el deporte así arreglado no era suficientemente realístico, organizó dos fuerzas contendientes y las hizo pelear una contra otra. Los jo-



Banda de Cornetas del Ejército Mexicano.

vencitos Díaz sentían siempre en este juego, una extraña atmósfera de realidad que les fascinaba. Era la reflexión de la vida real de que estaban rodeados.

Uno de los juegos favoritos de los hermanos, cuando no estaban organizando ejércitos y haciéndolos evolucionar por las calles de Oaxaca ó luchar en reñidos encuentros, era el que ellos llamaban su práctica de artillería. Habían comprado en las tiendas un pequeño ejército de soldados de plomo, el que colocaban en formación, y con un cañoncito cargado con frijoles, hacían fuego sobre la línea de soldados. El que lograba derribar mayor cantidad de éstos en cierto número de tiros, era declarado victorioso. Este deporte tenía para los dos niños el mayor atractivo, y en poco tiempo lograron ser muy expertos en el manejo de su cañón de juguete, que era en realidad, una máquina de guerra en miniatura.

Un día estaban los hermanos ocupados como de costumbre en su práctica de artillería, y un estudiante, muy absorvido en la lectura de un libro, pasó por el lugar donde ellos jugaban, y sin darse cuenta atravesó el propio centro del campo de batalla en miniatura. Ya el cerillo encendido había sido acercado á la mecha, cuando le tocó cruzar la línea de fuego. Antes de que los dos pequeños generales, que estaban dirigiendo el ataque contra el inerte enemigo de soldados de plomo, realizaran el peligro para el nuevo factor que tan inesperadamente se había introducido, el cañón había lanzado su carga de frijoles en las pantorillas del confiado estudiante, quien lanzó un grito de terrible alarma que hizo acudir á todo el vecindario. Esto introdujo otro factor en el problema militar: doña Petrona, que se lanzó á la escena de la batalla con un ímpetu al que nada podía resistir. Era como si un ciclón de los de Kansas hubiera sorprendido al ejército de los Estados Unidos. No había ni tiempo ni modo de defenderse. Semejante plan de ataque nunca había sido registrado en los anales de la guerra, ni podía haber sido previsto, por lo menos en aquellos días de atraso en que los profetas habían ya dejado

de ejercer su vocación, y los adivinos no habían aún salido á la palestra reclamando lugar, honores y ganancias en el concierto de la vida.

En todas sus experiencias guerreras nuestros jóvenes no se habían encontrado antes con un problema militar tan desconcertante; y se les vino encima tan repentinamente, que no tuvieron tiempo para preparar un plan de defensa! Así es, de que el nuevo enemigo barrió el campo de batalla bajo las bocas de la hasta entonces invencible artillería, mientras que el paciente ejército de soldados de plomo contemplaba con silenciosa aquiescencia, cómo era tomado el reducto, el cañón desmontado é inutilizado, el almacén de pólvora destruído y la provisión de parque de frijol esparcida por todo el campo de las fortificaciones! A buen seguro, que en toda su futura vida militar, los dos hermanos Díaz nunca sufrieron una derrota tan completa y tan abrumadora!



Instituto Científico, Oaxaca.

CAPITULO V.

Porfirio se retira del Seminario.

A los diez y nueve años de edad Porfirio Díaz terminó sus estudios en el Seminario Pontifical de la Santa Cruz en Oaxaca. Sus años de estudio en ese colegio habían sido una lucha constante contra la pobreza; pero con la determinación y constancia que siempre lo han caracterizado, luchó contra todas las dificultades y desventajas que continuamente se le presentaron. Es muy probable que, por este tiempo, no había pensado aún seriamente acerca de su futura carrera. Pero una vez que hubo terminado sus cursos en el colegio, su actitud cambió repentinamente. Ahora se encontraba frente á frente con el problema que se presenta á todos los jóvenes animados de noble ambición en esa época de la vida. Pero en su caso el problema tenía sus complicaciones. Durante el tiempo que siguió sus estudios en el colegio, había gozado de la protección y consejos de su padrino, el Obispo de Oaxaca, don José Agustín Domínguez, persona poderosa y de mucha influencia en todo el sur de México. Este prelado había ya fijado su atención en el joven estudiante del Seminario de la Santa Cruz, y había comprendido que era uno de los candidatos de más promesa para la carrera eclesiástica; por lo cual tenía determinado hacerlo sacerdote. Doña Petrona apoyaba esta resolución, pues ella, como la mayor parte de las damas católicas que se distinguían por su virtud y devoción, tenía grandes deseos de que su hijo se dedicara á la Iglesia, siendo en esos tiempos la carrera eclesiástica la que procuraba más distinción en el Estado de Oaxaca. En vista de estos proyectos, el obispo tuvo una íntima entrevista con el estudiante, en la cual le hizo ver todas las ventajas que proporcionaba el sacerdocio. Ventajas que realmente no eran pocas, especialmente para un joven que

no tenía ni amigos, ni dinero, ni tierras, ni posición social. Un joven de su talento, de su determinación y sobre todo de su ambición, podía esperar elevarse á las más altas dignidades de la Iglesia en su Estado natal. No era tampoco de despreciarse la valiosa amistad del poderoso obispo de Oaxaca. Además de todo esto, doña Petrona ejercía decididamente su influencia porque su hijo mayor siguiera esa carrera. El decidirse por el sacerdocio significaba para él el término de sus luchas contra la pobreza y un auxilio modesto para su madre y la familia. Pocos jóvenes se han visto colocados en una situación más difícil. Tanto para él como para su familia la amistad y ayuda del obispo eran de gran significación. Lo que se le proponía era ciertamente el único camino visible para obtener instrucción superior y buena posición. Era el lado brillante del escudo de la batalla por la vida, donde estaban representados los sueños dorados para el porvenir; era el "sésamo, ábrete" de las lizas donde los campeones luchaban por obtener el primer lugar y alcanzar con él honores y renombre. Todo esto debe haber influenciado á nuestro joven, que ansiaba con noble ambición distinguirse entre los hombres. Mas cuando contempló el reverso del escudo, estas ventajas deben de haberle parecido aún más inapreciables. Pobreza, privaciones, falta de posición social, la pérdida de la amistad del poderoso obispo, la situación desamparada de la familia y muchos años más de la penosa lucha por la que acababa de pasar; en fin, no más sueños dorados. El contraste de estos dos cuadros era suficientemente notable para hacer que aún un joven de la ambición y confianza en sí mismo de Porfirio Díaz, dudara antes de hacer á un lado la amistad del obispo, con todo lo que ella significaba para su porvenir. Y ciertamente dudó. Lo que esos días de indecisión, de lucha contra lo que parecía el destino evidente para el joven graduado, significaron, nunca lo sabremos: pues Porfirio Díaz no ha sido hombre que le haya gustado relatar ni vanagloriarse

públicamente de sus propias luchas, ni de los esfuerzos tan fructíferos de su inteligencia.

Pero el hado del destino cuidaba del porvenir del joven, que más tarde había de ser llamado para conducir á su pueblo fuera de la tierra de esclavitud; y lazos de familia, ventajas personales y la influencia todo poderosa de la Iglesia nada valió, cuando él resolvió seguir un camino para el cual, sin que él mismo lo comprendiera, se había ya preparado.

Cediendo á la presión que habían ejercido sobre él, Porfirio Díaz comenzó sus estudios de teología. Había estudiado la situación y le pareció que era el único camino que tenía abierto. Los ruegos de su familia y su gratitud hacia el obispo, en fin, todo lo que le rodeaba, lo impulsaban á seguir esa senda. Durante toda su vida, nunca ha sido hombre que esquive sus obligaciones, y cuando creyó que lo guiaba su deber, inició sus faenas como lo tenía de costumbre, con la determinación de llegar al éxito. Daba lecciones de latín para ayudar á pagar sus gastos y los de la familia y ayudaba también de otros modos á aumentar los recursos de las personas que dependían de él. Estaba ya pues casi establecido en la senda que para proporcionarse una vida respetable, los suyos le habían trazado, cuando tuvo lugar un acontecimiento que decidió para siempre del porvenir de nuestro joven, destinado á ser más tarde el gobernante más notable de su pueblo.

Era característico de Porfirio Díaz el no dejar al tiempo la iniciación de una empresa, una vez se había resuelto á llevarla á cabo. Así es que, habiéndose decidido á seguir la carrera del sacerdocio, comenzó desde luego al estudio de la teología, recién terminados sus exámenes en el Seminario el año de 1849, sin siquiera esperar que terminaran las vacaciones, ni ser formalmente registrado como estudiante de teología. Distribuyó su tiempo entre sus estudios y sus clases particulares de latín. Entre sus discípulos en estas últimas estaba el hijo de Marcos Pérez, profesor de leyes en la Escuela de Derecho, que formaba

parte del Instituto de Artes y Ciencias de la ciudad de Oaxaca.

Este instituto representaba la educación moderna, como la llamaban los liberales, para distinguirla de la educación que se había dado desde los primeros tiempos de la conquista por las varias escuelas de la Iglesia Católica y las escuelas privadas que existieron en los años anteriores á la época de las leyes de la Reforma; escuelas que estaban todas bajo el dominio de la Iglesia y que por consiguiente seguían los mismos métodos y enseñaban las mismas materias. La Iglesia continuaba aferrada á los métodos antiguos, mientras que el Instituto era el foco de las ideas liberales, y como es natural, existía una rivalidad algo enconada entre el Instituto y el Seminario.

Con frecuencia Porfirio Díaz se encontraba en compañía de Marcos Pérez, pues las clases de latín las daba en la casa de este último, y Pérez se sintió desde un principio atraído por el carácter franco y abierto y la inteligencia del joven, con quien frecuentemente entablaba conversación. Estas conversaciones generalmente versaban sobre las cuestiones palpitantes del día. Pérez, que era zapoteca de pura raza, y según lo indicaba su posición, ardiente liberal, como todos los hombres de sus convicciones, especialmente en aquellos días, peroraba constantemente en defensa de los principios políticos que profesaba. No es por consiguiente de extrañar, que sus conversaciones con un joven tan inteligente como Porfirio, pronto dieran su fruto al despertar en su mente ideas activas que muy mal se encajaban con la carrera eclesiástica que estaba por iniciar. Pérez trató de persuadir á Porfirio de que abandonara sus estudios teológicos y que entrara al Instituto como estudiante de derecho. La propuesta era bastante atractiva para el ambicioso joven, tanto más, cuanto que las ideas liberales de Pérez le simpatizaban y habían comenzado ya su trabajo evolutivo en las hasta entonces dormidas facultades del joven estudiante de teología. Pero con la tenacidad característica que

siempre ha señalado todas las acciones de su vida, de pronto persistió en seguir la carrera que había principiado. No cabía la menor duda que la decisión de abandonar estos estudios tendría que venir tarde que temprano, pues la mente de Porfirio Díaz estaba constituída de tal modo, que una vez le impresionaba favorablemente algún asunto, no lo abandonaba sino hasta haberlo resuelto á su satisfacción. Una vez la semilla de ideas liberales había germinado en su mente, tendría que continuar su actividad y desarrollo hasta que hubiera cumplido su destino. Por ese entonces, tuvo lugar un acontecimiento que imprimió fuerte actividad á todas las ideas y principios liberales que el joven estudiante del Seminario había estado asimilando en la casa de Marcos Pérez.

Los exámenes de fin de año habían ya terminado, tanto en el Seminario como en el Instituto, y éste último iba á clausurar el año escolar con la distribución de premios y recompensas. Como era muy natural, Marcos Pérez invitó á Porfirio Díaz á que lo acompañara á este certamen, y como aquel, en su calidad de profesor de derecho estaba á la cabeza de uno de los departamentos más importantes del Instituto, Porfirio Díaz tuvo la oportunidad de ponerse en contacto y hombrearse con lo más eminente de la concurrencia. Como huésped del profesor, fué presentado á los personajes más notables que tomaron parte en los ejercicios del día, y entre otros á Benito Juárez, el gran jefe del partido liberal, que en ese tiempo era Gobernador de Oaxaca y como tal, correspondióle presidir la reunión y distribuir los premios y recompensas á los estudiantes distinguidos.

La presencia de Juárez, la conducta franca y abierta de los profesores y estudiantes, la atmósfera del Instituto, el liberalismo que sentía en el mismo aire que respiraba, todo lo cual contrastaba tan notablemente con la falta de libertad y maneras cohibidas del Seminario, le impresionó vivamente. La semilla que Marcos Pérez había sembrado en su inteligencia repentinamente comenzó á brotar con gran

vigor. El joven sentía una atracción irresistible hacia la vida que en esos momentos lo rodeaba. Y aunque él entonces no se daba cuenta de ello, todo no era fruto sino de la atmósfera en que había nacido y por razón de su natural independencia de ideas, su carácter fuerte y resuelto, su simpatía hacia el pueblo y su amor á las colinas, á las grandes montañas y al aire libre; característicos que continuarían desarrollándose á través de su vida larga y activa, y que le producirían ese ardiente deseo que siempre ha manifestado por el progreso de su país natal, y su patriotismo, que ha hecho de él un trabajador incansable en pro del adelanto y mejoramiento de las condiciones sociales de las clases media y baja, que encontró humilladas, ultrajadas y prácticamente esclavizadas, y que ha procurado levantar de ese triste estado protegiéndolas y animándolas en su marcha hacia el progreso. Ese día de reunión en el Instituto fué para él, el día en que se abrieron las puertas que lo conducirían á una vida enteramente nueva. Había sido presentado al gran Juárez, había estrechado su mano y escuchado las inspiradas palabras que brotaban de sus labios, y había caído bajo el hechizo de su admirable influencia, como á muchos les había pasado antes y á otros les pasaría después; y el joven al salir del Instituto, no era ya el mismo que había entrado dos horas antes. Sentía que el cielo incoloro de su vida había sido teñido con matices rosados de esperanzas y aspiraciones futuras. La pasión por el liberalismo se había apoderado de él, pasión que ha tenido desde entonces, durante más de sesenta años de su vida. Cuando regresó á su casa sentía que se le saltaba el cerebro. La vida nueva que acababa de ver á través de nubes rosadas lo entusiasmaba; la vida vieja, en medio de la cual había pasado 19 años de su existencia, refrenaba sus impulsos. Los lazos de la familia, sus asociaciones del Seminario, la amistad del obispo, su misma pobreza y el halago que le ofrecía la Iglesia de un porvenir inmediato; todo ésto se combinaba para contener sus deseos. Pero las ense-

ñanzas de Marcos Pérez le sonaban continuamente en los oídos, las palabras del gran liberal Juárez lo atraían y la vida libre del Instituto y de sus estudiantes, lo llamaban también con sus múltiples manos. Esa noche tuvo lugar en la mente del joven la lucha más terrible de su vida, lucha que, aunque entonces lo ignoraba, era una batalla que significaba para su país infinitamente más que lo que significaba para él mismo. Pues Porfirio Díaz con su resolución, su espíritu poderoso, su ambición, su habilidad para manejar sus ideas y llevarlas á la práctica en los momentos de gran emergencia, hubiera llegado á los más altos puestos cualquiera que hubiera sido su carrera en el mundo. Enteramente solo, luchó Porfirio Díaz en su primer gran batalla de la vida; y la ganó, como ganó después grandes combates en las situaciones más desesperadas. Sin embargo, de todas las batallas en que ha sido victorioso, sobre ninguna han dependido tan grandes consecuencias, como sobre esta primera en que luchó solo y en el silencio de su cuarto, aquella noche de la distribución de premios en el Instituto al finalizar el año de 1849.

Pero si bien la batalla se podía dar por ganada, no había aún terminado, pues cuando informó á su madre de la resolución que había tomado de abandonar el Seminario y los estudios para el sacerdocio, fué recibido con una tormenta de protestas, como era de esperarse de una madre amante y ansiosa por el porvenir sus hijos. Le hizo notar que estaba deliberadamente haciendo á un lado su porvenir, y sobre todo la amistad del obispo y de los poderosos partidarios de la Iglesia en su Estado natal, quienes habían sido siempre amigos de la familia Díaz.

Como es natural, el obispo tuvo también algo que decir. Reiteró una y otra vez las ventajas que el joven deliberadamente perdía, y lo amenazó con retirarle su auxilio y su amistad si persistía en abandonar la carrera eclesiástica y entraba en el Instituto, el cual miraba, y con razón, como enteramente antagónico á

todo lo que se enseñaba en el Seminario, y á todas las ambiciones de la Iglesia y á sus múltiples intereses.

La cólera del obispo no afectó tanto á Porfirio como el evidente pesar que su decisión causó á su madre y las abundantes lágrimas que ella derramó con ocasión de la tormentosa entrevista. Estas lágrimas hicieron más para debilitar su resolución, que todos los otros factores combinados en trabajar contra su idea de cambiar su derrotero en la vida. Por de pronto, prometió á su madre, que aunque su mente lo impulsaba á dejar el Seminario, á abandonar la carrera eclesiástica y á entrar al Instituto como estudiante de derecho, sin embargo, no haría nada que pudiera desagradarla ó lastimar sus sentimientos, y que si ella persistía, continuaría él, como hasta entonces, en el Seminario. Doña Petrona, sea dicho para su merecida alabanza, inmediatamente decidió permitir á su hijo que siguiera el camino que aparentemente buscaba con tanto ardor: y tomó esta determinación con voluntad fuerte. Por ese tiempo acababa de recibir una pequeña cantidad de dinero, último pago de la venta de una pequeña propiedad, venta que había hecho algún tiempo antes, é insistió en que el joven tomara ese dinero para proveerse de los libros de texto de su primer año en la Escuela de Derecho del Instituto. Cuando Porfirio, al principio, rehusaba este ofrecimiento, ella le dijo: "Tómalo, es lo único que queda de lo que te dejó tu padre."

Este dinero, en realidad, le era indispensable para comprar sus libros, pues el obispo, al saber la decisión de Porfirio, retiróle toda su protección y auxilios, trató al joven desde entonces como á un desconocido y le pidió le devolviera los libros de texto que le había prestado para continuar sus estudios en el Seminario. Esto era muy natural, pues en esos días no había, ni en el Estado de Oaxaca ni en ninguna otra parte de México, espíritu alguno de tolerancia; así es, que cuando Porfirio Díaz se separó del partido de la Iglesia, y se identificó, aunque simplemente, en calidad de estudiante, con los liberales, perdió com-



Palmeras de Coco, Estado de Oaxaca.

pletamente la simpatía de todos aquellos que anteriormente estaban dispuestos á prestarle ayuda y protección. Pero se encontró con buenos amigos en el Instituto; y sobre todo, allí sus ideas liberales se desarrollaron y comenzó á ver la vida como realmente era en México. Los estudios que había hecho previamente en el Seminario le sirvieron de mucho; pues como había estudiado detenidamente las miras del partido de la Iglesia, estaba en muy buenas condiciones para poder comparar las aspiraciones de uno y otro partido. La doble educación que obtuvo en estas dos escuelas, le ha servido mucho desde entonces y le ha dado tal penetración acerca de los sentimientos que gobiernan los dos partidos políticos militantes de México, como pocos hombres, si alguno, han poseído. Este conocimiento profundo de las condiciones políticas, sociológicas y religiosas de México, lo han hecho más liberal que Juárez, que estaba cohibido, hasta cierto grado, por estrechez de ideas, lo que debe atribuírse principalmente á su ascendencia zapoteca y á aquel sentimiento innato del indio que siempre lo impele hacia un partido ó creencias con tal intensidad y tenacidad, que destruyen la rectitud en el juicio acerca de las aspiraciones y honradez del partido de oposición. Juárez pudo rodearse y se rodeó de sus correligionarios; pero nunca le fué posible aplacar á sus opositores, ni fué suficientemente liberal para procurar atraérselos. Tenía doce años cuando comenzó á aprender el castellano y á hacer conocimiento de los sutiles dogmas de la Iglesia. El indio es siempre más politeista que deista. Y Juárez conservó hasta el final mucho del carácter del indio en sus manifestaciones. Cuando se separó del partido de la Iglesia no quiso ya nada de ella; lo dominó la fuerte tendencia de su raza; y mientras que nominalmente se creía católico, los lazos que lo unían á la Iglesia no le impidieron darle tan duro como pudo en la lucha que siguió entre liberales y conservadores. Juárez, el indio zapoteca, con su perseverancia testaruda y las tendencias politeistas de su raza, que lo ligaban á la

Iglesia solamente por lazos doctrinales, estaba mejor preparado para entablar la lucha por la reforma que cualquier otro hombre de raza española lo hubiera estado; pues como el indio, que cambia su santo patrono cuando se traslada de una villa á otra, como sus antecesores cambiaban con frecuencia sus dioses familiares y adoptaban de tarde en cuando las divinidades de los pueblos que conquistaban, Juárez se sacudió las enseñanzas acerca de la infalibilidad de la Iglesia, cuando se colocó el manto del partido liberal. Sin embargo, á su modo, siempre fué profundamente religioso; y habla en el tono exaltado del profeta de antaño, en su manifiesto justificando la ejecución de Maximiliano, aunque él mismo, Juárez, se mantenía peleando como la batalla de su vida, la batalla de su pueblo contra el partido de la Iglesia como firmemente lo creía. Las palabras conque principia su manifiesto son:

"Caiga el pueblo mexicano de rodillas, ante Dios, que se ha dignado coronar nuestras armas con el triunfo.

"Gracias á Su Divina voluntad nos ha sido concedido recuperar el tesoro inestimable de nuestra independencia.

"Ha afligido al extranjero que nos oprimía y ultrajaba lleno de soberbia.

"Ha afirmado en su santo lugar á este su pueblo.

"Porque Aquél mismo que tiene en los cielos su morada, es el visitador de nuestra patria, que hiere y mata á los que vienen de intento á hacernos mal.

"El sólo excelente, el sólo justo y todopoderoso y tierno, es el que ha dispersado las naciones que, como buitres, cayeron sobre México, el que permitió después, que nuestras virtudes, apagadas con las lavas del volcán de nuestras discordias intestinas, reapareciesen en el crisol de reveses espantosos, para purificar nuestros hogares, para hacernos más dignos de sus premios y coronas y para que sepan los monarcas que el mismo que libró á Israel de todo mal,



Día de Fiesta en México.

es el Dios que santifica y guarda la porción de Anáhuac."

Así es como habla el Indio Zapoteca. Es el espíritu del dios de la guerra de sus antecesores. Ha arrojado á los vientos las doctrinas de la Iglesia Cristiana. Es el mismo indio que ofreció sacrificios humanos ante el altar de Huitzilopochtli, bajo cualquier nombre que haya sido conocido en toda la tierra mexicana. A Juárez lo impresionaba el Antiguo Testamento con toda la fe heróica y ciega de un pueblo escogido, y lo impresionaba como la voz de sus antecesores zapotecas que le hablaban de las grandezas sepultadas del pasado. En los momentos de grandes pruebas, siempre su temperamento indio dominaba, y nunca le impresionó la virtud cristiana del perdón. En esto consistía su grandeza, pues lo hizo el azote del partido de la Iglesia. Era el hombre llamado á hacer el trabajo que la época puso en sus manos. Pero como le sucedió al gran campeón y sabio hebreo, no le fué concedido construir el hermoso templo que había proyectado; pues su educación, sus característicos de raza y su extremismo, lo incapacitaban para la tarea, la que fué encargada por la Divina Providencia, que él tanto veneraba, en manos de otro hombre. Y ese hombre fué Porfirio Díaz, cuyos estudios, asociaciones y educación de familia, y sobre todo sus característicos de raza, habían templado su vida haciéndolo capaz de mantener el equilibrio de los partidos y credos, para hacer surgir orden del cáos y acercar á su estandarte á aquellos que ni Juárez ni Lerdo pudieron atraer, y trabajar con ellos para el bien público y la unidad y progreso de la Nación.

El resultado de la resolución de Porfirio de salirse del Seminario, abandonar sus estudios de teología y entrar al Instituto, se comprenderá mejor copiando sus propias y textuales palabras:

"El señor Domínguez se molestó mucho con mi determinación, y le dijo á mi madre que retiraría todos sus ofrecimientos de ayuda que antes me había hecho; que no tendría nada que hacer con el pasado;

que podía yo escoger la carrera que me pluguiera; pero que si no era la de la Iglesia, que no me volvería á ver jamás. Pero la indignación del obispo no paró en ésto. Dijo que yo estaba perdido, que me había prostituído, y pidió que se le dovolvieran los libros que me había prestado para mis estudios de teología.

"Mi madre estaba muy afligida, y me miraba con tristeza, como á un muchacho que estaba irremisiblemente perdido. Cuando ví que lloraba y sufría muchísimo á causa de la resolución que yo había tomado, le dije que había cambiado de parecer y que haría lo que ella ordenara. Ocultanto sus sentimientos tanto como pudo, y dándome una prueba de su abnegación, me indicó, que á causa del estado actual de nuestras circunstancias, me encontraría con graves dificultades si no seguía la carrera eclesiástica; pues en tal caso, perdería la capellanía que me habían ofrecido y la beca que me iban á dar en el Seminario y en la categoría de San Bartolo, que eran de lo más deseado, todo lo cual sería una gran pérdida tanto para mí como para ella. Sin embargo, á pesar de todo esto, me animó á que siguiera la carrera que fuera más de mi agrado, y cuando finalmente, me decidí por el Instituto, mi madre se hizo cargo de comunicar al señor Domínguez mi resolución, pues yo tenía mucho temor de hacerlo."

Este relato, hecho con tanta sencillez por el mismo don Porfirio, muestra claramente la actitud desinteresada de doña Petrona hacia los miembros de su familia, y su constante ansiedad en procurar el porvenir de sus hijos. Sin duda alguna fué motivo de gran decepción para ella que su hijo mayor hubiera decidido no seguir la carrera que ella misma y su padrino y protector le habían escogido; pero en medio de la amargura de su decepción, tuvo suficie te sabiduría para reconocer, que el porvenir del joven no podía asegurarse, sino permitiéndole seguir sus inclinaciones, que eran las indicaciones más claras de las aptitudes conque la naturaleza lo había dotado.






Costumbes Mexicanas.

En cuanto al canónigo Domínguez, cumplió su palabra y desde ese día dejó de ser el amigo y protector de Porfirio Díaz. Al separarse, cada cual siguió su propia senda hacia un destino más elevado. El joven, á quien él había declarado perdido y á quien acusaba de haberse prostituído, llegó á ser el héroe mexicano más grandes de sus días, el salvador de su país y el Presidente regenerador de una Nación, mientras que el canónigo, llegó á ser Arzobispo de Oaxaca y todo poderoso en los asuntos religiosos de su Estado. El hombre y el joven, de acuerdo con sus perspectivas de la vida, trabajaron con empeño y ambos llegaron á la meta, aprovechándose cada cual, de las enseñanzas que la misma vida les proporcionó.

CAPITULO VI.

Una aventura peligrosa.

Mientras Porfirio estudiaba la carrera de Jurisprudencia, tuvo lugar un cambio completo de Gobierno. En 1851 había sido electo Presidente Mariano Arista y se vió obligado á renunciar su alto puesto en 1853. En el mes de Abril del mismo año Santa Ana fué electo Presidente de la República por una gran mayoría de votos. Aunque lanzó una proclama ofreciendo perdonar todas las ofensas políticas pasadas y se abrigaban grandes esperanzas de que habían terminado las dificultades políticas del país; este sentimiento de seguridad de parte del público no fué de larga duración; pues pronto comenzó Santa Ana á mostrar desagradablemente su autoridad. Envanecido con motivo de la gran recepción que le hicieron al regresar al país después de su voluntario destierro, y con las muestras de simpatía que recibió de sus partidarios y amigos, quienes le manifestaban que él era el único hombre que podía salvar al país de la situación en que se encontraba; tomó, al efecto, la resolución de proclamarse dictador. Desde luego se afilió al partido reaccionario, con lo cual disgustó sobremanera á los liberales, entre quienes se encontraban muchos que le dieron la bienvenida. Como resultado natural, pronto estalló una revolución en todo el país, lo que obligó á Santa Ana á emprender una campaña dirigida especialmente contra los elementos liberales, pues consideraba á todos los miembros de este partido como sus enemigos y en tal virtud se propuso acabar con ellos.

Era costumbre darle al Presidente el título de excelencia, pero los conservadores, que comenzaron á ver en Santa Ana á su campeón contra los liberales, no les pareció suficiente este título y sugirieron que el de "Alteza Serenísima" sería más apropiado para

un hombre de tan relevante talento y tanta habilidad como gobernante. Tanto el ejército como sus partidarios lo proclamaron "Salvador de México" y hasta le dieron el grado de Capitán General, y no faltó quien propusiera que se le proclamara emperador.

Como es natural, todo esto desagradaba á los liberales, quienes eran, por lo menos en teoría, republicanos de corazón. Y por consiguiente, Santa Ana, con sus tendencias imperialistas, su amor al poder absoluto y á la adulación, era instintivamente antagonista á toda idea de verdadero republicanismo.

Además, su carácter vengativo y su sistema de mantener al pueblo alejado de los asuntos políticos, contribuyeron á que se empeñara en una terrible campaña contra el elemento liberal del país, y si bien no tenía una causa fundada para ello, muy pronto la encontró. Accediendo al plan de Guadalajara que él mismo había inspirado, y á instancias de sus aduladores, dió un decreto el diez y seis de Diciembre de 1853 proclamando su dictadura por tiempo indefinido, lo cual causó gran excitación y una tormenta de protestas de parte de los liberales.

Antes de la promulgación de este decreto, Juárez había sido desterrado, el veintisiete del mes de Mayo, habiendo sido arrestado Marcos Pérez, profesor de Derecho en el Instituto de Oaxaca y buen amigo del estudiante de leyes Porfirio Díaz. El veintitrés de Octubre fué puesto en prisión en la torre del convento de Santo Domingo, acusado de promover y fomentar la revolución contra el Gobierno constituído. Había realmente datos fundados para la acusación, pues se había descubierto correspondencia escrita en clave que le enviaban los revolucionarios, y se había probado su conexión con los mismos.

Marcos Pérez era, como hemos dicho, amigo íntimo del joven Porfirio Díaz, estudiante de Jurisprudencia en el Instituto, y fué él quien sugirió al joven estudiante la idea de que se saliera del Seminario Pontificio y no siguiera la carrera del sacerdocio, sino que mejor se dedicara al estudio de la abogacía

en el Instituto de Ciencias. El carácter y aptitudes del muchacho agradaron mucho á Pérez, quien procuró ayudar á Porfirio durante sus estudios, dándole un puesto en su oficina como pasante de leyes. Llegó á tener mucho afecto por su discípulo, y éste retornó con creces las pruebas de amistad del abogado, como se verá más adelante.

Sucedió que Porfirio tuvo por esos días que cobrar la renta de la casa ocupada por el Coronel Pascual León, Agente del Ministerio Público, y á cuyo cargo estaba el asunto de Marcos Pérez y de otros conspiradores. Esta casa pertenecía al cura Francisco Pardo, que era tío de los muchachos Díaz. Con frecuencia sucedía que cuando iba Porfirio á cobrar la renta de la casa cada mes, permanecía por algún tiempo solo en la oficina del Coronel, quien no se preocupaba de matener bajo de llave los asuntos de importancia que tenía encomendados. En esta oportunidad á que nos referimos, tuvo Porfirio que esperar en la oficina al Coronel más tiempo aun que de costumbre, y para entretenerse, comenzó á hojear algunos papeles y documentos legales que estaban sobre una mesa. Dió la casualidad que entre estos papeles estaba la causa que se le seguía á Marcos Pérez por conspiración, y como Porfirio tenía gran interés porque su amigo saliera bien de tal acusación, se informó detalladamente del proceso con la idea de comunicar á Pérez los cargos que se le imputaban. Cuando hubo terminado la lectura, realizó la importancia de la información que por una feliz casualidad había llegado á sus manos; dicho documento manifestaba claramente y en detalle que el Gobierno era poseedor de los planes de los revolucionarios. Comprendió Díaz la urgente necesidad que había de que Pérez supiera las acusaciones que formulaban en su contra el Agente del Ministerio Público, para que así, cuando fuera interrogado, no admitiera bajo ningún concepto cargos que necesitaban de su confesión para que constituyeran prueba legal, y sobre todo, informarle de las declaraciones de los otros acusados ó de las confesio-



Tipos de Indios del Estado de Oaxaca.

nes que se les había obligado á hacer valiéndose de la intimidación.

El convento de Santo Domingo es, en su clase, uno de los más grandes del mundo: costó su fabricación $13.000.000 en tiempos en que era relativamente barata la construcción de edificios. Dentro de este famoso convento había una prisión especial para los frailes conocida con el nombre de "La Torre Pequeña;" y era aquí donde se encontraba preso Marcos Pérez. Aunque las paredes de la torre eran muy anchas y de construcción muy sólida, el espacio que encerraban y que constituía la prisión era bastante reducido, pues sólo medía siete piés de ancho por diez de largo. Dicha prisión tenía una ventana colocada muy arriba del piso y que daba al patio de la sacristía de la iglesia, y una puerta que salía á un estrecho y bien cerrado corredor. De modo que la única manera de comunicarse con Pérez era por la ventana, la cual estaba á una altura de ochenta piés del patio, sin haber ninguna posibilidad de subir hasta allí por ser la pared completamente lisa.

Porfirio Díaz juzgó que era de imperiosa necesidad que se comunicara con Pérez y se resolvió á lograrlo á toda costa, no obstante los insuperables obstáculos que se presentaban, y procedió sin pérdida de tiempo á llevar á cabo su peligrosa empresa.

Afortunadamente después que Porfirio hizo aquel valioso hallazgo de los papeles de la causa de Pérez, las noches eran completamente obscuras, pues la luna estaba en conjunción en esos días; por lo cual se decidió á aprovechar esta circunstancia favorable esa misma noche para hablar con Pérez. Pero Porfirio necesitaba de un colaborador para que lo ayudara en esta peligrosa aventura, y escogió á su hermano Félix, que había sido siempre su constante compañero tanto en sus excursiones por todo el país como en el gimnasio que había establecido en su casa algunos años atrás. Félix con la mejor voluntad se comprometió á ayudar á su hermano, y los dos jóvenes hicieron el mismo día los preparativos indispensables para lle-

var á cabo su empresa. Se proveyeron de trajes oscuros para ser así menos visibles en la oscuridad de la noche, consiguieron una cuerda larga y fuerte, y llegada la hora se dirigieron al convento, el cual estaba en ese entonces rodeado por una cerca alta. Dentro había un huerto que estaba situado entre el convento y una pared de cerca de trece pies de altura. Los jóvenes pasaron sin dificultad estos primeros obstáculos, caminando con mucha cautela para evitar que los centinelas que suponían ellos que estaban guardando la prisión por fuera se apercibieran de su presencia, pero afortunadamente no había ninguno, por considerarse suficientemente alta la pared, á lo que se agregaba para mayor seguridad, los fuertes muros de la iglesia que se elevaban á una altura de 80 piés. Estos muros tenían una que otra proyección á lo largo de su altura, lo que fué de gran utilidad á los intrépidos aventureros.

La primera noche se introdujeron en el huerto, y lo exploraron para averiguar si se quedaban allí centinelas; y encontrando que no había ninguno, escalaron de nuevo el gran muro de piedra, y caminaron á lo largo de él protegidos por las sombras de la noche. De este modo llegaron al techo de la panadería del convento. Los panaderos estaban trabajando y al mismo tiempo silbaban y cantaban, de suerte que no había mucho peligro de que fueran oídos los atrevidos jóvenes. Siguieron su camino sobre el techo de la panadería hacia el de la cocina, el cual era considerablemente más alto, siendo el salto más grande que teníau que franquear. Para ello se aprovecharon del muro del jardín, el cual salvaba la mitad de la distancia. Como ya era media noche, los cocineros y asistentes, que dormían en la cocina, estaban ya descansando. Pasando de un edificio á otro llegaron á la parte más alta del techo de los varios edificios, los cuales eran como se comprenderá, un conjunto de construcciones unidas unas á otras. Para llegar á este lugar tuvieron varias veces que utilizar la cuerda que llevaban, la cual lanzaban sobre alguna pro-

yección donde quedaba asegurada, y Félix la sostenía de una punta mientras Porfirio ascendía; luego este último á su turno sostenía desde arriba la cuerda para que su hermano subiera. En algunos lugares en la que la altura no era muy grande, lograban subir parándose el uno en los hombros del otro.

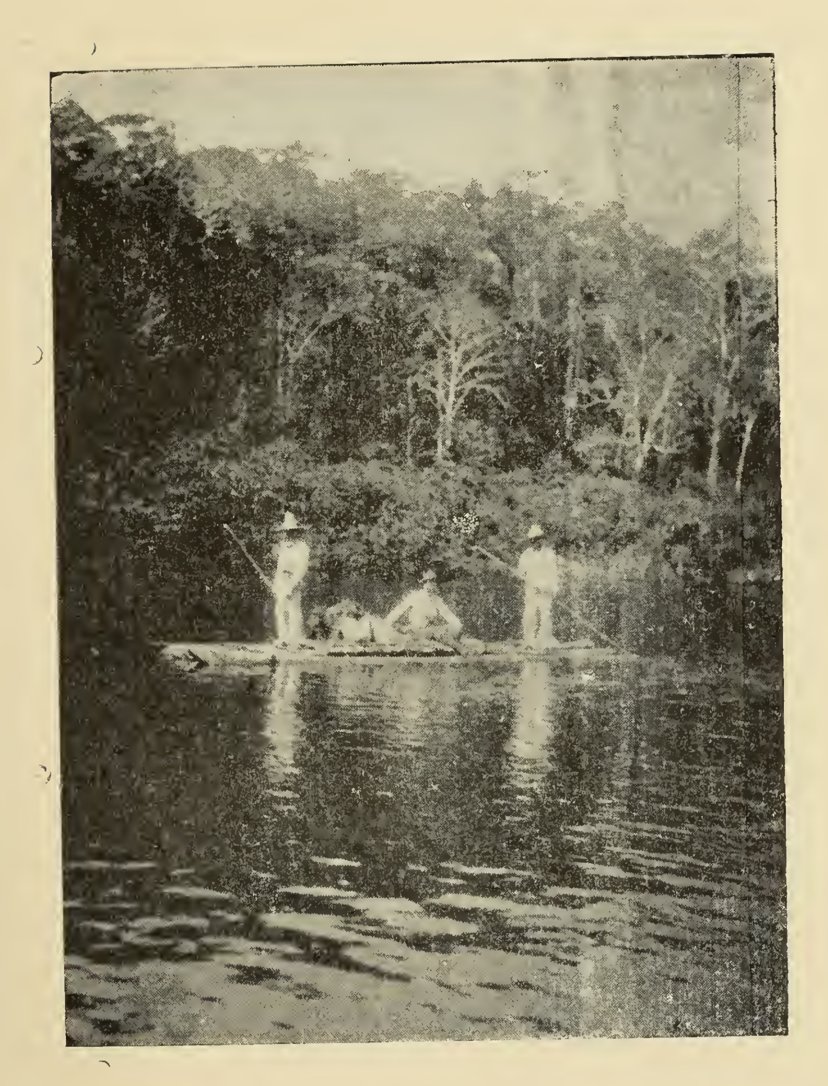
Prosiguieron su marcha por los techos procurando descubrir en el silencio y obscuridad de la noche el lugar donde estaban apostados los centinelas; daban unos pocos pasos y se detenían, y aún se acostaban en el techo para evitar ser vistos. Por fin llegaron los muchachos á la "Torrecilla," que servía de prisión á Marcos Pérez. Esta última parte del camino fué muy difícil por los muchos centinelas que habían por esa vecindad.

Todavía faltaba la parte más arriesgada de la aventura nocturna: no se podía llegar á la ventana de la torre sino por medio de una cuerda que colgara desde la parte más alta de la misma, que era donde se encontraban los jóvenes. Para lograrlo, uno de ellos asió fuertemente la cuerda, que estaba además asegurada en una de las proyecciones que allí habían, y el otro descendió con la destreza de un marinero hasta llegar á la ventana, donde pudo descansar los piés sobre el dintel y sujetarse de las barras de hierro de la misma, y así aliviar á su hermano del peso de su cuerpo, y también lograr mayor seguridad, pues se encontraba á una altura de setenta piés del patio.

Después de tanto peligro como al que se expusieron para llegar á la ventana, se encontraron conque estaba cerrada, y no hubo modo de comunicarse con Marcos Pérez esa noche. Pero los muchachos habían descubierto ya el modo de llegar á la torre, é informándose de los lugares donde estaban situados los centinelas, todo lo cual facilitaría grandemente su próxima excursión, que tuvo lugar el día siguiente. Después de esta noche volvieron tres distintas veces y en todas ellas consiguieron hablar con Pérez, pero no sin exponerse á gran peligro, pues la puerta de la torre que daba al corredor, estaba provista de un pos-

tigo á través del cual podía el centinela ver al prisionero. Este postigo estaba situado bastante bajo y la ventana por la cual Porfirio se comunicaba con Marcos Pérez estaba á considerable altura del piso de la prisión; por cuya razón el primero podía fácilmente ver cuando el centinela metía la cara en el postigo, y podía balancearse hacia un lado antes de que el último tuviera tiempo de verlo. Pero en esos momentos tenía que mantenerse suspendido en el aire á una altura vertiginosa sobre el patio, que estaba pavimentado de piedra. Por supuesto, como los medios de comunicación entre el centinela y el prisioro eran tan incómodos, á causa de estar el postigo tan bajo que el primero tenía que agacharse para poder ver á través de él, el tiempo que tenía Porfirio que mantenerse suspendido era generalmente corto. Pero mientras duraba, era bastante molesto, tanto para él como para su hermano, que tenía que sostener su peso desde arriba. Sin embargo, la posición relativa que guardaban la puerta y la ventana, distantes solamente unos pocos pies una de otra, hacía que la ventana estuviera prácticamente arriba de la puerta, aunque estaban en lados contiguos de la torre, y esta circunstancia hacía aún más difícil al centinela lograr una buena vista de la ventana, y disminuía en mucho el peligro de que Porfirio pudiera ser descubierto por aquél. Si las cosas no hubieran estado arregladas de este modo, su posición hubiera sido de lo más peligrosa, pues había estacionada en el corredor una guardia compuesta de cincuenta granaderos, los cuales hubieran podido ser llamados inmediatamente, y podían haber caído sobre los muchachos antes de que el uno hubiera podido enarbolar al otro al techo.

Esta aventura, emprendida con todo el entusiasmo juvenil de los dos muchachos, y en la cual se exponían á perder la vida por ayudar en su desgracia á su mejor amigo, da á conocer claramente el carácter de Porfirio Díaz y de su hermano Félix, quienes tanto en ésta como en otras ocasiones, probaron no cono-



Cruzando un Río.

cer lo que es temor, pero al mismo tiempo manifestaron cautela, cuidado y estrategia; pues la aventura estuvo muy bien arreglada y ejecutada, y previendo los medios de que se tendrían que valer para escapar desde el techo del convento á la calle, en el caso desgraciado que hubieran sido descubiertos. Gracias á la información que Porfirio comunicó á Marcos Pérez, sus acusadores no pudieron probarle conclusivamente que había tomado parte en el plan revolucionario. Y es casi seguro que esto salvó la vida á Pérez, porque aunque el tribunal tenía la convicción de que él era uno de los promotores de la insurrección, que había ya principiado en el Estado de Oaxaca, no era suficiente la evidencia para condenarlo á pena de muerte como conspirador. Sin embargo, para estar seguro el Gobierno de que no tomaría parte en el movimiento revolucionario, lo envió á una prisión militar á Tehuacán.

La revolución continuó creciendo y la oposición de los liberales llegó á ser más pronunciada conforme Santa Ana mostraba mayores tendencias conservadoras y mayores deseos de ejercer el poder dictatorial. Corrió el rumor por todo el país de que el Presidente había determinado darse el título de emperador, y que para facilitar su proyecto había prometido conceder al partido de la Iglesia todo lo que pedía. Semejante cosa, por supuesto, significaba la destrucción completa del partido liberal, y como aseguraban estos últimos, la desaparición del sol de la libertad. Ocurrieron levantamientos en varias partes del país, y los jefes liberales que no eran suficientemente fuertes para sostenerse contra el Gobierno en los campos de batalla, se refugiaron en las montañas, de donde descendían con frecuencia á asolar las comarcas vecinas que reconocían la autoridad de Santa Ana.

CAPITULO VII.

Porfirio Díaz se une á los revolucionarios

Después de haber sido Santa Ana Presidente de la República en varias ocasiones, cuando se concluyó la guerra americana se ausentó del país en destierro voluntario por espacio de seis años. Durante este período el país se había matenido en el desórden acostumbrado y en luchas intestinas, debido á lo cual la situación se hacía casi insosenible. Parecía no encontrarse por ningún lado un hombre capaz para tomar el mando y asumir las responsabilidades de la situación y muchos comenzaron á pensar en el desterrado ex-presidente como el único hombre que podía hacer frente á tal estado de cosas. Los amigos de Santa Ana defendieron su causa con ardor, de tal modo que en las elecciones presidenciales que tuvieron lugar á principios del año de 1853 el voto popular lo favoreció con una mayoría inmensa.

Y así Santa Ana fué llamado para tomar posesión del alto cargo que la Nación le confiaba, y el 1° de Abril del mismo año desembarcó de regreso á su patria en el puerto de Veracruz.

Su gran popularidad se hizo muy manifiesta en todo el país, especialmente en las comarcas de la costa donde desembarcó y en la capital. Con su elección sentían los ciudadanos respirar un ambiente de libertad, y tenían esperanzas de que el hombre que había tomado las riendas del poder traería á México la paz y el adelanto. Fueron olvidados sus errores y desatinos de su pasada administración, y sólo se manifestaban las mayores esperanzas de que su gobierno sería próspero y feliz para la nación entera: todos se encontraban dispuestos á gozar de la deseada tranquilidad y dedicarse á sus negocios y ocupaciones sin temor de que volvieran otra vez los disturbios políticos. Por todos lados se veía la mejor voluntad para

apoyar al Presidente Santa Ana; el pueblo le dió la más calurosa bienvenida, habiendo sido recibido y aclamado como un general romano victorioso al llegar á la capital de los dominios latinos. El pueblo olvidó todas sus faltas, olvidó su orgullo, sus extravagancias, su discipación, el derroche de los fondos del erario, su descuido en hacer cumplir las leyes fundamentales de la República y finalmente su egoísmo supremo. Todo el mundo anhelaba la paz, porque sólo así podía recobrarse el país de la penosa situación financiera porque atravesaba. El completo estado de anarquía, producido por las inacabables contiendas civiles, tenía cansado al pueblo, por lo cual todos deseaban que volviera á entrar la nación á una era de progreso, paz y prosperidad, y era lo que esperaba de la elección del nuevo Presidente.

Si Santa Ana hubiera sido un Porfirio Díaz, se habría aprovechado de estas magníficas oportunidades que se le presentaron para engrandecer el país; pero ésto no se logró sino hasta un cuarto de siglo más tarde, porque Santa Ana no era sino un verdadero actor; su carrera tenía mucho de cómico: era hombre de carácter vano y superficial, amante de la ostentación y poseído de tanto egoísmo que no era posible que pudiera llegar á ser un verdadero patriota, capaz de sacrificarse por el bien de su país, que era lo que México necesitaba urgentemente en las difíciles circunstancias porque atravesaba. Necesitaba la nación de una mano firme é inflexible en promover los intereses de la paz á toda costa. Para lograr ésto será indispensable tener á la cabeza de la nación á un hombre de criterio amplio que pudiera mantenerse muy por encima de la tormenta de pequeñeces y prejuicios que lo rodeaban; que pudiera conciliar las facciones opuestas, que pudiera hacer amigos de los hombres más distinguidos de todos los partidos, y finalmente,que pudiera hacer surgir el orden del cáos é inspirar confianza en la habilidad de la administración para cumplir su misión verdadera y defender la justicia y la equidad con manifiesto patriotismo.

No era hombre Santa Ana para semejante tarea. No obstante haber prometido cuando entró á la capital, que serían olvidadas todas las ofensas políticas anteriores y que trabajaría con todo empeño por el bien del país, apenas se vió instalado como Presidente cuando comenzó á manifestar su desordenada ambición por el poder autocrático. Aunque fué electo para Presidente de la República y para trabajar por el bien de todos sus ciudadanos sin distinción de credos religiosos y políticos, se declaró en favor del partido conservador, cuya política tendía á la concentración del poder en la capital. Este paso dado por Santa Ana vino como consecuencia de su desordenada ambición y de las alabanzas de los aduladores. Pronto comenzó á considerarse á sí mismo como el salvador del país, á fuerza de oírlo repetir en el círculo de partidarios que lo rodeaba. Asumió el título de "Alteza Serenísima" y con el título el poder absoluto como dictador; y para poder sostenerse en esta posición, lanzó una proclama ordenando que el ejército fuera aumentado á 91,500 hombres, de los cuales 20,500 formarían las tropas regulares y el resto la milicia. El plan era incluir en la milicia todos los regimientos de los Estados, los cuales, de este modo caerían bajo el control directo de la autoridad central. Esto daría al Presidente la dirección é inspección del ejército en toda la República. Este plan hubiera sido de excelentes resultados si las intenciones del Presidente hubieran sido las de cimentar la paz, prosperidad y progreso de la nación. Pero la intriga y el desacierto nacieron con la misma constitución de Santa Ana y mientras se creía que trabajaba por el bien y adelanto de su patria, su principal idea no era otra sino la de proclamarse dictador absoluto, siendo á este fin á lo que tendían todos sus esfuerzos. Dispuso á su capricho de las autoridades municipales donde quiera que pudo hacerlo, lo que sucedía siempre en las pequeñas villas y poblaciones; y nombró para estos cargos á personas de su entera confianza, y de quienes tenía completa seguridad de que le eran



México Tropical.

adictos. El que deseaba un nombramiento de esta naturaleza ó para cualquier otro empleo público, debía manifestar su completa adhesión á la causa del Presidente. Por lo general, el gobierno que estableció fué de carácter militar, pues tanto los gobernadores de los Estados como los jefes inferiores en autoridad política, eran escogidos entre el elemento militar, el cual siempre había sido más ó menos adicto á Santa Ana, aun durante el tiempo en que éste estuvo en el destierro.

La orden de concentración en el mando de las milicias abrió un ancho campo para empleos, los que fueron dados por el Presidente como un obsequio á sus partidarios y amigos en toda la República, quedando por lo tanto más asegurada su estabilidad en la presidencia. Esta combinación en otras manos hubiera sido de resultados excelentes, pues hubiera asegurado la paz y así evitado la intervención francesa y el imperio de Maximiliano. Pero no era él hombre que poseyera suficiente criterio para poder abarcar las posibilidades que tenía delante, y reunir en un todo homogéneo y útil los poderosos elementos de las varias facciones é intereses encontrados que habían mantenido á México en una agitación continua de levantamientos políticos y anarquía civil durante tantos años. Insistía él en que se tratara tanto á su persona como al alto puesto que ocupaba con la mayor deferencia, y exigía obediencia ciega á su menor mandato ó deseo. Su conducta altanera y su menosprecio á las leyes y á la constitución, lo mismo que el acto de haber asumido poderes dictatoriales, dieron origen á innumerables enemigos de su administración, que no descansarían sino hasta hacerla desaparecer.

El diez y seis de Diciembre de 1853 Santa Ana se confirió á sí mismo el título de "Alteza Serenísima," y bajo pretexto que existían desórdenes políticos en la República y de la necesidad en que se veía el gobierno de reconcentrar las fuerzas de la nación en manos de un hombre enérgico, prolongó indefinidamen-

te el carácter de dictador con que él mismo se había investido.

Entónces los liberales, que se encontraban enteramente excluídos de la administración, se levantaron contra Santa Ana acusándolo de que intentaba proclamarse emperador, que estaba asegurando á los conservadores en el poder á expensas de los liberales, y que sobre todo, había hecho caso omiso de las leyes fundamentales de la República, proclamándose dictador contra los deseos de todo el pueblo. Como consecuencia de ésto, pronto comenzaron los levantamientos contra su gobierno por todas parte del país.

En el mes de Febrero el General Alvarez, que después llegó á ser Presidente, levantó el estandarte de la revolución en el sur, y el 1° de Marzo fué lanzada la famosa proclama de Ayutla en el Estado de Guerrero; siendo sus cláusulas principales, la destitución del dictador, la convocación á un congreso para formar una nueva constitución y el nombramiento de los representantes para dicho congreso, por elección popular.

La idea revolucionaria cundió rápidamente por los Estados de Oaxaca y Guerrero, y el once del mismo mes, la guarnición de Acapulco se pronunció en favor del plan de Ayutla, al mando del Coronel Ignacio Comonfort, que había sido colector de la Aduana de ese puerto. Dicho Coronel fué uno de los que fueron destituídos por Santa Ana, para dar empleo á sus amigos y partidarios.

Como la revolución había tomado gran incremento, Santa Ana se vió obligado á ponerse en campaña, y á la cabeza de 7,000 hombres se dirigió hacia el foco principal de los revoltosos en el Estado de Guerrero. En el trayecto de su marcha á Acapulco obtuvo algunas victorias y finalmente puso sitio á la ciudad y puerto; pero se vió obligado á retirarse sin haber tomado dicho lugar. Sin embargo, el éxito que había tenido en lo general, influyó para impedir que se extendiera el movimiento revolucionario hacia el norte y el este del país.

Con el fin de calmar el sentimiento general que había contra la dictadura, emitió una proclama convocando al pueblo para nuevas elecciones presidenciales, para que así la mayoría decidiera si debía quedarse él en el puesto ó dejar á otro ocupar la presidencia de la República. Tuvieron efecto las elecciones, y aunque el dictador quiso mostrar su imparcialidad ostensiblemente, las personas designadas para recibir los votos eran sus amigos y partidarios, y bajo el pretexto de que hubiera orden en las votaciones, puso guardias en todas las mesas electorales á efecto de atemorizar á los que pretendieran votar en su contra. El resultado fué como se esperaba: Santa Ana tuvo completa mayoría de votos; pero en esta ocasión en vez de agradar al pueblo dicho triunfo, se manifestó entre la generalidad de la gente gran efervescencia en los ánimos y se comprendió que no podía esperarse otra cosa sino doblez de parte de Santa Ana.

Fué durante este período de la reelección de Santa Ana que apareció Porfirio Díaz en el horizonte político de México, del cual no se ha apartado desde entonces.

En Oaxaca como en otros lugares de la República, dió orden Santa Ana que los votos deberían ser recibidos por las autoridades locales, cuya presencia solamente era suficiente para impedir que se votara contra el partido imperante. Pero Santa Ana no se confiaba tan sólo en estas medidas, sino que dió instrucciones secretas por medio del Ministro del Interior á todos los Gobernadores de los Estados, para que éstos hicieran toda clase de esfuerzos á efecto de que triunfara la reelección. Como el sistema de votar consistía en escribir el nombre del votante en un libro á presencia de los excrutinadores, era casi imposible que nadie se quisiera exponer á dar su voto contra el Presidente que estaba en el poder.

El 1° de Diciembre de 1854, día de las elecciones, Porfirio Díaz que hacía poco se había recibido de abogado, se dirigió al Palacio del Estado por pura curiosidad, y ver cómo se efectuaba la elección. Como

no era partidario de Santa Ana ni del partido que representaba, no llevaba la menor intención de votar. Conocía bien que no sólo era inútil, sino que era peligroso votar por un candidato de oposición. Como es natural, no deseaba sacrificar su posición en la sociedad, ni sus negocios, poniéndose en oposición con las autoridades políticas de Oaxaca, sin que de ello resultara ventaja alguna.

Pero no le fué posible permanecer ahí largo tiempo como espectador indiferente, pues de acuerdo con las instrucciones del gobierno de Santa Ana, Serapio Maldonado, en su calidad de autoridad del barrio en el cual Porfirio vivía, anunció en el colegio electoral que estaba autorizado por todos los habitantes del barrio para votar por el General López de Santa Ana para la presidencia de la República. Díaz inmediatamente protestó contra este acto, insistiendo en que no se inscribiera su voto, pues no deseaba ejercer su derecho de elector. No se hizo particular objeción á ésto y el nombre de Porfirio fué borrado de la lista.

Más tarde llegaron los profesores y directores del Instituto Científico donde Porfirio había terminado su educación y todos en conjunto votaron por Santa Ana. El profesor Francisco Enciso, quien ocupaba en el Instituto la cátedra de Derecho Civil, preguntó á Porfirio si pensaba él votar, á lo que contestó éste que no deseaba hacerlo. Entónces Enciso dijo "que la gente que se abstiene de votar es únicamente por miedo." Era una indirecta á Porfirio, como tratándolo de cobarde, y ésto, á pesar de su temperamento naturalmente calmado, lo irritó vivamente. Porfirio olvidó en estos momentos las consecuencias que le podrían sobrevenir, tanto en lo que concernía á su persona como á sus negocios, y en un acto de violencia, empujando á través de la multitud que llenaba el colegio electoral, se aproximó á la mesa donde estaban sentados los excrutinadores, abrió el registro de oposición y firmó su nombre en favor del General Juan Alvarez, Jefe de los revolucionarios en contra del Gobierno de Santa Ana.

Lavaderos Públicos.

La manera de tomar los votos era la siguiente: había dos registros para la votación, el uno para los votos de Santa Ana y el otro para los del candidato de oposición. Así pues, no sólo no había el menor secreto en la votación, sino que estaba de tal modo arreglado el asunto, que el elector que votara contra Santa Ana era descubierto en el acto, y miradas de irrisión eran dirigidas hacia el votante.

Como Porfirio firmó en favor del jefe revolucionario, el General Martínez Pinillos le previno que hasta ese momento nadie había votado contra Santa Ana.

"Entonces, tengo el honor de ser el primero," dijo Porfirio á tiempo que firmaba su nombre.

Esa firma fué significativa en la vida del futuro gran caudillo militar, presidente de la República y reformador político social. Grande fué la sorpresa que causó entre los que estaban presentes, el acto de valor del joven abogado al dar su voto por el candidato de la oposición. Había arrojado el guante de desafío á los pies del mismo dictador. Pero si bien se encontraban allí los representantes de las autoridades constituídas en toda su fuerza y podían hacer lo que se les antojara, no supieron de momento exactamente qué determinación tomar, por haber sido la acción de Porfirio tan inesperada y tan fuera de lo común. Y si bien el estallido de la bomba que había arrojado en el colegio electoral, había creado confusión é inacción de pronto, era seguro que la provocación no quedaría mucho tiempo sin respuesta. Por lo cual, los amigos de Porfirio le aconsejaron salir del salón inmediatamente. Y así, mientras aún duraba la excitación, salió del edificio sin que nadie lo molestara; tan sólo quizá sintiendo en su interior el haber obrado tan festinadamente; aunque él no podía comprender en ese momento la vasta significación que ese mismo acto tendría en el curso de su vida futura.

CAPITULO VIII.

Después de las elecciones.

La acción de Porfirio, el joven y por ese entonces poco conocido abogado, de oponerse á la voluntad del General Martínez Pinillos, uno de los más furiosos defensores de Santa Ana, agregado al hecho de que había dado su voto á favor del General Alvarez, que en esos momentos estaba en abierta rebelión contra la dictadura, fué causa de gran excitación en la casilla electoral. Nadie sabía qué hacer. La constitución daba á todos los ciudadanos el derecho de votar, y la proclama del mismo Santa Ana aseguraba al pueblo de México que las elecciones serían libres y sin trabas de ninguna especie. Como hemos visto, el gobierno de Santa Ana no tenía la menor intención de cumplir las promesas halagadoras de su proclama; pero no convenía hacer ostentación del engaño y de la falta de cumplimiento de dichas promesas cuando tan recientemente se le habían hecho al pueblo. Ni convenía tampoco dejar pasar sin castigo la conducta de Porfirio Díaz; pues si tal se hiciera, su ejemplo sería seguramente imitado por otros, suficientemente audaces para cooperar, pero que nunca se atreverían á iniciar una oposición declarada contra el tirano.

Los organizadores de la farsa electoral de Santa Ana comentaban el asunto, y los electores y transeuntes lo discutían y formando corrillos en las esquinas y otros lugares, cruzaban sus opiniones; pues fué éste el único incidente excitante de estas elecciones, ya preconcebidas y en que por consiguiente reinaba la indiferencia; elecciones más ó menos parecidas á muchas que México había ya presenciado durante su corta vida independiente. Por todos lados, en los círculos oficiales, era evidente el deseo de hacer pagar caro al joven y atrevido abogado su abierta oposición

á los planes del dictador y sus partidarios en la ciudad de Oaxaca. ¿Pero cómo? Esa era la cuestión. No convenía ejercer un acto de violencia, pues podía ser calificado de arbitrario y atraer la simpatía del populacho á favor de Porfirio Díaz.

El General Martínez Pinillos era suficientemente testarudo y violento de carácter, para haber ordenado que se arrestara al joven en el acto; pero prevalecieron los consejos juiciosos de los más prudentes de sus amigos íntimos; y se le permitió á Porfirio que se retirara de la casilla electoral sin ser molestado, pero no sin haber éste casi agotado la paciencia de los hombres contra quienes pronto tendría que vérselas. Algunos de sus amigos lo acompañaron en el camino á su casa, y le advirtieron del peligro que corría si permanecía en Oaxaca. Y el mismo joven estaba convencido de que su permanencia en la ciudad le significaba arresto y prisión. Como no le convenía caer en las garras del General Martínez Pinillos, que era conocido como uno de los más ardientes secuaces de Santa Ana, y como hombre sin escrúpulos cuando se trataba de defender la política del gobierno, Porfirio decidió salir inmediatamente de Oaxaca y reunirse á una partida de revolucionarios que habían ya levantado en el Estado el estandarte de la rebelión contra el dictador.

A riesgo de interrumpir la narración, es interesante que indiquemos las acusaciones que entonces se hicieron contra Porfirio; pues ellas muestran el espíritu de intolerancia política de aquellos tiempos, y la completa falta de la idea de justicia cuando se trataba de juzgar á alguno del partido de oposición. Fué este mismo espíritu de intolerancia el que había causado la instabilidad de los gobiernos y la anarquía social y política que comenzó á manifestarse en el país tan luego como España dejó las riendas del gobierno.

El siguiente artículo, publicado con fecha 18 de Diciembre de 1854 en el "Diario Oficial," que era ór-

gano del gobierno de Santa Ana, explica los sucesos claramente:

"Durante los primeros días del presente mes, y de acuerdo con las disposiciones de la circular del 20, tuvieron lugar las elecciones generales, cuyo resultado fué exactamente como habíamos predicho en uno de nuestros números anteriores. Como 6,000 personas de los elementos más distinguidos de nuestra sociedad, votaron en favor de la reelección de su Alteza el Presidente. Muchas de las ciudades y villas vecinas han ofrecido el mismo resultado, de acuerdo con informes que hemos recibido.

"Nos informan también que dos ciudadanos dieron sus votos, uno por Juan Alvarez y otro por Juan Bautista Ceballos. Por lo que concierne al segundo, no tenemos objeción alguna que hacer, porque en estas elecciones todos tienen perfecta libertad de usar de su derecho, como y por quien más les convenga, siempre dentro de las ordenanzas de la ley. Pero referente al primero, somos de opinión, que el hecho en sí, constituye un verdadero crimen, pues aunque el reglamento de las elecciones concede á cada cual completa libertad para manifestar su opinión en las urnas, esta manifestación debe mantenerse estrictamente dentro de las reglas establecidas para el ejercicio de ese derecho. El votar en las elecciones para un magistrado público por un hombre que no posée ninguno de los requisitos que la ley requiere, no tiene otro resultado sino la nulificación del voto: pero votar por un criminal, sobre quien está levantada la espada de la justicia, votar por quien está en abierta rebelión contra la sociedad, por un hombre que ha sido puesto fuera de la ley por el gobierno legítimo de la nación, es un crimen. Y en el caso actual este crimen merece tanto más el castigo, cuanto que el elector acompañó el nombre de Juan Alvarez con los títulos de Excelencia y General, títulos que, por el proceso legal, debidamente seguido, han sido declarados nulos y sin valor, en cuanto concierne al mencio-



Tierra Fría, México.

nado cabecilla revolucionario, por haberse levantado en rebelión contra el gobierno.

"Lo sentimos mucho por el joven (Porfirio Díaz), que indudablemente, sin pensarlo y mal guiado por el genio del mal, cometió un crimen que nunca hubiera cometido, si solamente hubiera tomado tiempo suficiente para reflexionar en los posibles resultados: la conciencia es siempre un testigo irresponsable de nuestras acciones, y nunca dejará de reprocharlo. Congratulamos al pueblo de Oaxaca, que tanto en esta ocasión como en otras muchas, ha dado prueba de la prudencia y buen sentido que siempre lo ha acreditado, proclamando de la manera más inequívoca, su apoyo y confianza en el ilustre General Santa Ana.

El 27 de Diciembre del mismo año apareció en el "Diario Oficial" el siguiente documento:

"Al Ministro de Guerra y Marina.—Departamento de Negocios. "Excelentísimo señor:—Con sorpresa é indignación ha llegado á conocimiento de su Alteza Serenísima, que ciertas personas, jactándose de sus ideas anárquicas, é insultando con descaro escandaloso á la Suprema Autoridad de la Nación, votaron para la presidencia de la República, en las elecciones que tuvieron lugar del 1º al 3 del presente mes por plebiscito general, por el cabecilla de los rebeldes, Juan Alvarez. En consecuencia, su Alteza Serenísima ha ordenado, que todos los que dieron tal voto, sean arrestados y procesados como conspiradores; pues por el mismo hecho han manifestado su adhesión á los rebeldes.

"Dios y Libertad, México, Diciembre 11 de 1854.

"Al Excelentísimo Comandante General.— San Luis Potosí."

Los dos documentos que preceden, muestran muy claramente el estado de los asuntos políticos en México por ese tiempo, la arbitrariedad del gobierno, la determinación del Presidente de ser de un modo ó de otro, el dictador de México, y la intolerancia absoluta para todas las opiniones políticas que no fueran las del partido que estaba en el poder. Era evidente-

mente una política poco sabia de parte del gobierno, el haberle dado tanta importancia á un asunto tan simple como era el del voto dado por Porfirio Díaz, pues el hecho fué cometido por un momento de exaltación, engendrado por las burlas de sus compañeros que lo acusaban de temor. Si él no hubiera sido provocado por el excesivo celo de los que decían ser sus amigos, con toda probabilidad no hubiera votado del todo. Ni debía su voto, bajo esas circunstancias, ser tomado como prueba de que intentaba juntarse con los revolucionarios. El hecho de que él deseaba refrenarse de votar, muestra que quería evitar el mezclarse en las dificultades políticas del día. Las mismas personas que comprendieron mejor el impulso bajo el cual obró el joven, fueron las que deben haber presentado la queja contra él. Todo este miserable asunto muestra cuan imposible era entonces en México, el que los partidos políticos comprendieran que la tolerancia mutua era lo que había dado el éxito al gobierno del pueblo en los Estados Unidos, Canadá é Inglaterra, y hecho posibles las franquicias en los países de Europa, donde habían llegado á elevarse á la categoría de una institución. Este espíritu de intolerancia ha sido siempre el azote de México; produjo la anarquía y embrollos políticos del pasado, desde 1821 hasta 1876. Se ha infiltrado en la sociedad y en los círculos literarios y artísticos, y siempre ha sido una úlcera pestilente en la vida nacional. Es la misma calamidad que ha azotado á todos los países latino-americanos, desde que la tutela de España fué removida hace cerca de una centuria. Aún más, ese fué el espíritu del gobierno español de las colonias, y es por consiguiente una herencia legítima de todas las naciones hispano-americanas.

Fué este mismo espíritu de intolerancia por las opiniones políticas del partido de oposición, el que el gobierno del General Díaz, más tarde, tuvo que combatir y vencer, antes de que México pudiera ser colocado en la verdadera senda de paz y de progreso. Pero este espíritu no ha muerto aún en México. Todo

lo contrario, vive aún, y en él se encontrará el origen del deseo de algunos de tratar de empequeñecer el inmenso trabajo de paz, progreso, desarrollo y educación, que ha sido la obra magna de la vida del General Díaz. Y el que quiera juzgar de las actuales condiciones de cualquiera de los países latino-americanos, no debe aceptar ciegamente las opiniones de un partido ó grupo de hombres: pues la educación que esos pueblos tuvieron durante varias centurias hace que la generalidad de los latino-americanos sean incapaces de juzgar de los méritos y deméritos de aquellos por quienes no tengan completa simpatía. Y no se les puede culpar de ello, porque obran de acuerdo con sus enseñanzas y de la atmósfera en que viven y respiran. Y es en esta circunstancia solamente, donde se encuentra el secreto de la dificultad de que constituyan un gobierno firme las naciones de la América Latina. Un cambio de administración no es en sí un mal, más bien, con frecuencia es benéfico; pero cuando va acompañado de revolución y trastornos de todos los negocios del país y de las vidas de los ciudadanos, entónces es una verdadera maldición. Cuando el partido que está en la oposición está siempre dispuesto á atacar al gobierno, y trata de obtener el poder por buenos ó malos medios, los partidos políticos se convierten en vendettas, y se hacen relativamente imposible la paz y el progreso. En semejantes condiciones, el gobierno que logra mantenerse en el poder, y trabaja concienzudamente por los intereses del país, y reduce al mínimum la animosidad de la oposición, debe ser considerado como eminentemente bueno. Aún juzgando solamente por lo que se refiere á este particular, los anales del gobierno de Díaz forman un capítulo notable en la historia de los gobiernos de los países latino-americanos.

Como se podrá ver por las noticias que extractamos del "Diario Oficial," órgano del Gobierno, no le quedaba abierto otro camino á Porfirio Díaz, después del incidente en las elecciones de Oaxaca, que huir á los montes, donde las fuerzas revolucionarias esta-

ban ya reuniéndose en partidas para oponerse á la administración tiránica de Santa Ana; y fué ese camino, como hemos visto, el que resolvió seguir. Mas con la vigilancia que mantenían la policía y los soldados del gobierno, era ciertamente más fácil formar la resolución que llevarla á cabo.

En medio de la excitación producida por la conducta audaz de Porfirio Díaz al votar por el jefe de las fuerzas revolucionarias, entonces en campaña activa contra el gobierno de Santa Ana, y favorecido por la duda que de pronto surgió acerca de la conveniencia de su arresto, el joven tuvo tiempo de escaparse de su casa. Pero apenas había logrado salir, cuando se lanzó la orden de captura, que aunque del todo ilegal, pues de acuerdo con la proclama que precedió á las elecciones, debía de haber libertad para que los ciudadanos votaran por quien más les pluguiera; sin embargo, era muy natural, si tomamos en consideración lo difícil de la situación política y las prácticas usuales de las facciones en oposición.

Debe recordarse, que todo el que no era partidario decidido del gobierno, era mirado en esos días con sospecha, y estaba por consiguiente expuesto á multitud de contrariedades, ya por la mala voluntad de sus conciudadanos ó por las persecuciones del gobierno.

Serapio Maldonado, jefe de la circunscripción en que vivía la familia Díaz, que era de los que habían tomado los votos de los electores de ese distrito, en la mañana de ese día, y que profesaba buena amistad á Porfirio, le advirtió que había salido una orden para su arresto, acusado de traición contra el gobierno constitucional, y le aconsejó huir tan luego como le fuera posible. Lo cual Porfirio determinó hacer esa misma noche, que era la del 1° de Diciembre. No había tiempo que perder, y como no deseaba confiarse ni á la gracia ni á los sentimientos de justicia de las autoridades políticas de Oaxaca, inmediatamente comenzó á prepararse para abandonar la ciudad.



Hacienda Mexicana.

He aquí el relato del mismo futuro presidente de México acerca de este incidente de su vida:

"Se dió á la policía la orden de aprehenderme. Estaba yo en la Alameda con Flavio Maldonado, cuando nos dijo Serapio Maldonado, que era agente de policía, que tenía orden de aprehenderme y que la misma orden se había dado á otros muchos, y siguió su camino para que no le vieran cerca de nosotros.

"Entonces me fuí á la casa de don Marcos Pérez, quien había sido desterrado á Tehuacán, á sacar dos pistolas chicas de don Marcos, y me fuí, en seguida, para mi casa. Al pasar por la calle de Manero, estaba en la puerta de la tienda el joven dependiente Pardo, quien me hizo una seña para que viera á Marcos Salinas, uno de los policías, que venía en pos de mí, y á riesgo de comprometer á Pardo dije en voz alta: "Vengo á ver si me encuentran."

"Probablemente, Salinas no creyó prudente arrestarme, sino que siguió toda la calle, y al dar vuelta, corrió en busca de otros policías para que le ayudaran, y yo me aproveché de esos movimientos para desaparecer de aquel lugar. Corrí toda la calle y otra contigua y me metí en la casa de Flavio Maldonado, mi condiscípulo y amigo.

"A poco llegó Anacleto Montiel, que era el jefe de la policía, saludó en voz alta y preguntó por mí, á lo que le contesto, para que no sospechara, que no estaba yo en la casa, pero que regularmente iba á esa hora, que no tardaría en llegar y que podía esperar un poco.

"Se estableció la policía en la esquina de la calle en donde estaba la casa de Maldonado, y otra partida en la puerta de mi casa. Pero yo había hecho traer mis armas y mi caballo, que mi mozo había sacado de mi casa, fingiendo que lo llevaba al agua del río Atoyac, y luego, en un canasto de basura y bien tapadas, sacó mi silla, pistolas, espadas y salió como á tirar la basura.

"Un hombre, llamado Esteban Aragón, valiente y muy enérgico, me había hablado en sentido revolu-

cionario. Sabía yo dónde vivía, lo mandé llamar y le propuse que se fuese conmigo á la revolución. Me contestó afirmativamente, pero que no tenía caballo. Le dije que tenía dos sables, dos pares de pistolas y dos sillas y que lo proveería de estos útiles. Salió á conseguir caballo; cogió una de mis espadas, la ocultó debajo de su jorongo y se fué en dirección al río á donde llevan á tomar agua á los caballos de la parte sur de la ciudad. Luego que vió un caballo, se fué sobre el mozo que lo cuidaba y amenazándole con el sable, le quitó el caballo, se montó en pelo y se me presentó en la casa de Maldonado, para que violentamente siguiéramos la marcha. Yo no comprendí el motivo de su prisa.

"Ensillamos nuestros caballos, y ya listos, acometimos la salida. Los policías, á quienes se había dado orden de aprehenerme, nos salieron al paso; pero me puse inmediatamente á la defensiva. Aragón acometió con bastante brío y así salimos bien del encuentro.



Natural de Ixtlan

CAPITULO IX.

La Derrota de Cobos.

Fué en la tarde del dos de Diciembre de 1854 en que Porfirio Díaz y Esteban Aragón salieron de la ciudad de México con intención de ir á Ejutla, en cuya vecindad esperaban unirse á la partida revolucionaria al mando del guerrillero Herrera, indio analfabeta que tenía á su mando 200 hombres malamente armados. Como era muy conocido, tuvieron poca dificultad en encontrarlo á él y á su partida, con la cual permanecieron varios meses, durante cuyo tiempo se encontraron con su primer experiencia en la vida militar.

Después de la caída del gobierno de Santa Ana, fué nombrado sub-prefecto de Ixtlán, en el Estado de Oaxaca. De este tiempo en adelante, Porfirio Díaz viene á estar íntimamente asociado con los destinos de su Estado natal. Tomó parte prominente en las guerras y luchas de la Reforma. En 1856 era capitán de la Guardia Nacional de Oaxaca, y el siguiente año renunció el puesto de Jefe Político de Ixtlán, para aceptar su comisión como capitán en uno de los batallones de Oaxaca nuevamente organizados, y que estaban destinados al servicio activo. El 13 de Agosto fué gravemente herido en la batalla de Ixcapa, por una bala de rifle que le penetró en el lado izquierdo, donde la tuvo alojada veinte meses. El jefe revolucionario Salado, fué muerto en el encuentro, y sus fuerzas dispersadas.

Muy luego después de la victoria de Ixcapa los conservadores se levantaron contra el gobierno y la guerra civil estalló de nuevo. Porfirio Díaz, aunque todavía sufriendo de los efectos de su herida reciente, se apresuró á ir á la Capital del Estado, la cual se veía amenazada por fuerzas al mando de José María Cobos, que habían sido enviadas á Oaxaca desde Mé-

xico, y se puso á las órdenes del comandante en jefe de las fuerzas constitucionales.

Cobos principió el sitio de Oaxaca tomando posesión de una parte de la ciudad y obligando á sus defensores á refugiarse en los conventos de Santo Domingo, El Carmen y Santa Catarina.

La mayor parte del tiempo que duró la defensa de Oaxaca, Díaz se alojó en la casa de don José Antonio Gamboa, quien más tarde llegó á ser Oficial Mayor de la Secretaría de Hacienda. Tenía por costumbre pasar gran parte del día en la azotea del edificio vigilando la línea enemiga, atrincherada como á una cuadra de distancia de donde vivía el osado caudillo. Lo ventajoso del sitio de sus observaciones, aunque erizado de peligros, le proporcionó inmejorables oportunidades para estudiar la posición y fuerza del enemigo, lo cual hizo muy detenida y cuidadosamente. Ocupado un día en esta forma, notó que en una casa ocupada por el enemigo deberían existir evidentemente provisiones, pues parecía ser un centro de distribución para cierta sección de las fuerzas. Como la escasez de víveres empezaba á acentuarse entre los sitiados y aún los oficiales carecían de lo más indispensable para la vida, Porfirio decidió apoderarse de esas provisiones. Pero para lograrlo tenía que hacer una incursión ó salida sobre la posición enemiga, que era más poderoso y estaba mejor alimentado y armado que sus tropas. Pero como cuanto resolvía era llevado á la práctica, dos días después, acompañado sólo por un soldado, á la media noche, penetró al almacén enemigo, halló las provisiones y cargando él y su asistente con cuanto podían llevar de lo más necesario, que allí existía, regresaron cautelosamente á sus propias líneas sin ser descubiertos. Este acto temerario de entrar en la boca del león, con sólo un asistente, muestra el carácter arrojado y lleno de osadía de este hombre. Es esta característica la que le ha sostenido en incontables ocasiones y le ha permitido ejecutar cosas que otros no podrían hacer. Y sin embargo, á pesar de toda esta temeri-



Mestiza del Itsmo.

dad y desusada bravura, siempre ha existido en esos actos la deliberación fría que ha previsto claramente los riesgos y se ha preparado, en cuanto es posible, para las emergencias. Aunque Díaz siempre ha sabido obrar bajo la urgencia del momento, con increíble presteza y precisión, su carácter no es precipitado. Al contrario, siempre ha demostrado poderosa habilidad para plantear su trabajo, de cualquier clase que sea, hasta los menores detalles y seguir sus planes tenaz é incansablemente. Muchos podrán poseer estas mismas cualidades; pero pocos las aunan, en un grado tan eminente, á semejante rapidez y seguridad de acción en los momentos del peligro. Esta sola característica habría bastado para distinguirlo entre sus compatriotas, aún cuando no hubiese estado combinada con la intuición que le permite penetrar la significancia de condiciones, acciones y acontecimientos con una certeza que sólo puede denominarse genio.

El 9 de Enero de 1858, uno ó dos días después del saqueo del almacén del enemigo, estando Porfirio dirigiendo el fuego de la artillería sobre las trincheras de aquél, percibió que una nubecilla de polvo blanco se levantaba de una parte de la barricada, y dedujo desde luego que ese polvo provenía de sacos de harina usados como barricada provisional. La posición contraria estaba cerca y las fuerzas en el interior de la ciudad se hallaban en necesidad desesperante de provisiones. ¡Una provisión de harina estaba á la vista! Sería un bien recibido aditamento á las provisiones de la compañía. Llamó la atención de Mejía sobre el tenue polvillo blanco en el aire, le hizo conocer sus sospechas sobre lo que era y se ofreció para hacer un ataque sobre el lugar y traer los costales de harina. Mejía consideró la empresa muy peligrosa; pero había extrema necesidad de obtener provisiones de donde se pudiese y por cualquier medio, y por ello dió su consentimiento con desagrado. Por desgracia sólo hubo unos cuantos hombres que pudieron ser puestos á la disposición del atrevido y joven oficial; y así

Díaz se vió obligado á emprender el ataque contra la barricada del enemigo, con sólo veinticinco hombres, fuerza miserablemente insuficiente para una empresa tan desesperada; pero no vaciló un momento.

Se dispuso que Díaz atacase las trincheras con su pequeña fuerza: y que si lograba capturar la posición, se enviaría un número suficiente de soldados para translادar la harina, ante la propia faz del enemigo. Era un plan desesperado; pero el hombre audaz adopta medidas extremas y la condición de los sitiados se había empeorado hasta el punto de intentar toda clase de recursos.

A fin de que Díaz tuviese la mayor probabilidad de éxito, se simularía un ataque sobre otra fracción de las tropas enemigas, para atraer así su atención sobre ese punto. Así se hizo con gran aparato y mientras el encuentro ocurría en otra parte de la Ciudad y las fuerzas sitiadoras se precipitaban hacia el sitio de ataque, Díaz y su destacamento de 25 hombres, bien armados, avanzaban cautelosamente y á cubierto lo más posible, rumbo á aquella parte de las barricadas donde habían visto la harina levantarse en el aire. Tan imprevisto ataque fué un éxito, pues el joven oficial tomó la posición bajo un fuego devastador y la sostuvo. Pero la situación era desesperada y requería la prontitud de acción de que él estaba acostumbrado á hacer uso en circunstancias semejantes. Podría ser sólo cuestión de momentos el que se viesen forzados á una retirada, pues las fuerzas enemigas, en número muchas veces mayor, regresaban sobre ellos. ¿Llegarían á tiempo los soldados para poder llevarse la harina que tanta falta hacía? Uno á uno fueron cayendo á su alrededor sus hombres hasta quedar sólo cinco y Mejía no daba señales de enviar la ayuda prometida. Por último, la posición se hizo insostenible y Díaz se vió precisado á evacuar el punto que tan dramáticamente había capturado poco antes, dejando sus muertos en manos del enemigo. Herido, exhausto y agotado por habérsele abierto la



Mestizos de Oaxaca.

herida que había recibido en un encuentro previo, muy poco tiempo hacía, llegó al fin al abrigo de sus propias líneas, haciendo su retirada bajo una lluvia de balas dirigidas contra él y sus heroicos compañeros. Sin embargo, como por milagro, ninguno fué muerto en esta peligrosa retirada.

Díaz renunció su puesto como Prefecto Político del Distrito de Ixtlán, para ingresar, en 1857, como Capitán de una Compañía en las fuerzas al mando del jefe liberal Teniente Coronel Manuel Velasco, quien estaba al frente de las operaciones, en el Estado de Oaxaca contra el cabecilla revolucionario Coronel José María Salado, el que con una fuerza de cerca de 1,000 hombres se había levantado en armas contra el gobierno y tenía aterrorizado al Distrito de Jamiltepec. Las tropas del gobierno escasamente llegaban á la mitad del número de las de Salado, pero estaban mejor disciplinadas y contaban con comandantes más experimentados; por lo tanto, Velasco determinó hacer frente á las fuerzas de Salado. En Agosto 13 de 1857, los dos ejércitos se encontraron en Ixcapa, cerca de la costa del Pacífico. En esta batalla Díaz fué herido en un costado; pero continuó peleando hasta que se ganó la batalla. Después que hubo pasado la excitación de la pelea, Díaz fué alejado del campo completamente exhausto por la pérdida de sangre. La impetuosidad que lo sostuvo en medio del combate, con la herida en el costado, es característica en él durante toda su vida. Nada le ha impedido marchar recto hacia su objeto y esta determinación le ha dado la victoria cuando parecía imposible.

Entre las limitadas fuerzas del gobierno al mando de Velasco, no había doctor, y la primera atención que el Capitán Díaz recibió fué de manos del Mayor Montiel del mismo regimiento á que pertenecía; consistió simplemente en vendar la herida para impedir mayor pérdida de sangre. Poco después fué llamado un indio, que ejercía la medicina entre las clases inferiores, para atender á la herida; pero en su igno-

rancia causó más daño que bien. En esta condición permaneció la herida hasta una semana más tarde, cuando se encontró un doctor que atendiese al herido. Debido á la inflamación que resultó por la falta de cuidado adecuado, el médico no pudo hacer una operación satisfactoria y el Capitán Díaz se vió forzado á caminar con una bala en su cuerpo. Esto retardó muchísimo su curación; cerca de dos meses después, y cuando aún sufría á causa de la herida, llegó á la Ciudad de Oaxaca á ponerse en manos de los doctores Carlos Ortega Reyes y Pedro Ramírez y Gamboa. Estos, después de varias operaciones, no pudieron localizar la bala y se vieron finalmente obligados á contentarse con intentar desinfectar la herida y dejarla cicatrizar.

La larga y penosa travesía desde Ixcapa á Oaxaca á través de caminos montañosos y veredas para mulas, duró 48 días y dejó al paciente extremadamente débil por el sufrimiento y la inflamación causada por la desvendada herida. Si no hubiese sido por la maravillosamente fuerte constitución del Capitán Díaz, éste, según todas las probabilidades, habría muerto antes de llegar á la Capital de su Estado natal.

El gobierno liberal de la ciudad de Oaxaca, que había sido duramente acosado por las fuerzas conservadoras al mando de los jefes José y Marcelino Cobos, decidió abandonar la ciudad y retirarse á las montañas. Pero esta decisión de las autoridades de la ciudad y del jefe de las fuerzas liberales, no satisfizo á los oficiales más jóvenes, quienes determinaron en una junta, que no había necesidad alguna de abandonar la ciudad; y de consiguiente, resolvieron obrar contra la autoridad de los jefes al mando del ejército de defensa, en interés de sus propias reputaciones y de la protección de los habitantes de Oaxaca.

Esta resolución tomada por los oficiales jóvenes, fué trasmitida al Gobernador del Estado, Díaz Ordez, y al Coronel Mejía, que estaban al mando de las fuerzas liberales sitiadas en el convento de Santo

Domingo. Como el movimiento de oposición era muy pronunciado entre los oficiales, no creyeron prudente, el comandante y sus consejeros, castigar á los ofensores, de acuerdo con la ley militar en uso; y aparentemente cedieron gustosos á los deseos manifestados, de hacer un esfuerzo más para expulsar al ejército conservador, antes que abandonar la ciudad. Pero al mismo tiempo resolvieron dar una lección á aquellos que se habían opuesto á sus planes de retirada, poniéndolos á la cabeza de la fuerza destinada á expugnar las posiciones de los conservadores.

Y así, muy temprano en la mañana del 16 de Enero de 1858, tres columnas del ejército liberal, compuesta cada una de doscientos hombres aproximadamente, fueron dirigidas hacia la Plaza de Armas á atacar las fuerzas de los hermanos Cobos, que estaban allí estacionadas. Era este sitio la plaza central de la ciudad y la llave de la situación militar, y por consiguiente, el tomarla, significaba la derrota del ejército conservador, que en esos momentos tenía sitiadas á las fuerzas liberales en la iglesia de Santo Domingo. Pero como ya hemos visto, el comandante de las fuerzas liberales no tenía gran fe en dicho ataque, al que fué forzado por la actitud de sus oficiales; y así, determinó enseñar á estos últimos lo peligroso que era interponerse en los planes de sus superiores.

La primera de las tres columnas iba mandada por el Teniente Coronel José María Batalla, siendo su segundo el Capitán Vicente Altamirano; la segunda por el Teniente Coronel Manuel Velasco, con el Capitán Porfirio Díaz como segundo, y la tercera por el Teniente Coronel José María Ballesteros, asistido por el Capitán Luis Mier y Terán. Cada columna tomó distinto camino para acercarse á la plaza; pues se esperaba que, atacando al enemigo por tres puntos distintos, se lograría desmoralizarlo más fácilmente, tanto más, cuanto que no esperaba ser atacado, dada la angustiosa situación en que sabía se encontraba la guarnición liberal; que esperaba se rindiera de un momento á otro.

Además de las tres columnas mencionadas, se arregló una fuerza de reserva, formada por cuatrocientos hombres al mando del Coronel Mejía; fuerza que debía seguir de cerca á la segunda columna, y dar auxilio en el momento oportuno.

El plan fué llevado á cabo tal como se había dispuesto. Las cuatro fuerzas llegaron á la plaza por sus diferentes caminos, después de terrible lucha y de perder un número considerable de soldados y oficiales. Entre los muertos se encontraba el galante jefe de la primer columna, Teniente Coronel José María Batalla, y entre los heridos de gravedad el Capitán Vicente Altamirano, también de la primer columna, y el Teniente Coronel Velasco, comandante de la segunda. El accidente á este último, dejó al Capitán Díaz al mando de la segunda columna en los momentos más álgidos de la lucha bajo los portales. A pesar de la desmoralización que de pronto se produjo en esta columna, á causa del accidente á su jefe, y del terrible fuego que en esos momentos le hacía el enemigo, el joven comandante logró reorganizar su gente sin demora, y la incorporó á la primer columna, que carecía enteramente de oficiales superiores, y reunidos, continuaron su marcha sobre el palacio, casi al mismo tiempo que lo hacía la tercer columna al mando del Teniente Coronel Ballesteros y de Terán. Las fuerzas al mando del Capitán Díaz atacaron el palacio por el frente, mientras que las de Ballesteros se empeñaron en forzar la entrada del oeste. Las fuerzas conservadoras estaban del todo desprevenidas para resistir un ataque tan vigoroso é imprevisto de parte de su enemigo, á quien consideraban como ya vencido y próximo á rendirse: y así, fueron rechazados paso á paso, hacia el interior del edificio, por las fuerzas liberales que habían logrado ya forzar las dos entradas. Hicieron una resistencia desesperada, perdiendo en la lucha numerosos soldados y oficiales; pero todo fué inútil, pues al fin se vieron obligados á abandonar esta su ciudadela. Muchos oficiales y soldados se rindieron; pero la ma-



Patio de Una Casa Colonial, México.

yor parte siguieron al Teniente Coronel Manuel González, que logró retirarse por el lado este de la arcada del palacio con el noveno batallón, en el desorden que era de esperarse de tan apresurado é impremeditado movimiento de sus tropas en derrota. Este fué el mismo galante militar que después luchó tan esforzadamente por la causa liberal, y que proporcionó al general Díaz ayuda tan eficaz en sus últimas campañas del sur de México, durante las guerras del imperio.

Entre tanto, la columna de reserva, al mando del Coronel Mejía, completaba la captura del palacio y ayudaba á la completa derrota del enemigo, al que persiguieron hasta á siete leguas de la ciudad de Tehuantepec, derrotando por segunda vez á los hermanos Cobos en Jalapa, con una fuerza que no pasaba de la mitad de la que éstos tenían. El Capitán Díaz, aunque sufriendo de la reapertura de una vieja herida, acompañó á Mejía en esta famosa acción de armas, y colaboró materialmente á obtener la victoria, con la brillante dirección de los soldados bajo su mando.

CAPITULO X.

Díaz en Tehuantepec.

Como resultado de sus dotes militares y la habilidad que en más de una ocasión desplegó, el Capitán Díaz fué nombrado, poco después de la derrota de los hermanos Cobos en Oaxaca, Gobernador y Comandante Militar del Distrito ó Cantón de Tehuantepec. En esa época contaba Díaz 29 años de edad, hecho muy significativo, si se recuerda que Tehuantepec, en aquel entonces, se encontraba plagado de bandidos, guerrillas y enemigos del gobierno, entre los que figuraba Conchada, quien había logrado insurreccionar la mayor parte del Istmo en contra de la causa liberal. Una gran parte de esas bandas, en la época del nombramiento de Díaz como Gobernador de ese Distrito, amenazaba asolar la región Istmica y someterla completamente á la causa conservadora.

Porfirio Díaz permaneció durante dos años al frente de la administración civil y militar del Istmo, prácticamente olvidado del gobierno en cuanto á proporcionarle ayuda alguna material. Y estos dos años fueron de reconstrucción y cuidadosa administración en los asuntos del distrito y de constante lucha contra el partido reaccionario y los indios.

En aquellos tiempos eran tan escasos los medios de comunicación entre la Capital y el Istmo, que con frecuencia transcurrían de tres á seis meses sin comunicación entre el Gobernador y el Gobierno central. Por lo tanto, Díaz quedó casi abandonado á sus propios recursos. En medio de sus constantes luchas contra los indios y cabecillas reaccionarios, halló tiempo para impulsar la educación, el comercio, actividad mercantil y las industrias nativas. Poco á poco los indios se dedicaron á trabajar; los ranchos y plantaciones comenzaron á florecer; el tráfico á través del Istmo se tornó seguro; se abrieron escuelas en las principales poblaciones y pueblos; el mercado



India de Tehuantepec.

de la región hasta allí casi desierto, empezó de nuevo á dar señales de actividad y los negocios generales en el Istmo mostraron un avance firme al retornar la confianza bajo la administración del joven Gobernador. Los ramos fiscales del gobierno de Tehuantepec igualmente experimentaron una gran mejoría. El Gobernador, que había sabido inspirar confianza al pueblo en todo el distrito y retornar á la vida industrias que aparecían yertas, también logró poner un fin á los déficits que ocurrían en los ramos fiscales del territorio bajo su administración antes de su llegada á Tehuantepec.

Los contrabandistas asolaban casi todo el Istmo y sus maniobras se habían hecho tan extensas, que minaban la vitalidad de la administración, esto es, su hacienda. Tan notorio había llegado á ser este tráfico contrabandista que los comerciantes de uno á otro punto del Istmo, adquirían de los defraudadores la mayor parte de sus mercancías extranjeras. En aquella época existían también los impuestos interiores del Estado; pero eran eludidos por medio de extensas y bien organizadas cuadrillas de contrabandistas, en cuyas manos, prácticamente, se encontraba el negocio de transportes en el Istmo.

Cuando Díaz demostró su decisión para hacer volver á la ley á la región del Istmo, los contrabandistas, viendo su negocio en peligro, se afiliaron á las huestes reaccionarias y excitaron á los indios á oponerse al Gobernador. Esta fué una de las causas de tantas batidas, combates y escaramuzas que inquietaron la administración del joven Gobernador, quien no sólo tenía que combatir casi constantemente á sus enemigos, sino también se vió obligado á inspeccionar y recorrer todo el Istmo para impedir que se eludiese el pago de impuestos al gobierno.

En aquellos días el contrabando era reputado como una cosa legal. Los comerciantes lucraban inmensamente con él, ligados, naturalmente, con los contrabandistas á quienes protegían siempre que se presentaba una oportunidad. Tan bien habían los contra-

bandistas organizado su negocio y con tantos amigos contaban en toda la región, que fué una tarea extraordinariamente difícil el suprimirlos, aún disponiendo de la ayuda de una fuerza de policía de lo mejor organizada y empleados aduanales especiales, debido á lo agreste del país, su escasa población y tener, comparativamente, muy pocos caminos. Esto, aunado á la buena disposición de los campesinos hacia los quebrantadores de la ley, quienes contaban además con el apoyo de los comerciantes y con amigos y cómplices en todas partes, hizo de la tarea de extirpar el contrabando una obra hercúlea. Pero el joven y enérgico Gobernador se propuso llevarla á cabo, como lo hacía con cuantas cosas emprendía, y poco á poco venció las dificultades que surgían en su camino y redujo el contrabando en Tehuantepec á un mínimum. Esto, naturalmente, aumentó los ingresos de la tesorería fiscal y el resultado fué que la administración de Díaz produjo un sobrante en el tesoro, no obstante el hecho de gastar más que sus predecesores en mejoras de utilidad pública de varias clases, notablemente con relación á la instrucción pública, la que impulsó constante y sistemáticamente.

Su administración fué económica, y por ello los negocios bajo la misma, se vieron atendidos con el cuidado y eficiencia que por largo tiempo faltaron en el gobierno de Tehuantepec antes de que asumiese el cargo de Jefe principal del Territorio.

Porfirio Díaz introdujo una innovación en su gobierno, que fué tanto mejor recibida, cuanto que no era acostumbrada allí, ni en muchos de los Estados y Territorios de México, ni aún en la administración del Gobierno Federal: Pagó regular y escrupulosamente su sueldo íntegro á los empleados militares y cívicos de las oficinas del Gobierno del Territorio. Esto le granjeó la buena voluntad de todos aquellos bajo su mando ó dependencia. El ejército estaba contento y confiaba en él. Los empleados del Estado mostraban igual confianza. Gradualmente ese sentimiento se extendió por todo el territorio y la buena volun-



Parque, Tehuantepec, Oaxaca

tad hacia el joven Gobernador atrajo á su lado muchos adictos, aún entre aquellos que al principio eran sus más asiduos opositores.

Su gobierno del territorio de Tehuantepec es digno de mayor atención que la que la amplitud de esta obra permite, puesto que allí demostró la misma habilidad administrativa que le ha distinguido en su manejo en los negocios de la República desde 1876 hasta el presente. Le poseía el mismo deseo de ver prosperar al país, la misma atención consagrada á su administración y el mismo desvelo por el fomento del comercio, tráfico mercantil é industria y la misma habilidad para vencer las muchas dificultades que rodeaban su administración y que hicieron su trabajo tan excesivamente laborioso. Allí también mostró la mano firme que le permitió extirpar irregularidades de todas clases y devolver la paz al distrito; la justicia, que cautivó la buena voluntad del pueblo en general y la pericia para atraer á su partido á casi todos los mejores elementos en Tehuantepec. Fué, en menor escala, el mismo Díaz que más tarde había de asir el embrollo de dificultades que habían agitado administraciones anteriores de la República, para desenmarañarlo y dar al país un impulso maravilloso hacia la ley, el orden y progreso y un desarrollo interno como jamás había sido presenciado, aún en los más prósperos y felices días de las épocas coloniales.

El tiempo que Díaz estuvo como Gobernador y Comandante Militar de Tehuantepec le fué tan propicio, como fué afortunado también para aquella parte de la República, no obstante el hecho de sufrir considerable pena á causa de una antigua herida causada por una bala de fusil en la batalla de Ixcapa, ocurrida veinte meses antes, y ser víctima además de las fiebres palúdicas que han sido siempre el azote de las tierras bajas de México. Y decimos propicio, porque allí adquirió la experiencia militar y cívica que de otro modo, ó probablemente en cualquiera otra parte de México, quizás no habría podido obtener de una

manera tan efectiva, porque allí las condiciones eran peculiares, allí encontró problemas que en otra porción de la República no habría tratado tan ampliamente, y sobre todo, hallábase tan lejos de la Capital, sin vías de comunicación rápida que prácticamente se vió reducido á procurarse por sí mismo su salvación. Estas condiciones desarrollaron sus energías latentes y le suministraron confianza en su propia habilidad para solventar las situaciones difíciles y resolver complexos problemas de carácter militar, cívico y administrativo. Mucho debe el moderno México á aquellos dos años pasados por Porfirio Díaz en una región asolada por las fiebres, infestada de contrabandistas, y hostilizado por los reaccionarios y turbulentos indios. Porque allí nuestro actual Jefe Ejecutivo aprendió á dilucidar, en menor escala, muchos de los grandes problemas que más tarde resolvió para con la nación entera. Allí fabricó su propia pólvora, municiones y otros elementos de guerra y allí abrió caminos, libró al país de bandidos y salteadores y creó una policía para el distrito, todo lo que en sí constituye una tan gran labor, dados los reducidos recursos de que disponía, su falta de experiencia previa, su juventud, y sobre todo, su carencia de reputación y amigos que le ayudasen, como su obra de regeneración de la totalidad del país emprendida muchos años después, cuando el héroe de cien batallas y de otras tantas administraciones prósperas, pudo rodearse de hombres de talento, de todas las edades y categorías, que la ayudasen, y contó con todos los recursos de la República, por más que estuviesen viciados y en profunda necesidad de organización.

Aquellos que deseen estudiar el carácter del hombre que ha hecho por el moderno México lo que ningún otro, deben considerar cuidadosamente su administración en el gobierno de Tehuantepec de 1859 á 1861, pues allí se encierra la clave de su carácter y de su éxito.

El que un joven de talento y ambicioso de éxito en



Una Familia Tehuana.

todo, haya administrado bien el territorio que le fué confiado y el que haya visto por el interés intelectual y moral de sus habitantes, no aparecería, bajo circunstancias normales, tan digno de renombre y nota si no fuese por el hecho de que un puesto administrativo en aquel entonces era considerado en muchas partes de México, como invitación para procurar sólo el medro personal y el de los amigos, antes que todo. Una posición semejante era vista como el medio de reunir adeptos en torno de la figura central. Se cometían abusos de todas clases y el pueblo era despojado y expoliado en interés de los jefes ejecutivos y sus partidarios. Bajo tales circunstancias, no es nada extraño que la administración general, en los estados y territorios, fuese entonces mala. Esa actitud de la moralidad política hacia el público condujo necesariamente á la corrupción general del cuerpo administrativo y aún del mismo público.

La apreciación de los políticos de ambos partidos y sus secuaces, era que á aquel en el poder correspondía el botín. La faz notable de la administración de Díaz en Tehuantepec, es, por lo tanto, que haya podido levantarse muy por encima del credo político de su tiempo, proclamando que la justicia se hiciese para todos y que aquellos en el poder estaban obligados hacia el pueblo que representaban. Este lema, en verdad que había sido ya preconizado, pero el joven gobernador de Tehuantepec le daba muy diferente interpretación. En vez de opinar que aquel en el poder debía su primer deber á su partido y á aquellos que le habían servido como instrumentos para su elevación, predicó la doctrina de que el primer deber de un jefe era para su magisterio y para el pueblo y la nación, debiendo ejercer su administración obligado sólo por la ley y por la constitución. Este era el espíritu base de su administración en Tehuantepec; y éste también es el mismo espíritu que ha animado su gobierno de la República desde que fué llamado á regir sus destinos. Es cierto que durante los dos años en que fué gobernador de Tehuantepec, existieron

abusos de autoridad de parte de aquellos bajo su jurisdicción y que algunos se procuraron ventajas de sus empleos. Mas esto ocurre en los países mejores gobernados, y en México, donde las ideas de Díaz eran comparativamente nuevas y donde la práctica y sentimientos del pueblo se inclinaban más bien en favor de una mala versión administrativa, lo que sucedía en todo el país, no podía haberse esperado otra cosa sino un éxito parcial á sus esfuerzos. Pero el comparativo éxito constituía por sí solo un señalado triunfo para aquel que había sostenido ante la faz de la corrupción pública de su tiempo; que era el deber de aquellos que obtenían la pública confianza el desempeñar sus cargos teniendo por única mira el beneficio del pueblo del País.

Durante su presidencia, Díaz ha tropezado con las mismas dificultades que tuvo que combatir en Tehuantepec. En todas las razas y las naciones existe la tendencia entre los gobernantes de hacer su posición y su influencia benéfica á sí propios y sus partidarios. Esta idea estaba tan arraigada en México y era tan general que una de las mayores dificultades del General Díaz durante su presidencia, ha sido el lograr la administración honrada de los puestos públicos.

La dolosa influencia de la mala administración española de los cargos públicos y la idea de que en ellos se debe proteger á los amigos y partidarios y que los en ellos empleados deben unirse para un beneficio común, ha sido algo muy difícil de extirpar. Era esto tan general, el país cubría tan vasta extensión de territorio con intereses tan divergentes, tan pocos, tan esparcidos é imperfectos eran los medios de comunicación y los intereses locales tantos y tan intensos en su localismo, que se requirió gran paciencia y perseverancia para lograr lo que Díaz claramente percibió debería hacerse para que el país pudiese desarrollarse y avanzar con paso firme en la senda del moderno progreso.

Todavía existen abusos en México y existirán aún



Guerrero de Oaxaca.

probablemente por muchos años. Mas no podrá ser de otra manera, dadas las condiciones que existieron en la República hace un tercio de siglo, y aquellas que han prevalecido hasta el presente. Pero si se comparan las condiciones entonces existentes con las de ahora, es evidente, aún vistas de una manera causal, la vasta reforma lograda por el gobierno de Díaz en el sentido de purificar las oficinas públicas y la administración de justicia. No hay un solo ramo de la administración que no haya sufrido una gran mejoría respecto á honradez y eficacia. Este mismo espíritu se ha extendido á la administración de los estados y territorios.

Actualmente, nadie, en cualquier punto de México, puede disponer á su albedrío de los recursos de la hacienda pública. Hoy ningún empleado público ni pensará siquiera salir del país, llevando en pos de sí, carros llenos con los caudales de la nación, como fué acusado de hacerlo Sebastián Lerdo de Tejada, cuando huyó de la Capital abandonando la presidencia al aproximarse el ejército revolucionario. ¡Lerdo, el justo, el brillante y honrado, como sus amigos le titulaban! Hoy ningún gobernador del estado, podría, si quisiese, apropiarse para su uso privado y el de su familia, los fondos del estado, sin rendir nunca cuenta de ello.

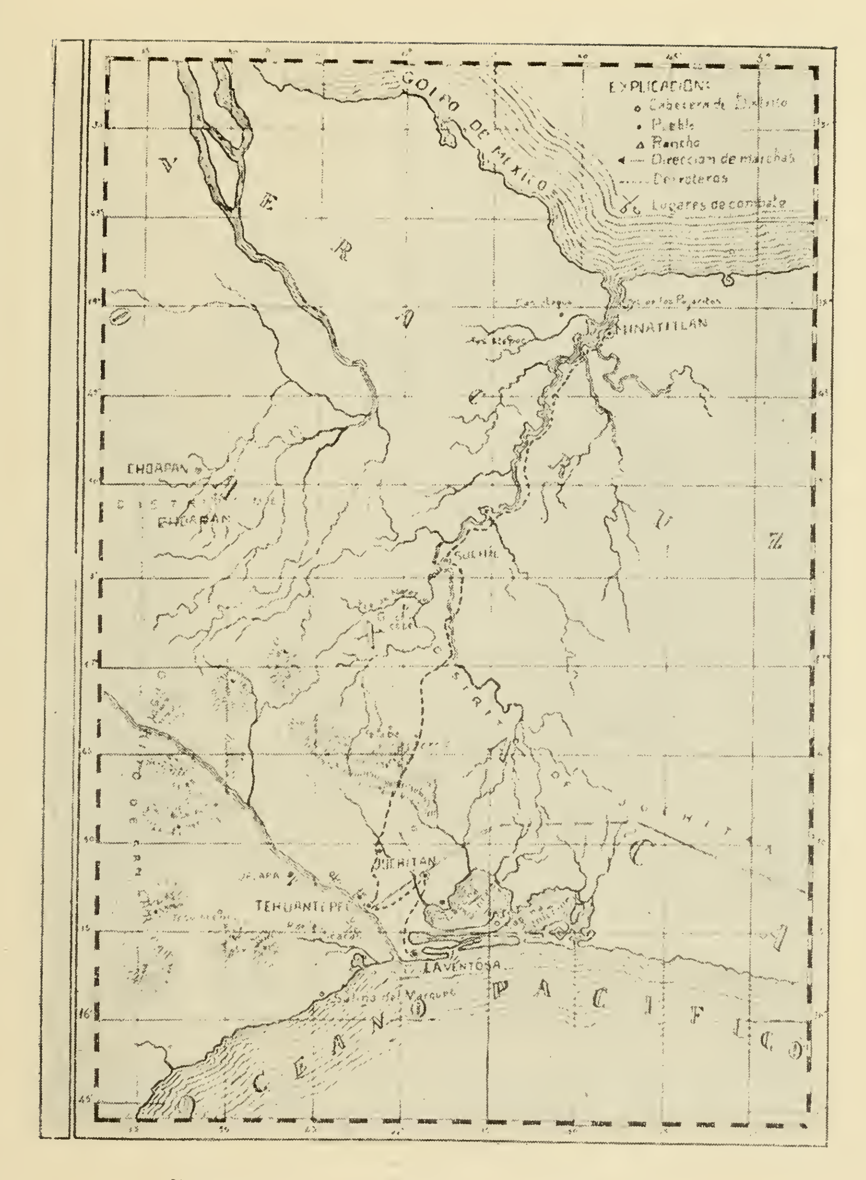
En la actualidad la administración, á través de México es la encomienda de la dirección de un negocio donde se lleva estricta cuenta del dinero recibido y gastado. Para aquellos que están familiarizados con los métodos práctico-comerciales de los países de origen sajón, ésto no parecerá extraño; pero para los que saben lo que era México hace medio siglo, la reforma operada en los asuntos del país y en la administración de las oficinas y cargos públicos es realmente digna de nota.

Fué en Tehuantepec donde Porfirio Díaz principió á ascender en rango militar, porque aún cuando el gobierno lo había dejado prácticamente abandonado á sus propios recursos, no podía haber dejado pa-

sar desapercibido el buen desempeño de su misión como soldado y gobernador civil, siendo su administración una casi constante lucha contra los enemigos del gobierno y del orden público. Rara vez transcurría una semana sin que no ocurriese un encuentro ó refriega de alguna clase en la que, invariablemente, Díaz resultaba victorioso. Muchos de estos incidentes carecían de importancia; pero otros eran verdaderas campañas campales, á resultas de las cuales Díaz cimentó su reputación y aseguró el éxito de la causa del gobierno en Tehuantepec.

Por la victoria decisiva obtenida sobre las fuerzas reaccionarias en la batalla de Mixtequilla, en Julio de 1859, en la que derrotó al Teniente Coronel Espinosa, libertó al Istmo de toda fuerza organizada del enemigo. Este triunfo atrajo la atención del Gobierno sobre su comportamiento y como recompensa fué promovido al grado de Teniente Coronel. Pero más que este ascenso, sus victorias en Tehuantepec le granjearon otro galardón: el cautivar la atención de los círculos militares de México, y su reputación y fama de soldado y como administrador, se extendieron más allá de los confines del distrito que administraba.

Como Tehuantepec era una dependencia de Oaxaca, de la cual formaba parte políticamente, los habitantes de la primera entidad veían con celo á los de la segunda, á quien acusaban de tratar de explotar en beneficio propio los recursos de Tehuantepec. Por su parte, en Oaxaca existía también la misma animosidad hacia Tehuantepec; pero con su táctica diplomática Porfirio Díaz logró apaciguar esta reyerta entre Tehuantepec y Oaxaca é hizo revertir la atención de los habitantes de la primera región de sus predisposiciones locales, á la defensa de la nación contra los reaccionarios y saqueadores, que en esa época habían asolado el Istmo. De este modo, aún cuando él mismo era oriundo de Oaxaca, logró ganar la buena voluntad y admiración de los habitantes de Tehuantepec, muchos de los cuales pelearon al lado



Plano de la Campaña en Tehuantepec.

de soldados nativos de Oaxaca contra el enemigo común.

Pero aún cuando el Teniente Coronel Díaz había señaladamente derrotado las fuerzas reaccionarias de Mixtequilla, no había aún terminado su tarea, pues el enemigo continuaba activo.

El General Mejía, Comandante de las fuerzas del Gobierno en el Estado de Oaxaca, sufrió una severa derrota en Teotitlán, en la parte Norte del Estado, y los tres mil hombres bajo su mando fueron puestos en desbandada y dispersos. Cobos ocupó la capital del Estado é invadió todo el territorio comarcano, quedando fuera de su dominio los dos Cantones situados al Sur del Estado: Tehuantepec y Villa Alta, así como Ixtlán, Juchitán y Chapam. En todas partes, excepto las ya mencionadas, protegidas por las operaciones del Teniente Coronel Díaz, eran derrotadas las fuerzas militares del gobierno.

Tan desesperada se hizo la situación para el gobierno de Oaxaca, que puso su esperanza en el Teniente Coronel Díaz, en su comparativamente reducido cuerpo de ejército y en su limitado campo de acción. En esos momentos críticos se recibió orden de México confiriendo á Díaz la Jefatura del Cantón de Minatitlán, situado al Noreste de Villa Alta y Tehuantepec y dándole instrucciones sobre el recibo y escolta á través de ese Cantón y del Istmo, hasta Acapulco, de un convoy de armas, municiones y material de guerra, carros de parque, provisiones, pólvora, plomo, cuero, guarniciones, correas de tiro y ropa para los soldados.

Entre otras cosas el convoy comprendía 8,000 fusiles, 2,000 cuñetes de pólvora y una gran cantidad de plomo, todo lo cual era urgentemente necesitado por las autoridades militares que operaban en Guerrero, Michoacán, Jalisco y México, para quienes estaban destinados. Estos pertrechos habían sido obtenidos en los Estados Unidos por conducto de Matías Romero, Ministro de México en Washington, sólo después de esfuerzos persistentes y multitud de

fracasos, porque el gobierno de Juárez no estaba en posibilidad de hacer anticipos de dinero para compras de cualquier clase, y aunque las autoridades de los Estados Unidos simpatizaban con Juárez y los principios que representaba, el gobierno no quería mostrar su simpatía. Por eso fué que sólo después de muchas promesas parciales, negociaciones y el ejercicio de paciente diplomacia, logró Matías Romero adquirir las armas que tanto se necesitaban. De todo esto el Teniente Coronel Díaz tenía amplio conocimiento; también sabía cuan urgentemente necesitados eran esos pertrechos en todos aquellos sitios de México donde los Republicanos mantenían sus posiciones. Pero la noticia de la llegada de esos pertrechos para el ejército liberal con cuarteles en el Sur y Oeste, había llegado á oídos del gobierno reaccionario, que también se hallaba urgido de elementos de guerra. Por lo mismo se destacaron 3 expediciones, desde Oaxaca, Córdoba y Orizaba con órdenes de apresar á toda costa el convoy y presentar batalla á las fuerzas de Juárez donde quiera que se les encontrase. Tan inminente era la situación, tan considerables eran las fuerzas enviadas contra el Teniente Coronel Díaz y tan probable el éxito de las poderosas expediciones lanzadas en su contra, que Juárez y sus ministros dieron por seguro que el convoy de armas caería en poder del enemigo y por ello se libraron órdenes urgentes á Díaz para que inmediatamente destruyese todo el convoy. Pero Díaz conocía demasiado bien cuántas dificultades, demoras y ansiedad había costado el obtener los efectos y armas cuya adquisición había gestionado Matías Romero en los Estados Unidos y los cuales se hallaban en aquellos momentos en Minatitlán. Así, pues, determinó salvarlos á todo evento. Era necesario obrar rápidamente porque Ojeda, Manzano y Trujeque, tres de los más notables jefes del partido reaccionario en el Sur, marchaban rumbo á Minatitlán con 8,000 hombres bien armados, compuestos de infantería, caballería y artillería. Era una fuerza muy superior á



Naturales de Juchitán

la que el joven soldado podía esperar reunir; y aún contando con hombres era absolutamente necesario salvar los pertrechos de guerra si quería armar sus propias fuerzas. En adición á esto, existía en Tehuantepec y comarcas adyacentes un fuerte partido que favorecía á los reaccionarios, simplemente porque estaba en su interés hacerlo así. Este partido lo componían los contrabandistas, guerrilleros y el elemento foragido en general, quienes, como ya se ha dicho, habían resentido la actividad del joven comandante en interés del orden y estricta observancia de la ley, y quien hasta el momento de recibir desde Veracruz instrucciones de Ocampo, entonces Ministro de Guerra de Juárez, para destruir los artículos de guerra que se hallaban en Minatitlán, ignoraba el desastre ocurrido á la causa liberal en Oaxaca, porque las comunicaciones en aquellos días eran muy imperfectas entre distritos distantes entre sí como los de Tehuantepec y Villa Alta. Así es que muy á menudo sucedía que pasaban meses enteros sin que Díaz tuviese noticias de la Capital del Estado.

En la empresa que se proponía, la falta de nuevas la hacían más peligrosa, porque estaba obligado á obrar bajo la urgencia del momento y sin disponer de tiempo para prepararse para encontrar á un enemigo más fuerte que él, tanto en hombres como en equipo, y así fué que escribió á Ocampo inmediatamente después de recibir orden para destruir el material de guerra en Minatitlán, que en su concepto no era justo destruir, lo que había sido obtenido con tanto trabajo y teniendo que vencer tantas dificultades, privando así á los soldados de la República de tan importantes y útiles elementos de guerra. Que había, por lo tanto, decía, resuelto intentar poner á salvo los pertrechos en Minatitlán y en caso de no lograrlo estaba dispuesto á asumir toda la responsabilidad, con la esperanza de que el gobierno viese favorablemente su plan si el mismo tenía éxito. Era entonces el mismo Díaz que ahora: siempre pronto á afrontar todos los peligros en un trance desesperado,

y á aceptar la responsabilidad en caso de que sus proyectos fracasasen. Pero al mismo tiempo que estaba dispuesto á desafiar al peligro no se mostró menos activo en procurarse los medios de hacer aquél lo más pequeño posible, porque siempre era fuerte en recursos y pronto de acción.

En Juchitán, cerca de la ciudad de Tehuantepec, Díaz tenía muchos amigos y á ellos acudió en el momento crítico. Les expuso el por qué los necesitaba, haciéndoles creer que soldados de Oaxaca venían á apresar las municiones de guerra, las que serían usadas contra Tehuantepec por esos mismos soldados. Como entre Juchitán y Oaxaca existía una ardiente rivalidad y los habitantes de un lugar odiaban cordialmente á los del otro, casi todos los hombres capaces de Juchitán y sus alrededores se ofrecieron voluntariamente para ir con Díaz á salvar las armas en Minatitlán y evitar cayesen en manos de los soldados de Oaxaca; importaba poco á los indios el pelear contra liberales ó reaccionarios, su belicosidad era contra el pueblo de Oaxaca.

El conocimiento desplegado por el joven comandante acerca de la situación local y del carácter del pueblo de Juchitán, vino en su ayuda en lo que era aparentemente un trance desesperado y salvaron la situación.

El material de guerra había sido remitido desde New Orleans á bordo del vapor "Suchil," perteneciente á la compañía naviera "Louisiana Tehuantepec," con la condición de que los explosivos deberían ser transportados en otro buque, pues el capitán del primero no quería correr el riesgo de llevarlos á bordo. Así es que los dos barcos esperaban su descarga en Minatitlán. Este trabajo tenía que hacerse prontamente, pues las fuerzas enemigas avanzaban rápidamente sobre Minatitlán, donde sus espías habían ya localizado los pertrechos de guerra de los liberales.

Apresuradamente Díaz reunió sus hombres y á marchas forzadas se dirigió á Minatitlán, situado en



Exploradores Liberales en el Itsmo.

dirección Noreste de Juchitán, abandonando la ciudad de Tehuantepec al enemigo si éste llegaba entre tanto.

En algunos lugares hubo que abrir caminos, que vadear ríos y estar siempre en constante alerta para prevenir sorpresas. A pesar de estas dificultades el convoy ganó tiempo y llegó á Minatitlán cuando el enemigo aún se encontraba como á 25 millas distante.

No había tiempo que perder. El trabajo que había de ejecutarse era rudo, toda vez que dos buques tenían que ser descargados en medio del río y su contenido llevado á la ribera; todo esto ejecutado en el tiempo preciso para permitir que el convoy se alejase del río antes de que los espías del enemigo lo descubriesen y pusiesen á las tropas de Trujeque en su pista.

De día y de noche se trabajó con todo ardor y tan rápidamente como fué posible hasta que la tarea quedó terminada.

El enemigo se encontraba ya á corta distancia y Díaz sabía que si tomaba el camino usual de Minatitlán á Tehuantepec no podría esperar escapar de ser detenido. Igualmente sabía perfectamente que no podía presentar una batalla victoriosa para él al ejército reaccionario, que además de ser más fuerte que sus soldados, estaba integrado por las mejores tropas de que Cobos podía disponer. Bajo circunstancias ordinarias no habría vacilado en poner en juego sus dotes y conocimientos del país contra la experiencia de las fuerzas militares de Trujeque; pero su expedición á Minatitlán no había tenido por objeto combatir, sino salvar para la causa liberal las armas, municiones y uniformes obtenidos á costa de tanto esfuerzo y espera. Así fué que determinó apartarse del camino real y seguir por senderos y veredas leterales conocidos por algunos de los indios que formaban parte de la expedición. Esto requería abrir en ciertos parajes nuevos caminos y cruzar arroyos.

Los indios con su preciosa carga iban adelante,

en tanto que los soldados cubrían la retaguardia para defender el camino contra las fuerzas enemigas.

No obstante las precauciones tomadas, su derrotero fué descubierto por Trujeque, quien se mantuvo en su persecución durante todo el viaje y Díaz, por lo tanto, tuvo que defender continuamente su retaguardia de los ataques del enemigo. Fué una marcha desesperada; pero el principio había sido una empresa poco más ó menos igualmente desesperada y el joven comandante tenía que adoptar medidas extremas, las que, debido á su determinación, su habilidad en el manejo de sus hombres y su conocimiento de la región, resultaron en su favor y el convoy llegó con seguridad á inmediaciones de la ciudad de Tehuantepec, rumbo á la bahía de Ventosa.

En su ausencia las fuerzas de Cobos habían ocupado á Tehuantepec, sin resistencia, y continuaban aún en posesión de la plaza cuando el piquete liberal llegó á las carcanías. Díaz tuvo noticia por sus espías de la ocupación de la ciudad y se disponía á dar un rodeo, cuando tomó la resolución repentina de recuperar del enemigo su antigua plaza fuerte. Comunicó su determinación á sus tropas, quienes acogieron entusiastas la propuesta. Parecía un designio lleno de audacia y locura el atacar una plaza que, como Tehuantepec, se hallaba tan bien defendida por tropas experimentadas de infantería, caballería y artillería y que disponía de una amplia provisión de municiones de todas clases, en tanto que muchos de los hombres bajo el mando de Díaz eran indios inexpertos que habían ido á Minatitlán con él, más como cargadores que como soldados. Pero su comandante conocía la aversión que el pueblo de Tehuantepec tenía al de Juchitán y confiaba en éste para conducirlos á un ataque nocturno contra su tradicional enemigo.

En las primeras horas de la noche del 24 de Noviembre de 1859, Díaz inició su avance sobre la ciudad de Tehuantepec. Evitó el camino real cruzando veredas y senderos á través de las montañas, pues aquella parte del país le era familiar, siendo su ob-



Indio de Minatitlán.

jeto el llegar al sitio de combate antes de que el enemigo se apercibiese de que había emprendido su marcha. En esto le favoreció el éxito, pues poco antes de la madrugada llegó al frente de las trincheras de la ciudad.

Como había previsto, su llegada no había sido anticipada y así pudo sorprender á los guardias avanzados del enemigo antes de que éstos diesen la voz de alarma. Durante esa maniobra no se disparó un solo tiro. Por los centinelas capturados supo Díaz la posición que ocupaba el enemigo en la ciudad, su número probable y otra información que le fué de gran valor en el ataque que había determinado comenzar desde luego.

Distribuyó sus fuerzas para el asalto reservando la porción principal para el ataque de los cuarteles, en tanto que pequeñas partidas fueron destacadas bajo el mando de sus oficiales de más confianza para atacar á los destacamentos enemigos esparcidos en la ciudad. Esto se hizo para simular la impresión de que el ataque provenía de una fuerza muy considerable, confundir así al enemigo y hacerle creer que el peligro le amenazaba por todos lados.

Apenas la luz de la alborada asomaba por el Oriente, cuando Porfirio Díaz dió la voz de avance de sus fuerzas hacia el ataque. Su bien combinada estratagema tuvo el mejor éxito. Después de una viva pelea tomó posesión de los cuarteles y dejando en ellos un destacamento suficiente para protegerlos, se apresuró á ir en socorro de sus otras pequeñas fuerzas que habían sido rechazadas. Por asalto tomó la Prefectura y allí hizo prisionera á toda la infantería enemiga.

Entre tanto la caballería enemiga había entrado en acción y atacaba las huestes de Porfirio en las calles; pero aquéllas formaron sus pelotones de reclutas en cuadro y así resistieron el encuentro, sembrando al mismo tiempo la muerte entre las filas de los soldados de caballería. Este, al fin, creyéndose rodeado se dispersó y huyó, dejando en posesión de la

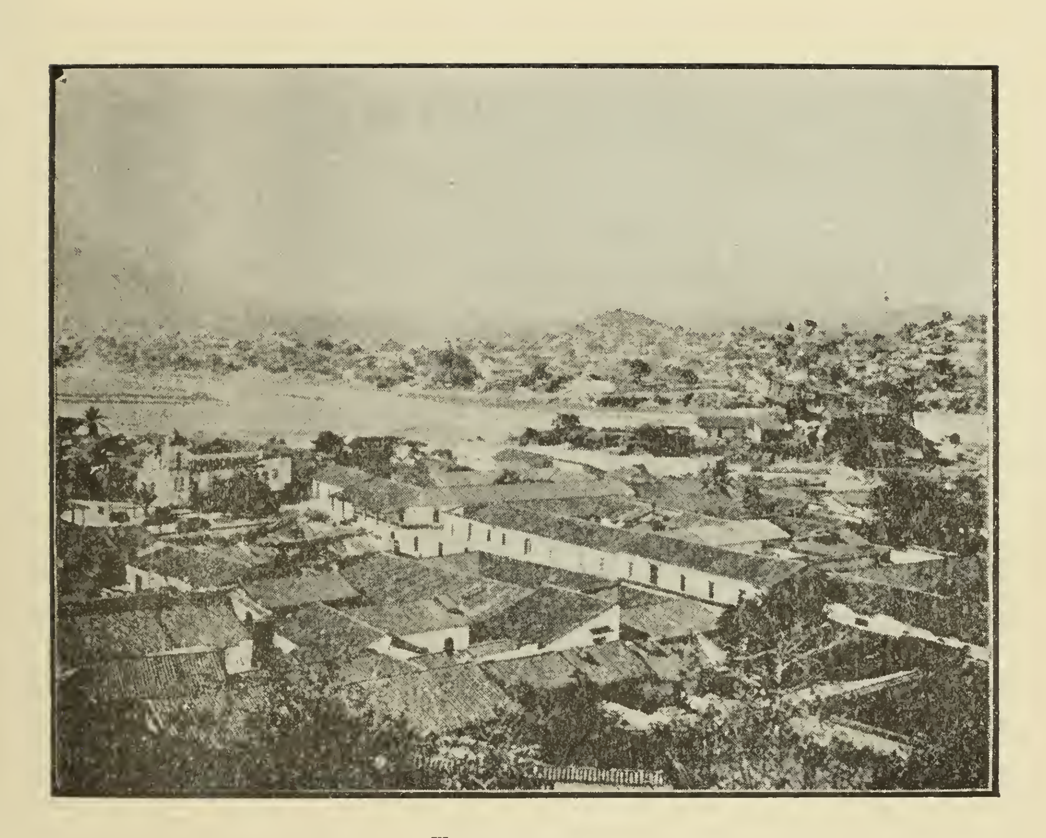
ciudad al osado guerrero, quien, contando con la infantería encerrada en los cuarteles y en la Prefectura, había hecho un número mayor de prisioneros que el total de sus propias tropas.

Pocos hechos de armas de Díaz fueron tan audaces y coronados de tan brillante éxito. La captura de la ciudad de Tehuantepec dejó libre el camino hacia Ventosa y confirmó la seguridad del más valioso convoy de armas que los liberales habían recibido hasta aquel entonces durante esa guerra.

La audaz realización del transporte de estas armas y la aún más osada captura de Tehuantepec, con un puñado de reclutas, dió fama al nombre de Díaz y alentó la esperanza en el corazón de Juárez de que todavía no estaba todo perdido en el Estado de Oaxaca.

Por su brillante hazaña Porfirio Díaz fué ascendido al rango de Coronel de la Guardia Nacional y para honrar más la ocasión, su despacho y comunicación respectiva fueron fechados el 25 de Noviembre de 1859, fecha en que 300 reclutas mal disciplinados, todos de raza indígena, habían capturado la ciudad de Tehuantepec entre las horas de la madrugada y las diez de la mañana, derrotando á una fuerza varias veces mayor en cuanto á número é infinitamente superior en disciplina y con las ventajas naturales de su posición para defensa, pues la victoria había sido ganada con infantería, en tanto que el enemigo poseía excelente artillería y caballería.

Por carecer de caballería Díaz no pudo perseguir por considerable distancia al enemigo y por esto el ejército de Cobos en Tehuantepec escapó de ser totalmente aniquilado. Pero los efectos de la victoria se hicieron sentir en todo el Istmo y aquellos que habían mostrado abierta hostilidad á los liberales se inclinaban ahora á ocultar sus simpatías por el partido que creían ser más á propósito para permitirles proseguir sus irregularidades con las cuales habían defraudado al Gobierno del Cantón la mayor parte de sus ingresos.



Tehuantepec.

Pero aún cuando el camino á Ventosa se hallaba libre debido á la derrota del partido reaccionario en Tehuantepec, el problema del transporte de las armas y avíos de guerra tan dramáticamente salvados de la destrucción tenía aún que ser resuelto. La victoria de Díaz lo había colocado en una posición desde la cual podía con más facilidad dominar la situación. Ello le permitió reunir muy cerca de 200 carros en los cuales cargó el material de guerra, llevado hasta allí desde Minatitlán sobre las espaldas de los indios.

La necesidad de conducir las armas á un sitio seguro era urgente, pues aún cuando las fuerzas reaccionarias en la ciudad de Tehuantepec habían sido derrotadas, quedaban todavía aquellas que habían perseguido á Díaz desde Minatitlán y además las otras fuerzas armadas que Cobos había enviado al distrito de Tehuantepec.

Violentamente se remitió el material de guerra á Juchitán, donde Díaz contaba con muchos amigos y donde había obtenido los cargadores indios y hombres que le ayudaron al transporte de esas armas desde Minatitlán á la ciudad de Tehuantepec.

De nuevo puso en ejecución la misma táctica que había adoptado en su expedición desde Minatitlán. Evitó el camino real y avanzó por sendas transversales, lo que en ocasiones le obligó á abrirse paso á fuerza de machete á través de los bosques y breñales.

De Juchitán el convoy fué más tarde conducido á Ventosa y de ahí á su destino por José Romero, hermano del famoso Matías Romero, Ministro de Juárez en Washington. Don José condujo dicho convoy hasta Zihuatenejo, donde el General Alvarez lo recibió. Como este último trayecto fué hecho por la vía marítima y las fuerzas reaccionarias no contaban con buque alguno en las aguas del Pacífico, el viaje fué hecho comparativamente seguro.

Los dos años que Porfirio Díaz pasó en Tehuantepec, en medio de un pueblo reaccionario por instinto y por simpatía, la dramática salvación de las provisiones de guerra que tanto esfuerzo había costado

conseguir y que tanto se necesitaban por el partido de Juárez; la toma de la ciudad de Tehuantepec por un puñado de indios inexpertos y la remesa del convoy á Ventosa, en tanto que las tropas de Cobos afluían de todos lados hacia el sitio de acción, habían labrado al joven comandante una reputación como guerrero y táctico, que se había extendido por todo el Sur de México, haciendo que el gobierno liberal lo viese como el baluarte de su causa en todo el territorio, desde el moderno Estado de Guerrero hasta el Istmo de Tehuantepec.

Cobos había violentado las represalias contra Díaz con su invasión de Tehuantepec y los dos hombres se hallaban ahora frente á frente. En todos los encuentros previos Porfirio había llevado la mejor parte, no obstante que en muchas ocasiones hizo cara al enemigo con fuerzas muy inferiores en experiencia, número y armamento.

Los dos años de constante lucha, durante los cuales había vivido casi constantemente sobre las armas y contando sólo con sus propios recursos, habían dado á Díaz confianza en sí mismo y experiencia, factores de inestimable ventaja para la contienda aún más encarnizada que se aproximaba y en la cual debiera desempeñar el más prominente papel.

En esos dos años aprendió á conocer á fondo el carácter indio en tiempos de guerra; había adquirido una percepción de condiciones tan notable como en cualesquiera otras circunstancias no habría podido lograr tan bien, pues en Tehuantepec se había visto obligado á trazar su propio destino, lo que nunca habría realizado en forma tan brillante estando sujeto á órdenes constantes y á la supervisión de las autoridades centrales. Estas circunstancias y su naturaleza fecunda en recursos y actividad, arrojan luz sobre su casi invariable éxito durante los tormentosos años posteriores, hasta el día en que entró á la Capital de la República al frente de sus valerosos soldados cubiertos de andrajos y cicatrices y pregonó que el efímero malogrado imperio había terminado.



Mestiza de Tehuantepec.

CAPITULO XI

Díaz en el Estado de Oaxaca

Después que había sido Trujeque expulsado de la Ciudad de Tehuantepec, por el Coronel Díaz á la cabeza de un puñado de hombres, temiendo una segunda derrota, se retiró al interior del Estado de Oaxaca con la intención de reunir á las fuerzas al mando de Cobos el resto de su diezmada brigada, muchos de cuyos soldados carecían de armas; pues habían abandonado en la retirada 600 rifles, casi todo el parque y la artillería de montaña; todo lo cual había caído en manos del Coronel Díaz.

La victoria de Díaz en Tehuantepec animó á las fuerzas de los liberales diseminadas en el Estado de Oaxaca, las que habían comenzado á ver al coronel victorioso, como una de las esperanzas más brillantes de la causa de Juárez. Y así, el Gobernador del Estado de Oaxaca, José María Díaz Ordaz, lo invitó á que se reuniera con él en ese Estado y ya con sus fuerzas combinadas atacar á Cobos. Fué aceptada la proposición, y el Coronel Díaz se puso en marcha rumbo á Oaxaca el 10 de Enero de 1860 con una fuerza de 500 hombres, entre los cuales había ochenta veteranos, que era todo lo que quedaba de las dos compañías de la Guardia Nacional que lo habían acompañado cuando salió de Oaxaca dos años antes, para asumir el mando de las fuerzas de Tehuantepec y fungir como gobernador. La mayor parte de sus tropas estaba formada de reclutas novicios, algunos de los cuales habían sido alistados en la vecindad de Juchitán y otros en las cercanías de Tehuantepec; mientras que el resto consistía en voluntarios que le había facilitado el Gobernador del Estado de Chiapas. Se podrá ver pues, sin la menor dificultad, que esta fuerza, por su organización y elementos constitutivos al tiempo de su marcha á Oaxaca, no ofrecía cualidades que la hicieran digna de gran confianza.

Esto se hizo evidente pocos días después de la salida de Tehuantepec, cuando algunos cabecillas de los indios que se habían alistado en Juchitán, comenzaron á intrigar entre los suyos contra la expedición; y urgiéronles á que solicitaran se les permitiera regresar á su pueblo. Es probable que el Coronel Díaz de buena voluntad los hubiera dejado regresar, pues hombres forzados hacen malísimos soldados; pero no se atrevió á acceder á la solicitud por temor al efecto que esto tendría en la moral del resto de las fuerzas. Procuró pacificarlos; pero ellos, por medio de sus cabecillas, le informaron que estaban resueltos á regresarse á su pueblo inmediatamente. La situación era crítica. El enemigo lo tenían delante y no muy lejos; Díaz Ordaz, el Gobernador del Estado, los estaba esperando y contaba con su auxilio para atacar las fuerzas de Cobos, quien todavía dominaba la mayor parte del Estado: la mayoría de sus soldados eran reclutas inexpertos, y el resto había sido intimidado por los informes que se tenían de que las fuerzas que marchaban contra ellos eran poderosas y estaban bien armadas. Con todo ésto cierto temor acerca del resultado de la expedición había cundido entre las fuerzas del Coronel Díaz; y aunque éste logró evitar, gracias á su tacto, la deserción en masa de gran parte de sus tropas, se encontraba á la cabeza de una fuerza que ni aún con su genio, su firmeza y su personalidad, era posible formar de ella un cuerpo compacto, dispuesto á participar de todos los riesgos, peligros y gloria de una campaña contra Cobos, cuyos éxitos en Oaxaca durante los dos años anteriores, le habían formado una reputación muy superior á sus méritos, aunque ciertamente, estaba lejos de ser un enemigo que se pudiera ver con indiferencia. Los cabecillas de los reclutas de Juchitán habían dicho á sus compañeros, que el luchar contra el ejército bien equipado y disciplinado de Cobos con la pequeña fuerza al mando del Coronel Díaz, era buscar la derrota y completa aniquilación.

Pero Díaz prosiguió su marcha con la esperanza

de unirse luego con las fuerzas del Gobernador en Tlacolula, que era el lugar convenido de antemano para la reunión. Creía que una vez sus tropas se vieran amalgamadas con las del Estado de Oaxaca, perderían en cierto grado su sentimiento localista y sus temores.

Pero sus planes se frustraron; pues cuando llegó á Tlacolula no se habían asomado aún las tropas del Estado, y tuvo informes de que aún no se encontraban por esa comarca y que se creía estaban aún muy lejos. En cambio, al mismo tiempo se tuvo la desagradable noticia, de que Cobos, con doble fuerza de la de Díaz, y bien provisto de armas, infantería, caballería y artillería, marchaba rápidamente á su encuentro. No quedaba otro recurso que aceptar la batalla: su retirada hubiera traído consigo la deserción de los reclutas más tímidos y la desmoralización de los demás; y Cobos, con su caballería, estaba en capabilidad de convertir la más hábil retirada en completa derrota.

Así pues, Díaz se preparó á dar batalla en Mitla, á la sombra de las inmensas ruinas de tiempos prehistóricos, donde probablemente había tenido lugar más de un sangriento encuentro en tiempos remotos, cuando razas misteriosas ya desaparecidas habían ejercido ahí su poderío.

Las dos fuerzas se encontraron el 23 de Enero de 1860. Generalmente el Coronel Díaz prefería atacar al enemigo que esperarlo. Pero la experiencia que tan recientemente había tenido de los reclutas de Juchitán, le hizo comprender cuan peligroso era enfrentarse, sin suficiente preparación, con un enemigo doble en número y superior en armamento y disciplina; por lo cual decidió aguardar el ataque de Cobos. Entre tanto arregló sus fuerzas de la manera más hábil posible, colocando á los reclutas descontentos de Juchitán entre los veteranos que lo habían seguido de Oaxaca á Tehuantepec hacía dos años, y que lo habían acompañado desde entonces en numerosos encuentros.

Cobos inició la batalla con un ataque de artillería que causó grandes estragos en las filas de las fuerzas de Díaz. A ésto siguió una carga de infantería sobre las posiciones de los liberales; los que se sostuvieron valientemente, logrando repeler á sus enemigos; pero Cobos volvió á la carga y esta vez de frente y de flanco. El ala izquierda de las fuerzas liberales, que estaba compuesta principalmente de los reclutas novatos de Juchitán, cedió y se puso en fuga, y el resto de las fuerzas de Díaz tuvo que retroceder. Pero Porfirio, con el pequeño número de soldados disciplinados que le quedaban, atacó de nuevo y expulsó al enemigo de las posiciones que acababa de conquistar, debido á la fuga de los Juchitecos. Nuevamente era dueño del campo y el enemigo estaba en gran desorden. Pero con los reducidos elementos de que disponía, comprendió que un nuevo ataque de parte del enemigo contra sus pequeñas fuerzas, sería de fatales resultados; por lo que dispuso retirarse después de hacer apresuradamente desmontar el cañón, romperle las ruedas y clavarlo; pues no tenía artilleros que pudieran manejar la pieza capturada.

Cobos no se atrevió á perseguir á los liberales, debido al estado de desorganización en que quedaron sus fuerzas.

Aunque la batalla de Mitla quedó indecisa, no por eso dejó de tener gran influencia en la fortuna de las armas liberales; pues cuatro días después, Cobos, debido al estado de desorganización de sus fuerzas, fué derrotado en Santo Domingo del Valle por los liberales del Estado de Oaxaca al mando del Gobernador del mismo, José María Ordaz, quien murió al principio de la batalla. El Coronel Cristóbal Salinas, segundo en el mando, persiguió por varias millas á los derrotados conservadores. Pocos días después se encontró con las andrajosas y diezmadas tropas del Coronel Díaz en Tlalixtac, poca distancia al norte de la Ciudad de Oaxaca.

A la muerte de Díaz Ordaz, Marcos Pérez, el antiguo maestro y amigo de Porfirio Díaz, cuando éste



Palacio Municipal y Jardín, Tehuantepec.

estuvo en el Instituto de Oaxaca, se hizo cargo de la gobernación del Estado por ministerio de la ley, en su calidad de Presidente de la Corte Suprema de Justicia. Era Pérez hombre de carácter muy activo y ansiaba proseguir la guerra con todo vigor. Por esta razón, no quedó del todo satisfecho con la conducta de Salinas, quien en lugar de aprovecharse de las ventajas que había ganado contra Cobos en Santo Domingo del Valle, y marchar inmediatamente sobre Oaxaca por el camino más fácil y más corto, eligió el camino largo de las montañas, lo que impidió su llegada en tiempo oportuno; pues entre tanto los habitantes de la capital del Estado, que se habían llenado de pánico á la noticia de la derrota del ejército de Cobos en Santo Domingo del Valle, lograron entrar en calma y colocarse en situación de poder resistir un sitio. Por lo que Pérez, no creyendo que Salinas colaborara en sus planes como debiera, nombró al Coronel Díaz comandante de las fuerzas del Estado de Oaxaca, y le ordenó que pusiera preso á Salinas.

En esta ocasión, como en otras muchas antes, el Coronel Díaz demostró su sangre fría, su buen juicio y su liberalidad; y haciendo uso de su influencia con Marcos Pérez, lo convenció de que el éxito de las armas liberales en el Estado de Oaxaca dependía de evitar toda desunión en sus filas; y que era mejor, que tanto él como Salinas cedieran algo de su parte en sus diferencias y que trabajaran juntos por el bien de la causa. También persuadió á Pérez de que retirara su orden, haciéndole ver que Salinas era por derecho el jefe superior, y que cualquier tentativa para deponerlo de un puesto que había sostenido con crédito en la batalla de Santo Domingo del Valle y en otros lugares, conduciría inevitablemente á la desunión de las fuerzas liberales, y sembraría confusión y falta de confianza entre los soldados; cosa que debía evitarse á toda costa, cuando el futuro de la causa liberal dependía tanto de la unidad de acción y de la confianza mutua entre sus jefes.

Pérez, que siempre escuchó con respeto las opiniones de Porfirio, convino finalmente en retirar el nombramiento del Coronel Díaz para jefe de las fuerzas del Estado; y el disgusto con Salinas fué olvidado, á lo menos por entonces.

No cabe la menor duda de que el Coronel Díaz era merecedor de la promoción que le había ofrecido el Gobernador; pues el talento que había manifestado en los asuntos militares y civiles del distrito de Tehuantepec, y el genio militar y capacidad que habían sido siempre característicos de su carrera, lo señalaban como el único hombre en el ejército de Oaxaca capaz de conducir la campaña con éxito y á un buen fin. Pero Díaz quería sobre todo, como lo manifestó á Marcos Pérez, unir las fuerzas liberales contra el poder de los conservadores; y para lograr este objeto con voluntad sacrificaba sus propias y legítimas ambiciones en interés de la causa que había abrazado.

Tan luego como estas diferencias se hubieron arreglado, comenzaron las fuerzas liberales su marcha sobre la ciudad de Oaxaca, ante la cual llegaron pocos días después; é inmediatamente iniciaron los trabajos del sitio. Al Coronel Díaz y las tropas de su mando se les designó la tarea de capturar la Soledad, cerro fortificado al oeste de la ciudad. Esto lo logró Díaz después de obstinada resistencia y avanzando sus líneas palmo á palmo hasta que solamente el espacio de una calle lo separaba del enemigo.

Parecía cuestión de unos pocos días más la caída de la ciudad en manos de los liberales, cuando se recibió una orden de Veracruz, en ese tiempo cuartel general del Gobierno liberal, ordenando á Salinas no hacer ningún nuevo ataque sobre Oaxaca, hasta la llegada del General Rosas Landa, quien había sido nombrado por el gobierno de Juárez Comandante en jefe de las fuerzas del Estado de Oaxaca. Este nombramiento fué sin duda el resultado de las noticias que habían sido llevadas á Veracruz, acerca de desunión y desacuerdo entre las fuerzas en campaña y con el Gobernador. Juárez, sin duda alguna, obró de



Un Paisaje de Tierra Caliente.

buena fe; pero el resultado fué desastroso para la causa liberal: pues Landa no comprendía las condiciones existentes en el Estado de Oaxaca y no era hombre que le gustara aprender nada de sus subordinados. Además, era un carácter de resoluciones demasiado estudiadas y de consiguiente tardías, y dependía más de principios científicos, que de la fuerza y energía que son indispensables al soldado en los casos de emergencia, cuando es imperativo que los movimientos y demás disposiciones sean llevadas á cabo con precisión y velocidad para conservar ciertas ventajas.

Landa procedió á poner sitio á la ciudad de Oaxaca con mucha parsimonia y las operaciones de ataque eran llevadas con poca energía. El resultado fué que el sitio se prolongó hasta el mes de Mayo sin haber hecho gran progreso, mientras que si se hubiera seguido la táctica que Díaz y Salinas habían adoptado, la ciudad podía haber sido tomada en corto tiempo; pues los defensores estaban, hasta cierto punto, desmoralizados con las derrotas que había sufrido Cobos y la presencia del temible Díaz ante sus muros: pues aún entonces el nombre del joven y brillante jefe estaba en boca de todos, tanto en el Estado de Oaxaca como en la región del Istmo.

Entre tanto el partido de la reacción, que aún estaba en posesión de la capital de la República, se apresuró á enviar refuerzos al mando del hermano del candidato conservador para la presidencia, General M. Miramón. Para el tiempo en que llegaron estos refuerzos, Landa había logrado aniquilar enteramente el espíritu de iniciativa que Díaz había inspirado á los sitiadores hacía tres meses. Lo largo y desafortunado del sitio había agotado la confianza de los soldados, que con tanto valor habían seguido á su jefe en el ataque al monte de La Soledad y la parte oeste de la ciudad, antes de haber aparecido en la escena Rosas Landa. Durante estos tres meses de indecisión é inacción de parte de Landa, toda la ventaja había estado á favor de los sitiados y la moral y con-

dición de las tropas sitiadoras eran de tal naturaleza, que no se consideró conveniente presentar batalla al ejército de Miramón que se aproximaba. Por lo cual Landa decidió la retirada. Esta decisión era tanto más necesaria, cuanto que por motivo de la impopularidad de Landa con las tropas y su inhabilidad para manejarlas y tenerlas contentas, más de la mitad había desertado; de tal modo, que cuando llegaron al enemigo los refuerzos de Miramón, no tenían los liberales más de 2,000 hombres, y la deserción continuaba día por día. Por consiguiente, el haber realizado que el sitio había sido un fracaso y que eran insuficientes los elementos con que se contaba para continuarlo, en vista de los poderosos refuerzos de soldados veteranos y disciplinados que al mando de Miramón le llegaban al enemigo, y que ya habían entrado á terrenos del Estado, fueron las causas que determinaron á Landa á levantar el sitio y efectuar la retirada.

Pero esta retirada, aunque probablemente el mejor movimiento posible considerando las circunstancias, fué un golpe terrible para el partido de Juárez; pues las fuerzas de Landa sufrieron grandes pérdidas con las continuadas deserciones y los ataques de flanco del enemigo durante su apresurada retirada á las montañas; estando varias veces en peligro de perder su artillería, la que probablemente hubieran perdido sino hubiera sido porque el Coronel Díaz protegió efectivamente la retaguardia con un cuerpo de caballería ligera.

La retirada fué hecha con toda la rapidez posible á los montes y en dirección de Ixtlán, vecindad que era muy conocida de Díaz.

Poco tiempo después, cuando las fuerzas de Landa, Salinas y Díaz estaban en Teococuilco, se supo que andaba cerca de allí un cuerpo de tropas conservadoras y que marchaban sobre esa ciudad. Landa, que hacía algún tiempo estaba descontento con la posición que ocupaba, decidió dejar su puesto, entregando á Salinas el mando de las fuerzas, y regresar á



Puente de San Gerónimo, Oaxaca.

Veracruz por refuerzos é instrucciones. A su partida llevó consigo una escolta y á sus amigos más íntimos entre los oficiales.

Díaz, Salinas y Cajiga, los tres principales jefes liberales que estaban con Landa, protestaron contra esta deserción en los momentos en que eran más necesitados sus servicios; pero Landa no hizo caso de estas protestas, pues estaba indudablemente enteramente fastidiado de la vida de Oaxaca. No cabe duda que Landa faltó gravemente á la disciplina militar regresando á Veracruz sin tener órdenes para ello.

Indudablemente que Díaz y Salinas, á pesar de sus protestas, se alegraron mucho de salir de Landa, que había demostrado su completa inhabilidad para comprender la clase de elementos con que se tenía que trabajar en Oaxaca; y no podían menos de sentir que tenían más oportunidades de éxito solos, que en unión de Landa y bajo su dirección.

Con la partida de Rosas Landa, Díaz y Salinas determinaron separarse, considerando que de este modo les sería posible operar contra el enemigo con mayores ventajas; pues en las partes montañosas de Oaxaca, donde se veían obligados á permanecer á causa del reducido número de sus tropas y la superioridad numérica del enemigo, les era imposible conseguir subsistencia para cuerpos regulares de tropa. Además, pequeñas partidas de soldados, manejadas por jefes hábiles que conocían palmo á palmo el terreno y la gente del lugar, tenían más probabilidades de éxito que un cuerpo regular de tropas operando en condiciones desfavorables.

Salinas marchó rumbo á Ixtlán en busca de reclutas que siempre se podían conseguir en esa vecindad. Díaz resolvió seguir el mismo camino. El enemigo, no obstante la partida de Landa, no se había atrevido á atacar las fuerzas liberales en Teococuilco; mas para evitar que sus fuerzas fueran seguidas y tuvieran enemigos en la retaguardia, Díaz arregló la retirada con el mayor orden. Y así antes de evacuar sus posiciones, ordenó que se cortaran árboles

en las orillas de los caminos para obstruirlos y dificultar el paso de la artillería y caballería enemigas. Y tan luego como estuvo hecho ésto, comenzó la retirada hacia Ixtlán por el camino que dos días antes había seguido Salinas.

Apenas había llegado á Ixtlán el Coronel Díaz, se tuvo noticia de que el general reaccionario Trejo había caído sobre la villa de Ixtepejí, y que los habitantes y tropas allí estacionadas se defendían por todos los medios posibles contra fuerzas muy superiores. Inmediatamente el jefe liberal se dirigió al teatro del combate. Llegó á Ixtepejí con su pequeña columna el 16 de Mayo, en los precisos momentos en que los defensores del lugar se retiraban ante la fuerza de los sitiadores. Inmediatamente se lanzó con toda su gente sobre el enemigo, el cual, creyéndose ya victorioso y por consiguiente no esperando ataque alguno, se desmoralizó por completo y huyó. Las fuerzas de Díaz y las de la villa persiguieron al fugitivo ejército, que originalmente se componía como de seiscientos hombres, por una distancia de 15 millas, no dándole así tiempo para reorganizarse, ni para llevarse sus heridos, ni los soldados que por alguna causa se iban quedando rezagados en la retirada. Tan sangrienta había sido la batalla y la subsiguiente persecución hasta Pinabete, que cuando Trejo llegó de regreso á Oaxaca tenía menos de 100 hombres.

Esta victoria fué de gran importancia, á pesar de que las fuerzas comprometidas de uno y otro lado eran relativamente pequeñas, por la sencilla razón que permitió á los dos jefes liberales, Díaz y Salinas, reclutar soldados y disciplinarlos en Ixtlán con la mayor tranquilidad. También demostró conclusivamente la incompetencia de Landa al haber dejado el mando en circunstancias difíciles, y haberse alejado en busca de refuerzos é instrucciones acerca de lo que debía de hacer en caso tan desesperado; cuando apenas había llegado á Veracruz, se recibió la noticia que Díaz, con un puñado de hombres, había derrota-



Plantación, Estado de Oaxaca.

do completamente á Trejo, el temible jefe reaccionario.

Díaz y Salinas decidieron permanecer en Ixtlán, donde ambos eran bien conocidos, y continuar allí reclutando fuerzas y adiestrándolas para la campaña en que estaban comprometidos; siendo el objetivo final de ella, por de pronto, la capital del Estado. El Coronel Díaz, que personalmente conocía todo el distrito de Ixtlán y comprendía el carácter de la gente, se hizo cargo del reclutamiento y de la disciplina y organización de las tropas. Pronto les inspiró ese "ésprit de corps" que siempre se manifestaba en fuerzas que habían estado algún tiempo bajo la influencia de su mando. También les inspiró la confianza de que eran suficientes y muy capaces de expulsar del Estado á las fuerzas reaccionarias. Y así, trabajando largas horas diariamente y con gran empeño, tuvo el Coronel Díaz la satisfacción de tener sus fuerzas listas á fines de Julio, ó sea en mes y medio, para tomar la ofensiva contra el enemigo; y el último de ese mismo mes, el ejército liberal, fuerte de 700 hombres, partió de Ixtlán con dirección á la ciudad de Oaxaca. Las fuerzas se componían casi en su totalidad de infantería, pues la única artillería que poseían consistía en dos pequeños cañones de montaña. La mayor parte de los reclutas no había estado nunca en acción de guerra, y aunque procedían de raza valerosa y tenían plena confianza en sus jefes, no se podía prever cómo se conducirían en la batalla.

Cobos, por otro lado, tenía dos mil hombres bajo su mando, muchos de los cuales habían ya prestado antes servicio activo, y buen número de ellos eran veteranos experimentados. Además, ocupaba dentro de la capital del Estado una posición bien fortificada y disponía para defenderla de infantería, caballería y artillería. Parecía una empresa de lo más temeraria de parte de los dos jefes liberales el aventurarse á llegar cerca de la ciudad de Oaxaca, que en ese tiempo estaba defendida por seis cañones grandes de campaña y media docena de cañones de montaña;

todos los cuales estaban dotados de excelentes artilleros.

Sin embargo, el 3 de Agosto de 1860 llegaron las fuerzas liberales á vista de la ciudad capital del Estado, después de un viaje de lo más difícil y fatigoso, bajo una fuerte y prolongada tempestad tropical; y tomaron posiciones en los cerros que dominan la ciudad. Fué en esta oportunidad cuando Cobos concibió la idea de deshacerse de Díaz, á quien consideraba su enemigo más formidable, por medio de una traición. El cuatro de Agosto en la mañana envió á Díaz á un parlamentario ofreciéndole rendir la ciudad é invitándolo á tomar posesión de ella en nombre del gobierno liberal. Había creído que Díaz aceptaría ciegamente esta proposición, y que cuando marchara con sus fuerzas por las llanuras frente á la capital, quedaría á merced de los cañones de las fortalezas.

Pero Díaz comprendió con qué clase de enemigo tenía que habérselas, y juzgó, que una ciudad atrincherada como estaba Oaxaca, con un jefe del calibre de Cobos, que tenía un número de fuerzas tres veces superior á las suyas, no era probable que se rindiera en los términos ofrecidos por el comandante, especialmente cuando la causa reaccionaria había obtenido todas las ventajas en el Estado de Oaxaca desde hacía dos años.

Díaz, circunspecto como era siempre cuando se trataba de arreglos diplomáticos, investigó los móviles de la proposición de Cobos, y sin gran dificultad comprendió la naturaleza de la trampa que el jefe reaccionario le estaba tendiendo.

El mismo día que tuvo lugar el anterior incidente, los liberales descendieron de las lomas y tomaron posiciones en los ranchos de Dolores y San Luis, los que inmediatamente fueron fortificados del mejor modo posible. Dobles centinelas fueron puestos de guardia y se tomaron toda clase de precauciones para evitar una sorpresa; pues la reciente intentona traidora de Cobos había despertado gran sentimiento de desconfianza entre los jefes.



Casa Habitación en el Estado de Oaxaca.

El oficial que Cobos envió á Díaz el 4 de Agosto para hacerlo caer en una celada, había logrado hacer una estimación aproximada de las fuerzas al mando de los dos jefes liberales, y su informe indujo á Cobos á creer que sería asunto fácil ganarles la victoria. Por lo cual, el día siguiente hizo todos los preparativos para un ataque; y en la madrugada del 6 marchó fuera de la ciudad con dos mil hombres de todas armas, infantería, caballería y artillería, y tomó posiciones frente á las líneas liberales. Estos últimos, que esperaban algún movimiento de esa índole de parte del enemigo, inmediatamente aceptaron el desafío; pues Díaz había notado la organización y disposición defectuosa de las tropas de Cobos y había resuelto atacar sin demora el punto más vulnerable, que era, según había comprendido, el frente del enemigo. El movimiento fué muy bien calculado, pues Cobos, en la confianza de su superioridad numérica y de sus cañones de campaña, no esperaba que el enemigo tomara la iniciativa; de suerte que el ataque le produjo gran sorpresa.

Como un torrente se precipita de una montaña, así cayeron las tropas liberales encabezadas por Díaz y Salinas sobre el frente del ejército de Cobos, rechazándolo hacia la retaguardia antes que Cobos pudiera darse cuenta de lo que había sucedido. Esta repentina retirada del frente amenazaba desorganizar la retaguardia; pero Cobos trajo su reserva sin la menor demora, para dar tiempo al resto del ejército para que se repusiera y arreglara de nuevo sus filas. Mas el jefe liberal, desentendiéndose del mortífero fuego que la reserva de los reaccionarios lanzaba sobre sus filas, ordenó una nueva carga sobre las fuerzas desorganizadas de Cobos, que las acabó de desmoralizar; pronto la retirada se convirtió en atropellada fuga por salvar la vida, y las desordenadas huestes arrollaron é inutilizaron sus propias reservas, y pasaron en gran pánico unos sobre otros, en sus esfuerzos por buscar seguridad dentro de los muros de la capital. Pero una parte de las fuerzas de

Cobos hizo frente al enemigo y evitó que la retirada se convirtiera en completo desastre. Aún estas fuerzas fueron palmo á palmo rechazadas dentro de los muros de la ciudad, donde el ejército reaccionario se retiró al convento de Santo Domingo, buscando seguridad dentro de sus espesos muros contra la persecución de los liberales victoriosos.

Cobos aún disponía de una fuerza doble en número de la de Díaz y Salinas, y tenía dentro de los muros del convento suficiente armamento para poder hacer con ventaja un ataque contra los liberales y expulsarlos de la ciudad; por lo que Díaz tomó toda clase de precauciones para evitar cualquier sorpresa. Los liberales habían logrado capturar los cañones del enemigo y vuelto sus bocas contra sus primitivos dueños; lo que había contribuido á impedir á Cobos toda posibilidad de reorganizar sus fuerzas que, como hemos dicho, estaban tan desmoralizadas que no pensaban en otra cosa que en ponerse en lugar seguro.

Los liberales persiguieron á los reaccionarios hasta dentro de la ciudad: Díaz capturó el Palacio Legislativo y la guarnición; mientras que Salinas ocupó toda la parte norte de la población.

Oaxaca estaba al fin en manos de los liberales; pero su posición estaba aún muy lejos de ser segura; pues Cobos, una vez lograra reorganizar sus fuerzas podía atacarlos de nuevo, y ésta vez con más oportunidades de éxito; pues se habían visto obligados á distribuir sus fuerzas para sostener la ciudad.

Por todo lo cual, los cañones capturados fueron puestos en posición para defender la plaza, y numerosas guardias se estacionaron por toda la ciudad. Salinas y Díaz celebraron esa misma noche consejo de guerra con sus oficiales, y se decidió no perder tiempo y comenzar el sitio del convento de Santo Domingo en la próxima mañana.

Al despuntar la aurora del siguiente día, los dos incansables oficiales estaban ya ocupados en poner en posición para el sitio del convento los cañones cap-

turados al enemigo. Este trabajo continuó durante dos horas sin la menor manifestación de parte de los que se encontraban encerrados en el edificio. Pronto comenzó á regarse entre las filas liberales el rumor, de que Cobos, aprovechándose de las tinieblas de la noche, había salido con las fuerzas de su mando; rumor que poco más tarde se confirmó por gente que había visto al jefe revolucionario camino á Mixteca.

Así, en menos de dos meses después que las fuerzas de Landa se habían retirado en desorden á los montes de la vecindad de Ixtlán, después de haber perdido tres meses delante de los muros de Oaxaca, los dos jóvenes é intrépidos jefes habían organizado, adiestrado y disciplinado un nuevo ejército; y sin disponer de caballería ni de artillería, habían conquistado la ciudad que Landa, con una fuerza tres veces más numerosa, no había logrado conquistar. Y ésto lo hicieron, batiéndose á campo raso contra una fuerza muy superior en número y mucho mejor dotada con armamentos de guerra.

Tan brillante hecho militar no podía menos que llamar la atención del partido liberal hacia el Coronel Díaz, quien fué promovido al grado de Coronel de línea; siendo Salinas ascendido á Brigadier General.

El Coronel Díaz había sido malamente herido en una pierna por una bala de rifle durante la captura de la ciudad de Oaxaca, y como el doctor le ordenó absoluto reposo por todo el tiempo que durara la herida en sanar, Salinas quedó solo en el mando.

Este último, era buen soldado, pero jefe poco emprendedor, dió tiempo al comandante reaccionario para que reorganizara sus fuerzas, con las cuales llegó á invadir el valle de Oaxaca y aún á amenazar la ciudad recientemente conquistada. El Coronel Díaz, á pesar de su herida que le impedía andar sin la ayuda de muletas, insistió en desobedecer las órdenes del doctor y salir al campamento para ayudar en la dirección de las operaciones contra las fuerzas de Cobos.

En estas circunstancias, su hermano el Teniente Coronel Félix Díaz, apareció en la escena; y él y Salinas tomaron la iniciativa contra los reaccionarios, á los cuales lograron rechazar á los montes y finalmente derrotarlos por completo.

De este modo, Díaz y Salinas, en menos de dos meses, no sólo habían convertido la derrota en victoria, sino que habían organizado un ejército y recorrido con él todo el Estado, derrocando completamente el poder del partido reaccionario en Oaxaca. Hecho ésto, muy poco quedaba que hacer para ellos en el Estado, por lo cual se les ordenó organizaran una brigada destinada á operar contra los jefes reaccionarios en los Estados centrales. Se formó esta brigada, y en sus listas se encuentran hoy los nombres de muchos ciudadanos que después llegaron á ser famosos en la historia de México. Había dos compañías al mando de los Tenientes Coroneles Montiel y Velasco, un cuerpo de lanceros mandado por el Teniente Coronel Félix Díaz y una batería compuesta de piezas de campaña y de montaña. Porfirio Díaz era el comandante al mando de esta fuerza, que en Agosto de 1860 marchó para unirse á la división del General Ampudía, con la cual se incorporó en Tehuacán del Estado de Puebla pocos días después. Esta brigada de Oaxaca tomó parte en varios encuentros y escaramuzas y estuvo presente en la batalla de Calpulálpam, donde el General González Ortega derrotó completamente al partido reaccionario y abrió el camino para la ocupación de la capital por las fuerzas del partido liberal y la restauración de Juárez en la presidencia de la República. Después de tres meses de servicios, regresó á la capital del Estado en Enero de 1861; pues había terminado la guerra y ya no se necesitaba más de sus servicios.

De regreso á Oaxaca el Coronel Díaz cayó enfermo de fiebre tifoidea, fiebre que había sido endémica en el ejército; y mientras convalecía de esta penosa enfermedad, fué elegido miembro del Congreso Nacional por el Estado de Oaxaca. Tan luego como se



Marimberos Tocando la Marimba.

restableció, se dirigió á la capital para representar á su Estado natal en la legislatura de la federación.

Es conveniente dar por terminado aquí el primer período de la carrera militar de Porfirio Díaz, pues con su aparición en la capital de la República y su entrada en la legislatura federal, la vida comenzó á mostrarle un campo más vasto, que estaba él destinado á llenar. Desde esta fecha en adelante se le puede considerar como un carácter genuinamente nacional; pues desde entonces sus hechos políticos han estado íntimamente ligados con la prosperidad de la República, y se ha amoldado de tal modo su carrera al país, que la misma vida de la Nación ha crecido á su rededor y el mundo entero se ha acostumbrado á asociar á Díaz con México y á México con Díaz. Sin que el mismo Díaz lo pudiera comprender, toda su vida anterior había sido una preparación, para el campo vasto por el cual tenía que entrar y el gran papel que estaba destinado á representar en el drama de la vida política é industrial del México moderno. Pero si bien se puede decir, que en Enero de 1861, Díaz contempló de lejos la herencia que algún día había de ser suya, no fué sino un cuarto de siglo después cuando entró á la tierra prometida, que debía ver más tarde producir, bajo su dirección sabia y benéfica y su gobierno firme y justo, el rico maná de la prosperidad y del progreso.

Esos veinticinco años de luchas y pruebas, de contínuo vagar por el desierto de tormentas políticas, de intranquilidad nacional y de anarquía social, fueron una preparación tan completa para la vida futura que el destino le tenía reservada, como fué para los hebreos la prolongada estancia en los aciagos desiertos de la Arabia.

CAPITULO XII.

Díaz de nuevo en Oaxaca.

Pero aunque Juárez había ya regresado á la capital como Presidente de la República y habían sido derrotadas y dispersadas las fuerzas del partido reaccionario, de ningún modo se podía dar por terminada la guerra, pues la situación incierta del país, había levantado una multitud de guerrilleros y bandidos que hostilizaban por doquiera, usando su ostensible filiación política, como un manto para encubrir sus actos ilegales y protegerse contra el castigo en caso de que fueran capturados. Quedaban además algunas partidas de patriotas y cabecillas revolucionarios que sostenían continua y fiera lucha en las montañas, y como estos contendientes no vacilaban en aprovechar los servicios de ladrones, asesinos y bandidos, el país se encontraba infestado de facinerosos, y las vidas y propiedad de los ciudadanos pacíficos en constante peligro.

Entre los cabecillas revolucionarios que todavía mantenían activa campaña contra el Gobierno de Juárez, estaba el General Leonardo Márquez, quien sostenía la candidatura de Zuloaga para Presidente de la República, en cuyo favor había renunciado Miramón la jefatura del Poder Ejecutivo, poco antes de su precipitada fuga del país, á la entrada triunfal de Juárez en la capital de la República el año de 1861.

Era Márquez hombre de gran audacia y talento militar, y era con mucho, el adversario más temible que tenía Juárez por ese tiempo. Poseía gran tenacidad y perseverancia, y conocía perfectamente á todos los guerrilleros que hostilizaban al país, desde sus seguros refugios en las montañas; de donde salían de tiempo en tiempo. Y así le era posible en pocos días reunir un ejército bastante respetable, con tanta mayor facilidad, cuanto que gozaba de la reputación de



Porfirio Díaz en 1861.

ser jefe de gran fortuna, y no era demasiado particular en lo que se refiere á la investigación de los antecedentes de los que llegaban á ofrecerle sus servicios.

Mientras que Porfirio Díaz se encontraba en la capital de la República, representando en el Congreso á su Estado natal, esta guerra de guerillas siguió creciendo en intensidad, y llegó la audacia de sus jefes á tal grado, que las fuerzas reaccionarias al mando de Márquez, fuertes de cuatro mil hombres, invadieron el valle de México é impusieron tributo á sus habitantes, quemaron y destrozaron villas y aldeas y cometieron toda clase de atropellos.

En Junio del mismo año de 1861, se mandó contra Márquez una división del ejército de Juárez al mando del General Jesús González Ortega. Pero Márquez, que tenía espías por donde quiera, estaba bien informado de los planes del general gobiernista, y esquivando las fuerzas de éste y haciendo marchas forzadas, llegó á la capital y la atacó por el lado del oeste el 24 de Junio, logrando penetrar por la garita de la Tlaxpana, barriendo ante sí la guardia que en ese lugar estaba estacionada para su defensa. Continuando por la calzada de San Cosme, llegó á la ciudad propia sin más oposición.

Estaba el Congreso en sesión cuando le llegó á Juárez la noticia de la inesperada entrada á la ciudad del jefe reaccionario. Con la mayor prontitud el Presidente mandó órdenes al General Mejía, que en esos días estaba al mando de las fuerzas acuarteladas en el convento de San Fernando, situado en la línea de marcha que tenía que seguir Márquez para penetrar al centro de la ciudad; mandó, decimos, al General Mejía, que se opusiera á las fuerzas invasoras. Era la brigada de Oaxaca la que por ese entonces tenía Mejía bajo sus órdenes, brigada que era de las mejores y más experimentadas al servicio del Gobierno de Juárez.

En los momentos en que llegaron al Congreso las noticias de la invasión de Márquez, el Coronel Díaz

ocupaba su lugar en el salón de sesiones entre los demás diputados. Inmediatamente pidió permiso al Presidente de la Cámara para retirarse, y sin la menor demora se dirigió á los cuarteles de San Fernando donde se puso á las órdenes del General Mejía, quien había ya entrado en combate con el enemigo, cuya guardia avanzada había llegado á Buenavista. Las fuerzas liberales se encontraban muy expuestas con motivo de la situación que ocupaban, lo que daba la ventaja á Márquez, ventaja que el jefe reaccionario aprovechaba cuando llegó á la escena el Coronel Díaz.

Comprendiendo inmediatamente el peligro, se proporcionó una compañía compuesta de 40 granaderos del primer batallón de Oaxaca, y marchando por el lado izquierdo de la calzada, dejando entre él y el enemigo los macizos arcos de piedra del viejo acueducto que existía á lo largo de esta calle hasta hace pocos años, se dirigió rápidamente contra el jefe conservador, que estaba ya rechazando las fuerzas al mando de Mejía. En medio de la excitación de la batalla, Márquez pasó desapercibido este movimiento del Coronel Díaz, y cuando lo descubrió estaba este último en situación de poder atacar inmediatamente el flanco de las fuerzas reaccionarias, lo que hizo sin la menor demora lanzando sobre sus filas un fuego de lo más mortífero.

Tomado enteramente por sorpresa y creyéndose rodeado por fuerzas muy superiores á las suyas, Márquez ordenó apresuradamente la retirada. Mejía, aprovechando la circunstancia, cargó fogosamente sobre el enemigo, cuya retirada fué pronto convertida en completa derrota. En su fuga dejaron tras sí las fuerzas reaccionarias muchos muertos, heridos y prisioneros, que cayeron en manos de Mejía. Entre los despojos se encontraron varios caballos de la caballería de Márquez mandada por Domingo Herrera.

Por sus servicios en este encuentro el Coronel Díaz fué nombrado Mayor de órdenes de la brigada de Oa-

xaca al mando de Mejía. Esta división del ejército liberal fué entonces incorporada al ejército del General González Ortega, quien sabiendo que Márquez había esquivado sus fuerzas y atacado la capital, regresó con la mayor premura á la ciudad, sólo á encontrarse con que el jefe reaccionario había sido ya rechazado. Sin perder tiempo decidió aprovechar las ventajas ganadas en la Tlaxpana, y casi inmediatamente se puso en persecución de Márquez, quien tenía aún bajo su mando un ejército de cerca de cuatro mil hombres, compuesto principalmente de cuerpos independientes de guerrilla de clase indescriptible, bajo sus respectivos cabecillas que él había logrado reunir. Estaba provisto de buena caballería y tenía ocho cañones, lo que hacía su fuerza formidable. Pero Márquez no tenía intención de presentar batalla á González Ortega, ante quien continuó retirándose, cruzando montes y valles é inmensas extensiones de territorio, con la celeridad de quien conoce bien el terreno por que camina. Pero por donde quiera que iba era seguido muy de cerca por Ortega y Díaz, habiendo sido este último promovido al mando de la brigada de Oaxaca por enfermedad de Mejía. Durante dos meses continuó la persecución, hasta que al fin, á mediados de Agosto de 1861, los liberales alcanzaron en Jalatlaco á las fuerzas de Márquez y Zuloaga, siendo éste último el pretendiente reaccionario á la presidencia.

El general liberal había tenido tanto trabajo para lograr seguir los movimientos de Márquez, que estaba temeroso de que pudiera escapar, por lo que mandó adelante á Porfirio Díaz con la brigada de Oaxaca á vigilar sus movimientos. Díaz marchó con toda la rapidez posible sobre la posición ocupada por Márquez, en la tarde del 12 de Agosto, con 240 hombres y la caballería al mando de Antonio Carbajal. A la puesta del sol se encontraron con parte de las fuerzas del enemigo en el rancho de Atenco, el cual, después de alguna resistencia, se retiró. Se supo entonces por algunos prisioneros tomados en esta esca-

ramuza que Márquez pensaba pernoctar en Jalatlaco. Inmediatamente resolvieron Díaz y Carbajal intentar sorprender al enemigo por medio de un ataque nocturno. Como el segundo conocía bien el terreno, convino en conducir las fuerzas de Díaz, haciendo un rodeo, al campamento de Márquez, quien había dejado atrás para defender el camino, una fuerza superior á las fuerzas de infantería y caballería combinadas al mando de Díaz.

De acuerdo con lo arreglado, se pusieron en marcha para Jalatlaco, Díaz á la retaguardia y Carbajal, como conocedor del país, á la vanguardia, en las primeras horas de la noche, para que los espías y exploradores de Márquez no pudieran dar parte del movimiento que se intentaba; siendo cubierta con la mayor rapidez la distancia que los separaba del enemigo.

Conforme se fueron aproximando á la ciudad, prosiguieron más sigilosamente por temor de llamar la atención del enemigo con el ruido de la caballería.

Desde la cima de una pequeña colina, señaló Carbajal las luces del campamento de las tropas reaccionarias á unos pocos cientos de varas de distancia, y Díaz decidió no perder tiempo, sino marchar inmediatamente sobre la plaza y batir al enemigo, el cual se había colocado en el atrio de la Iglesia y sus contornos. Los fuegos del campamento aún ardían y los soldados se veían agrupados á su rededor, algunos sentados, otros de pié y buena parte durmiendo, pues estaban fatigados con la larga marcha del día y el cansancio de dos meses de casi continuas marchas diarias.

Pero llegar hasta la plaza sin ser notados, no era tarea fácil; pues Márquez era buen soldado y conocía perfectamente los riesgos de la clase de guerra que estaban llevando á cabo en esos días por los distritos montañosos de México; y sobre todo, apreciaba el peligro de tener en la vecindad un enemigo como el Coronel Díaz. Por consiguiente, había colocado al rededor de la ciudad doble línea de centinelas de á pie y de á caballo.



India del Estado de Puebla.

Todo esto lo comprendió muy bien Porfirio, y procuró acercarse al lugar con el mayor sigilo y evitar ser descubierto el tiempo más largo posible.

El resultado fué que las fuerzas liberales llegaron hasta la primer línea de centinelas sin ser descubiertos. Tan luego como el primer centinela lanzó el ¡Quién vive!, el Coronel Díaz dió orden para avalanzarse sobre el campamento del enemigo, y fué esta orden ejecutada con tal precisión, y era tan corta la distancia, que llegaron los liberales á las puertas del atrio de la Iglesia antes que el jefe reaccionario pudiera darse exacta cuenta de lo que pasaba. Pero Márquez era como Díaz, rápido para obrar en una emergencia, y tan luego como el tiroteo de los centinelas anunció el peligro, intentó organizar sus dispersas fuerzas, y así le fué posible recibir á los asaltantes con nutridas descargas de fusilería antes de que lograran penetrar en el campamento.

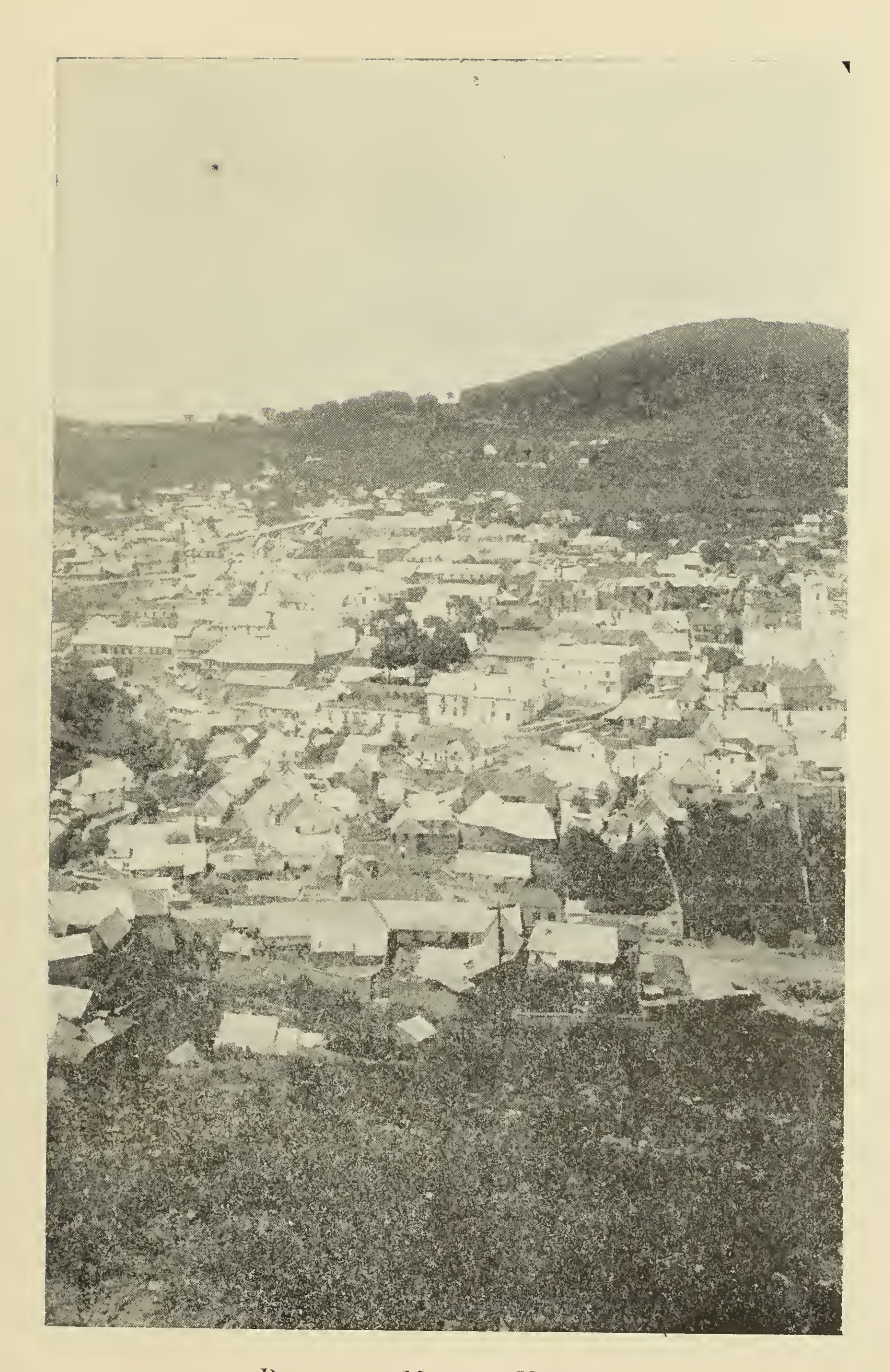
Era una lucha enteramente desigual, pues el Coronel Díaz tenía á sus órdenes solamente 240 hombres, mientras que las fuerzas de Márquez que se le opusieron llegaban á 4,000. Cierto es que el campamento no estaba organizado, pero también es cierto que las fuerzas de Díaz estaban colocadas entre dos fuegos: pues toda la caballería enemiga estacionada en los alrededores de la ciudad comenzó á atacarlo por la retaguardia.

La situación estaba llena de tremendos peligros para el puñado de valientes que había osado desafiar al ejército conservador en su propia madriguera; ejército que contaba en esos momentos con 11 generales, todos muy conocidos por sus hazañas militares, y entre quienes se encontraban Márquez, Cobos, el antiguo enemigo de Díaz, Negrete y Zuloaga. Pero los soldados de Oaxaca bajo el mando de Díaz eran veteranos que habían estado en más de una batalla, y que sobre todo, tenían entera confianza en su jefe. Cuando Díaz espoleó su caballo para lanzarse sobre el campamento, su gente lo siguió con tal voluntad y entusiasmo, que pasaban sobre cualquier obstáculo

que se les presentaba ¡tal era su ímpetu! Los soldados de la reacción fueron rechazados por una fuerza diez veces menor en número que la suya, pero no sin seria resistencia. Pronto logró Díaz apoderarse de la artillería, la cual puso inmediatamente en acción contra el enemigo. Era ya media noche, y la obscuridad, tan profunda, que nada se podía ver más allá de la rojiza luz de las fogatas del campamento.

Completamente sorprendidos por el inesperado ataque y el tiroteo de su propia caballería, que tomaron como del enemigo, el cual se imaginaron los estaba atacando con toda su fuerza, los soldados de la reacción volvieron las espaldas y huyeron á las obscuridades de la noche. En su alocada fuga perecieron muchos de ellos á manos de su propia caballería, que les hacía fuego equivocándolos por soldados de la fuerza liberal. Para este tiempo, también el General Ortega había llegado al teatro de la lucha. Pero creyendo que Díaz y sus valientes soldados habían perecido en su aventura, se contentó con dirigir sus baterías y hacer fuego sobre el enemigo, del que no tenía otro blanco que las luces del campamento en la plaza y atrio de la Iglesia. Por lo cual el Coronel Díaz se vió obligado á mandar apresuradamente un mensaje suplicando que se hiciera cesar el fuego, pues estaba haciendo más daño á su gente que á los enemigos fugitivos, la mayor parte de los cuales estaban ya fuera del alcance de los fuegos de la batería, y escondidos en las tinieblas de la noche.

No satisfecho con su victoria, el Coronel Díaz persiguió á un cuerpo fugitivo del enemigo y cortándole la retirada lo lanzó de nuevo al atrio, donde todos los soldados que lo componían se vieron obligados á rendirse. Solamente el número de estos prisioneros llegó á 700. Entre los despojos de guerra que esta batalla dió á los liberales estaba todo el equipaje y parque del ejército conservador, y diez piezas de artillería de campaña, que era toda la fuerza que en esta arma tenía el enemigo. Entre los prisioneros se encontraban ocho oficiales regulares y muchos voluntarios.



Real del Monte. Hidalgo.

Pero el resultado más importante del triunfo fué la dispersión, y prácticamente la destrucción, del ejército reaccionario de Márquez, el cual había amenazado varias veces la capital de la República durante el último año. Esta victoria convirtió en un fugitivo al General Zuloaga, Presidente de la República, según los reaccionarios.

Cuando el Coronel Díaz informó de su victoria al General González Ortega, éste apenas podía creer que lo que se le decía era verdad. Parecía más bien un milagro que un simple hecho humano el que una fuerza de doce veintenas de soldados de infantería, hubiese podido derrotar y poner en completa fuga á un ejército de más de cuatro mil hombres de las tres armas, infantería, caballería y artillería, y dirigido por los mejores generales del ejército conservador. Era aún más increíble que un cuerpo tan pequeño de hombres hubiera podido capturar tres veces más prisioneros que el número actual que lo componía. Pero la fuerza del destruído ejército de Márquez era bien conocida por el ejército liberal que desde hacía tanto tiempo la perseguía, y los despojos que habían abandonado y los prisioneros eran testimonios fehacientes de una de las más atrevidas empresas en la historia de México, que habían sido llevadas á debido efecto con el mayor éxito. Ni un solo hecho en la historia kaleidoscópica de la conquista de la Nueva España por el más famoso de los aventureros, Hernán Cortés, se puede comparar en audacia con este ataque nocturno del Coronel Díaz y su puñado de valientes, contra una fuerza cerca de veinte veces superior en número y dirigida por los generales más hábiles del partido reaccionario en esos días.

Como resultado de esta victoria, el General Gonzáles Ortega recomendó al Coronel Díaz para la promoción á brigadier general: y en una carta que dirige al Presidente Juárez, en la que le dá cuenta de los atrevidos y heróicos hechos del joven oficial, manifiesta que se sentiría avergonzado de usar las divisas de su rango si Porfirio Díaz no fuera promovido, en

justo reconocimiento de esta acción de Jalatlaco y de la completa derrota del ejército reaccionario de Márquez. Tan especial recomendación no podía ser desatendida, y Porfirio Díaz á la edad de treinta años y el 23 de Agosto de 1861, diez días después de su brillante victoria, fué promovido al rango de brigadier general por su valor y por sus relevantes servicios en los campos de batalla. González Ortega personalmente le comunicó la noticia en presencia de las tropas de su mando, congratulándolo por haber ganado tan señalado honor, á una edad en que la mayor parte de los oficiales están aún con mil dificultades iniciando sus ascensos en la carrera militar.

CAPITULO XIII.

Pachuca y Real del Monte.

Se acerca á su conclusión el período propiamente conocido con el nombre de "guerras de la reforma." Un nuevo enemigo, y enemigo que era de temer, amenazaba seriamente la existencia del partido liberal, el cual había hecho esfuerzos tenaces para establecer su autoridad por todo el país. Lo eminente de este peligro para la causa liberal animó á los conservadores, que lo usaron como una palanca para incorporar reclutas en sus filas. Todo el mecanismo é influencia de la Iglesia fué puesto en la balanza del lado de los reaccionarios. Esto explica cómo era posible á jefes como Márquez reorganizar después de tremendas derrotas como las de Tehuantepec, Oaxaca y Jalatlaco, sus dispersas fuerzas y aparecer en el campo en poco tiempo con otro ejército numeroso y fuerte.

Después del ataque nocturno sobre Jalatlaco por el grupo de valientes encabezados por Díaz, y de la dispersión de las fuerzas de Márquez, aprovechándose de la circunstancia de que González Ortega no se hizo cargo de la verdadera situación provocada por los sucesos que habían tenido lugar durante la obscuridad de la noche, y se había descuidado en perseguir las fuerzas dispersas de los derrotados conservadores, le fué posible á Márquez reunir el día siguiente buen número de sus hombres, con los cuales inició su retirada al Estado de Querétaro á través de montañas casi impenetrables. Dicho Estado, como es bien sabido, fué durante el período de las guerras del imperio decididamente conservador. Allí fué recibido calurosamente por Tomás Mejía, los demás jefes conservadores y el partido de la Iglesia, quienes le dieron toda clase de facilidades para reclutar tropas. Márquez era hombre dotado de la misma admira-

ble actividad que distingue á Porfirio Díaz. Era trabajador infatigable y organizador excelente, y en esta oportunidad desplegó, como veremos, todas sus grandes dotes. Había sido derrotado en la Tlaxpana el 24 de Junio de 1861 y con tal motivo parte de sus fuerzas se dispersaron; de nuevo fué derrotado el 23 de Agosto del mismo año en Jalatlaco, donde perdió su artillería y casi todo su parque y donde gracias á la oscuridad de la noche logró salvar sus fuerzas de completo aniquilamiento; y á pesar de todo esto, en menos de dos meses después de haber cruzado las montañas con los restos del disperso y arruinado ejército conservador del sur, tenía de nuevo bajo su mando una fuerza bien equipada y suficientemente poderosa para amenazar la supremacía del presidente liberal en la misma capital de la República.

Con este nuevo ejército determinaron Márquez y Mejía atacar á Pachuca, entonces como ahora uno de los distritos mineros más ricos del país: y como Márquez era hombre cuyas resoluciones se convertían sin la menor demora en hechos, en el mes de Octubre de ese mismo año el ejército conservador apareció en el Estado de Hidalgo y se apoderó de la ciudad.

A la noticia de la llegada de esta fuerza, que contaba entre sus filas con muchos de los más célebres guerrilleros conservadores, cuyas partidas se habían hecho temibles por todo el centro y sur de México, se apoderó de la Capital de la República gran pánico tanto mayor cuanto que el ejército liberal al mando de González Ortega había marchado algún tiempo antes al norte del país, á sojuzgar á los cabecillas de las partidas proditorias de guerrilla que habían establecido en esas comarcas el reinado del terror. De suerte que la ciudad de México estaba sin otra protección que la de la Guardia Nacional, el escuadrón Leandro Valle y la gendarmería. Debido á la ausencia del ejército liberal los guerrilleros conservadores y numerosos ladrones, salteadores y asesinos habían infestado el Valle de México, y habían convertido las montañas que lo rodean en sus madrigueras de refu-



Pachuca, Estado de Hidalgo.

gio. Una veintena ó más de esta clase de partidas merodeaban por el valle y vivían del saqueo y el robo. Tan pocas garantías tenía por esos días la propiedad, que la mayor parte de las fincas rústicas y plantaciones habían sido abandonadas, y la pobreza, la miseria y el hambre amenazaban al país, y bandoleros, ladrones y salteadores mantenían el terror por todas partes.

Hasta la ciudad se encontraba dividida en bandos, pues aunque Juárez dominaba supremo, había dentro de la capital muchos simpatizadores de los reaccionarios, y éstos tenían además establecido aquí su cuartel general revolucionario y su centro de agitación. Agregados á esta organización habían muchos agentes á sueldo que sembraban el descontento entre el pueblo y fomentaban la revolución. De aquí, y por estos medios, obtenían informes los guerrilleros, salteadores y cabecillas de tan dudoso carácter, informes que les facilitaban sus irrupciones y saqueos; siendo la gran masa del pueblo la que sufría las consecuencias de semejante situación.

Los conservadores abrigaban la esperanza de que la intervención extranjera pacificaría el país, y que gozando de paz se establecería un buen gobierno y una política conveniente que diera seguridades á los habitantes y prosperidad á la Nación. Este era su programa; el cual lo apoyaba la Iglesia Católica sin reservas, pues ésta veía amenazados sus intereses por el agresivo programa de reformas de los liberales.

De suerte que el Ministro de la Guerra Zaragoza, joven y brillante militar, tenía inmenso trabajo sobre sí. Se veía obligado á dar duro para lograr mantener la supremacía de los liberales; mientras que los conservadores, con la esperanza de la intervención extranjera y el fuerte apoyo de la Iglesia, no tenían más que mantener el país en estado de guerra y una situación rayana en anarquía para llegar á la realización de sus planes: el establecimiento de los principios conservadores y la supremacía de la

Iglesia por medio de la intervención extranjera. Pues ya por este tiempo los jefes reaccionarios estaban en arreglos con el Gobierno Francés para establecer en México un imperio bajo el cetro hereditario de un miembro de alguna de las casas reales de Europa. Márquez, Tomás Mejía, Lozada, Butrón y otros jefes conservadores contribuyeron en gran parte, con el sistema de guerra que entablaron, á provocar la situación de anarquía que dió excusa para la intervención extranjera en México. Asolaban el país, incendiaban las villas y aldeas sospechosas de simpatizar con los liberales; á los viajeros les robaban sus caballos y demás pertenencias y á los propietarios sus cosechas, y dejaban siempre tras sí un reguero de sangre. A los jefes liberales que capturaban los ahorcaban incontinente: y así, por donde quiera que andaban inspiraban terror á los habitantes. Es muy natural, pues, que la aparición del ejército conservador en Pachuca llenara de alarma á la gente de la capital; que bien sabía las represalias que contra ellos tomaría Márquez si llegaba á apoderarse de la ciudad.

Apresuradamente Zaragoza organizó una fuerza compuesta del escuadrón Leandro del Valle, de soldados casi inutilizados é inválidos y de la gendarmería para defender la capital, y el resto de las fuerzas disponibles fué despachado á Pachuca al mando del General Santiago Tapia. Con este ejército iba el General Porfirio Díaz como comandante de los dos regimientos de Oaxaca. La marcha se hizo de noche para evitar que su salida de la capital fuera observada y que tuvieran oportunidad los espías de estimar su fuerza. El ejército tomó el camino directo de Pachuca.

Entre tanto Zaragoza declaró la capital de la República en estado de sitio, y se preparó para defenderla hasta el último extremo, en el caso desgraciado de que fuera rechazada la fuerza comparativamente pequeña mandada contra Márquez y Mejía. Puebla había sido tomada poco antes por los conser-



General Santiago Tápia.

vadores, lo cual era una amenaza constante para la causa liberal, pues en esa ciudad tenían los guerrilleros un punto de reunión, de donde con facilidad se lanzaban á sus saqueos por el Valle de México, y aún llegaban hasta amenazar la capital. De esto resultó que muchas poblaciones vecinas cayeron en poder de los conservadores, y el Gobierno se veía obligado á mantenerse en inactividad, debido á la imposibilidad de reunir suficiente dinero para sostener un ejército más numeroso, y á la ausencia en el norte del General González Ortega. Por consiguiente, la situación era en extremo crítica y todo dependía aparentemente del resultado de la expedición contra Márquez que, como hemos dicho, había sido enviada á Pachuca al mando del General Santiago Tapia.

Cuando llegó Tapia á Pachuca supo que Márquez, con una fuerza tres veces más numerosa que la suya, estaba en la vecindad de Real del Monte, á poca distancia de la capital del Estado, y que estaba bien provisto de caballería y artillería.

El jefe liberal resolvió marchar inmediatamente contra el enemigo y fué secundado en esta determinación por sus oficiales, siendo entre ellos el principal el General Díaz, que mandaba los batallones de Oaxaca, compuestos de veteranos acostumbrados á ganar batallas bajo la dirección de su invicto jefe. Pero no era sólo Díaz el que entre los oficiales de Tapia había ganado ya fama y distinción para su nombre, pues esta expedición contaba con hombres como Mejía, Alvarez y Salazar, que inspiraban toda clase de confianza donde quiera que se encontraban.

Pero el ejército conservador estaba también dotado de oficiales que habían conquistado ya laureles y fama: en primer lugar se encontraban los dos jefes, el temible Tomás Mejía y el infatigable Márquez: estaban además Lozada, Butrón y otros, cuyos nombres inspiraban respeto y terror por todo el centro y sur de México.

El 20 de Octubre de 1861 las fuerzas liberales encontraron al enemigo que ocupaba una fuerte y bien

defendida posición, pues tanto Mejía como Márquez eran grandes maestros en estrategia, y de consiguiente no había más medio para desalojarlos que atacar directamente. Y esto fué lo que Tapia resolvió hacer sin la menor tardanza. Parecía locura atacar á un enemigo tres veces más numeroso, pero Tapia conocía á sus soldados y á sus oficiales, casi todos veteranos en el servicio.

El General Díaz con su brigada, que formaba la columna principal de las fuerzas liberales, se situó en una colina olvidada por el enemigo, y mientras que Tapia atacaba á los conservadores por un lado, Díaz y sus valientes de Oaxaca cargaban monte abajo con un ímpetu irresistible que barría todo á su paso. Fueron recibidos con un terrible fuego de fusilería que diezmaba sus filas, pero impertérritos prosiguieron su descenso y atravesaron el espacio que los separaba del enemigo, con el cual se batieron cuerpo á cuerpo en lucha despiadada por ambos lados.

Entre tanto las fuerzas de Tapia se lanzaban sobre el enemigo en medio del fuego agostador de la fusilería y de una batería de cañones de campaña. Pero el enemigo se vió forzado á retirarse ante el ataque combinado de Díaz y Tapia, y el primero, apoderándose de la batería enemiga volvió sus bocas sobre las fuerzas conservadoras, que se vieron así obligadas á abandonar el campo. Pronto terminó toda resistencia y el ejército de Márquez y Mejía se puso locamente en fuga por todas direcciones seguido de cerca por la caballería liberal, la cual logró dar alcance á muchos fugitivos y hacerlos prisioneros.

Esta victoria de los liberales costó al partido conservador un ejército organizado, muchos prisioneros, entre los cuales había buen número de oficiales, y su artillería. En la estrategia de la victoria no hubo nada nuevo: fué decidida ésta por el brillante ataque con tanta frecuencia practicado por Díaz; una carga violenta sobre el enemigo desde un punto inesperado, la captura de sus cañones y el uso de

éstos contra sus mismos dueños. Pero era un ataque que sus contendientes parecían incapaces de evitar.

A su regreso á la capital, después de la batalla de Jalatlaco, el General Díaz había sido objeto de muchas manifestaciones de aprecio de parte del Gobierno, del ejército y del pueblo: fué el héroe popular del día. Pero cuando regresó de Real del Monte á la ciudad, participó con Tapia de una de las más tremendas ovaciones hechas en México á un jefe victorioso. Una sucesión interminable de festejos proclamaba el gusto de los habitantes por haber sido librados del ejército de Márquez, y su gratitud por los dos ciudadanos que habían sido los factores principales en la derrota de las fuerzas conservadoras. El ejército, la gendarmería y la brigada que se habían preparado para defender la capital durante la ausencia de la guarnición; el pueblo, el Gobierno y las autoridades municipales, se excedían unos á otros en sus esfuerzos por honrar á los héroes victoriosos, á quienes llamaban salvadores de la patria. Esta demostración tan espontánea era la expresión de la reacción del estado de gran alarma que les causó á todos la proximidad de Márquez y sus guerrilleros, quienes habían mantenido la ciudad durante varias semanas en terrible expectación, y que habían sido con cortas intermitencias, una amenaza constante en el Valle de México por más de dos años.

CAPITULO XIV.

Causas de la Intervención.

Aunque el Gobierno liberal había vencido al partido reaccionario y había dispersado sus ejércitos en todo el sur y sud-oeste del país, este partido estaba muy lejos de permanecer pasivo. Y como no le era posible seguir la campaña con ejércitos grandes y bien equipados, debido á sus recientes derrotas, manifestaba su actividad en su lucha por supremacía por medio de numerosos guerrilleros; siendo esta guerra de guerrillas bien conocida en México desde las primeras intentonas que en tiempo de la colonia se hicieron para sacudir el yugo español. La configuración del país y lo imperfecto de los medios de comunicación en esos días facilitaban esta clase de guerra. Y así, los jefes derrotados se replegaron á las montañas con los restos de sus fuerzas que pudieron reunir, allí permanecían en relativa seguridad hasta que lograban formar número suficiente para invadir una ó más de las ciudades populosas de los valles.

Docenas de cabecillas, bandoleros y ladrones, que como el inmigrante irlandés, estaban contra el Gobierno por principio—pues encontraban que el partido de oposición estaba siempre dispuesto á dejarlos hacer lo que más les placía—docenas de estas cuadrillas saqueaban las ciudades y las villas, las plantaciones y las haciendas y hacían imposible la paz y la prosperidad. Por ambos lados se sucedían las represalias: las propiedades eran destruídas, las aldeas incendiadas, asesinados los habitantes ó trasladados á los montes para exigirles rescate. Al propietario le era imposible trabajar sus tierras, porque los labriegos estaban alistados en el ejército ó se habían unido á alguna de las partidas de guerrilleros ó de fascinerosos, aumentando así el peligro y el terror en los distritos rurales.

La destrucción de la propiedad, las numerosas hordas de desocupados que vivían del pillaje en las



Yendo á Misa.

campiñas, el estancamiento en los círculos comerciales é industriales y la clausura de los trabajos en la mayor parte de las minas, producían pobreza general y extrema miseria entre las clases bajas. Millares de mendigos, asesinos, rateros, y ladrones audaces infestaban las ciudades y pueblos de los Estados: y el partido conservador, á pesar de haber sido ya vencido por los liberales, continuaba prolongando la resistencia, urgido por la Iglesia. Así, pues, el país estaba hundido en la mayor miseria, y como es natural, las consecuencia repercutían sobre el Gobierno. Con toda probabilidad no había en ese tiempo hombre más apto para dirigir los asuntos del país que Juárez, y si se le hubiera dejado libre de intervención extraña, es muy probable que eventualmente hubiera logrado hacer surgir orden del caos en que se encontraba hundida la Nación.

Pero el destino es el que se encarga de dar forma á los sucesos de los hombres y de las naciones, y su oculta influencia se iba á manifestar en México en los precisos momentos en que el triunfo de Tapia y Díaz habían dado nueva vida y seguridad á la administración de Juárez.

En medio de estas dificultades políticas y económicas fué electo Juárez Presidente Constitucional de la República por una pequeña mayoría, pues hasta entonces había ocupado la silla presidencial con carácter interino; desde Enero de 1858, con motivo de la fuga del país de Ignacio Comonfort, había Juárez asumido el poder en su calidad de Presidente de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, el cual, de acuerdo con lo dispuesto por la Constitución, debía hacerse cargo de la presidencia en caso de muerte ó ausencia del Presidente electo.

Pero el partido conservador había rehusado reconocer la Constitución, que había sido promulgada un año antes por Comonfort, quien también la había repudiado pocos días después de haber jurado defenderla, tomando por excusa que era imposible llevarla al terreno de la práctica y cumplir sus estipulacio-

nes. De 1858 á 1861 estuvo la capital en poder de los conservadores, y durante ese período cuatro presidentes de ese partido habían gobernado al país cercano á la capital; mientras que Juárez, representando el partido liberal, había administrado desde Veracruz los asuntos de su gobierno. La capital fué finalmente capturada por los liberales y Juárez entró á ella como Presidente de toda la República el 11 de Enero de 1861.

El 12 de Julio de 1859 Juárez lanzó desde Veracruz su famoso decreto de la nacionalización de las propiedades de la Iglesia y declarando que el matrimonio debía ser considerado como un contrato civil. Si bien este decreto había provocado más animosidad en la oposición de parte de la Iglesia y del partido conservador, había fortalecido al gobierno liberal con sus correligionarios y había proporcionado una bandera que los liberales habían usado con gran efecto. A causa de las reformas propuestas por Juárez, esta lucha, la más reñida en la historia de México, fué conocida con el nombre de "guerra de la reforma."

A su entrada á la Capital de la República, en 1861, Juárez procedió á llevar á debido efecto las reformas porque había abogado y que había defendido durante su destierro del asiento legal del Gobierno. Propuso fueran abolidas las restricciones que anteriormente se le habían puesto á la prensa, é hizo todo lo posible por suprimir el sentimiento poco liberal que con frecuencia se manifestaba aún en los mismos del partido. Implacablemente siguió su plan para la consolidación de las propiedades de la Iglesia, é hizo todo lo que pudo por acabar con las partidas de guerrillas que infestaban el país de un extremo á otro. Todo esto le provocó muchas enemistades, pero no era posible que un hombre del carácter y temperamento de Juárez siguiera un término medio en política. Era liberal por convicción y todo lo que se oponía á sus ideas se encontraba con tenaz oposición de su parte. Su tentativa de dar completa libertad á

la prensa sirvió á los conservadores de arma poderosa para atacarlo, y la realización de su programa de nacionalización de las propiedades de la Iglesia le creó enemigos tan implacables como lo era él. Por consiguiente, su posición bajo ningún concepto era envidiable. Estaba el país infestado de salteadores de caminos, ladrones y guerrilleros, estos últimos poco mejor que los primeros; tenía el gobernante de enemigos á los contrabandistas y á todos los que se dedicaban á tráficos ilícitos: gran parte de la población estaba llena de prejuicios contra él á causa de su credo político ó de sus convicciones religiosas, otros estaban opuestos á él deliberadamente por intereses personales: y todas estas diversas facciones cooperaban para disturbar la paz pública en sus esfuerzos por desalojar del poder al partido liberal, lo que deseaban conseguir, ya fuera valiéndose de sus propios recursos ó por medio de la intervención de alguna nación europea.

Como si todo esto no fuera suficiente, el partido liberal estaba dividido en tres facciones distintas; los constitucionales, que se adherían estrictamente á la constitución; los reformadores, cuyo programa consistía en reformar todos los males que se oponían al verdadero liberalismo; y los indiferentes, que hasta se inclinaban á aceptar y dar su apoyo á cualquier programa del partido conservador, siempre que garantizara la paz y el progreso del país y pudiera constituir un gobierno estable. Esta última facción se pasó casi en masa al partido conservador durante el primer año del imperio, y fué su defección más tarde—pues este partido en todos tiempos ha sido muy numeroso en México—lo que hizo imposible á Maximiliano sostenerse por más tiempo en su vacilante trono.

Esta división en las filas liberales se manifestaba hasta en el Gabinete, aún en los momentos críticos en que el país se veía amenazado por una invasión extranjera, y que sus finanzas se bamboleaban en el borde de la bancarrota. Y el Congreso disputaba

acerca del mejor medio de conseguir fondos para cubrir los gastos del Gobierno, equipar al ejército y liquidar las cuentas atrasadas de salarios de las tropas, mientras los franceses desembarcaban sus fuerzas en Veracruz.

Una casa dividida y en continua guerra no puede subsistir, y esto le pasó al partido liberal; y como para asegurar el completo colapso de su edificio, Juárez aumentó las contribuciones, pidió empréstitos forzosos, rehusó pagar multitud de reclamaciones, y en muchos casos dejó sin pagar en todo ó en parte los salarios de los soldados y de los oficiales. También suspendió el pago de la deuda interior; y si bien todo esto era bastante malo y ponía en relieve la debilidad del Gobierno liberal, era de todos modos asunto que concernía únicamente al pueblo mexicano. Si ningún factor extranjero hubiera intervenido en la situación, es más que probable que el buen sentido y habilidad administrativa de Juárez hubieran logrado calmar la tormenta política y poner el país en buenas condiciones financieras. Fué casi el mismo problema el que tuvo que confrontar Porfirio Díaz cuando tomó las riendas del poder en 1876, con la diferencia que entonces no había complicaciones internacionales; y se ha visto, cómo le fué posible en los primeros cuatro años de su administración poner el país en estado de perfecta paz, satisfacer á los acreedores extranjeros, pagar los sueldos atrasados del ejército y empleados del Gobierno y liquidar la mayor parte de las deudas que el Gobierno tenía con particulares.

Por consiguiente, el elemento perturbador que se introdujo en la lucha que Juárez llevaba á cabo por lograr el triunfo de los principios liberales, fué la intervención extranjera en los asuntos del país. Y esta fué debida, ó por lo menos determinada, por una medida de carácter dudoso tomada por el mismo Juárez. El 17 de Julio de 1861 el Congreso pasó una ley suspendiendo el pago de la deuda extranjera. Esta ley tenía todo el apoyo de Juárez, quien la considera-



Vendedor Ambulante.

ba como el medio de ir salvando las dificultades financieras porque atravesaba la Nación. Era Juárez de carácter demasiado honrado para haber pensado un solo momento en repudiar la deuda. La medida era puramente de carácter temporal en lo que concierne al pago de la deuda extranjera, aunque el Gobierno mexicano cuestionaba la legalidad y justicia de muchas reclamaciones presentadas por las tres principales naciones interesadas, Inglaterra, Francia y España, y buen número de dichas reclamaciones habían sido disputadas en términos enérgicos. Mas como ni los límites de esta obra, ni su carácter permiten hacer un examen detenido de las muchas circunstancias que condujeron á la intervención de los franceses y al establecimiento en México del imperio bajo Maximiliano, basta para nuestro objeto hacer notar todo aquello que tienda á ilustrar las condiciones políticas, sociales é industriales del país en esa época. Las causas que impulsaron á las tres naciones arriba mencionadas á intervenir en los asuntos de México, no forma sino un incidente en la historia de la República, y de consiguiente tienen muy poca relación con el actual desarrollo político é industrial del país. Efectivamente, el mismo imperio no fué sino una planta exótica trasplantada al suelo de México, donde pronto se marchitó y murió, en parte, debido á la falta de cuidado y atención y en parte á encontrarse con atmósfera poco adecuada y con terreno del todo inapropiado.

El experimento, mientras duró, tuvo gran interés y el resultado final tuvo influencia muy significativa en el futuro del país, para el cual, sin la menor duda coadyuvó á abrir camino. Pero el imperio, considerado como un experimento de gobierno, no dejó tras sí al pueblo mexicano legado alguno de carácter político que valga la pena. En ningún tiempo durante su reinado pudo Maximiliano dominar sobre todo el país, ni pudo tener la satisfacción de decir que lo gobernara con la voluntad del pueblo. En resumidas cuentas, su gobierno, mientras duró fué sostenido por

las armas francesas, y cuando éstas lo abandonaron le faltó el apoyo de todos, salvo el de los más fanáticos conservadores. Pero volvemos á repetir, como el asunto de este libro únicamente se refiere al desarrollo y progreso actual del pueblo mexicano, toda la cuestión de intrigas políticas, ambiciones é intereses nacionales que fomentaban el movimiento de Inglaterra, Francia y España y que resultó en el establecimiento del imperio de México, toda esa cuestión decimos, por interesante que sea, se aparta del asunto de esta obra y ocuparía un espacio que propiamente debe dedicarse á otros y más vitales asuntos. Por lo cual lo que refiere á las causas que originaron el imperio, á sus intrigas y demás cuestiones que le son particulares, lo tocaremos ligeramente y sólo cuando tengan influencia directa en el desarrollo de los asuntos políticos é industriales del México moderno.

Mas las guerras del imperio y la lucha heróica del pueblo mexicano para sacudirse el yugo del invasor extranjero, siendo parte importantísima todo ello de la historia de la Nación, forma apropiadamente asunto de esta narración y por tal motivo será tratado extensamente, siempre que los acontecimientos arrojen luz sobre las condiciones políticas y militares y otras de carácter nacional que nos ocupan.

La ley de 16 de Julio de 1861, suspendiendo el pago de las deudas extranjeras, dió pretexto para la intervención de Francia, Inglaterra y España en los asuntos de México, al cual se le consideraba en Europa, y especialmente en las tres naciones mencionadas, como en un estado de completa anarquía. Esta creencia había sido industriosamente fomentada por los ministros, cónsules y otros representantes del partido conservador, cuyo Gobierno era aún mirado por ciertas naciones europeas como el Gobierno legítimo de México, debido á haber estado dicho partido en posesión de la capital de la República los tres años que siguieron á la fuga de Comonfort al finalizar el año de 1857. Estos individuos eran por consi-



Haciendo una Obra Pública en México.

guiente considerados como los representantes acreditados por el legítimo Gobierno de México; y aún en las naciones que habían reconocido á Juárez como Presidente de la República, los representantes del partido conservador se mantenían en gran evidencia, y era frecuente que tuvieran más influencia que los representantes del Gobierno legítimo. Por todos lados manifestaban su actividad y por donde quiera tenían el apoyo de la Iglesia, la cual ejercía poderosa influencia tanto en Francia como en España. La idea de establecer en México un imperio succedáneo de Francia sedujo á Napoleón III; y España también probablemente se hacía visiones de extender una vez más sus dominios en la tierra de los aztecas. En cuanto á Inglaterra, contaba con colectar sus deudas del modo más cómodo posible, aprovechando la ayuda de sus vecinos.

Los emisarios del fugitivo Gobierno conservador hicieron sus trabajos más finos en Francia, donde estimularon la vanidad de Napoleón, quien por medio de su Ministro en México, que lo influenciaba grandemente, vino á ser el centro y director de toda la trama, la cual ostensiblemente era obligar á México á reconocer la obligación de pagar su deuda extranjera. Pero tanto Francia como España se hacían ilusiones que en gran parte nunca llegarían á realizarse. Sin embargo, Napoleón logró la aquiescencia de las otras dos naciones y que se formulara un tratado, el cual se firmó en Londres el 31 de Octubre de 1861, por el cual Inglaterra, Francia y España convinieron en ocupar conjuntamente las principales fortalezas de la costa oriental de México, y esforzarse por facilitar al pueblo de ese país el establecimiento de un gobierno estable. Una de las condiciones del tratado fué que el territorio de México no sería en ningún caso cercenado ó alterado. Esta última cláusula fué incluída á instancias del representante británico, y con toda probabilidad no ha de haber sido muy agradable ni á Francia ni á España. Pero como no podían oponerse á ella sin revelar sus ocul-

tos planes, firmaron el tratado en esa forma, con la esperanza de que las circunstancias y el tiempo cambiaran las cosas en su favor.

Después de firmado el tratado de Londres, no tardaron las fuerzas aliadas en presentarse en aguas mexicanas. El 14 de Diciembre de 1861 entró la flota española en el puerto de Veracruz y durante los primeros días del mes siguiente aparecieron las escuadras francesa é inglesa. Cada una de estas flotas venía acompañada de un enviado especial con poderes amplios para tratar con el Gobierno mexicano. España estaba representada por el General Prim, Francia por M. de Saligni é Inglaterra por el Almirante Wyke. Estos enviados, ó comisionados como se les llamó oficialmente, lanzaron conjuntamente una proclama, manifestando al pueblo que su única misión en aguas mexicanas era arreglar el asunto financiero pendiente entre las naciones europeas y representadas por ellos y México. A ésto se siguió inmediatamente una conferencia, y finalmente se convino por el tratado de la Soledad, firmado el 19 de Febrero de 1862 entre el General Prim, en representación de los aliados, y Manuel Doblado, Ministro de Relaciones de México, que se daría entera y completa satisfacción á los reclamantes extranjeros. Se convino también en este tratado que las tropas francesas avanzaran á Orizaba y las españolas á Tehuacán, temporalmente é inter se completaban los arreglos preliminares que se estaban llevando á cabo. Esta concesión fué hecha por México con motivo de las malas condiciones climatéricas de la costa, enfermizas, especialmente para los europeos.

Manuel Doblado, que era uno de los diplomáticos más distinguidos al servicio del Gobierno liberal de México, había comprendido la situación durante las conferenicas que había tenido con los representantes de las potencias, y había llegado á la conclusión de que eran sus intereses tan distintos, que no era posible pudieran seguir de acuerdo. Y así, al firmar el tratado preliminar de la Soledad trataba de ganar

tiempo, con la seguridad de que pronto se disolvería la alianza de los poderes. Muy luego fué confirmada su opinión: pues Inglaterra, que no tenía otro motivo para entrar en la alianza que el colectar ciertas deudas que tenía México en aquel país, percibiendo las ideas ambiciosas del dominio que Francia traía, se retiró de la alianza. España juzgó de la situación lo mismo que Inglaterra; y de consiguiente las flotas española é inglesa se retiraron de aguas mexicanas. La flota francesa, sin embargo, obrando de acuerdo con instrucciones de Napoleón, permaneció en Veracruz y fué reforzada en Marzo; á pesar de que el tratado preliminar de la Soledad estipulaba expresamente que las tropas extranjeras serían retiradas, tan luego como el mismo fuera aprobado por las otras partes interesadas, esto es, por los comisionados inglés y francés.

Y entonces tuvo lugar uno de los hechos más raros que han tenido lugar en las guerras modernas: pues los franceses sin haber declarado la guerra, ni manifestado motivos para ello, y obrando bajo la apariencia del mayor desinterés, comenzaron formalmente á subyugar una nación amiga. Sin manifestar motivos para ello, repudiaron las condiciones del tratado de la Soledad, el cual acababa de firmar su comisionado, y procedieron á llevar á cabo las instrucciones que Napoleón III había dado al comandante de la flota á su partida de Francia.

Por supuesto, se tenía que dar alguna excusa para semejante procedimiento; y los franceses la encontraron en la circunstancia de que cierto número de generales reaccionarios, oficiales y otros miembros del partido conservador se les habían incorporado invitándoles á intervenir para establecer orden en el país. Esta fué la actitud más extravagante que podían haber tomado, tanto más cuanto que el comisionado de la nación francesa había estado en constante comunicación con el Gobierno de Juárez, y había firmado juntamente con los otros aliados el tratado de la Soledad, cuyas condiciones había ratificado después.

Pero lo cierto del caso es que todo el plan de campaña había sido arreglado antes de salir de Francia, entre Napoleón y los representantes del partido conservador mexicano; y la deserción de la alianza de parte de Inglaterra y España, había facilitado á Francia el llevar á debido efecto sus planes preconcebidos, para el establecimiento de un imperio en México bajo la protección del monarca francés y gobernado por un miembro de alguna de las casas reinantes de Europa.

A la llegada de los aliados, Juárez había ordenado la evacuación de Veracruz, pues experiencias anteriores habían mostrado que los fuertes que defendían el puerto no valían gran cosa contra buena artillería ó cañones marinos. Además, creyó más conveniente reunir sus fuerzas en la altiplanicie y allí aguardar los acontecimientos, con la seguridad de que el viaje por las tierras cálidas y la fatiga de las marchas por las montañas no mejorarían la condición de los ejércitos de los aliados. A Juárez se le culpó por esta disposición; pero era la única que podía tomar con alguna esperanza de éxito; pues la superioridad de los ejércitos invasores era evidente, aunque Juárez hubiera estado sostenido por toda la nación mexicana. Pero, como ya hemos visto, el país acababa de pasar por una larga guerra civil de lo más desastrosa y sangrienta, guerra que había enteramente agotado sus recursos; y aunque Juárez había logrado dominarla, no podía sino sostenerse contra los jefes reaccionarios que aún infestaban los distritos montañosos del país con sus partidas de guerrilleros. Por consiguiente, en la situación en que Juárez se encontraba, no era de esperarse que pudiera hacer mucha resistencia contra los franceses aliados con los jefes reaccionarios de todo México, muchos de los cuales llegaron al campo de los invasores aún antes que hubiera tenido lugar ningún acto hostil.

A la noticia de la llegada de la flota española á Veracruz y del informe de que las escuadras france-



Yendo al Mercado.

sa é inglesa estaban en camino para México, se había ordenado al General Mejía que marchara con dos brigadas de tropa á Orizaba. La primera de estas brigadas iba al mando del mismo general Ignacio Mejía, el viejo veterano de la reforma, y la segunda al mando del General Díaz; esta última estaba compuesta de dos batallones, uno de Morelos y el otro de Guerrero, á los cuales estaba agregado un pequeño cuerpo de caballería.

Dos meses después se le ordenó á Mejía se trasladara á San Andrés Chalchicomula, adonde llegó en la tarde del 6 de Marzo de 1862, y se alojó con sus tropas en las oficinas y anexos del Departamento de Contribuciones del distrito. Poco ó ningún cuidado se tuvo en inspeccionar el lugar elegido para cuartel, y ninguna precaución se tomó para evitar los peligros que podían originarse de alojar un gran cuerpo de tropas en sitio tan poco apropiado, lleno de artículos inflamables de varias clases, entre los cuales se encontraban cantidades de munición y parque de artillería. Durante la noche se declaró en el edificio un incendio, debido al descuido de uno de los soldados, quienes habían encendido sus fuegos dentro del local. El fuego se extendió rápidamente y tuvieron lugar varias explosiones antes que los soldados y las mujeres y niños, que siempre acompañaban á los ejércitos mexicanos en esos días, pudieran ponerse en salvo, y así pereció la mayor parte de la gente al mando de Mejía. Fué esta desgracia un golpe terrible para la causa liberal, pues la mayor parte de las víctimas eran veteranos que habían servido durante toda la guerra de la reforma y se podía contar con que darían en la campaña buena cuenta de su valor y pericia.

El General Díaz, sin embargo, no estaba en Chalchicomula cuando tuvo lugar este desastre; pues se había quedado en Ixtapa, donde se ocupaba en su antigua práctica de reclutar tropas, disciplinarlas y adiestrarlas. Si él hubiera estado allí es casi seguro que el desastre se hubiera evitado, pues acostum-

braba mantenerse siempre á la vista de su gente y estaba siempre al corriente de lo que ésta hacía. Á ésto debe atribuírse la admirable influencia que ejercía sobre las tropas bajo su mando, y la voluntad con que éstas lo seguían á donde quiera que él dispusiera conducirlas.

Entretanto, el General Zaragoza había tomado el mando de las tropas de Orizaba, y el General Díaz se le había unido con sus fuerzas originales y los reclutas que había alistado y disciplinado.

Después del desacuerdo de los aliados, previsto por la gran penetración de Doblado, de la ruptura del tratado de Londres y el retiro de Veracruz de las fuerzas española é inglesa, los franceses continuaron en la vecindad de Orizaba, á pesar de la circunstancia que el tratado preliminar de la Soledad establecía expresamente, que en caso de que las condiciones de dicho tratado provisional no fueran ratificadas en la fecha que al efecto se señaló—Abril 5 de 1862—todas las tropas de los aliados serían inmediatamente retiradas á la costa. Como no podían los franceses permanecer en Orizaba en vista del convenio que ellos mismos habían suscrito, se retiraron á "El Fortín" y allí acamparon. Zaragoza protestó contra esta violación evidente del tratado, pero el general francés no hizo caso alguno de la protesta. Contestó que permanecían allí sus tropas para cuidar de sus enfermos y convalecientes; á lo cual repuso el General Zaragoza, que no tenía necesidad de preocuparse por tal motivo, pues sus enfermos serían cuidadosamente atendidos por el Gobierno Mexicano.

Pero los franceses no tenían la menor intención de abandonar el punto estratégico que habían obtenido por el tratado de la Soledad, ni de exponer á sus soldados á los rigores de la estación calurosa que acababa de comenzar y á los estragos de la fiebre amarilla que había comenzado á manifestarse en Veracruz y demás poblaciones de la costa. Y como tenían ya arreglado con anticipación su plan de campa-



Barranca del Estado de Veracruz.

ña, no les importaba violar las estipulaciones del tratado con tal de llevar sus instrucciones á debido efecto.

Entre tanto los conservadores, el partido de la Iglesia y los guerrilleros reaccionarios no se alejaban de la retaguardia del ejército francés ó se mantenían descaradamente en su campamento. La presencia de esta gente en el ejército francés de México, la situación del país rayana en anarquía, que estimulaban cuanto les era posible tanto los franceses como el partido conservador mexicano, y el apoyo incondicional de este partido y de la Iglesia, fueron alegados por los invasores como excusas suficientes para justificar su intervención en los asuntos del país, en nombre de la civilización y de la humanidad.

Pero no hicieron uso de estos subterfugios sino hasta que Francia deliberadamente quebrantó la paz sin haber hecho antes una declaración de guerra formal, ó haber indicado sus intenciones al Gobierno, con el cual había estado en relaciones y tratando de los asuntos en disputa durante varios meses.

Los franceses se habían retirado á "El Fortín," no lejos de Orizaba y se habían quedado en esa vecindad, como hemos dicho, pretextando el cuidado de sus enfermos. Un destacamento de cuarenta hombres aproximadamente fué estacionado en calidad de guardia avanzada en Escamela, á cinco millas de "El Fortín." Repentinamente y sin la menor indicación, un cuerpo de tropas francesas compuesto de 200 zuavos é igual número de caballería, avanzó contra esta guardia y la atacó. La guardia se defendió heróicamente, pero se vió por último obligada á replegarse, al mando de Díaz, hacia el grueso del ejército, después de haber perecido las tres cuartas partes de su número en el campo de batalla.

Inmediatamente el General Díaz mandó aviso de este encuentro á Zaragoza en Orizaba, el cual, sin la menor demora, se trasladó á donde estaba estacionado Díaz. Como era evidente que los franceses intentaban hacer un ataque general, pues ya se veían

avanzar sus fuerzas, Zaragoza decidió que era mejor retirar las tropas al mando de Díaz á Orizaba; para lo cual ordenó á éste sostener el camino contra el avance de los franceses, inter él retiraba el grueso de las tropas. Lo que hizo Díaz, retirándose después en buen orden para reunirse con el comandante en jefe.

El siguiente día Zaragoza, de conformidad con el plan aprobado por el Gobierno liberal, evacuó Orizaba y comenzó su retirada hacia las alturas; y los franceses inmediatamente avanzaron hacia la desierta ciudad, la cual procedieron á fortificar sin la menor demora.

Retirándose por el camino de Ingenio, Zaragoza llegó á Acultzingo, donde acampó para dar descanso á sus tropas. Mientras permaneció en ese lugar, ordenó al General Díaz marchara á Tehuacán con las divisiones de Morelia y San Luis, para atacar á los cabecillas revolucionarios que estaban saqueando en el Estado de Puebla y amenazaban á Atlixco. Apenas había caminado un día esta expedición, cuando recibió su jefe orden urgente de Zaragoza de regresar inmediatamente, pues los franceses habían comenzado ya su marcha hacia las alturas.

El General Díaz, en obediencia á esta orden, regresó rápidamente y se reunió con Zaragoza en Puente Colorado.

Los franceses, que habían derrotado la retaguardia que había dejado Zaragoza en su campamento de Acultzingo, avanzaban sobre las fuerzas liberales. Ante éstas estaba el río y sólo un puente para cruzarlo. El paso del ejército tomaría dos horas, y los franceses les darían alcance mucho antes de ese tiempo.

"¿Podría usted contener al enemigo durante dos horas?" preguntó Zaragoza á Díaz. "Probaré hacerlo" contestó el último.

"Entonces tome usted la brigada de Oaxaca y haga usted todo lo posible," dijo Zaragoza.

Era la vieja brigada que Díaz conocía tan bien,

los hombres que habían peleado á su lado en más de una sangrienta batalla, los viejos soldados que tenían toda confianza en él y en quienes él había puesto tantas veces su fé. Era Díaz y Oaxaca; combinación que con tanta frecuencia había dado la victoria, aún en las situaciones más difíciles y combatiendo contra fuerzas diez veces más numerosas. Y la combinación iba á dar esta vez también el mismo resultado, á pesar de que las fuerzas opositoras eran de los mejores soldados de Europa.

Díaz, con sus soldados de Oaxaca, defendió el paso del puente durante las indispensables dos horas, haciendo frente á los más obstinados ataques de parte del enemigo, diezmando á los franceses con una batería que había colocado con gran ventaja en la cima de un monte; mientras que el ejército mexicano cruzaba el río por el único puente utilizable. Pero Zaragoza había calculado mal el tiempo necesario para el paso, por lo que tuvo que envíar á decir á Díaz y á sus oaxaqueños, de sostenerse, si era posible, durante una hora más. Y no sólo sostuvieron el puente con la misma bravura que el Horacio de los antiguos romanos manifestó al sostenerse contra las huestes toscanas, hasta que el ejército mexicano había sido pasado del otro lado del río con toda seguridad, sino que mantuvieron su posición hasta que entró la noche, cuando se retiraron con todo orden para reunirse al cuerpo del ejército.

Esta defensa del puente evitó un encuentro entre los ejércitos francés y mexicano en momentos en que este último no estaba preparado para aceptar la batalla; y no se puede exagerar su importancia, porque salvó de un desastre á las fuerzas de Zaragoza y probablemente salvó la vida al invicto general, que poco más tarde sería el héroe del sitio de Puebla.

El ejército mexicano continuó su retirada hacia Puebla, con los franceses en la retaguardia tan de cerca, que cuando llegaron á la ciudad el 3 de Mayo de 1862, el ejército invasor estaba solamente un día de marcha detrás.

CAPITULO XV.

Batalla del Cinco de Mayo.

Todos los años se celebra en México con gran pompa y ostentosa parada militar, el aniversario de un famoso acontecimiento, la batalla del Cinco de Mayo en que el ejército mexicano, al mando del General Zaragoza, derrotó al ejército francés frente á los muros de Puebla el año de 1862. Este acontecimiento es mirado por el pueblo mexicano, con toda justicia, como uno de los más brillantes episodios en la guerra de intervención.

Cuando llegaron á la capital las noticias del ataque de los franceses contra Orizaba, se produjo excitación inmensa. Indignación, temor, esperanza, gusto; todas estas pasiones humanas se veían retratadas en los semblantes. Los liberales creían que les sería posible derrotar á los franceses como habían derrotado á los conservadores; la Iglesia hacía preces por el buen éxito de los invasores, quienes prometían restaurarla en todos sus primitivos derechos, privilegios y propiedades, que se le habían arrebatado por el decreto de nacionalización de la propiedad eclesiástica y por la limitación que en el poder del clero había impuesto el partido liberal bajo la dirección de Juárez; los indiferentes, temían y esperaban á la vez, y no sabían en definitiva qué hacer. Por todos lados se oía hablar de conspiraciones y guerra. En los mesones, en las fondas, en los hoteles y en las plazas públicas, hombres y mujeres no hablaban de otra cosa que de la venida de los franceses. A pesar de que eran tiempos aquellos en que el pueblo mexicano estaba acostumbrado á la guerra, la incertidumbre á que daba lugar la entromisión de los franceses se reflejaba en la actitud de mucha gente, que en otras ocasiones siempre había acostumbrado determinar sus ideas y manifestar sus simpatías sin vacilaciones de ninguna especie. Circulaban por donde quiera relaciones, industriosamente regadas por los



General Ignacio Zaragoza.

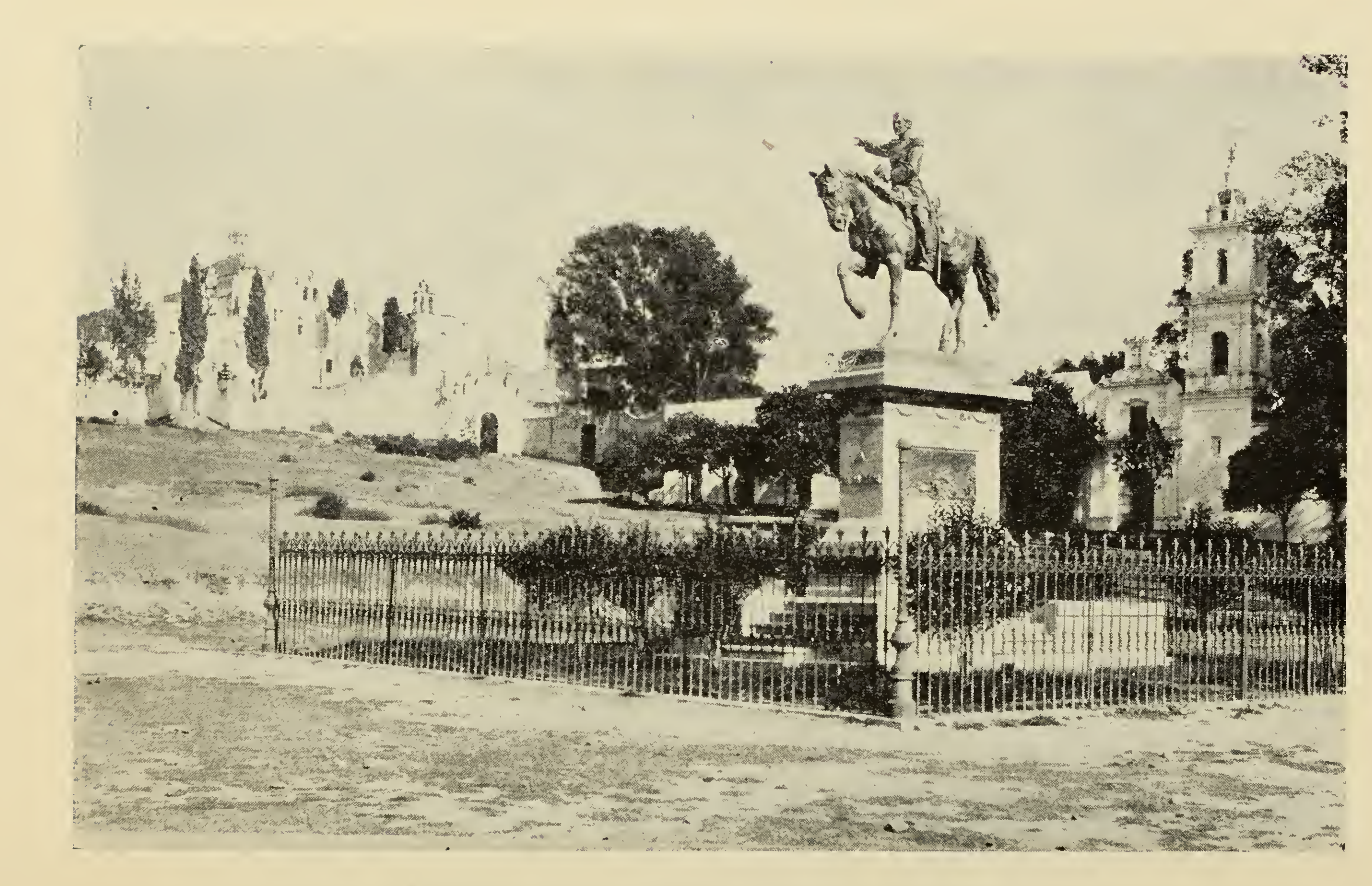
liberales, acerca del carácter salvaje de los invasores y de actos bárbaros cometidos por ellos; lo que había producido entre las masas gran aversión y profundo temor á los franceses.

En la capital de la República se podían encontrar en esos días todas las faces de la vida política de la Nación en esa época histórica. Estaban los liberales genuinos, que no transigían en lo absoluto con los invasores; los anticlericales, que no veían nada bueno en todo lo que se refería á la Iglesia ó al clero, con cuyos despojos—las propiedades que les habían sido confiscadas—se habían hecho ricos. Estaban también los sacerdotes que en sus sermones exhortaban á las masas á sostener á la Iglesia y á los franceses, pues estos últimos prometían libertar á la primera de las restricciones é indignidades que le habían sido impuestas por el partido liberal. Se encontraban también los influyentes conservadores, que industriosamente conspiraban en restaurants y cafés contra la independencia de su propia patria, la que se proponían entregar en manos del invasor extranjero; á tal grado llegaba su odio por los liberales! Estaban también los soldados veteranos de Santa Ana: Miramón y Zuloaga, debilitados por la edad, las fiebres contraídas en los campamentos y los demás accidentes de la guerra, pero siempre tramando sin descanso por conseguir la restauración de los principios conservadores y el semi-imperialismo que este partido sostuvo durante el último término de su administración. Todos éstos que hemos mencionado, eran los factores activos en la vida de la capital.

Había otro factor, un factor silencioso, pero que no era menos de temer; y era la gran masa de la clase baja que llenaba la ciudad: pobres, medio hambrientos, ignorantes, viciosos, fácil presa de las promesas de cualquier politicastro que quisiera explotar sus pasiones y sus irracionales prejuicios. Y abundaban los explotadores, los ladrones, los asesinos y salteadores, los guerrilleros y los cabecillas de partido. Y todo este cúmulo de pasiones, prejuicios

y ambiciones, toda esta inmensa masa social había sido removida y lanzada á la vida activa con la noticia de la llegada de los franceses á Puebla.

Juárez pulsaba continuamente los sentimientos de la Nación: las líneas telegráficas se mantenían ocupadas de día y de noche con los mensajes que constantemente iban y venían del ejecutivo central á los jefes del ejército liberal. Era como una gran partida de ajedrez, en que el Indio Silencioso jugaba sus piezas con la gran calma exterior que siempre lo había distinguido en las más difíciles y penosas circunstancias de la vida. La misma capital estaba llena de posibilidades de peligros y complicaciones, que podían surgir cualquier momento y anonadarlo á él y á su partido. Pero arregló su conducta como antes lo había hecho durante más de dos años de ansiedades políticas, y dedicó toda su atención á la mejor manera de hacer frente á las dificultades políticas y militares de la situación, pues no había ya la menor esperanza de arreglarse amigablemente con los invasores. Desplegó en esta ocasión el Presidente su inmensa capacidad para el trabajo, y manifestó una familiaridad grande con todos los detalles de la campaña, las condiciones de las fuerzas francesas y los movimientos de las varias partidas de conservadores que habían surgido como por encanto, y hostilizaban la retaguardia y los flancos del ejército; como si la existencia del país dependiera del éxito del invasor, que venía á poner á México bajo el dominio de Napoleón III para satisfacer la ambición que este monarca tenía de poseer tierras allende el Atlántico. Tanta vigilancia ejercían el Presidente y sus colaboradores, que aunque la capital estaba llena de simpatizadores de los reaccionarios que no aguardaban sino la llegada de los franceses ante los muros de la ciudad para levantarse en cuerpo y darles la bienvenida, nadie se atrevía á manifestar sus simpatías, ni menos á sublevarse contra el Gobierno liberal dentro de la ciudad. El batallador partido reaccionario, que tan duros golpes había asestado antes á sus enemi-



Monumento al General Zaragoza, Puebla.

gos, y que en más de una ocasión había obtenido el triunfo, estaba materialmente de rodillas rogando á Dios por el éxito de los invasores, en quienes había puesto todas sus esperanzas para el futuro.

Mas no debe culparse muy duramente á los conservadores por esta actitud. Probablemente eran ellos tan patriotas como los liberales, pero veían las condiciones sociales y políticas del país bajo distinto punto de vista. La lucha implacable de los partidos, la falta de fe manifestada por tantos guerreros y jefes de facciones, la intensa animosidad que existía, el inmenso abismo, aparentemente tan infranqueable, que separaba á liberales y conservadores, el estado desesperado de anarquía en que había sumido al país esta guerra civil, la más terrible de cuantas habían azotado á México, hacía á muchos pensadores creer con la mayor buena fe, que no había más esperanza para la salvación de la nación mexicana que la intervención extranjera. Luchaban por encontrar un punto de apoyo, alrededor del cual se pudieran situar todos los ciudadanos buenos y sinceros, y haciendo á un lado toda clase de diferencias, trabajar unidos por la reconstrucción y felicidad de su país. Era el mismo sueño de los tiempos de Iturbide y su imperio: y estaba destinado á convertirse desde sus principios en aire vano; pues las instituciones monárquicas de Europa nunca han sido compatibles con el espíritu de libertad y democracia que ha infiltrado siempre la atmósfera de las Américas. Muy cierto es que estas dos condiciones vitales del republicanismo, estos dos símbolos propios de un pueblo libre, inteligente y capaz de gobernarse, han sido mal comprendidos ó más bien burlados en la mayor parte de los países de la América Latina; pero no obstante, son los ideales de todos los pueblos de América y la meta hacia la cual todos ellos se dirigen. América por lo que se ve, está destinada á ser incubadora de naciones libres; pero las está formando á fuerza de gran labor y muchas penas. Visionarios muchos han batallado y luchado hasta la muerte por

conquistar instituciones libres y hacer soberanos á los pueblos en todos los países de la América Latina, sin realizar que los mismos pueblos no estaban, ni están aún capacitados para comprender los ideales de sus campeones. Estos idealistas se han esforzado por poner sus países al mismo alto nivel de las naciones más avanzadas de Europa y América, olvidando que no es posible en ninguna nación la existencia de libertades políticas é instituciones libres, si sus pueblos no se las han conquistado durante largos períodos de preparación y prueba. En todas partes de la América Latina se encuentran hoy de estos ilusos por millares, y siempre tan activos como se los permiten las condiciones de sus respectivos países.

Sus métodos y sus aspiraciones son con frecuencia errados, vistos desde el punto de vista sociológico; y las más de las veces hacen más daño que provecho; son generalmente una espina molesta para los gobiernos de carácter más ó menos práctico; pero ellos representan ese espíritu de libertad que ha existido siempre en las Américas en medio de las luchas civiles, del caciquismo desenfrenado y de las dictaduras egoístas con su cortejo de corrupción y de males sociales y políticos.

Así, pues, la misma capital de la Nación estaba desgarrada por pasiones encontradas y á manos de ambos partidos políticos que estaban dispuestos á continuar su obra de destrucción, cada cual en beneficio únicamente de su propio partido ó facción. Ahora todas las miradas se dirigían hacia Puebla, que tendría que ser el teatro de la lucha gigantesca entre los principios de autonomía y monarquismo, de la implacable contienda entre los que habían perdido la fe en la habilidad del país para manejar sus propios asuntos y aquellos que aún creían que la soberanía del pueblo debía triunfar con el tiempo, y que eran preferibles los peores males que pudieran aquejar al país, que volver prácticamente á las mismas condiciones de colonia, para libertarlo de las cuales, habían peleado sus antecesores durante más diez años.

Y mientras que todas las miradas se dirigían hacia Puebla, Francia se preparaba á extender su dominio sobre la tierra de los Moctezumas, si no en la apariencia, sí en la realidad; pues cualquier príncipe que se colocara en el trono de México, no podía hacerlo sino con el apoyo de los franceses, de quienes dependería políticamente por la influencia de su poder y por reconocimiento. Y mientras que estos preparativos continuaban, la animosidad y antagonismo que separaba á liberales y conservadores llegaba á su período álgido, de tal modo, que ya no era posible que pudieran transigir. Los liberales miraban á los conservadores como traidores, que ponían á su patria en manos del extranjero en beneficio de sus propios intereses y los intereses de la Iglesia; mientras que los conservadores culpaban á los liberales de todas las desgracias que habían venido sobre el país, por haber abandonado los principios religiosos de sus padres y haber atacado lo que siempre se había respetado en los países latino-americanos. Se les acusaba de voracidad y corrupción, y de llenar sus propios bolsillos con los productos de los bienes confiscados á las autoridades eclesiásticas. Con semejante divergencia de opiniones no había posibilidad de que un partido apreciara la posición tomada por el otro. Era una lucha á muerte, y como toda lucha de esa clase, tenía que ser peleada hasta el final. O se mantenía la constitución de 1857, no como la norma de conducta del gobierno, sino como el símbolo de las aspiraciones del partido liberal, ó México volvería al gobierno de monarcas, del cual no hacía mucho se había libertado, después de una de las luchas más heróicas que registra la historia.

Y así, todas las miradas, como hemos dicho, se dirigían hacia Puebla, donde aparentemente se tenía que decidir la suerte de los dos partidos contendientes, de la soberanía política del pueblo y de los intereses de la iglesia. En la capital de la nación, donde convergían todos los intereses, el sentimiento de ansiedad había llegado al rojo vivo, y de día y de noche

se veían las calles llenas de gente de todas las clases sociales en espera de noticias del teatro del conflicto.

Entre tanto Puebla se preparaba rápidamente para la lucha que no había medio de evitar.

En la noche del 3 de Mayo el ejército francés acampó en Amozoc, al este de Puebla y sobre el camino real de Veracruz. Tenían la ciudad á la vista: y durante la noche y todo el día siguiente, los exploradores informaron al General Zaragoza de sus menores movimientos, ocupándose este jefe en fortificar la ciudad amenazada, para poder resistir un sitio ó un asalto. El 3 de Mayo en la noche, Zaragoza, presidiendo una reunión de sus oficiales, expresó su determinación de hacer la mayor resistencia posible á los invasores. Admitió que la oposición hecha entonces por el ejército mexicano á los franceses no había sido grande, y urgió la necesidad que había de hacer una resistencia tan fuerte como fuera posible, para salvar el honor nacional y dar tiempo al gobierno de prepararse para la terrible lucha que tenía delante. Declaró que era vergonzoso y humillante que un ejército pequeño de invasores extranjeros. insignificante comparado con los ocho millones de habitantes que tenía la República, se le permitiera marchar prácticamente sin hacerle oposición alguna desde Veracruz á las tierras altas; y concluyó urgiendo vehementemente á todos los presentes á que se resolvieran á pelear hasta morir en defensa de su patria y del honor nacional. La escena fué memorable; pues los oficiales, entusiasmados por la elocuencia y ardor patriótico de su jefe, prometieron arrojar á los franceses de frente los muros de Puebla. Esa escena nocturna del 3 de Mayo de 1862 tuvo mucha influencia en el éxito de la famosa batalla del Cinco de Mayo, que comenzó treinta horas después y terminó con la retirada de los franceses de las alturas á aguardar suficientes refuerzos.

Antes del alba, en la mañana del 5 de Mayo, Zaragoza y sus oficiales estaban en pie y ocupados en distribuir las fuerzas dentro de la ciudad para fortale-



General Felipe Berriozábal.

cer las líneas de defensa, y al mismo tiempo facilitar la rápida movilización de un punto á otro de batallones y brigadas, según la necesidad lo requiriera durante el esperado ataque contra la ciudad; el cual, informaron los exploradores, debía tener lugar esa misma mañana. Las posiciones más fuertes en los alrededores de la ciudad se guarnecieron con las pocas fuerzas que se pudieron segregar de la ciudad sitiada, quedando el resto de las tropas disponibles de guarnición en la plaza militar, dentro de los muros.

Al noroeste de Puebla hay una larga línea de colinas bajas, y entre ellas había dos que reunían las mejores condiciones para desde allí poder ofrecer fuerte resistencia al enemigo. En la cima de un monte de la extremidad oriental de esta línea estaba situado el fuerte militar de Guadalupe, delante del cual, hacia el norte, había una línea de canteras de piedra y una extensión de terreno accidentado: al noroeste, y á una distancia de doscientas varas, estaba la vetusta iglesia de Loreto, sobre la colina del mismo nombre. Siendo este edificio de construcción sólida, había sido convertido en fortaleza. Entre estos dos puntos fortificados se situó la brigada de Toluca al mando del General Felipe Berriozábal. Al este de la ciudad, frente de la Plazuela de San Román, estaba la ladrillera de Azcárate, al final del camino antiguo de Veracruz, el cual la ponía en comunicación con la puerta de Amozoc. Este punto, por consiguiente, quedaba directamente frente á las posiciones francesas y se esperaba, como es natural, que fuera de los primeros atacados; por lo que se encomendó su defensa á la división de Oaxaca al mando del General Porfirio Díaz, quien se había ya distinguido tantas veces en las circunstancias más críticas.

A la izquierda de Díaz, entre él y el fuerte de Guadalupe y cubriendo toda la línea de distancia, se colocó la brigada de San Luis, cuya caballería se destacó para destinarla por otro lado, y la derecha de la ladrillera la defendían los lanceros de Toluca y de San Luis, guardias montados al mando del Coronel

Alvarez. Toda esa línea de defensa hacía frente al camino que debían tomar los franceses para aproximarse á la ciudad, á menos que decidieran hacer un largo rodeo, en cuyo caso hubiera sido perfectamente fácil cambiar la posición de la línea. Esta posición estaba además fortalecida por una batería que dominaba el camino viejo que de Veracruz conducía á Amozoc, donde estaban acampados los franceses, y por el batallón de rifleros montados de San Luis, que estaba estacionado trescientas varas atrás de la ladrillera.

Los fuertes de Guadalupe y Loreto estaban guarnecidos por la artillería al mando del Coronel Rodríguez, mientras que la defensa de la plaza militar tocó al General Escobedo, entonces gobernador de Puebla.

Todo el plan de defensa había sido arreglado bajo la suposición de que los franceses atacarían la ciudad por el lado del Este; pero las tropas se habían dispuesto de tal modo que pudieran ser movilizadas con facilidad de un lado á otro, según las circunstancias lo requirieran.

Era todavía muy temprano cuando el retumbar de los cañones del fuerte de Guadalupe anunció que el enemigo estaba á la vista. Al mismo tiempo los zuavos franceses aparecieron en pelotones en la cumbre y laderas de la montaña de Amaluca, directamente al Este de la fortaleza y atacaron la vanguardia de las fuerzas mexicanas estacionadas en esa vecindad, la cual se replegó en perfecto orden hacia el grueso de las fuerzas.

Media hora después de la aparición de los zuavos en el cerro de Amaluca, el cuerpo de ejército principal de los franceses fué visto del lado Este del monte en el camino de Amozoc, y cuando habían llegado frente á la hacienda de los Llanos, hicieron alto, descansaron armas y se prepararon á almorzar á la vista de la ciudad. Parecía como si quisieran manifestar su desprecio por el ejército mexicano; pero es probable también que se sentían perfectamente seguros de que no serían atacados, sabiendo cuán débil era la



Patio del Hotel France, Orizaba.

guarnición de la ciudad, tanto en número como en elementos de defensa.

Después de pasar una hora almorzando, las fuerzas del ejército sitiador reasumieron su marcha. Pero en lugar de atacar la posición defendida por el General Díaz, que era lo que se esperaba á causa del lugar que ocupaba, volvieron hacia la izquierda como si fuera su intención rodear la ciudad y atacarla por la retaguardia. Pero sucedió lo inesperado; pues la caballería se detuvo frente á la puerta de la ciudad que da al camino de Amozoc, mientras que la infantería continuó su marcha hasta llegar frente al fuerte de Guadalupe, donde se detuvo y comenzó á dirigir sus baterías. Como esta maniobra ocupó bastante tiempo, era ya medio día cuando estuvieron en situación de iniciar su ataque contra las posiciones más fuertes de los defensores. Los franceses comprendieron perfectamente bien la fuerza de esta posición, pero confiaron mucho en su habilidad y en lo insignificante de la resistencia que el ejército mexicano sería capaz de hacer. Comprendieron muy bien que tomando posesión del cerro de Guadalupe y volviendo los cañones de la fortaleza sobre la ciudad, la batalla estaba en su mayor parte ganada; pues ni aún la fortaleza de Loreto, ni las baterías de la plaza serían capaces de resistir el ataque combinado de los cañones del fuerte de Guadalupe y á las baterías de campaña de las fuerzas sitiadoras.

Aunque Zaragoza había reconcentrado la mayor parte de sus fuerzas en las dos fortalezas al Oeste de la ciudad y fortalecido la ladrillera del Norte, lo había hecho por considerarlas las posiciones más fuertes y más importantes con que se tenía que encontrar el enemigo, y especialmente porque los cañones de ambas fortalezas podían ser vueltos contra los sitiadores, cualquiera que fuese el lugar por donde éstos decidieran aproximarse á la ciudad. Por consiguiente, el comandante mexicano se sorprendió mucho cuando las tropas francesas hicieron alto frente á Guadalupe y comen-

zaron á disponer para el ataque sus baterías de campaña. Pero la disposición que los sitiados habían dado á sus tropas, que les permitía trasladarlas rápimente de un punto á otro, les fué de gran utilidad en las circunstancias que tan inesperadamente se presentaron; pues le permitió á Zaragoza cambiar sin la menor demora su frente de batalla. La brigada de San Luis al mando del General Berriozábal y el batallón de San Luis, fueron enviados apresuradamente hacia delante á reforzar los dos fuertes amenazados, el de Guadalupe y el de Loreto; mientras que la línea entre Remedios y Guadalupe que había estado defendida por esas tropas, fué protegida por parte de la caballería compuesta de los lanceros de Toluca y de la avanzada de Solís. Como había peligro de un ataque sobre la posición defendida por el General Díaz, se quedó detrás y en su auxilio el resto de la caballería al mando del Coronel Félix Díaz.

Berriozábal extendió su línea de infantería rápidamente entre los dos fuertes. A la derecha se encontraban los dos batallones de Toluca y las tropas de Veracruz reforzadas con las baterías de Tetela y Zacapoaxtla, mientras que la retaguardia estaba formada por el batallón de San Luis. Era la defensa más fuerte posible que se podía hacer del lugar, sin dejar las otras partes de la línea débiles.

Entre el lugar ocupado por los franceses y los fuertes, hay una regular extensión de terreno accidentado que proporciona espléndida protección á los soldados de las fuerzas sitiadoras: de esto se aprovechaban los franceses, aproximándose rápidamente y librándose de los cañones de Guadalupe, gracias á las proyecciones, rocas salientes y montículos en que abundaba esa parte del campo de batalla. Los cañones continúan su bombardeo sin hacer gran daño á las fuerzas enemigas que se aproximan. Pero un silencio sepulcral prevalece todo á lo largo de la línea de Berriozábal que se extendía en el terreno accidentado entre los dos fuertes. Repentinamente aparecen los franceses en el campo llano donde no

había ningunas proyecciones que los defendieran, cuatro columnas de mil hombres cada una; y la infantería de Tetela y Zacapoaxtla inmediatamente avanza á su encuentro, mientras que las baterías de Guadalupe vomitan sobre ellos un fuego mortífero y á corta distancia que barre amplios espacios en sus líneas. Pero la fuerza francesa no vacila ni un solo momento en su avance. Palmo á palmo rechaza á los mexicanos dentro de sus líneas de defensa y ocupa el lugar libre frente al fuerte. En estos momentos el cuerpo principal del ejército francés aparece sobre la cresta del monte; hacia la izquierda y en dirección de Loreto. Avanzan como quienes están seguros de la victoria, con el mismo ímpetu galo que les ha ganado tantas victorias, sin cuidarse de la terrible granizada de balas y granadas que les lanzaban las baterías de ambos fuertes. Pero, repentinamente se levanta en su camino, como salida de la tierra, una muralla humana que les cortó el paso y una doble hilera de relumbrantes bayonetas brilla en el sol, y pronto una tremenda descarga cerrada cubre á toda la línea. Son los batallones de Orizaba y Negrete que habían quedado ocultos; los soldados tendidos sobre la tierra y protegidos por las desigualdades del terreno. Al mismo momento se mueven hacia la derecha los batallones de Toluca y Veracruz y amenazan colocar las fuerzas atacadoras entre dos fuegos. Semejante posición no puede ser sostenida por mucho tiempo, y los franceses se ven obligados á ponerse en retirada seguidos por la infantería y caballería mexicanas, las cuales los arrojan de la montaña. Por último tienen que romper sus filas y completar en desorden su retirada hacia el cuerpo del ejército. Pero Laurencez, el comandante francés, envía inmediatamente otra columna para reforzar las fuerzas rechazadas y darles tiempo de reorganizarse; lo cual pronto logran hacer. Y de nuevo cargan los franceses sobre el monte, dividiendo esta vez sus fuerzas, de las cuales una parte la dirigen contra el fuerte de Guadalupe, otra contra el de la Resurrección, este

último defendido por el batallón de zapadores, mientras que un tercer cuerpo es dirigido contra la posición defendida por el General Díaz, la ladrillera; siendo el objetivo de los franceses dividir las fuerzas de los defensores, que saben son insuficientes.

Los franceses avanzan con fuerza irresistible y con un ímpetu que todo lo arrasa y llegan hasta los propios muros del fuerte de Guadalupe, en medio de una granizada de balas y metrallas de las baterías de la fortaleza, que diezma sus filas terriblemente. Y otra vez son recibidos por la misma muralla de infantería mexicana que antes había detenido su marcha y de nuevo se ven en peligro de ser flanqueados y rodeados. El campo de parada frente al fuerte viene á ser teatro de la escena más sangrienta: los hombres luchan brazo á brazo haciendo uso de sus espadas y de sus bayonetas, mientras que una densa nube de humo negro producida por los disparos de la fortaleza, extiende sobre los combatientes un inmenso manto que los oculta á las ávidas miradas de los expectadores de ambos ejércitos. Uno y otro lado pelean desesperadamente y los oficiales por todas partes urgen á sus soldados á continuar la terrible lucha. Es aquel espectáculo un feroz delirio de locura: y como si los mismos cielos estuvieran en simpatía con aquella pavorosa escena, inmensos nubarrones aparecen repentinamente en grupos á lo largo de las montañas y avanzan sobre el teatro del conflicto, extendiéndose en forma de inmenso dosel, que proyecta lúgubre y amenazadora sombra sobre aquel torrente de pasiones humanas desenfrenadas. Y retumba el espacio con los truenos, cual poderosos cañonazos celestiales, y el lúgubre brillo de los relámpagos ilumina intermitentemente las oscuridades producidas por la tempestad, como en burla de los míseros esfuerzos del hombre para alterar la tranquilidad de los montes rocosos y estribados de Guadalupe, con su débil imitación de las fuerzas naturales.

Repentinamente, y como si las mismas compuertas de los cielos hubieran sido abiertas, al igual de

los días de los profetas de antaño, se precipita un diluvio de agua sobre la tierra, mientras los ejércitos contendientes pelean como demonios. Pero las circunstancias son ya demasiado desfavorables para los franceses, que tienen sobre sí gran parte de las fuerzas mexicanas y se ven por segunda vez obligados á retirarse. Pronto vuelven á formar sus líneas y por tercera vez emprenden el ataque sobre el fuerte de Guadalupe y son de nuevo rechazados y sus filas puestas en desorden.

Al mismo tiempo la otra división francesa hace un ataque desesperado contra la posición defendida por el General Díaz; la ladrillera de Azcárate.

Los invasores marchan al ataque atravesando el campo abierto á ambos lados del camino de Veracruz y, de consiguiente, son el blanco de un tremendo y mortífero fuego de la artillería mexicana. Pero aunque fila tras fila de sus batallones son segadas por la metralla, continúan valientemente su avance y logra rechazar en gran confusión á los mosqueteros de San Luis. Estos últimos se reorganizan rápidamente, gracias á la eficaz protección de sus cañones y ya unidos con el batallón de Guerrero y al mando del Coronel Mariano Jiménez, atacan el flanco derecho del enemigo y avanzan tan lejos, á pesar del fuego agostador con que son recibidos, que se ven en grave peligro de ser copados.

El General Díaz percibe inmediatamente el peligro que corre Jiménez y hace marchar apresuradamente en su auxilio los dos batallones de Oaxaca, parte de otro batallón y dos piezas de artillería, y con el resto de las fuerzas oaxaqueñas se lanza él mismo contra el enemigo á paso redoblado. Y se sigue una tremenda lucha cuerpo á cuerpo en que los franceses se ven gradualmente obligados á echar pie atrás, siendo ésta sin duda alguna, una de las más galantes refriegas que tuvieron lugar en las batallas de las guerras del imperio.

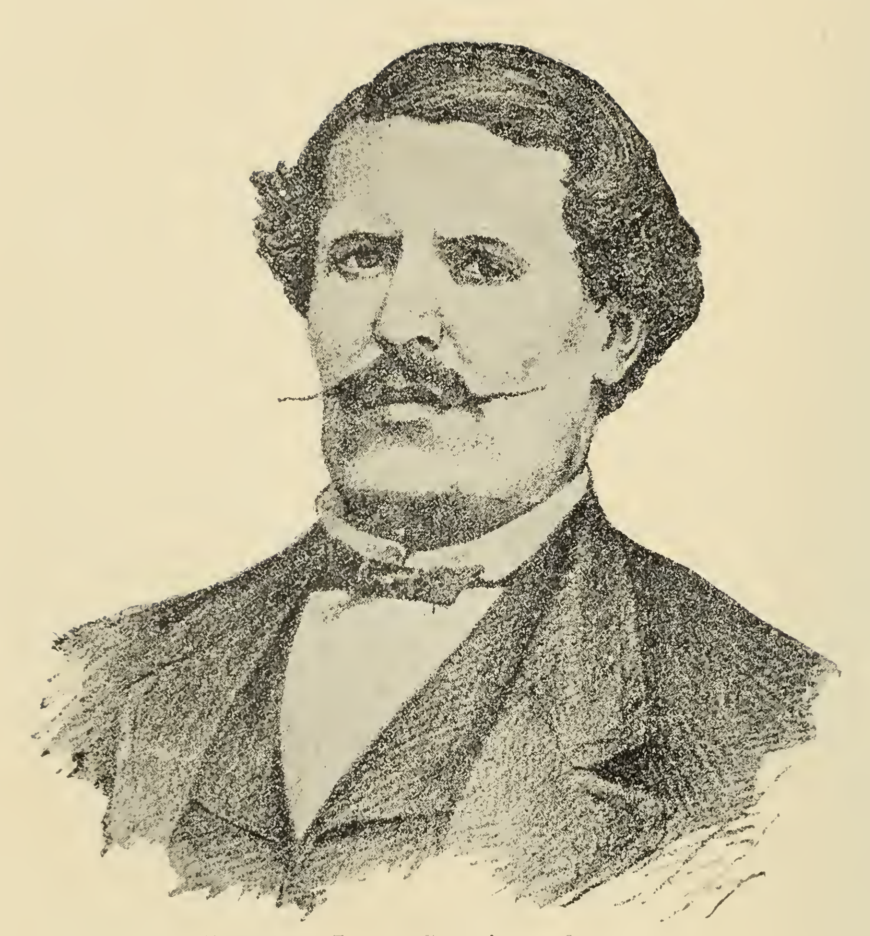
Las fuerzas enemigas en retirada intentan protegerse haciendo alto al llegar á la parte accidentada

del terreno; pero Díaz continúa esforzadamente la carga y los obliga á retirarse en confusión. Y entonces llama á sus reservas y se lanza con todas sus fuerzas contra las huestes desorganizadas de los franceses, cuya retirada se convierte en derrota. Díaz se prepara para perseguir al ejército fugitivo á su campamento; pero tiene que atender á las repetidas órdenes de Zaragoza y se ve obligado á abandonar la persecución en los precisos momentos en que la victoria había coronado las armas mexicanas á lo largo de toda la línea de batalla.

Como para coadyuvar al regocijo de esta primer victoria de un pueblo independiente sobre un ejército invasor, las nubes que hasta entonces habían cubierto el cielo y que habían descargado su copiosa lluvia sobre los combatientes, desaparecieron como por encanto y el sol glorioso de Mayo apareció más brillante que nunca iluminando el campo de batalla, lleno de los despojos de la terrible carnicería que indicaba la tremenda y desesperada lucha que había tenido lugar en esas altiplanicies.

La batalla del Cinco de Mayo dió tiempo al pueblo mexicano para prepararse para la lucha, y enseñó á los franceses que estaba México muy lejos de ser presa fácil de intervenciones é imposiciones de gobiernos, como lo había continuamente representado el partido conservador á Napoleón III y sus consejeros. Así, pues, decidieron los franceses aguardar refuerzos y alistarse para la lucha de una manera digna del enemigo que tenían que combatir. Se retiraron á Orizaba seguidos del ejército mexicano. Fortificaron esa plaza y allí aguardaron la llegada de refuerzos casi sin que se les molestara. Es más probable, que si el General Díaz hubiera estado al mando de las fuerzas mexicanas, la historia se hubiera escrito de distinto modo.

Las fuerzas nacionales fueron acampadas frente á Orizaba, mas dejaremos para capítulo aparte la descripción de los acontecimientos que siguieron.



General Jesús González Ortega.

CAPITULO XVI.

Ante Orizaba.

Los Generales Jesús González Ortega é Ignacio Zaragoza, que habían seguido á las fuerzas francesas, determinaron hacer un ataque combinado sobre Orizaba. Con este fin las fuerzas del primero marcharon hacia las alturas de Maltrata para asegurarse una posición que dominara la ciudad. Después de una marcha difícil y fatigosa, las fuerzas al mando del General Ortega llegaron á la cumbre del monte conocido con el nombre de Borrego, acompañadas de su artillería, y se prepararon para atacar la ciudad el próximo día en conjunción con las fuerzas de Zaragoza.

Entre tanto este último había llegado ante los muros de Orizaba el 13 de Junio, que era el día convenido entre los dos jefes. Pero Ortega había sido demorado á causa de las dificultades de los caminos de la montaña por los cuales había tenido que llevar su artillería, y por lo tanto no fué sino hasta el día siguiente que estuvo en situación de cooperar con Zaragoza, quien, como es natural, había pasado varias horas de gran ansiedad en la incertidumbre de si á Ortega le había sido posible llegar al punto previamente convenido. Pero durante la noche llegó un mensajero de Maltrata explicando las dificultades que Ortega había encontrado, é informando que estaría en la cima del monte de Borrego en la mañana del 14. Pero no le fué posible á Ortega llevar á cabo sus planes, y no fué sino hasta la tarde de la noche que llegó á la cumbre del monte, con sus fuerzas completamente fatigadas á causa de las dificultades del viaje.

Mas los franceses tuvieron noticia del movimiento hecho por González Ortega y se despachó una fuerza para darle batalla. Esta fuerza marchó durante la noche y encontró á las fuerzas mexicanas despre-

venidas, descansando de la gran fatiga que les había producido su penosa marcha durante el día á través de cañadas casi infranqueables, largas cuestas y anchurosos valles. Sintiendo González Ortega completa seguridad de que no podía haber sido descubierta la llegada de sus tropas á media noche á las cumbres del monte Borrego, y que de consiguiente se encontraban en seguridad perfecta, no había colocado suficientes guardias para protegerlas, por lo cual estaban enteramente desprevenidos cuando cayeron sobre ellos los franceses. Un testigo presencial de la escena la describe como una carnicería, en la cual los hombres, rendidos de cansancio, fueron despertados repentinamente de su sueño y matados como carneros; pues muchos de ellos no tenían ni sus armas en la mano, y la mayor parte no se daba cuenta de lo que pasaba. La derrota de las fuerzas mexicanos al mando de González Ortega y Llave fué completa, y como tuvo lugar durante el silencio de la noche, Zaragoza estaba ignorante de lo que había sucedido y se preparó para dar batalla á los franceses en la mañana del siguiente día.

Pero como González Ortega y Llave habían sido derrotados y sus fuerzas arrojadas de su punto estratégico, después de experimentar grandes pérdidas, y Alatorre, con otro pequeño cuerpo de tropas fué tenido á raya por el enemigo, todas las fuerzas que tenían que cooperar con Zaragoza en el ataque de Orizaba fueron nulificadas. Todo esto, como hemos dicho, lo ignoraba el comandante mexicano; así, pues, en la madrugada del 14 abrió sus fuegos contra la ciudad. Los franceses contestaron con energía haciendo uso de todos sus cañones; y protegido por esta granizada de balas, Laurencez, el comandante en jefe de las fuerzas sitiadas, marchó fuera de la ciudad con su infantería y cargó á paso redoblado sobre el ejército mexicano. Pero fué recibido con el terrible fuego de las baterías de Zaragoza, que segaba su gente como un torbellino á un trigal, y se vió obligado á retirarse.

Reorganizando sus fuerzas y al redoble de los tambores y entusiastas gritos de su gente, Laurencez volvió al ataque, pero se encontró con las fuerzas mexicanas al mando del General Berriozábal, que recibieron sus batallones con un fuego mortífero y á corta distancia. En esos momentos, el General Díaz, que estaba al mando de las reservas vino en auxilio de Berriozábal, y como un torrente, se lanzaron las fuerzas combinadas de los patriotas sobre los franceses y luchando cuerpo á cuerpo los hicieron gradualmente retroceder. Las fuerzas de Díaz se adelantaron á los franceses por un lado y las de Berriozábal amenazaban hacer lo mismo por el otro con lo cual Laurencez corría gran riesgo de ser rodeado completamente. Por tal motivo, el general francés se vió obligado á retirar sus fuerzas parcialmente desorganizadas dentro de los muros de Orizaba. A la media noche de ese mismo día Zaragoza se retiró sin ser molestado, á Tecamalucan. Y así terminó el memorable 14 de Junio de 1862, y los acontecimientos de ese día hicieron imposible al ejército mexicano toda idea de atacar á los franceses en sus fortificaciones de Orizaba, sin refuerzos suficientes y reorganización.

Comprendiendo ésto González Ortega, Llave, Alatorre y Zaragoza, comenzaron su retirada á las alturas, perseguidos por cuerpos del ejército francés con quienes sostuvieron encuentro tras encuentro; y puede asegurarse que todo el camino de Orizaba á Puebla quedó señalado con los numerosos cadáveres de ambos ejércitos.

Después de la retirada del ejército mexicano de Orizaba á las alturas, el General Díaz fué nombrado gobernador y comandante militar del Estado de Veracruz, y se puso á sus órdenes la sección del ejército que había estado al mando del General Llave, pues el gobierno deseaba, si era posible, conservar algún control en el Estado más importante de la Unión, bajo el punto de vista de las comunicaciones con el resto del mundo. Y el General Díaz fué considerado, á causa

de su brillante hoja de servicios como administrador, como soldado y como jefe, la persona más apropiada, entre los jefes del ejército liberal para esa delicada misión, de la que se esperaban grandes resultados.

Con su acostumbrada energía y determinación para vencer toda clase de dificultades, el General Díaz se puso á trabajar afanosamente para sacar orden del caos en que estaba hundido el territorio que acababan de poner bajo su jurisdicción. Hizo de su cuartel general el punto de reunión de todos los patriotas de Veracruz que se oponían á la intervención, y extendió su autoridad mucho más allá del territorio que reconocía á Juárez cuando se hizo él cargo de ese gobierno local: y aunque las principales ciudades y pueblos estaban en manos de los franceses, éstos no intentaron ejercer control en los distritos rurales y logró así establecer su autoridad en todo el territorio que tenía bajo su inspección, acabó con los contrabandistas y pudo colectar las rentas federales, de tal modo que le fué posible pagar sus tropas, lo cual los jefes liberales en otras partes del país no siempre podían hacer.

El Estado estaba infestado de ladrones y guerrilleros, y entre estos últimos, muchos de ellos no tenían el menor interés en la cuestión política que agitaba el país, pero todos ellos pretendían pertenecer á un partido ú otro; pues esto les aseguraba el ser tratados como prisioneros de guerra en caso de ser capturados. Todo el Estado estaba erizado de dificultades y peligros de toda naturaleza, pero el General Díaz logró que su autoridad fuera respetada en todas las comarcas que tenía encomendadas. Mas el gobierno de Juárez tenía tantas dificultades contra que luchar, que no podía auxiliarlo de ningún modo: ni con hombres, ni con pertrechos de guerra, ni con su autoridad; y el General Díaz comprendió que las dificultades de mantener parcialmente la autoridad del partido liberal en el Estado de Veracruz, eran mayores que el beneficio que se derivaba. Además, juzgó



General Ignacio de la Llave.

que sus servicios serían de mayor utilidad á su partido en la lucha activa en las filas del ejército. Díaz había nacido para batallar y para dirigir á los hombres. Lo hemos visto desde los días de su infancia, cuando, con la mayor naturalidad, asumía la dirección de sus compañeros, organizando sus juegos y deportes y sus ejercicios gimnásticos y de cultura física. Lo hemos visto después organizar á los indios de las sierras y convertirlos en guerreros invencibles; lo hemos visto gobernar un distrito de Oaxaca y sostenerse en Tehuantepec contra viento y marea, pues la mayor parte de la gente se oponía abiertamente á él y á los principios del partido que representaba. Y allí lo hemos visto también crear ejércitos, como quien dice de la nada, y ganar batallas en las circunstancias más difíciles; y todo ésto con un gobierno central tan distante, que pasaban hasta dos meses sin que él recibiera una sola orden del departamento de la guerra. Díaz ha sido siempre un organizador, y naturalmente ha tomado puesto en todas ocasiones como parte de lo más importante en la maquinaria que ha movido los grandes acontecimientos de su país. Era de esperarse, por consiguiente, que él ansiara una posición donde pudiera tomar parte activa en los grandes sucesos de que era teatro su nación. Como hemos dicho, sabía perfectamente que los esfuerzos que pudiera hacer en el Estado de Veracruz por mantener la autoridad del partido liberal, serían de poco beneficio al mismo partido. Cierto es que allí podía colectar suficiente dinero para pagar sus tropas y mantener su gobierno en las partes del Estado lejanas de los centros de población grande, y podía continuar atrayéndose pequeños grupos de partidarios. Pero todos sus esfuerzos tenían que dirigirse exclusivamente á sostener su limitada autoridad en el Estado, y no estaba en situación de poder prestar auxilios de ninguna naturaleza al ejército liberal; ni en hombres, ni en dinero, ni en la vigilancia de las aduanas de las costas del Golfo, ni en colectar más renta interior que la absolutamente necesaria para el mante-

nimiento de su precario gobierno local. Es muy natural, por consiguiente, que deseara renunciar una posición tan difícil de mantener, y en que los resultados del mantenimiento eran aparentemente inútiles. Manifestó al gobierno liberal que el Estado se encontraba infestado de partidas de guerrillas conservadoras auxiliadas por los franceses y protegidas por ellos hasta el grado que después de sus diarias correrías, podían siempre encontrar refugio seguro detrás de los muros de las plazas fortificadas en poder de los invasores. Además de todo esto, demostró la imposibilidad de hacer ningún uso comercial del Estado, mientras que los buques franceses dominaran los puertos de entrada y las costas del Golfo.

Finalmente fueron escuchadas las representaciones del General Díaz, y le fué permitido reunirse al cuerpo principal del ejército en Puebla, donde el gobierno liberal se estaba preparando para resistir á los franceses, quienes habían pasado cerca de un año reuniendo materiales de guerra y transportando del viejo continente refuerzos con los cuales poder continuar la lucha por la posesión de México. Hasta la fecha en que se hizo el ataque sobre Puebla en 1862, los franceses habían traído á México 37,000 hombres, fuerza bastante formidable, si se toma en consideración el estado de desorganización en que México se encontraba. Era considerablemente mayor que la fuerza con que marcharon los americanos sobre la ciudad de México en 1847. Era también mayor que el número total de tropas que los mexicanos pudieron levantar entre el año de 1861 y el 5 de Junio de 1863, fecha en que los franceses tomaron posesión de la capital de la República. Los franceses estaban unidos, esto es, formaban un cuerpo homogéneo, tenían oficiales instruídos y experimentados y excelentes materiales de guerra; y sobre todo, tenían soldados veteranos acostumbrados á vencer. Además, había en el ejército francés el *esprit de corps* que totalmente faltaba á los mexicanos, debido á que las opiniones políticas habían entonces y durante muchos años antes

dividido la nación en facciones enemigas, fomentando la perfidia entre generales, jefes y subordinados. Por consiguiente, las ventajas estaban todas del lado de los franceses. Y comprendiendo ésto fué por lo que Díaz juzgó, que el sostener una incierta autoridad sobre algunas partes del Estado de Veracruz, no valía la pena de los esfuerzos que significaba. También era de opinión, de que todas las tropas de la nación debían concentrarse para hacer todo esfuerzo por resistir á los franceses.

El decreto del 17 de Diciembre de 1861 había ordenado que se levantaran tropas hasta el número de 52,000, distribuídas entre los Estados y los territorios, de 3,000 á 1,000 cada uno. De todos los Estados y Territorios solamente el Distrito Federal proporcionó el contingente pedido; pues se le pidieron 3,000 hombres y proporcionó 6,567. Siguió Oaxaca con 2,130 de 3,000 que se llamaron. Puebla proporcionó 1,820, el Estado de México 1,450, San Luis Potosí 1,114 y Jalisco 1,010. Todos los demás proporcionaron menos de 1,000; mientras que Yucatán, Campeche, Tabasco, Aguascalientes, Colima, Chiapas, Baja California, Sonora y Sinaloa, hasta el 15 de Marzo de 1863, no habían proporcionado, oficialmente por lo menos, un solo hombre para la defensa nacional. Esto habla, más elocuentemente que las palabras, de la falta de unidad que existía entre las diferentes entidades federales de México para mantener su independencia y la de todo el país. En definitiva, en respuesta á la llamada patriótica que Juárez hizo á la Nación para defender la patria contra los invasores, recibió hasta la fecha mencionada 20,000 hombres en números redondos, y muchos de ellos sin armas, casi desnudos y sin ninguna práctica anterior como soldados. No pocos de ellos eran tan ignorantes que no sabían ni por qué peleaban. Muchos llegaron á las filas de Juárez únicamente porque sus amos los mandaban. Otros llegaron porque el instinto batallador de sus antepasados indios los impelía.

Estos fueron los elementos con los cuales Juárez

se preparó para sostenerse contra los franceses por segunda vez en Puebla. Con los preparativos que los invasores habían hecho durante cerca de un año, y con el conocimiento del país que durante ese tiempo habían adquirido y la desorganización en las filas de los mismos liberales, el desastre era inevitable. Se ha culpado á Juárez por haber tratado de resistir en Puebla en lugar de concentrar todas sus fuerzas en la capital. Pero hay poca duda de que el resultado hubiera sido el mismo. Pues hasta esa fecha no se había manifestado ningún movimiento nacional en defensa del país. Fuera del Distrito Federal y de las ciudades de algunos de los Estados centrales, la Nación apenas había realizado que México, que había peleado más de diez años por su libertad é independencia, estaba para ser de nuevo dependencia de otra potencia europea. Y una vez más los números hablarán con mayor elocuencia que las palabras. Solamente poco más de 14,000 hombres habían sido contribuídos por todos los Estados de México, dejando fuera de la cuenta el Distrito Federal; y nueve de los veinticinco Estados y Territorios en que estaba dividido el país, ó sea más de la tercera parte, rehusaron en lo absoluto enviar auxilios de ninguna clase al vacilante y esforzado gobierno de Juárez. En otras palabras, México estaba entonces dividido en estados y territorios, que aunque se decía, formaban una unión federal, no tenían intereses comunes que los unieran en un gran cuerpo; intereses y aspiraciones que pudieran constituir una nación cuyo pueblo considerara el todo como su patria.

Sin embargo, la invasión de los franceses tuvo este buen aspecto, ligó á las diferentes partes de la República mexicana, después de un poco de tiempo, en una especie de unión y despertó hasta cierto grado el orgullo nacional; el cual existía en el país, pero de un modo indistinto é indefinible. En otras palabras, entonces comenzó á despertarse el sentimiento de la existencia y del orgullo nacionales, que se habían olvidado por completo con las luchas civiles que habían

conmovido al país casi continuamente desde los primeros días del establecimiento de su independencia. Juárez, después de la retirada de los franceses del país, continuó alentando y fortaleciendo este sentimiento; pero no era hombre de suficiente liberalidad de ideas para que pudiera crear una verdadera nacionalidad mexicana. Esta misión correspondía á Díaz, quien ha manifestado durante su administración el mismo talento grande y brillante como organizador, y la misma gran previsión y conocimiento profundo de las condiciones existentes y de los sentimientos é intereses locales y generales, que antes le habían hecho posible desarrollar las mejores posibilidades en los distritos que habían sido confiados á su cuidado.

Durante su larga y tenaz lucha contra los invasores franceses, Juárez constantemente sintió la falta de sentimiento nacional en su país nativo, y la falta de apreciación de parte de los varios estados y territorios de que la defensa de los intereses nacionales era necesariamente la defensa de la de los mismos estados y territorios.

México tenía en ese tiempo población suficiente para haber puesto en campaña un ejército de medio millón de hombres; sin embargo de lo cual, en trece meses todos los estados y territorios apenas habían levantado 14,000. Era esta falta de sentimiento nacional, esta falta de interés desplegado por una gran parte de la población del país, lo que maniató á Juárez é hizo posible el éxito de un ejército relativamente pequeño, con el cual los franceses lograron apoderarse de la capital de la República en nombre del imperio y del partido conservador. Si hubiera tenido México el entusiasmo y la determinación para arrojar al enemigo de sus confines, que Texas manifestó en su resistencia á la tiranía de Santa Ana, hubiera podido poner sobre las armas cerca de un millón de hombres, y hubiera podido encontrar dentro de sus propios límites riquezas suficientes para armar y mantener dicho ejército. Pero el espíritu de nacionalidad faltaba del todo. Para la mayor parte de la na-

ción, Juárez no era sino uno de tantos jefes de partido que se habían impuesto al país continuamente desde el establecimiento de la independencia. No pudieron realizar entonces la grandeza del hombre, ni comprender la heroica figura que sería más tarde á los ojos del pueblo mexicano ya despierto al sentimiento de su nacionalidad. Pero el hecho de que el pueblo mexicano ha aprendido á apreciar á Juárez en su verdadero valor; que sean celosos de su buen nombre á tal grado que se impacientan hasta por un criticismo justo que se haga de él, es uno de los mejores y más grandes tributos que se pueden rendir á la presente administración, que ha alentado afanosamente durante un tercio de centuria, el espíritu de nacionalidad y el sentimiento consiguiente de patriotismo.



Indios del Estado de Veracruz,

CAPITULO XVII.

Antes del Sitio de Puebla.

Por cerca de un año los gobiernos mexicano y francés continuaron, después de la batalla del 5 de Mayo, preparándose para la próxima é inevitable contienda.

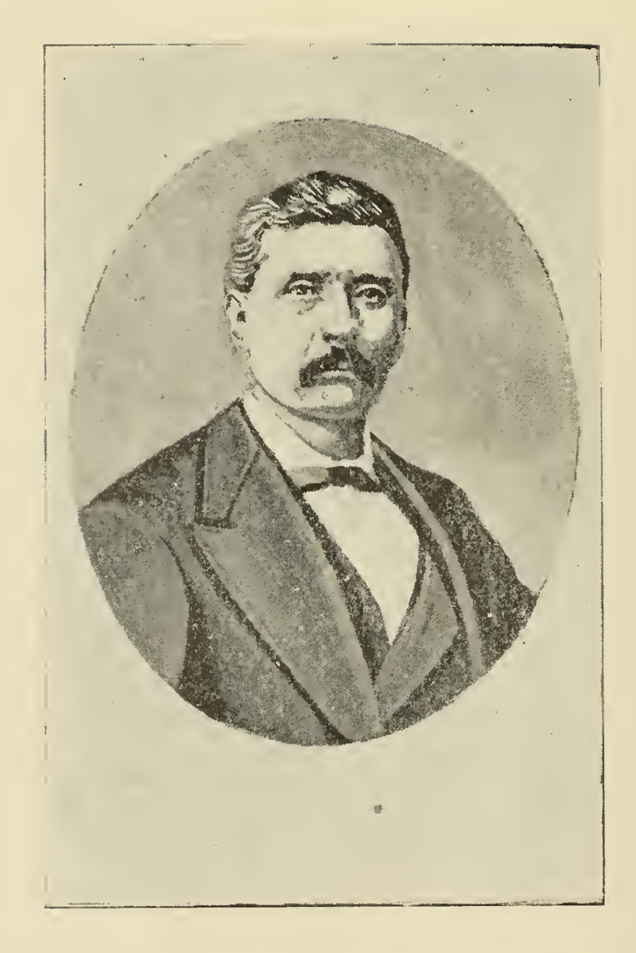
Juárez se hallaba detenido por la actividad de los conservadores y bandas de ladrones que asolaban al país continuamente. Eran también obstáculos para sus planes la falta de fondos para llevar á cabo sus preparativos de guerra y la pobreza de la nación, resultante del estado inestable de cosas consecuencia de la guerra civil que la había devastado por varios años. Pero con la determinación india característica que siempre le distinguía, consagró toda su energía á colocar la ciudad de Puebla en aptitud de defensa, no obstante que á pesar de todos sus esfuerzos, un experto crítico militar carcteriza las fortificaciones de Puebla en 1863 como de tercera clase. En otros términos, no eran las adecuadas para resistir un sitio serio y prolongado ó un ataque resuelto y decisivo por parte de un enemigo tan bien organizado y afamado por su valor y cualidades guerreras como los soldados franceses.

Pero aún cuando Juárez no había logrado hacer de la ciudad de Puebla una posición propia para sostener un sitio prolongado y vigoroso simplemente por falta de fondos para la ejecución de los trabajos necesarios, en cambio había podido reunir dentro de la ciudad un ejército de 23,930 hombres, muchos de ellos mal armados y disciplinados, siendo la mayor parte reclutas sin adiestramiento militar previo. Un examen de las condiciones de la guarnición muestra la desproporción que guardaba la infantería con los otros elementos componentes de las fuerzas defensoras. El informe oficial indica que había 19,357 infan-

tes, 3,205 soldados de caballería, 1,196 artilleros y 172 individuos del cuerpo de Ambulancia. Si la infantería hubiese estado bien armada con fusiles modernos, la desproporción no había sido tan grande, pero muchos de los mosquetes para esa arma eran de modelo anticuado, la munición escasa y muchos de los fusiles prácticamente inútiles por estar muy enmohecidos y otros tan fuera de servicio que su uso se hacía realmente peligroso.

Pero era artillería efectiva la que más falta hacía en la plaza. Dentro de los muros de Puebla existían solo 166 cañones y obuses, un número en sí muy insuficiente, aún siendo todos de la mejor clase, para resistir á un enemigo tan determinado y resuelto como los franceses, y más insuficiente todavía porque muchos de ellos se hallaban casi inservibles por su antigüedad y falta de cuidado: Había además 12 morteros, la mitad anticuados y de corto alcance, y sobre todo un muy reducido número de artilleros, que en conjunto correspondían siete á cada pieza, incluyendo reservas tomadas de otros departamentos del ejército, debiendo ser, bajo las condiciones entonces existentes de la artillería, de 18 á 20 hombres por pieza. La fortaleza carecía también de municiones. Para los cañones y obuses existían sólo 166 proyectiles; para los morteros 100 y para las armas pequeñas 95, por pieza respectivamente. Esto basta para mostrar que á pesar de los esfuerzos hercúleos de los liberales cerca de un año, la Ciudad no estaba en condición de resistir un sitio prolongado ó un asalto determinado. Faltaban en lo absoluto en la guarnición artilleros de clase auxiliar para substituir las plazas regulares asignadas á ese departamento del ejército. De este modo los cañones, ya de por sí en su mayor parte insuficientes é ineficaces, estaban en peligro de ser del todo inútiles por las bajas causadas durante el sitio en el número de artilleros disponibles.

Este cuadro es ya bastante sombrío; pero aún presenta un peor aspecto. La provisión de pólvora para armas pequeñas y para minas que poseía la guarni-



General Porfirio Diaz en 1863.

ción era insuficiente y los víveres dentro de los muros de la Ciudad apenas si bastarían para mes y medio. Así es que aún cuando las fuerzas llegaban á cerca de 24,000 hombres, su capacidad efectiva de combate no llegaba á la mitad de esa cifra debido á muchas deficiencias en las líneas de defensa y á escasez de implementos militares y provisiones. Por lo tanto, tan considerable número de hombres en el interior de la ciudad, constituía más bien una amenaza que un elemento para la defensa de la misma.

Pero si la guarnición hubiese estado resuelta á resistir hasta la muerte, otra cosa podría decirse. Mas la ciudad en sí misma se hallaba dividida. Industriosamente se habían hecho circular entre los soldados informes exagerados sobre las fuerzas francesas; se describía su ferocidad con los más sombríos colores y de boca en boca, entre todos los que se hallaban en la ciudad, corrían historias acerca de que muchos transportes de tropas francesas venían en camino hacia México, para reforzar á los sitiadores, si no lograban apoderarse inmediatamente de Puebla, ó al menos dentro de un plazo relativamente corto. Todo lo cual tendía á desanimar la guarnición. Agréguese á esto que en la fortaleza había millares de indios que escasamente vislumbraban el porqué de la lucha y que más deseaban hallarse en las serranías de su tierra natal que encerrados dentro de la ciudad sitiada. Estos indios constituían más bien un estorbo que una ayuda para el ejército defensor.

Además, el partido conservador tenía agentes en Puebla quienes malévolamente iban esparciendo los gérmenes de descontento y discordia entre los soldados de la guarnición, entre sus esposas, familias y amigos. De este modo prevalecía en el interior de la ciudad sitiada una viva impresión de desaliento que á veces llegaba á los bordes de la desesperación, entre una gran proporción de los habitantes, quienes no creían en el éxito de la resistencia por algún tiempo contra el enemigo acampado ante los muros de la población.

Juárez había, además, antagonizado al partido clerical, que constituía una gran proporción del partido conservador. Y por lo tanto halló que la poderosa maquinaria de la iglesia era usada en su contra aún en el interior mismo de la ciudad de Puebla. De este modo la carencia de confianza y falta de provisiones, artillería y artilleros, unida á la simpatía de una parte de la ciudad hacia los conservadores y la indiferencia de otra parte considerable, que dejaban de comprender las cuestiones en boga, tornaron la moral de la ciudad sitiada poco favorable para una prolongada y eficaz resistencia y las condiciones prevalentes dentro de la ciudad no eran sino un indicio de las dominantes en todo el país. La nacionalidad mexicana existía solamente en ficción. Unidad de ideas, de miras, de aspiraciones, no había alguna en 1863. Los sentimientos de patriotismo se hallaban confinados entre una pequeña porción de los habitantes y la lealtad al gobierno federal aun mucho menor por ciento de la población. México se había independizado del régimen español; pero continuaba aún siendo esclavo de sus propios prejuicios, costumbres, prevenciones locales y animosidades. Los Estados se sentían celosos del poder de la autoridad federal y de sus propios intereses locales y viceversa á las facciones de partido habían logrado captarse aquella lealtad que debiera siempre haberse mostrado unísona para dar ser al verdadero patriotismo y fuese de uso efectivo en la defensa del país contra sus enemigos.

Juárez pudo heróicamente afanarse por más de un año para poner al país en un estado de defensa; pudo hacer esfuerzos sobrehumanos para proveer de implementos de güerra y defensa á la ciudad de Puebla, llave de la situación en la antiplanicie central; pudo reunir en torno suyo á los mejores ingenieros y oficiales que era posible obtener y á los más heróicos adictos á su causa; pero no podía rehacer al pueblo de México ó cambiar su actitud hacia el Gobierno; no podía en un mes ó en un año hacerle abando-



Benito Juarez.

nar sus prejuicios, sus animosidades, sus sentimientos facciosos y á su falta de interés general en el gobierno, pues esa actitud era fruto de dos generaciones de contienda civil y de más de tres siglos de aislamiento y localismo, industriosamente alentados y fomentados durante el período colonial y sustentado y cultivado por las circunstancias y los jefes de partido durante la vida de la República. No podía crear de nuevo á México. Eso sólo el tiempo y las circunstancias podrían hacerlo y en aquellos momentos las últimas parecían militar aparentemente en contra del heróico Indio que lleno de resolución hacía frente á un océano de vicisitudes, cuya creciente marea le era imposible dominar.

Y sin embargo, aquellos elementos que aparentemente se oponían á la unidad del pueblo mexicano, eran los mismos que secretamente cooperaban á ese fin. Los vastos preparativos que los franceses hacían para la sumisión del país en nombre del partido conservador; la altivez de los invasores; su desprecio abiertamente manifestado hacia el pueblo mexicano; la arrogancia de los conservadores que habían recibido empleos importantes y de confianza bajo los franceses; los excesos cometidos por los invasores y sus aliados los conservadores; los penetrantes gritos de prevención de lo pocos jefes conservadores; los acerbos ataques de los brillantes periodistas liberales del día y los clamores acendrados en demanda de libertad, dados por hombres activos y de talento como Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez y Riva Palacio, fueron las movientes arenillas que indicaban en qué dirección soplaba el viento. El espíritu de resistencia que fué gradualmente engendrado en contra del enemigo común del país, fué el instrumento creador del primer lazo de unión real entre el pueblo mexicano desde los días de lucha por la independencia. En él fructificaron las simientes de la verdadera nacionalidad mexicana, aquella que brotó y ha crecido vigorosa durante el último cuarto de siglo. Ella dió al pueblo mexicano lo que más necesitaba, una causa,

una inspiración, una necesidad para la liga de intereses comunes de unidad de acción. Y la lucha de los dos últimos años contra el imperio en realidad dió nacimiento á la apreciación de la nacionalidad mexicana, sentimiento que antes no había existido. Fué un sentimiento que participaba de aspiraciones exageradas y miras políticas; era una tendencia á menudo impracticable; fué exuberante hasta tocar á veces los límites de lo ridículo. Pero era la gran necesidad política del pueblo mexicano.

Juárez, naturalmente, como la figura central de esta lucha contra los franceses y el imperio, fué exaltado hasta los cielos por sus amigos y adherentes é insultado hasta la bajeza por sus enemigos. Esto explica el homenaje que hoy en día en todas partes de México, rinde el partido liberal al gran indio.

Es un culto que raya á veces en la deificación. Es absurdo si se quiere; pero no por ello es menos sublime, porque esa adoración es la personificación de la nacionalidad mexicana y de los principios liberales á que aspira. Es la deificación de las esperanzas y aspiraciones de una nación.

Pregúntese á los liberales por qué juzgan á Juárez como el más grande estadista que México ha producido, y os dirán que porque es la personificación de los principios liberales y porque salvó á su patria de ser hollada bajo la planta del déspota. Pero México está aún lejos de ser políticamente libre, porque no está aún educacional, social é industrialmente apto para una completa libertad política. Aún Juárez llegó á reconocer esta verdad durante los últimos años de su administración: y Díaz, que surgió en su carrera política como un rabioso constitucionalista y decidido advocador del sufragio del pueblo, ha tenido qué reconocer, en los últimos años, que lo que aparece políticamente sublime en teoría, puede resultar en aplicación práctica, manifiestamente impracticable.

Pero aún cuando México no ha realizado los ideales de la democrática y liberal constitución de 1857, ha perseverado sin embargo en su afán de alcanzar

ese fin, desde que se levantó, prácticamente como una sola unidad, en contra de la intervención francesa, durante el último año del gobierno de Maximiliano.

El avance de la instrucción pública, la desesclavitud del peón, la mejoría en la condición de todos los habitantes, la libertad de la prensa, la propagación general del conocimiento, el avance de la clase media, la creación de vías de comunicación, la aparición de grandes diarios y periódicos de todas clases: todo revela el despertar de una nación. Políticamente es México aún un infante en pañales; pero un infante lleno de vigor y robustez vitales, que promete grandes cosas para la edad madura que se acerca rápidamente. Este infante nació de la unión de los principios liberales advocados por la constitución de 1857 y la lucha contra la intervención francesa, pero ha recibido la más cuidadosa y solícita atención y desvelo por parte de la administración actual, quien con justicia ha visto en este infante una promesa de lo más halagüeña; pero que requiere en su desarrollo el mejor cuidado, dirección y preparación para que en su mayoría de edad y años de discreción, tome cuidado de sí mismo. Esa educación se prosigue rápida y concienzudamente con el niño que vió la luz en aquellos años de sangrienta y amarga tristeza y que promete ser digno de los sacrificios que le dieron el ser.

CAPITULO XVIII.

Sitio de Puebla.

El 15 de Marzo de 1863 se preparó el General Forey, comandante en jefe del ejército francés, á atacar la ciudad de Puebla, contando para ello con 23,500 hombres y cincuenta piezas de artillería, municiones para mes y medio y provisiones para poco menos de dos meses. Estaba convencido de que la guarnición se vería obligada á rendirse luego, por los informes que había recibido de sus exploradores que continuamente habían tenido oportunidad de entrar á la ciudad durante los últimos meses. Sabía perfectamente que los defensores tenían un ejército casi tan numeroso como el suyo; pero en cambio estaba informado de que el armamento que poseían era de mala clase y que sus provisiones eran del todo insuficientes para poder resistir un sitio de alguna duración. Pero no era su intención rendir á la guarnición por hambre, pues los expertos militares que habían logrado examinar detenidamente las fortificaciones de Puebla, le aseguraban que éstas eran incapaces de resistir un asalto vigoroso y bien dirigido continuado durante varios días. Por todo lo cual determinó tomar la ciudad á viva fuerza.

Según lo manifestado por el comandante francés, en las fuerzas sitiadoras no había más que 2,000 mexicanos, si bien este número ha sido grandemente exagerado por informes ulteriores de fuentes liberales. De esto se infiere que Forey había recibido muy poco de la ayuda que esperaba le prestara el partido conservador de México y especialmente la Iglesia. En cambio había otro factor que le era favorable. Si bien los conservadores no habían acudido á ponerse bajo sus banderas en gran número, habían también rehusado afiliarse á la causa liberal. Se mantuvieron estrictamente neutrales unos, y otros se dedicaron, or-

ganizados en cuadrillas de merodeadores, á asolar el país de uno á otro confín. Y así tenemos, que en realidad, coadyuvando á la desorganización del país, contribuyeron á hacer la tarea, tanto de los franceses como de los liberales más difícil, aunque por lo general su influencia se inclinaba más bien del lado de los invasores.

Las fuerzas mexicanas fueron divididas en dos partes llamadas ejército del este y del centro. El primero estaba al mando del General Jesús González Ortega, quien había sucedido en este puesto al General Zaragoza, héroe de la batalla del Cinco de Mayo. con motivo de la repentina muerte de este último, y el segundo al mando del General Comonfort, quien llegó á Puebla el 3 de Febrero de 1863, donde tuvo una conferencia con González Ortega sobre el plan de campaña que deberían adoptar conjuntamente para la próxima lucha contra los franceses. Ambos convinieron en que era indispensable para el buen éxito de la causa, que el mando supremo lo tuviera un jefe, y convinieron para nombrarlo en el siguiente arreglo: Si el ejército francés atacaba primero á la ciudad de Puebla, el mando supremo recaería sobre González Ortega; pero si en lugar de ésto pusiera sitio á la capital, entonces Comonfort sería el comandante en jefe. Este convenio fué sometido á la aprobación del Gobierno. Pero, sin que se sepan los motivos, Juárez se opuso á dicho arreglo, y se les ordenó á los dos comandantes que operaran independientemente el uno del otro, bajo la dirección del departamento de la guerra. Esta disposición fué poco atinada, pues no permitía libertad de acción á ninguno de los jefes y echaba la responsabilidad sobre el departamento de la guerra, todo lo cual impedía que los jefes tomaran la iniciativa en las operaciones arriesgadas, que es en donde se manifiesta el genio del comandante de un ejército, convirtiendo muchas veces en victoria lo que al principio parecía derrota.

No cabe duda de que si el mando de todas las fuerzas hubiera dependido de un solo jefe, Puebla hubie-

ra sido mejor provista con municiones de guerra y víveres de lo que estaba, pues hubieran sido mejor estudiadas las verdaderas condiciones de la ciudad. Sin embargo, con motivo de las continuas representaciones de González Ortega, el Presidente y el ministro de Relaciones resolvieron visitar á Puebla durante los primeros días de Marzo. De este modo se convencieron de que era cierto lo que manifestaba González Ortega y que la ciudad no se encontraba en condiciones de resistir un sitio prolongado, por cuyo motivo Juárez prometió enviar suficiente cantidad de provisiones y de municiones de guerra. Pero ya los franceses se habían puesto en camino, y dos semanas después se encontraban frente á los muros de Puebla, lo cual impidió que Juárez cumpliera su promesa.

Si Puebla hubiera estado debidamente provista de víveres y municiones de guerra, podría haberse sostenido indefinidamente, pues no les había sido posible á los franceses transportar de Veracruz sus cañones pesados de sitio, y de consiguiente se vieron obligados á atacar la ciudad con piezas de pequeño calibre. Sin embargo, debe recordarse que toda esta artillería era de lo más moderno y las fortificaciones contra las cuales estaba dirigida eran poco mejor que de tercer orden.

Entre tanto los franceses, que habían aprendido una lección con su derrota en la batalla del Cinco de Mayo del año anterior, avanzaron muy despacio y con la mayor cautela sobre la ciudad, tomando toda clase de precauciones aconsejadas por las prácticas militares y reconociendo cuidadosamente cada palmo de terreno. La marcha sobre Puebla tuvo lugar por el mismo camino que la del año anterior; y así se detuvieron en Amozoc, desplegando sus fuerzas hacia las Animas y Chachapan, donde tuvieron varias escaramuzas con la vanguardia de las fuerzas mexicanas.

Pero no perdieron su tiempo los franceses demorándose en este último lugar, pues el día siguiente poco antes de las 9 aparecieron del lado este de la

ciudad y fué saludada su llegada á la hacienda de los Alamos con el retumbar de los cañones del fuerte de Guadalupe, el mismo que el año anterior había sido el primero en desafiar al ejército francés cuando se presentó ante la ciudad.

Inmediatamente dió principio el comandante francés á la erección de fortificaciones en la vecindad de Amalucan y Las Navajas, con el objeto de proteger sus movimientos. Este trabajo fué hecho con rapidez, haciendo levantar trincheras de tierra, y poco después del medio día las líneas francesas se habían extendido hacia la derecha en dirección de los dos fuertes de Guadalupe y Loreto, los cuales habían representado un papel tan importante en la famosa batalla del Cinco de Mayo del año próximo anterior.

El día siguiente apareció cerca del teatro de los acontecimientos el ejército del Este al mando del General Comonfort y se mantuvo á la retaguardia de los franceses, listo para atacarlos en caso que éstos se decidieran á tomar por asalto la ciudad de Puebla, cosa que se esperaba con gran seguridad, de acuerdo con las tácticas que habían empleado el año anterior. Pero Forey había determinado no arriesgar nada y proceder con toda la prudencia que aconseja la estrategia militar, y de acuerdo con ese plan, durante los próximos cinco días continuó extendiendo sus trincheras y sus tropas al rededor de la ciudad, cortando las líneas telegráficas que la comunicaban con el exterior y tomando posesión de las posiciones dominantes como el cerro de San Juan, donde el general francés estableció su cuartel general.

Hablando del sitio de Puebla, el mismo General Díaz dice que el primer punto objetivo de los franceses fué el fuerte de San Javier, al lado oeste de la ciudad, y los Redientes de Morelos á 650 metros poco más ó menos al sudeste de aquel. Fué allí donde hicieron sus primeras trincheras y amenazaron ambas fortificaciones. Colocaron sus baterías en la segunda trinchera, y el 26 de Marzo lograron destruir la fortaleza y la mayor parte de los edificios de San Ja-

vier, al oeste de los cuales se encontraba la Penitenciaría y detrás de la cual y hacia el sur estaba situado el panteón de Iturbide. El ataque se continuó activamente y el cañoneo fué mantenido casi sin interrupción durante varios días, hasta que finalmente San Javier fué tomado por asalto. Las tropas mexicanas se retiraron cuando ya era imposible permanecer más tiempo entre las ruinas de la fortaleza, y tomaron posiciones entre los otros edificios sólidos de esa parte de la ciudad. Día tras día los franceses continuaron de esta manera el ataque y los mexicanos pelearon el terreno palmo á palmo .Cuando eran arrojados de un punto, inmediatamente tomaban posesión del que encontraban más cerca y conveniente en su retirada, para atrincherarlo y continuar impidiendo el avance de los franceses. Posición tras posición fué tomada de este modo por los sitiadores, sólo para encontrarse con otra línea temporal de defensa impidiéndoles el camino.

El General Díaz había sido apostado en la Plaza de San José, en línea directa al sur del fuerte de Loreto; pero en la noche del 1° de Abril, recibió órdenes de ocupar con su brigada las manzanas de edificios alineadas de norte á sur todo á lo largo del frente del enemigo. Hacia su izquierda estaban los Redientes de Morelos y á su derecha el fuerte Demócrata, dentro de cuyos muros estaba la iglesia de Santa Anita. Extendiéndose á lo largo de esta larga línea que se dió orden de cubrir á las tropas de Díaz, estaban en sucesión: la Plaza de San Agustín, destinada á servir de cuartel general de la brigada, el teatro del Progreso, el Hospital para los pobres y las iglesias de Dolores y San Ramoncito, todas posiciones de gran importancia.

El General Díaz relevó al General Mariano Escobedo, cuyas fuerzas habían sufrido terriblemente en la defensa de la línea; mas como la orden de retirarse había sido dada á este último antes que llegaran las fuerzas que lo iban á relevar, cuando éstas llegaron ya las tropas habían desocupado el edificio del



General Mariano Escobedo.

Asilo para los Pobres, lo que dió á los franceses la oportunidad de ocuparlo, lo que hicieron inmediatamente. Este incidente ha sido explicado de diferentes modos por los historiadores, por consiguiente, el relato que sobre ese particular hace el General Díaz es de especial interés. Dice así:

"En los momentos en que yo relevaba á la brigada del General Escobedo, fué ocupada por el enemigo la manzana del Hospicio, intercalada en mi línea, porque la fuerza que la cubría se había retirado sin esperar la que debía relevarla, y conocido el caso por el Cuartel General, se me ordenó no la disputara en esos momentos, sino que ocupara prontamente las que aún quedaban en nuestro poder."

La posición que ocupaba el General Díaz era dificilísima. Enfrente tenía al enemigo en toda su fuerza; y á su izquierda, y casi dentro de sus líneas, parte del edificio del Asilo estaba en poder de los franceses, quienes habían resuelto aprovecharse de las ventajas que habían ganado debido al descuido de una parte de las fuerzas al mando de Escobedo. Cuán grande era realmente el peligro que amenazaba las líneas del General Díaz, él mismo lo expresa del modo más gráfico y verídico, como sigue:

"Como á las seis de la tarde del dos de Abril de 1863, comencé á sentir trabajos de zapa procedentes de la manzana del Hospicio, dirigidos contra la de San Agustín, por el frente de la casa conocida con el nombre de Cuartel de San Marcos.

"Al principio me parecieron subterráneos los golpes, pero á poco comprendí que se hacían perforaciones en los muros de la acera del Hospicio para sacar por ellas las bocas de los cañones, y batirme en brecha el cuartel de San Marcos. Me situé desde luego en esa casa, reforcé hasta donde era posible las obras de defensa de los puestos que daban á ese frente y coloqué tropa dispuesta á defender los balcones. Llegado el momento del ataque y listas ya las defensas construidas dentro de la casa, comenzó á las ocho de la noche el fuego de una batería que destruyó el

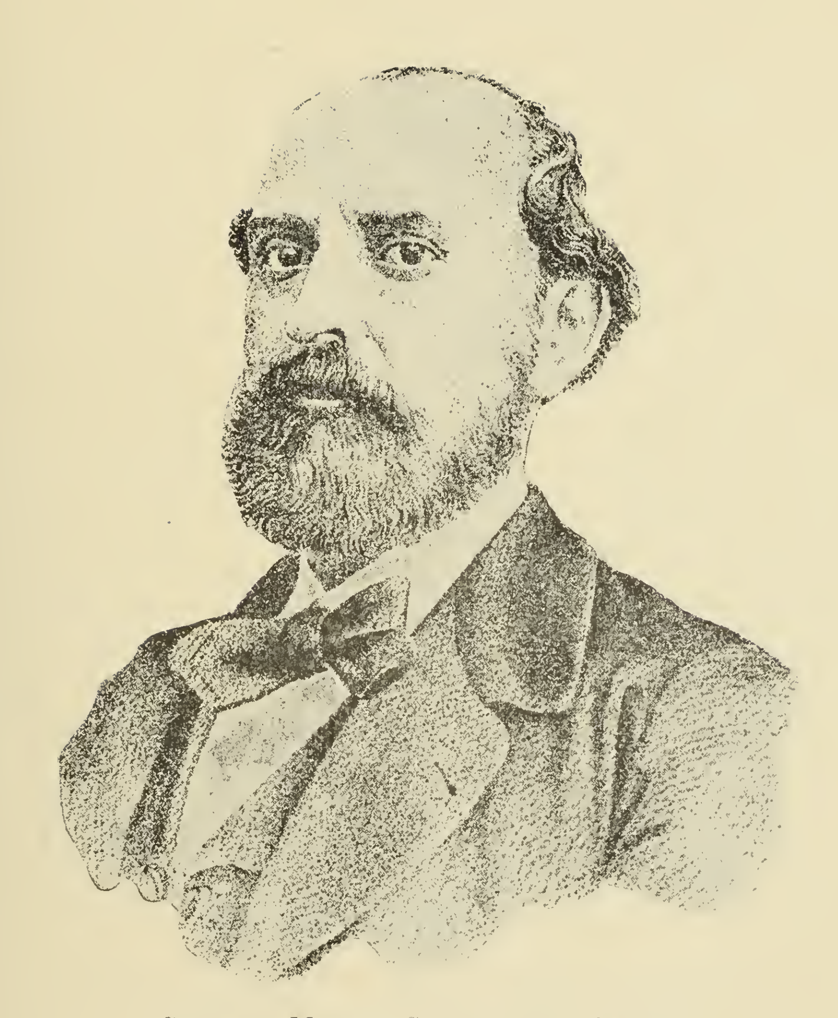
muro que separaba las dos puertas de una tienda que quedaba á la derecha del zaguán y rompió las hojas que las cerraban, lo mismo que los atrincheramientos que reforzaban á éstas por dentro, y convirtió todo ello en una amplia brecha.....El techo de la tienda era de bóveda muy sólida y por ese motivo no cayó.

"Durante el cañoneo, aplicaron los franceses un fuerte petardo á la puerta del zaguán del cuartel de San Marcos que previamente había yo reforzado por dentro con las baldosas del patio, del mismo zagán, y con un gran hacinamiento de tierra. Debido á esto el petardo no causó el efecto esperado sobre la puerta, y los franceses tuvieron que asaltar por la brecha abierta en la tienda.

"El asalto fué resistido enérgicamente durante más de dos horas.....

"Hubo un instante en que el ímpetu de la carga de los franceses en el patio de la casa desmoralizó á mis soldados que llegaron á huir en desorden; pero lo pequeño de la horadación por donde tenían que pasar, no permitió que se retiraran todos. En estos momentos disparé personalmente contra los franceses un obús que tenía en el patio, cargado con metralla y apuntando para el zaguán, y la descarga los desmoralizó al grado de que abandonaron el patio que ya ocupaban y se replegaron al zaguán.

"Entre mis soldados que habían huído del patio, estaban los del pelotón que servía el obús. Quedó con él solamente el cabo. Entre él y yo cargábamos de nuevo la pieza, cuando de entre los asaltantes se adelantó un zuavo en ademán de atacar al cabo. Salí á la defensa....Quise sacar al efecto mi pistola, pero con los golpes que había sufrido en la refriega se había desarticulado sin que yo me diese cuenta de ello, y me quedé con el puño en la mano, el cañón en la funda y el cilindro rodó por el suelo. Arrojé aquel inútil puño al pecho del zuavo y me adelanté sobre él con intención de desarmarlo; pero sintiendo un golpe, se creyó sin duda herido, porque había muchos



Coronel Miguel Castellanos Sanchez.

disparos en esos momentos, y regresó rápido al zaguán en donde estaban sus compañeros.

"El disparo del obús y la retirada consiguiente de los franceses, reanimó á mis soldados que habían huído y muchos de ellos regresaron á su puesto y parapetados tras de una fuente que se hallaba en el centro del patio, se defendieron con ella é hicieron fuego vivo sobre el zaguán en donde había yo hecho una excavación para sacar el material que sirviera de refuerzo á la puerta de la calle y en ella hundidos se abrigaban los asaltantes. Mandé con tal motivo al Teniente José Guillermo Carbó con 50 hombres que subiera al corredor del segundo piso de la casa para batir desde allí á los de la excavación. Los fuegos de Carbó fueron tan eficaces que poco lo resistieron los franceses y se replegaron á sus posiciones.

"Como á las diez y media de la noche, todo había concluido en la manzana de San Agustín. Una vez que el enemigo volvió á sus puestos fronteros, salí con la tropa suficiente á cerrar la brecha que había abierto la artillería contraria y establecer la terracería de defensa, obra costosa para nosotros, porque la hacíamos bajo el fuego de fusilería; mas al fin la terminamos y quedamos en mediano estado de defensa para el caso de nuevo ataque que tuvo efecto el día siguiente.

"Me ocurrió mandar hacer una serie de diez perforaciones en la bóveda de la tienda, poniendo en cada una de ellas á un soldado con una mecha encendida en la mano y cuatro granadas de mano con mechas unidas todas por el centro, para poderlas incendiar á la vez, con orden de verificarlo y echarlas por la perforación en caso de que el enemigo llegara nuevamente hasta donde antes lo hizo.

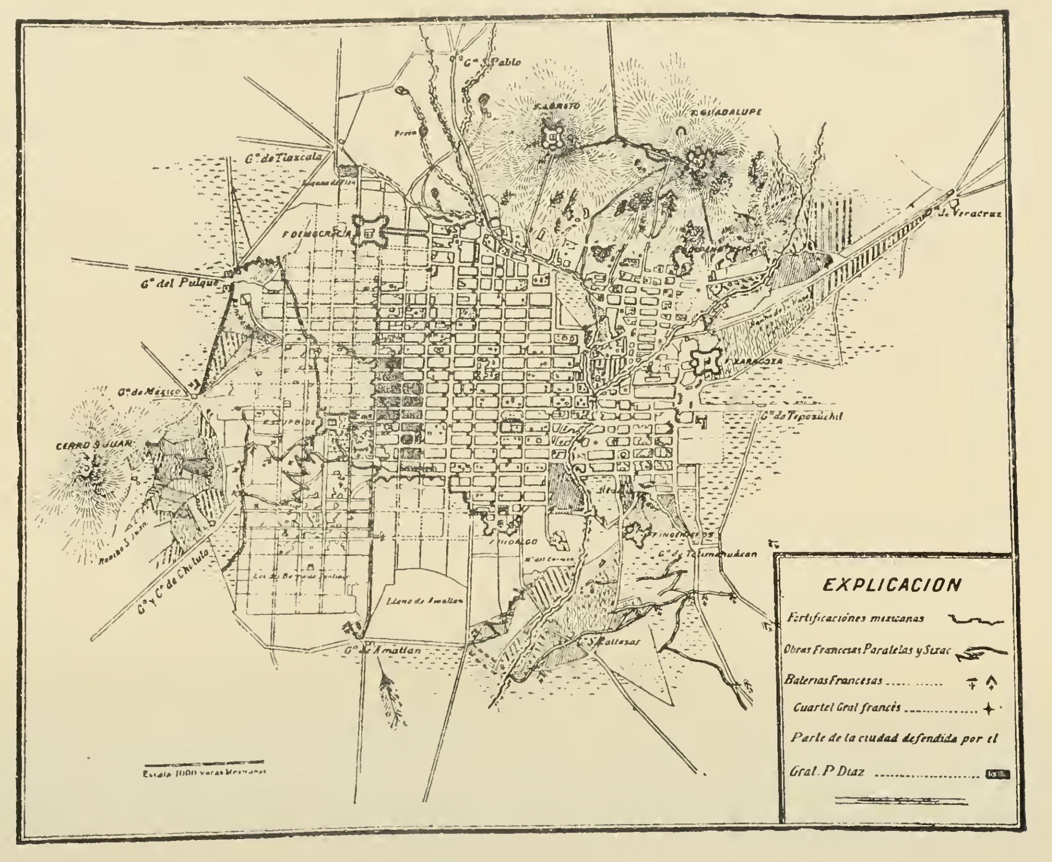
Pocos momentos después de terminado el asalto de San Marcos, vinieron á avisarme que en la calle de las Cabecitas que pertenecía también á mi línea era atacado el Coronel Balcázar, jefe de esa manzana y que se me había agregado esa misma noche para cubrir todas las manzanas cuya defensa se me enco-

mendó. Me trasladé inmediatamente al sitio indicado y encontré que los franceses habían seguido el mismo procedimiento que habían empleado horas antes contra el cuartel de San Marcos, esto es, que después de abrir brecha con su artillería, lanzaron por ella una columna de asalto que, aunque fué resistida enérgicamente, ocupó el primer patio de una casa que tenía el segundo muy largo y que por esa razón se llamaba "la casa de la Cerbatana." Llegué en los momentos en que se perdía el citado primer patio, y ayudado por el Lic. D. Miguel Castellanos Sánchez, atravesé un mostrador viejo de madera y coloqué allí á los soldados para que lo defendieran. El callejón que formaba el segundo patio fué defendido con heroicidad, y como quedaran cortados dos pelotones de nuestros zapadores en algunas de las piezas del primero, se defendieron allí por más de cinco horas que éste permaneció ocupado por los franceses. Mandé perforar los muros para comunicarme con aquellos zapadores á quienes pude á tiempo proveer de municiones.

"Practicada esa operación y contando ya con el concurso de los soldados aislados que secundaban mi empuje, logré arrojar á los zuavos á la calle, cubriendo en seguida la brecha. Por medio de aspilleras para fusil establecí luego fuegos convergentes hacia esa brecha.....Toda esa operación acabó al amanecer del 3 de Abril y en ella se hizo notable por su valor temerario el Lic. don Miguel Castellanos Sánchez, auditor del ejército.

"El Sábado de Gloria, 3 de Abril, como á las nueve de la mañana comenzó un cañoneo en la misma forma que el anterior frente á una casa perteneciente á la propia manzana del cuartel de San Marcos, por su frente oriental (lo que llamaban cuartel tenía su frente al norte). Había yo encomendado al Coronel de mi Estado Mayor don Manuel González, la defensa de esa casa con una compañía del Batallón Morelos del que era capitán don Máximo Velasco.

"Como ya el sistema de ataque de los franceses



Sitio de Puebla

comenzaba á serme familiar, la defensa me fué menos difícil. Los cañones usados en ese ataque eran más poderosos que los de los que se habían servido en los dos anteriores, pues no solamente destruyeron con sus proyectiles el muro exterior, sino dos más que les seguían paralelamente. Cuando llegué al lugar del ataque, estaba abierta una gran brecha en la manzana, con la anchura de una calle. No pudieron sin embargo los franceses dar el asalto porque durante el cañoneo se les desplomaron los techos de la habitación donde habían colocado sus cañones, los cuales fueron cubiertos por pesados escombros. En aquellas circunstancias mandé salir á la calle al Coronel Rosales, con sus soldados, con el objeto de apoderarse de la batería; pero esto fué imposible porque tenían encima materiales que había que quitar bajo cercanos fuegos transversales, muy nutridos, del enemigo. Desistimos de la empresa y pudimos cubrir nuestra brecha, por estar libre de asaltantes la acera de enfrente. En la noche incendiamos el edificio desplomado, perdiendo por consiguiente el enemigo los montajes de sus cañones, de los cuales algunos que habían quedado cargados se dispararon en virtud del incendio. El Coronel González, que fué herido en este combate, había llamado mi atención en varios encuentros, lo mismo en Oaxaca en el ataque de la Esquina del Cura Unda el 8 de Enero de 1858, que cuando lo mandó Cobos el 5 de Agosto de 1860 á cerrarnos la retirada para la Sierra; pero tanto como admiraba su valor se me había hecho odioso, porque en aquellos tiempos de poca tolerancia lo eran todos los enemigos que de alguna manera se distinguían.

"Por este motivo, y no obstante que personas de su familia me habían hablado para que me interesara yo con el Gobierno á efecto de que fuese admitido en nuestras filas, yo me había negado á hacerlo; pero un día, poco antes de que los franceses cerraran el sitio de Puebla, se me presentó diciéndome poco más ó menos: "He solicitado de usted varias veces que me ayudara á conseguir un lugar en las filas del ejército

mexicano con mi carácter de Teniente Coronel; usted se ha negado, ó no ha podido conseguirlo del gobierno. Ahora ya no hay tiempo de formular solicitudes, porque al enemigo no sólo lo tenemos dentro del país, sino muy próximo á atacar esta plaza; vengo á pedirle á usted otra cosa muy distinta: un lugar en sus filas y un fusil. Piense usted que como usted soy mexicano y sé morir por la patria."

"Le contesté que á hombre de sus antecedentes y que tan generosamente ofrecía sus servicios, no le podía poner en las manos un fusil; pero que tendría lugar á mi lado como un amigo y que pronto le facilitaría la ocasión de que se diera á conocer". . . . .

"En efecto, cuando los franceses aún estaban estrechando el diámetro de su línea de contravalación, propuse un día al general en jefe ir á batir un puesto un poco distante de sus vecinos y aún no comunicado con ellos, porque no había terraplenado ó colocado puentes en las barrancas que los separaban entre sí.

"Puse una compañía á las órdenes del Teniente Coronel Manuel González, la que maniobró también y con tanto éxito en su operación, que á mi regreso, cuando todo había concluido, el general en jefe me preguntó quién mandaba aquella compañía, y aproveché la ocasión para presentarle á González mandándole en seguida que se retirase. Referí al general en jefe la manera con que ese oficial se me había presentado, y entonces dió orden al Cuartel-Maestre que se hallaba presente para que González fuera dado á reconocer como Coronel. No sé si fué por equivocación ó porque el general en jefe quiso darle el ascenso. . . . Se le quiso hacer pasar al Estado Mayor del Cuartel-Maestre. . . . . Supliqué al general en jefe que González quedara á mi lado para emplearlo como oficial de filas."

Después de la narración interesante, de cómo se establecieron las relaciones de amistad íntima entre el General Díaz y Manuel González, relaciones que sólo terminaron hasta que González murió después de haber sido presidente de la República durante un



General Manuel Gonzalez.

período constitucional, el General Díaz continúa la descripción del sitio de Puebla del modo siguiente:

"Apenas concluído el ataque contra las posiciones del Coronel González, y sin que precediera fuego de cañón, se lanzaron dos pelotones de zuavos por la brecha mal cubierta del Cuartel de San Marcos, donde habían atacado la noche anterior; y dado que el paso por el zaguán era difícil y estaba defendido desde el patio, se aglomeraron en la tienda los zuavos. En esos momentos los soldados que la cuidaban, desde las perforaciones del techo lanzaron simultáneamente las cuarenta granadas de mano que con anterioridad estaban preparadas. Como la sucesión de detonaciones conmovió mucho la casa, los soldados mexicanos abandonaron sus puestos y se replegaron al corredor, porque creyeron que esa parte se iba á derrumbar. Al desaparecer los espesos nubarrones de polvo y humo levantados por la explosión de las granadas, se advirtió que los zuavos se habían retirado á sus posiciones dejando los muertos y heridos graves que no pudieron huir, y se limitaron á cañonearnos."

Después de este ataque no volvieron los franceses á intentar nada contra mi línea por todo el tiempo que duró el sitio, no obstante que repitieron muy serios ataques contra los Redientes de Morelos, el Fuerte de Ingenieros y Convento de Santa Inés, etc."

"El día 5 de Abril comenzó un fuego en brecha, procedente del lado de la manzana del Hospicio que ve al oriente sobre la manzana que defendía el General Ignacio de La Llave, en la calle de la Estampa de San Agustín. Familiarizados ya con el sistema de ataques de los franceses, comprendimos que una vez practicada la brecha, vendrían las columnas de asalto. Con este motivo nos preparamos á resistir."

"El General Berriozábal puso en la trinchera que ligaba á San Agustín con la manzana vecina hacia el oriente dos cañones para batir á metralla la calle que debía atravesar la columna que asaltaría las po-

siciones del General La Llave, y cubrió los balcones de una y otra acera con infantes."

"Yo corrí con un grupo de cabos y sargentos sobre las azoteas bajas barridas por los fuegos de los balcones del Hospicio, y fuí á caer á un punto de la última casa que hacía frente al Hospicio, dejando establecida al mismo tiempo una cuadrilla de zapadores que hicieron perforaciones que me abrieron una comunicación menos peligrosa."

"En la caída al patio de la casa de la esquina se me inutilizaron dos soldados; pero con los que quedaban disponibles, sostuvimos por las puertas de la tienda un fuego casi á quemarropa sobre la columna que atacaba al General Llave, la cual fué cortada por nuestros fuegos, á más de los que recibía de la trinchera y balcones de la calle de San Agustín."

"Cuando teníamos que hacer fuego en los combates de horadación, no acostumbraba yo cargar los fusiles con bala sino con cartuchos preparados con 20 pequeñas balas cada uno. Así se explica la eficacia de mis fuegos sobre la columna que atacó la posición del General Llave."



General Francisco P. Troncoso.

CAPITULO XIX.

Sitio de Puebla.

Durante todo el tiempo que duró el sitio de Puebla, el General Díaz se mantuvo siempre activo, y nunca le faltó una palabra de aliento para los soldados y oficiales que estaban bajo su mando. Su ascendiente sobre los sitiados era muy grande y su actividad atraía la atención de sus jefes superiores y era motivo de la admiración de todo el ejército. Los oficiales de ese tiempo que aún sobreviven, y que estuvieron en ese famoso sitio, todavía recuerdan lo mucho que llamaban la atención su laboriosidad é inteligencia militar, de las cuales dichos oficiales continuamente se ocupaban en sus conversaciones, siempre que lograban reunirse para platicar sobre los tópicos del día.

El General Francisco P. Troncoso dice lo siguiente en su "Diario del Sitio de Puebla," que fué escrito en la misma ciudad cuando los franceses cañoneaban sus fortificaciones, con fecha dos de Abril; esto es, el día siguiente de aquel en que Porfirio Díaz se hizo cargo de la línea de defensas del Oeste de la ciudad:

"El General Porfirio Díaz, que manda la Brigada de Oaxaca de la División de Berriozábal, es un jefe muy templado, de gran reputación y simpatía. En la acción de Pachuca se distinguió y se dió á conocer por los viejos soldados que estaban en México, pues fué muy alabado por el General Tapia, que mandaba en jefe. Se cuentan de él muchos actos de valor, tenacidad, resolución y astucia en los numerosos combates que ha tenido. Se dice que en Tehuantepec, Juchitán y otros diferentes puntos tuvo acciones que lo acreditan tanto, que se le tiene ahora como el primer soldado del Estado, donde ya es candidato para Gobernador, aunque él no quiere y se ha rehusado. Ha sido

herido varias veces, entre otras acciones, en Ixtapa y Oaxaca. En Jalatlaco llevó á cabo un movimiento audaz y oportuno, derrotando á Márquez; y esto me consta, porque yo estaba en Toluca y lo supe en el acto. Como es muy sabido, el 5 de Mayo se distinguió extraordinariamente como jefe de la derecha, rechazando y persiguiendo al regimiento de infantería de marina francés, y apoderándose de muchas de sus mochilas que dejaron en su retirada en la garita. En su brigada, que es de muy buenas tropas lo quieren y respetan; pero, ¿qué? si todo el mundo lo aprecia. Se ha dado á querer porque es muy dulce en su trato y muy accesible, bien que según dicen los oxacos, bajo su modestia y dulzura, se oculta una gran fuerza de voluntad y una energía formidable. Chucho Lalanne, que lo quiere y lo alaba siempre, dice que no hay duda que va á distinguirse en el sitio, asegurándonos á varios amigos, que pronto se colocará en primera línea entre los demás generales."

Desde el tres de Abril en adelante los franceses hicieron repetidos ataques sobre la ciudad, como ya hemos visto por la relación del mismo General Díaz, al principio especialmente por el lado del oeste; y parecía como si estuvieran resueltos á tomarla por asalto. Esta era la opinión general de los sitiados, quienes pensaban que Forey había decidido abrirse paso hasta la plaza central y ya allí dominar la situación. Pero se encontró con la más obstinada resistencia en todo el largo de la línea de defensa. Los muros eran derribados y las fortificaciones destruidas; pero interín otros muros habían sido fortificados, otras trincheras habían sido abiertas y otras murallas levantadas. A fuerza de cañonazos se abrían brecha en los macizos muros de los edificios y por ellas penetraban las compañías de franceses, sólo para ser rechazadas con grandes pérdidas; y antes que pudieran volver á la carga, las brechas habían sido tapiadas y atrincheradas por detrás.

No habían esperado los franceses tan obstinada resistencia, y Forey finalmente comprendió que oca-



General Ignacio Mejia

sionaría demasiadas pérdidas de vida el continuar las tácticas con que había abierto la campaña; y así determinó poner sitio formal á la plaza y rendirla por hambre; pues sabía que no tenía suficientes provisiones de boca ni municiones de guerra para resistir por mucho tiempo.

Pero continuó cañoneando la ciudad y aproximando sus trincheras cada vez más á los muros, y no pasaba un solo día sin que tuviera lugar una ó más escaramuzas. Con frecuencia éstas eran de carácter grave, con lo cual los sitiados se tenían que mantener constantemente sobre alerta. No había la menor duda de que Forey se proponía hacer la vida en la ciudad lo más insoportable posible; y efectivamente, muchas partes de ella quedaron pronto inhabitables á causa del cañoneo continuo.

La política del comandante en jefe francés tuvo su resultado natural. Las provisiones se hicieron cada día más escasas en la ciudad sitiada, la existencia de municiones de guerra iba tocando á su fin, y las epidemias producidas por la putrefacción de los cuerpos sin enterrar de hombres y animales que quedaban bajo las ruinas, asolaban á la ciudad terriblemente. Pero los sitiados rehusaban aún rendirse. Los oficiales se exponían en los lugares de mayor peligro heróicamente y los soldados peleaban con la mayor tenacidad; y como lo dijo un testigo presencial, sin que se oyera la menor murmuración. El siguiente relato de Troncoso muestra el espíritu que animaba á muchos de los defensores de Puebla:

"Hoy 3, al anochecer, se ha expuesto mucho el General Porfirio Díaz á ser muerto ó hecho prisionero. Es el caso, que se había hecho una nueva trinchera cerca de la esquina de la calle que mira á la del hospital. El General Díaz, que notó que no se hacía fuego de la manzana y que estaban sin cerrar ni cubrir algunas puertas, preguntó á Calderón, el comandante del 2° de Toluca, que ocupaba este lugar: "Desde qué hora no hace fuego el enemigo?"

"Mi General, desde la tarde, y aunque nada se vé

ni se escucha, estoy seguro que ocupan el interior de las mismas casas, donde se fortifican."

"Pues es necesario cerciorarse si están allí, pues esto nos interesa muchísimo."

"Mandaremos, si usted le parece, un oficial ó un sargento y algunos soldados," dijo Calderón.

"No" responde el general, "vamos usted y yo."

"Pero, mi General," le dice Calderón, "usted no debe ir, estoy seguro que no tiran por no llamar la atención, pero que allí están fortificándose; en todo caso iré yo."

"No, no," replica el General, "quiero verlo yo, vamos." Y diciendo y haciendo saltó ligeramente la trinchera y se dirigió violentamente á la puerta de un zaguán sin hojas, pues éstas habían sido despedazadas. Calderón lo siguió, llevando un subteniente y un sargento. El General Díaz penetró con éstos al zaguán; pero no había caminado cinco pasos en el interior, cuando le dispararon unos tiros á corta distancia. Todos retrocedieron violentamente. El General les dice: "No hay cuidado, está oscuro y no pueden vernos bien."

"Al volver á la trinchera le dice Calderón: "Ya ve usted, mi General, como están allí. Permítame usted que respetuosamente le haga notar que ha hecho usted muy mal en exponerse de esta manera."

"Creo que tiene usted razón," le responde riendo el General, dándole un golpecito en el hombro "pero me gusta ver con mis propios ojos las cosas que me interesan más bien que atenerme á los ajenos."

Dice el mismo Troncoso en su Diario del día 4 de Abril:

"Hoy ha sido día de tantas emociones como los días anteriores. Cañoneo y bombardeo de la iglesia de San Agustín y centro de la ciudad; incendio de dicha iglesia; segundo ataque de San Marcos, menos fuerte que el primero, pero bastante formal, estando allí mejor fortificados; segundo ataque de Judas Tadeo; amago al fuerte Zaragoza; cañonazos á

las torres de catedral, y cañoneo al Señor de los Trabajos y Santa Anita. Todo esto hemos gozado.

"Desde la tarde de ayer una batería de á 12 establecida á un lado de la Penitenciaría, y otra de á 4 frente á la Plezuela de San Agustín, tiraron unos cuantos cañonazos contra la espalda de este templo, que repasando en altura las casas que tienen detrás, podía ser perfectamente vista. Hoy cerca de las cinco de la mañana esos cañones rompieron un fuego muy vivo sobre el templo y la torre. Las granadas penetraron al primero, en el cual, además de una gran cantidad de cajas de municiones de infantería y de artillería se hallaban casullas y todo lo perteneciente al culto y además algunos muebles depositados, como pianos, sillas, etc. Desde luego se incendiaron éstos y los altares, produciendo una humareda tan espesa que no se veía á unos cuantos pasos.

"Los Generales Berriozábal y Díaz, con las tropas de reserva que estaban á la mano (Toluca y Oaxaca), lo primero que hicieron fué que se sacaran las municiones. Esta operación difícil y riesgosa, pues además del incendio y del humo, las granadas enemigas no cesaban de caer y reventar en la nave del templo, se llevó á cabo felizmente, no sin sufrir pérdida de algunos soldados que fueron heridos por los cascos de las granadas. Todo el mundo, jefes, oficiales y tropa, cargábamos con las cajas que se sacaban de la puerta de la calle y por la comunicación con el convento. Hasta el mismo General Díaz, que es muy fuerte, ayudaba la operación."

Ya á mediados de Abril, los generales del ejército mexicano en Puebla estaban divididos en sus opiniones acerca del camino que había que seguir. Algunos de ellos creían que sería mejor abandonar la ciudad, abriéndose paso á través de las líneas francesas y marchar hacia la capital; mientras que otros eran de opinión que era mejor permanecer dentro de la ciudad situada y defenderla hasta el final. Estos últimos creían que el ejército mexicano no estaba suficientmente bien equipado con municiones de guerra

de naturaleza transportable para dar batalla á los franceses; y también creían que muchos de los soldados, después de su terrible experiencia dentro de los muros de Puebla, huirían á los montes, y que las fuerzas efectivas que llegarían á la capital no serían suficientes para ofrecer frente de batalla á los franceses, quienes envanecidos con lo que ellos considerarían como una victoria, se trataría de aprovechar de las ventajas, y destruirían, con toda probabilidad, la última esperanza de la República de poder ofrecer resistencia inmediata y sin descanso al imperio.

El General Troncoso, íntimo amigo del General Felipe Berriozábal, registra en su Diario del Sitio de Puebla, bajo fecha 3 de Mayo, la siguiente conversación que asegura tuvo ese día con el mencionado jefe. Es de especial interés, pues muestra las diferentes actitudes de los varios jefes militares del ejército, referente á la utilidad y conveniencia que pudiera haber de seguir sosteniendo el sitio. Dice así:

"Dijo el General Berriozábal: "Había varias opiniones entre los generales partidarios de la salida, pero la que probablemente se hubiera llevado á cabo era la siguiente: Se formarían dos columnas de cinco mil hombres ó más cada una. La primera efectuaría su salida por el Norte, frente á Loreto, siguiendo el camino para el rumbo de San Pablo; la segunda saldría frente al fuerte de Ingenieros para marchar á Atlixco, etc. Por supuesto que se llamaría la atención del enemigo por varios puntos. En la plaza se ocuparían las líneas con el número estrictamente necesario de tropa, para no ser forzadas fácilmente, conservar la plaza lo más posible y poder dar tiempo á una capitulación. Como en aquel tiempo, no estaban aún bien fortificadas esas líneas francesas, que ocupaban más de dos leguas de extensión, su forzamiento era fácil, seguro y violento, pues ya se vió con qué facilidad pasó la caballería, y aún suponiendo que tuvieran fuertes bajas, las columnas pasarían. Una vez nuestras tropas fuera de la línea francesa, podría optarse por dos proyectos. El pri-



Mestiza de Puebla.

mero era de marchar ambas columnas para México, donde llegarían al menos con 8,000 hombres que se triplicarían prontamente.

Comonfort, que ayudaría en la salida, y que tenía unos 5,000 hombres, se retiraría á México y al interior, donde, con las tropas que existen y las que se mandarían formar y concentrar, se tendrían al menos otros 5,000. Figúrese usted qué entusiasmo en la capital y en toda la República al saber la rotura del sitio y que en México y cerca de él existían 40,000 soldados. Los franceses llegarían á sitiar á México con 25,000 hombres á lo más, pues tendrían que dejar guarnición en Puebla, establecer la línea entre ésta y México, etc. ¡Quién sabe si no podrían pasar de Puebla!

"En México, que está bien fortificado y municionado de todo, podríamos dejar 20,000 hombres de las tropas más novicias que resistirían más de cuatro meses. Los 25 ó 35,000 restantes estarían de observación para aprovechar una oportunidad, cortar los víveres y convoyes al sitiador y en espera de las tropas de todo el país, que marcharían á unírsenos durante esos cuatro meses, tiempo más que suficiente para efectuarlo.

"El segundo proyecto (por sentado que sí lo admitía el Ministerio de Guerra) consistía en que sólo marchase á México la columna que salía por Ingenieros, haciendo que la de San Pablo, á la que unirían 2 ó 3,000 caballos y todas las fuerzas de Puebla, Veracruz y Oaxaca, marcharse á la línea enemiga de comunicaciones, de Puebla á Veracruz, para que dividiéndose en varias columnas interceptaran constantemente dicha línea. Entonces los franceses tendrían que distraer 3 ó 4,000 hombres más para cuidar esas comunicaciones que podrían cerrárseles, tal vez por completo, y no podrían llegar sobre México ni con 25,000 hombres, y eso perdiendo al menos veinte días ó más mientras establecían sus fuerzas entre Puebla y Veracruz. Consideraba yo, me dijo, de tal importancia y de tan decisivos resultados la rotura

del sitio, que he llegado á pedirla hasta con terquedad y tal vez con impertinencia, y los Generales Díaz, La Llave y otros han sido de mi opinión en todo, apoyando y extendiéndose sobre lo que yo decía y creía bueno, pues de esto hablamos largamente antes de proponerlo.

"El General González Ortega, que se opuso terminantemente al principio, llegó casi á decidirse por la salida; pero, como consultó á México, porque para un movimiento semejante no tenía facultades, allí se negaron rotundamente á la salida, pues no comprendieron su grandísima importancia."

Ya á principios de Abril los malos olores producidos por la putrefacción de los cuerpos abandonados en las trincheras, eran casi insoportables, especialmente en la parte de la ciudad defendida por el General Díaz, que era la que estaba más expuesta á los fuegos del enemigo. Centenares de franceses yacían muertos en las calles, donde era imposible removerlos; y la pestilencia que de allí emanaba era llevada por el viento á los cuarteles de los sitiados, llevando consigo enfermedades que amenazaban convertirse en epidemias. Los cadáveres expuestos eran prontamente desorganizados por el calor tropical y la lluvia. Gatos, ratas y perros, tan hambrientos como los habitantes de la ciudad, que no tenían desperdicios que arrojarles, devoraban con la mayor voracidad los cuerpos descompuestos. Tanto los soldados mexicanos como los franceses, hacían fuego sobre éstos animales, matándolos por centenares, y así se contribuía á aumentar la fuente del hedor fétido que infiltraba el aire del distrito bombardeado y que de allí se extendía á toda la ciudad.

A mediados del mes las provisiones comenzaron á escasear, y los oficiales comenzaron á buscar por toda la ciudad los depósitos ocultos de alimentos, de los cuales, de tiempo en tiempo, se encontraban algunos, aunque ninguno de estos hallazgos era de suficiente importancia para alterar la triste realidad, de que la guarnición tendría que perecer de hambre



General Ignacio Comonfort.

después de pasado otro mes, á menos que vinieran auxilios de fuera. Por lo que los sitiados ponían todas sus esperanzas en las fuerzas de Comonfort, las cuales se sabía estaban cerca de la población y se esperaba que este jefe intentaría romper el bloqueo y traer ayuda á la ciudad amenazada de hambre. Pero Comonfort no era suficiente fuerte para poder batir á los franceses ó para llamarles gran cosa la atención, y todas las intentonas que se hicieron para introducir provisiones y municiones de guerra á Puebla, fueron frustradas por la vigilancia de los sitiadores.

Si sufría el ejército debido á la escasez y excesiva mala calidad de los alimentos, las mujeres, los niños, los ancianos y los inválidos, que formaban la mayor parte de la población, sufrían aún más cuando comenzaron á escasear las provisiones; pues el comandante en jefe, que á duras penas y con raciones reducidas apenas lograba mantener los hombres que peleaban, no se podía esperar que se ocupara de atender las demás necesidades de la población.

CAPITULO XX.

Sitio de Puebla.

Hacia fines del mes de Abril el hambre había comenzado á sentar sus reales entre los sitiados, y hasta los mismos oficiales se habían tenido que poner á media ración. Se dieron órdenes de matar cierto número de caballos y mulas del ejército todos los días para evitar que perecieran de hambre los soldados. Los oficiales se vieron también obligados á participar de la misma alimentación. Pero con todo esto, no se veían señas de rendición en la ciudad sitiada, aunque todo el ejército se había puesto ya á media ración, y el departamento de guerra había dado órdenes de que en ningún caso se hiciera fuego á los sitiadores excepto cuando ellos atacaran; pues el parque era ya tan escaso que se hacía indispensable ir economizando el que quedaba, para estar listos á resistir cualquier intentona de asalto de parte de los franceses; cosa que podía suceder cualquier momento, pues no se podía esperar que éstos ignoraran la condición tan deplorable en que estaban los sitiados.

El General Francisco Paz, comandante de la artillería, había establecido una factoria de pólvora dentro de la ciudad, pero ésta vino á ser inútil en poco tiempo, por la sencilla razón de que los ingredientes para la fabricación se agotaron y no había medio de obtenerlos.

Para fines de Abril los franceses habían llevado ya sus trincheras muy cerca de la ciudad y se habían posesionado de varios edificios dentro de la misma población, y así, con frecuencia solo el ancho de una calle separaba los soldados de los ejércitos contendientes. La pestilencia de los cadáveres en descomposición vino á ser tan intolerable que finalmente el 28 de Abril se convino en suspender las hostilidades por tres horas, que comenzarían á contarse á las diez de



General Francisco Paz.

la mañana, para recoger los muertos. Un testigo presencial de lo que sucedió durante esas tres horas de tregua, describe así la escena:

"Los muertos de ambas partes yacían en montones todo á lo largo de nuestro frente, desde El Carmen hasta Santa Inés y Los Loros; y estaban en tal estado de descomposición que nos veíamos obligados á levantarlos con azadas y llevarlos sobre tablas. Fuimos saludados de la manera más cortés por los franceses y nosotros correspondimos sus saludos, y lado á lado trabajamos durante las tres horas señaladas para la desinfección de esta parte de la ciudad; y trabajamos duro. El hedor era algo terrible, y sólo aquel que lo ha experimentado puede formarse una idea de semejante peste. Tan intenso era que muchos comenzamos á ponernos mal del estómago y buen número de soldados no resistieron y se vieron obligados á abandonar el trabajo. Había mucho qué hacer y el tiempo de que se disponía era corto, y así, todos hicieron los mayores esfuerzos para que ese foco de putrefacción que amenazaba á la ciudad con toda clase de pestes pudiera ser removido; y de tal modo nos afanamos en el trabajo, que cuando sonaron las trompetas anunciando el fin de la tregua, todos los muertos que no estaban enterrados bajo los escombros de las ruinas, habían sido removidos y el horrible hedor que se había cernido sobre la ciudad durante muchos días, como plaga amenazadora, se había levantado como si fuera una inmensa tienda de campaña y se había desvanecido en la atmósfera purificante de los cielos, permitiéndonos una vez más, respirar libremente y sin el temor constante de contaminación."

Por tres horas habían cesado los horrores de la guerra en la ciudad bloqueada, y franceses y mexicanos, austriacos y alemanes, egipcios y turcos, la reunión más cosmopolita de hombres, habían trabajado lado á lado para enterrar á los muertos, entre los cuales había de muchas nacionalidades. Pero re-

pentinamente sonó el clarín de la guerra anunciando la reasunción de las hostilidades; y esos mismos hombres que habían estado trabajando juntos como amigos, cumpliendo con las obligaciones impuestas por igual á cristianos, mahometanos y paganos, la de enterrar á los muertos, dejaron el trabajo que los había ocupado y se lanzaron cada cual á sus filas, y comenzaron una vez más los horrores del sitio con sus constantes ataques, su continuo cañoneo y sus partidas de asalto.

Los franceses continuaron investiendo la ciudad predestinada cada vez más de cerca; y toda esperanza de recibir auxilio de fuera había sido abandonada por todos, á excepción de unos pocos ilusos. Y todavía la ciudad, aún en medio de estos horrores, mostraba ocasionalmente semblante risueño; pues el soldado mexicano es más ó menos fatalista, y siente cierta indiferencia estóica por el sufrimiento cuando las cosas parecen haber llegado al peor estado; estóica indiferencia que indudablemente heredaron de sus antecesores indios. Y así, la vida de la ciudad continuaba más ó menos su curso regular, sin las grandes demostraciones de sufrimiento que se han manifestado en los sitios de muchas de las grandes ciudades de Europa. En Puebla se vió de nuevo la misma capacidad para el sufrimiento pasivo que distinguió los últimos días de la antigua Tenochtitlán, cuando ésta soportó sin quejarse ni esperanzas de escapar, el despiadado y casi continuo bombardeo de los cañones del conquistador Cortés.

Los oficiales iban y venían entre sus hombres, animándolos á continuar la resistencia y exhortándolos á que mostraran con su valor ser leales soldados de la República. Entre estos oficiales uno de los más activos era el General Díaz, quien parecía estar por todos lados y saber todo lo que pasaba dentro de sus líneas. Con fecha 29 de Abril relata Troncoso lo siguiente, que es un bosquejo de lo más interesante sobre el futuro comandante en jefe del ejército mexicano.



Los exploradores mexicanos hacen prisionero á un jefe francés.

"Los franceses porfían aún con sus trabajos de minas en Pitiminí y la Obligación. En esta última, partiendo de nuestra manzana de San Agustín, ejecuta desde ayer el General Díaz varias galerías de minas; unas á lo largo de la pared que dá para la calle, y otras en dirección del centro de ésta. Me manda llamar á las doce del día y lo encuentro en un ramal.

"Ya ve usted, me dijo, que también nosotros somos ingenieros y sabemos hacer minas."

"Ya lo veo, mi general, le respondí, y la verdad es que están bien hechas."

"Pues necesito que me diga usted de dónde ha tomado madera para sostener las tierras de las galerías que ha hecho usted en Pitiminí; si tiene usted, mándeme una buena cantidad."

"Mi general, madera tenemos de sobra, pues sostenemos las tierras con puertas que tomamos de las casas, y esas puertas, arreglándolas, las recibimos con puntales hechos con los marcos de las mismas."

"Magnífico, dijo riéndose; puedo disponer de algunas docenas, pero envíeme usted un par de cerrotes. Venga usted á ver mis trabajos y á escuchar los del enemigo."

En efecto, caminamos á gatas algunos metros, después otros en la dirección del centro de la calle y percibimos perfectamente el trabajo que hacía el enemigo. Un soldado minador nuestro hizo ruido con la pala.

"Nos van á sentir por causa de este hombre, dijo el general; vámonos;" y recomendó el mayor silencio en el trabajo. Salimos de los ramales, y me contó que los iba á llevar hasta debajo de las casas del frente."

El trabajo de construir fortificaciones, de reparar las que eran destruidas por el enemigo día tras día y de arreglar minas para interceptar los ataques de los sitiadores, prosiguió activamente dentro de la ciudad; y uno de los caracteres más infatigables en esta campaña activa de protección y resistencia era el General Díaz. Pero todos estos esfuerzos eran de

poca utilidad, debido á la escasez de municiones y de materiales para manufacturarlas. Para el 4 de Mayo la factoría de pólvora y balas establecida por el General Paz había casi cesado de trabajar, pues la provisión de salitre y plomo se había agotado. Pero los que estaban colocando minas en el camino del enemigo ignoraban cuán desesperada se había puesto la situación. Por varios días se habían estado preparando para celebrar el 5 de Mayo, aniversario de la famosa derrota de los franceses frente á los muros de la ciudad el año anterior. Tenían la intención de celebrar el día haciendo una viva demostración de desafío contra los invasores; pero cuando se dirigieron al General Paz para obtener el parque que necesitaban para la demostración, informó éste á los generales Hernández y Troncoso, que no era posible dar ni siquiera una libra de pólvora para el objeto; pues la provisión era ya tan reducida, que era absolutamente necesario reservar lo que quedaba para resistir los ataques que se hicieran contra la ciudad. Indicó que no estaba ni aún en capacidad de poder proporcionar carga suficiente para las minas, que habían ocupado tanto tiempo y energía.

Durante muchos días los franceses habían continuado bombardeando las posiciones de la artillería; y ya cierto número de cañones habían sido desmontados é inutilizados de algún otro modo, y los artilleros habían sido tan diezmados que era necesario poner hombres poco experimentados y de otras armas del ejército, para llenar el lugar de los que habían sido muertos ó inhabilitados por accidentes de la guerra ó las enfermedades que habían ya comenzado á azotar duramente la ciudad. Un testigo del sitio dice, refiriéndose á la artillería:

"Recorrí todo el fuerte, y por todos lados ví evidencias de lo desesperado de la situación. Los cañones de los franceses habían hecho terribles estragos por donde quiera. En muchos lugares los muros de la fortaleza habían sido destruídos y reparados infinidad de veces. Los muertos yacían por



Estatua de Cuauhtemoc, México, D. F.

todos lados, y como les era imposible enterrarlos, los cadáveres habían sido arrojados fuera de los muros, para evitar, hasta cierto grado, el gran peligro de una epidemia que ya había amenazado esa parte de la ciudad desde hacía días. Como se mantenían los hombres ahí, era un misterio; pues el trabajo de reparar las fortificaciones y las trincheras aparentemente no cesaba un solo momento; y todos los días los cañones del enemigo retumbaban sobre este heróico barrio de la ciudad.

"La infantería y toda la demás gente, excepto los artilleros, se habían refugiado en las trincheras, donde se veían obligados á permanecer todo el tiempo que duraba el cañoneo; y de allí, tan luego como se callaban los cañones del enemigo, salían á reparar, con inmenso trabajo, los muros desportillados ó derruídos, ó á resistir alguna embestida del enemigo que procuraba siempre aprovecharse de los estragos causados por los cañones en los muros de la fortaleza.

"A mí el lugar me pareció una gran ruina de muros derruídos, cañones desmontados é inútiles y edificios arruinados. Pero los hombres trabajaban obstinadamente, á pesar de que toda esperanza de éxito había sido enteramente perdida. Sus caras emaciadas y embadurnadas y su desastrada condición, indicaban del modo más gráfico la intensidad de la lucha. Pero por donde quiera estaba en evidencia el carácter estóico del indio, y ni una sola vez oí el menor murmullo de descontento, ni de parte de los soldados ni de los oficiales, aunque estaban todos á media ración y el alimento era de la peor calidad. La enfermedad había también hecho presa en algunos de los soldados y el hedor de los cadáveres en descomposición que estaban fuera de la fortaleza, era casi insoportable."

"Era el 5 de Mayo, el aniversario del día glorioso en que habíamos derrotado tan señaladamente á los franceses un año antes. Los cañones del enemigo guardaban silencio, y la quietud parecía ultra-

terrena después del casi continuo retumbar de la artillería que había sonado en nuestros oídos durante tantos días. La única queja que oí de parte de los soldados fué de que no hubiera parque para bombardear á los franceses todo el día, como un recuerdo de su derrota de hacía un año."

"Ya la ciudad sitiada había llegado al extremo en que le era imposible contestar de un modo adecuado al cañoneo del enemigo; pues el parque tenía que ser reservado para los fusiles, que se tendrían que usar en caso de un asalto. Los cañones consumían demasiada pólvora y de consiguiente se evitó todo lo posible su uso. Desde este día en adelante la ciudad se mantuvo estrictamente á la defensiva."

"Pero quedaba todavía una pequeña esperanza; pues se creía aún, en ciertos círculos, que le sería posible á Comonfort el introducir provisiones y material de guerra á la ciudad; y se sabía que el gobierno estaba haciendo todo lo posible para enviar auxilios á los sitiados."

Esta última esperanza tuvo, sin embargo, que ser muy luego abandonada; pues Comonfort, comandante en jefe del ejército del centro, fué completamente derrotado en San Lorenzo el 8 de Mayo, y sus fuerzas fueron enteramente dispersadas. Y así desapareció la última probabilidad de socorro para la ciudad sitiada.

Pero algún tiempo antes de esto, Forey había comprendido que sería una empresa demasiado costosa el intentar apoderarse de Puebla por asalto, y así se había decidido á reducir á la ciudad por hambre. Continuamente iba acercando sus líneas de ataque á la ciudad y día tras día la bombardeaba; no dejando pasar uno solo sin hacer algún ataque, y ésto, más con el objeto de cansar á los defensores, que con la intención de capturar ni aún parte de ella por asalto. El plan del comandante francés produjo su resultado natural. Gradualmente los defensores se fueron agotando por el hambre, la fatiga y el desvelo. Pero ma-

la como era la situación, no era insostenible, siempre que hubiera la menor esperanza y hubiera, aunque fuese la más remota posibilidad de la introducción de víveres y materiales de guerra á la población. Aún el mismo General Paz, que tenía á su cargo la factoría de pólvora, y que, por consiguiente, sabía lo desesperado de la situación mejor que ningún otro, á excepción del mismo comandante en jefe, todavía en los primeros días del mes de Mayo animaba á los oficiales y á los soldados con la expectativa de una provisión de municiones de guerra, en momentos en que ya el ejército había sido puesto á media ración y no había suficiente pólvora para permitir á los sitiados el tomar la ofensiva contra los franceses. Indudablemente esperaba que Comonfort lograra romper el bloqueo. Pero la derrota de este último descorazonó enteramente al ejército mexicano enjaulado dentro de los muros de Puebla, presa de la peste y agobiado por el hambre é imposibilitado de atacar al enemigo.

Aunque la batalla de San Lorenzo tuvo lugar el 8 de Mayo, no fué sino hasta la noche del día siguiente cuando las noticias definitivas del desastre llegaron á los sitiados. Sin embargo, desde más temprano del día los franceses habían comenzado á hacer llegar desagradables nuevas acerca de su victoria, á las fortificaciones donde estaba la artillería. He aquí la descripción del General Troncoso de las primeras sospechas que tuvieron de la derrota del ejército del centro al mando de Comonfort, relato escrito en la ciudad de Puebla el día siguiente de la batalla de San Lorenzo:

"Muchos proyectiles enemigos no reventaban, y ésto llamó la atención. El Capitán Matus me presentó una granada de cañón rayado, que en el acto conocí que era americana, llamada la turbina. Esto me sorprendió, pues los franceses no tenían piezas americanas, y sí el General Comonfort. Si las granadas no reventaban era, porque siendo de percusión las espoletas, y muy riesgosas por ser muy sensibles, se

les quitaban para el camino, supliéndolas con un tapón de madera, y se les volvían á poner cuando se cargaba el cañón. Tal vez los franceses ignoraban esto y no habían quitado los tapones. En el acto mandé un oficial al General Paz, enviándole una granada y llamándole la atención en lo que acabo de decir. Yo me preguntaba, ¿cómo era que estuviesen en poder de los franceses esas granadas y, por consiguiente los cañones con que las tiraban? ¿Habrían comprado artillería en los Estados Unidos? ¡Imposible! Ni los americanos se la venderían, ni ellos la necesitaban. ¿Y lo de los tapones, especialmente puestos por nosotros? Pues entonces decididamente las granadas eran las de la artillería del General Comonfort. Le dije lo que pensaba al Coronel José Juan García, quien convino con mis sospechas, que por desgracia se confirmaron en la misma noche.

"Los Generales Paz y García fueron al fuerte y vieron las granadas recogidas. Yo les expresé lo que pensaba, y ésto, que también lo habían pensado ellos, los tenía muy alarmados. En el acto fueron á ver el general en jefe.

"A las ocho y media de la noche supimos que el General Forey había enviado al General González Ortega, en la tarde, unos prisioneros hechos al General Comonfort en San Lorenzo, donde lo habían derrotado. Esta clase de noticias corren, como por electricidad, y todo el mundo sabía este descalabro á las diez de la noche. La noticia causó profunda pena, pues además de que se unía á la falta de víveres y municiones, eran fuerzas nuestras las derrotadas, y no estamos sobrados de tropas. No hay duda que en el cañoneo de hoy sobre Ingenieros, nos despacharon todos los proyectiles quitados al General Comonfort."

Aprovechando la oportunidad que presentó la devolución de algunos prisioneros que se debían á la guarnición de Puebla en virtud del cange que antes se había pactado, el General Forey dió á los sitiados la siguiente noticia de su triunfo en San Lorenzo:



General Eutimio Pinzón.

"Cuerpo expedicionario de México.—Gabinete del General en Jefe.—En el campo delante de Puebla, á 9 de Mayo de 1863.—Señor General en Jefe. La fortuna de las armas nos ha concedido ayer un triunfo importante sobre las tropas del señor General Comonfort, dejando en nuestro poder un millar de prisioneros entre los cuales se encuentran 56 oficiales de todos grados. Me apresuro á remitiros los siete prisioneros que os debía, y los mando por la parte en que se presentó ayer el parlamentario que me trajo el pliego de V. E. Habéis elegido este punto, que supongo que os conviene más que cualquier otro, y mientras no me indiquéis lo contrario, por él será por el que tendrán lugar nuestras comunicaciones cuando sea necesario.

"Con el fin de que V. E. no sea engañado (sobre el resultado del combate que tuvo lugar ayer en San Lorenzo) por los diarios de vuestro país que disfrazan la verdad de la manera más escandalosa, tengo el honor de informaros, que independientemente de los mil prisioneros que hemos hecho, han sido muertos ó heridos otros mil.

"Han caído también en nuestro poder ocho piezas de artillería, de las cuales cinco son rayadas, tres banderas, once banderolas de guías, veinte carros cargados, cuatrocientas mulas, carneros y armas. El enemigo ha sido perseguido por larga distancia y derrotado completamente por la caballería.

"Tal es la verdad exacta del hecho de armas que no os refiero, sino porque tengo la esperanza de que contribuirá á abrir los ojos á los ciegos que se niegan á creer las leales intenciones de la Francia, que no quiere más que concurrir con los hombres sensatos de México á establecer el orden con la libertad en este desgraciado país, que arruina y desola la guerra civil! Quiera el cielo, para el porvenir de México, que mis esperanzas no salgan fallidas!

"Recibid, señor General en Jefe, las seguridades de mi alta consideración. El General en Jefe del cuer-

po expedicionario de México.—Forey.–A S. E. el General Ortega, jefe del ejército de Oriente, Puebla.

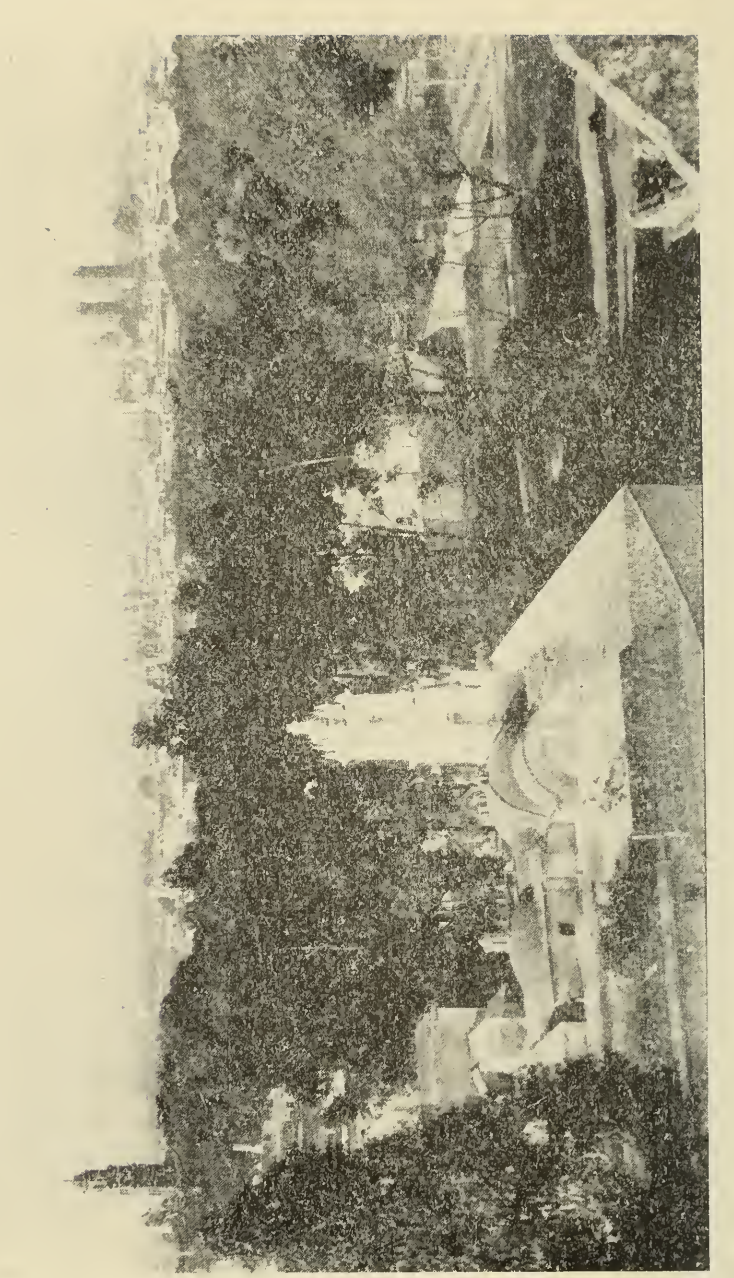
El General Ortega dió la siguiente respuesta:

"Cuerpo de Ejército de Oriente.—General en Jefe.—Zaragoza, Mayo 13 de 1863.—Señor General en Jefe: Tengo la honra de acusar recibo á V. E. de su comunicación de 9 del corriente, con la que me fueron entregados los siete prisioneros que faltaban para el completo del cange, verificado en virtud de la convención del día 4 de este mes, y además quince soldados heridos que pertenecen al ejército que mando, y que se hallaban en estado de convalecencia.

"Doy á V. E. las gracias por el aviso que se sirvió darme relativo al combate que tuvo lugar en San Lorenzo el día 8 del corriente, y en el que la fortuna fué adversa á las armas de mi patria.

"Buenas y laudables, señor General, serán las intenciones de V. E. y de la Francia respecto de México; pero, á mi vez, yo también me permito decir á V. E., consultando sólo de una manera fría y glacial la verdad y haciendo á un lado las afecciones, los sentimientos y el amor propio que tengo como mexicano, que la nación toda, en cuyo suelo nací, pasará por todo, absolutamente por todo, y sostendrá la guerra de una manera indefinida, ya sea de un modo regular ó irregular, menos por perder su independencia ó mancillar su honor, y esto último es nada menos lo que importa el que México admitiera la intervención extranjera en los negocios de su política interior.

"Veo en la comunicación de V. E. un lenguaje franco, y por lo mismo, usando yo del propio idioma, tengo la honra de manifestarle, manifestación que verá V. E. cumplida en un tiempo no lejano, que toda la sangre francesa y mexicana que se ha derramado y siga derramándose en lo sucesivo, será infructuosa al objeto que se ha propuesto conseguir la Francia, pues sea cual fuera el poder de esa grande y culta nación, no es tanto que pueda sobreponerse á la opinión de un pueblo que ha protestado con su sangre ser independiente y libre.—Otega."



Vista Panorámica de Puebla.

CAPITULO XXI.

Sitio de Puebla.

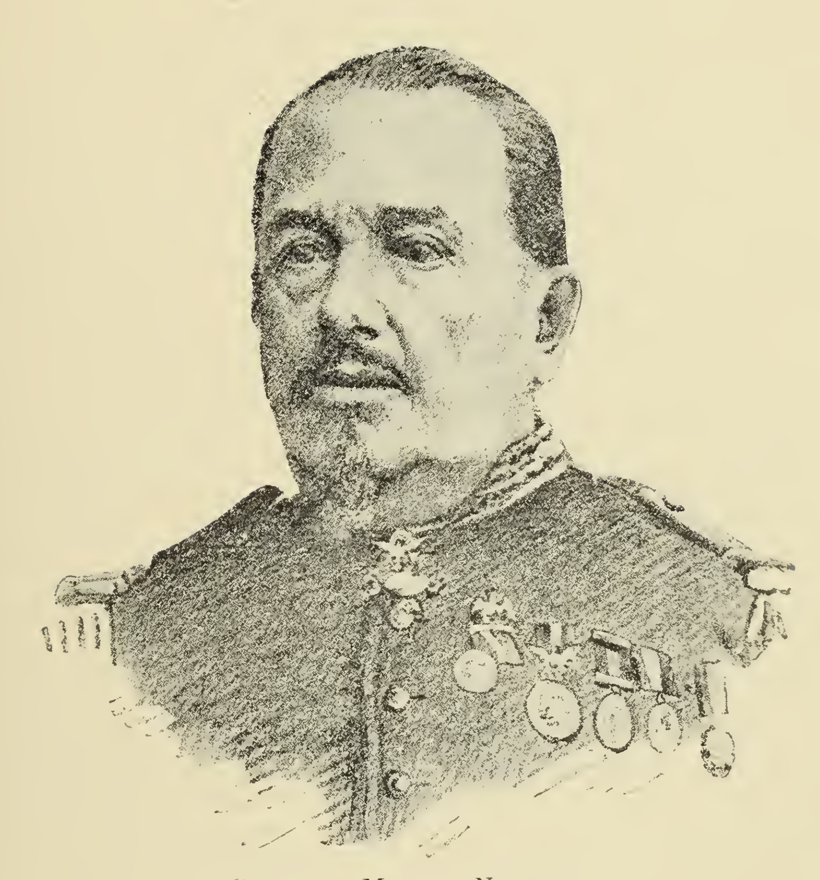
Día tras día los habitantes de la ciudad sitiada, amenazados ya muy de cerca por el hambre, podían ver los convoyes cargados de municiones de guerra y víveres descender por los montes del lado este, cerca del pueblo de Totimehuacan y pasar hacia el oeste al monte de San Juan. Estaban fuera del alcance de sus cañones, para el caso que hubieran tenido suficiente pólvora que desperdiciar en ellos. Ojos hambrientos miraban hacia ese rumbo y las imaginaciones se pintaban á Comonfort, abriéndose paso para lograr la introducción de iguales provisiones á Puebla. Pero Comonfort nunca llegó. Y entre tanto los oficiales mexicanos contaban el convoy francés. Constaba de noventa y cuatro carros. Y algunos de los oficiales pensaban, porqué la ciudad de Zaragoza no había sido llenada con toda clase de provisiones de guerra, durante los diez meses que habían transcurrido desde la batalla del Cinco de Mayo hasta la vuelta de los franceses á poner sitio á Puebla por segunda vez!

Cuando se acercaba el final del sitio, se vieron llegar más convoyes con víveres y municiones al campamento de los franceses. Algunos llegaban al valle por el mismo camino que los anteriores, mientras que otros llegaban por el camino del monte de Tepozuchil, y otros aún, por el viejo camino de Puebla que pasa por el monte de Amalucan.

Tan numerosos habían sido los carros que habían llegado al campamento francés, que ya habían los sitiados perdido la cuenta de ellos. Pero los hombres que hacían la guardia continuaban contemplándolos y las conversaciones en la ciudad, especialmente entre los soldados, giraba sobre los preparativos que estaban haciendo los franceses para rendir la pla-

za por hambre. Y la medio hambrienta guarnición entraba en gran inquietud; pues todos habían comprendido que la situación era insostenible, y que la rendición debía de venir tarde ó temprano; pues poco á poco se había ido sabiendo la magnitud de la derrota de Comonfort; y aunque los últimos informes mostraban que no había sido hasta el extremo en que la representaba el comandante francés, sin embargo, era evidente que ningún auxilio podía ya esperarse de fuera; pues el mismo Comonfort había quedado reducido á una situación poco menos que la de fugitivo.

Este desasociego en el ejército no era sino el reflejo de la inquietud que prevalecía por toda la ciudad. El ambiente estaba lleno de noticias de toda naturaleza, y cada movimiento de las tropas era vigilado con el mayor interés y comentado de cien distintos modos. Fué esparcido el rumor de que no había pólvora en los almacenes del ejército, y que sabiendo esto los franceses, habían decidido asaltar la indefensa ciudad y poner á degüello á todos los habitantes: soldados y civiles, mujeres y niños. Había algunos que abogaban porque se intentara romper las líneas francesas y escapar al peligro que los amenazaba. Aún entre los oficiales había algunos que eran de esta opinión, no por el temor que llenaba la mente del populacho, sino como el mejor medio de salvar el honor nacional. Pero prevalecieron las opiniones más prudentes. Se hizo observar que los franceses habían dispuesto de dos meses para arreglar sus fortificaciones y trincheras, y que tenían la ciudad tan completamente en su poder, como si estuvieran ya en el centro mismo de ella. Además, la mayor parte de los animales que debían de haber servido para arrastrar los cañones y demás carros de guerra, habían sido ó beneficiados para el consumo ó matados por las balas del enemigo, ó muertos por enfermedades, y los pocos que quedaban estaban tan débiles que eran del todo inútiles. Los soldados también estaban demasiado fatigados con los penosos trabajos de tan largo



General Miguel Negrete.

sitio: debilitados ya por heridas, enfermedades, alimentación insuficiente y continuos desvelos por que habían pasado. Era imposible abandonar la ciudad llevándose á las mujeres y á los niños, los enfermos y los inválidos; y era también imposible dejarlos detrás. Pero sobre todo, el romper las líneas francesas significaba una batalla terrible, y aún en el caso que el ejército mexicano hubiera estado en condiciones para emprender con esperanzas de éxito semejante empresa, no quedaba ya suficiente pólvora en los almacenes para sostener un combate de una hora de duración.

Una semana antes del último día del sitio, la escasez de alimento había comenzado á hacerse sentir de tal modo entre los no-combatientes, que un grito general se oía por toda la ciudad pidiendo víveres. Las panaderías y otros centros de distribución se mantenían constantemente sitiados por masas de gente hambrienta, cuyas necesidades era imposible satisfacer y casi ni aún aliviar. Por fin, las mujeres y los niños y algunos ancianos incapaces, determinaron salir de la ciudad; y con este objeto se reunieron todos entre las doce del día y las tres de la tarde del día 12 de Mayo en el campo de Chalchalaca, detrás de los molinos del Carmen, al sur de la ciudad; y después de haber discutido la cuestión de abandonar la misma á las tres de la tarde se pusieron en camino hacia el campo enemigo, enarbolando en palos lienzos blancos que al efecto habían traído consigo. He aquí cómo describe un testigo presencial la escena que siguió:

"He presenciado hoy una escena muy penosa, que no sé cómo ha permitido el cuartel general que se prolongue por tanto tiempo. Es el caso que multitud de mujeres y niños de la población con algunos hombres conducidos por no sé quiénes (aunque algunos dicen por los sacerdotes), y llevando banderas blancas, han tratado de salir pasando por las líneas enemigas del Sur, huyendo del hambre.

"Luego que los franceses vieron esa masa que se

les acercaba, rompieron el fuego sobre ella, que retrocedió espantada y en el mayor desórden, dejando mucha gente por tierra, no creo que herida, pues se levantó pronto. Corrieron hasta el llano; allí se reunieron de nuevo y volvieron á emprender su salida. El enemigo les tiraba cañonazos, pero como no se veía que las granadas reventaran entre aquella gente, es creíble que tiraban con sólo pólvora ó elevaban sus punterías.

"La porfía de tanta desgraciada gente se repitió una tercera vez y ha durado más de dos horas.

"Convencidas de que no podían salir, han vuelto á la ciudad á las cinco y media, recorriendo una parte de las calles del centro y oriente en grupos más ó menos numerosos, gritando, llorando y pidiendo qué comer, y se cuenta que un grupo fué á ver al General en Jefe ¡Pobrecitas! ¿Por qué no se salieron antes de comenzar el sitio, cuando el General en Jefe mandó salir á las bocas inútiles? No hay duda que se parte el corazón al ver tanto sufrimiento, pero ellas, ó más bien, sus hombres, tienen la culpa, y los franceses hacen bien en no dejarles salir."

El día 15 de Mayo, el General Ortega, comandante de las fuerzas en Puebla, reunió en consejo á los oficiales superiores para discutir la situación. Estuvieron presentes los Generales Mendoza, Paz, Berriozábal, Negrete, Antillón, Alatorre, Llave y Mejía; siéndoles á los otros imposible dejar sus respectivos puestos.

En esta reunión se decidió unánimemente que no quedaba otra cosa qué hacer que rendirse en las condiciones más favorables que se pudieran obtener, y se comisionó al General Mendoza para que pasara con el comandante en jefe del ejército francés y procurara obtener de éste permiso para que la guarnición marchara de la ciudad con todos los honores de la guerra. Mas Forey, sabiendo lo angustiosa que era la situación de los sitiados, rehusó conceder ésto; manifestando que había luchado contra la ciudad de Puebla durante dos largos meses, y que se pro-

ponía no perder ninguna de las ventajas que había ganado, y menos permitir á la guarnición de la plaza evacuar con todos los honores y materiales de guerra é ir á atrincherarse en la capital del país, donde tendría que luchar otra vez contra ellos, en una posición aún más fuerte y defendida, y que había tenido tiempo para acopiar toda clase de víveres, y que además, sabía estaba bien provista de municiones de guerra. Permitiría á la guarnición marchar con todos los honores de la guerra, siempre que dejaran detrás todo su armamento y el de las fortificaciones, y que todos y cada uno dieran su palabra de honor de no servir otra vez en la guerra, inter estuvieran pendientes las diferencias entre el gobierno francés y el de Benito Juárez.

Esta condición la rechazó el General Mendoza, manifestando que el General González Ortega tenía la determinación de destruir todos los instrumentos y municiones de guerra en su posesión, despedir su ejército y entregar la ciudad á los sitiadores.

A esto Forey respondió, que podía tener la seguridad el General Ortega que, si deseaba rendirse, se le concederían á la guarnición todos los honores y garantías debidas; pero que en caso que no se rindiera bajo esas condiciones, y ordenara la destrucción de los materiales de guerra de la ciudad, entonces ninguna garantía se les otorgaría y serían deportados á Martinica, colonia francesa en las Indias Occidentales.

El General Mendoza regresó á informar del resultado de su misión; y en la noche de ese mismo día, el General Ortega reunió de nuevo un consejo de guerra en el cual estuvieron presentes, además de los que estuvieron en el anterior, los Generales Díaz é Hinojosa.

Después que la reunión fué informada del resultado de las negociaciones llevadas á cabo por el General Mendoza, el consejo comenzó á discutir qué decisión se debía tomar. Los Generales Berriozábal, Díaz é Hinojosa eran de opinión que sería mejor pa-

ra el ejército del Este intentar romper las líneas francesas que rendirse á discreción. Los dos primeros, sin embargo, fueron finalmente convencidos á la opinión del comandante en jefe; pero Hinojosa no se convencía, y sostenía que se debía hacer una intentona final contra los franceses. La discusión se prolongó hasta la una de la mañana.

De conformidad con la decisión del consejo de guerra, el General González Ortega envió á Forey en la mañana del 17 de Mayo una comunicación, informándole que, debido á la falta de provisiones y municiones de guerra, le era imposible sostener la ciudad por más tiempo, y que había desbandado su ejército y destruído sus armas y municiones, incluyendo toda la artillería; y que el lugar estaba á la disposición de los franceses para el momento que quisieran ocuparlo. Al mismo tiempo, insinuó al General victorioso de hacer todos los arreglos que le parecieran convenientes, á efecto de evitar una entrada violenta en la ciudad; pues no había ya motivo para justificar tal procedimiento.

Entre tanto, las órdenes del comandante en jefe de las fuerzas dentro de los muros de Puebla, eran cumplimentadas en lo que se refiere á la destrucción de las municiones de guerra.

Inmediatamente después de terminado el último consejo que se prolongó hasta las pequeñas horas de la mañana del 17 de Mayo, se enviaron órdenes al departamento de artillería de destruir todas las armas y municiones que habían en la ciudad. El General Troncoso describe así la escena que por este motivo tuvo lugar:

"Entre una y una y media de la mañana, recibimos orden de los jefes de artillería de presentarnos inmediatamente al General Paz, que se hallaba en Santa Clara. Fuimos en el acto, y allí, después de habernos explicado claramente, y en pocas palabras, la situación de la plaza y lo acordado en junta de Generales, nos comunicó la orden siguiente: De las cuatro y media á cinco de la mañana, romperíamos todos los ca-



General Pedro Hinojosa.

ñones y montajes, y quemaríamos ó inutilizaríamos las municiones que nos quedaban; el personal de las baterías de artilleros serían disueltos y todos los jefes y oficiales iríamos al atrio de Catedral donde nos constituiríamos prisioneros. Nos dijo que la orden se comunicaba en esos momentos á todas las divisiones para que rompieran igualmente sus armas á la misma hora, y se disolvieran, etc. En seguida se procedió á la entrega de cuñas, piolas largas, mechas y cuanto era necesario para romper los cañones, haciendo el General Paz una explicación para facilitar la rotura de éstos.

"A los jefes que no pudieron ocurrir, porque no se podían separar de sus puestos, se les mandaron comunicar las órdenes y se les enviaron los útiles. El General aparentaba serenidad, pero había momentos en que la emoción no lo dejaba hablar.

"Imposible describir estos actos; todos guardábamos silencio. Cuando acabó de hablar el General y que se entregaron los útiles, expresamos nuestras opiniones en pocas palabras. Sin excepción conveníamos en que no se podía continuar la defensa y estábamos ya vencidos por la falta absoluta de víveres y municiones y la ninguna esperanza de que nos entrara á la plaza algún convoy.

"Yo fuí á la Merced donde tenía una batería. Eran cerca de las tres de la mañana. A mis oficiales, lo mismo que á los de las calles de la línea les comuniqué las órdenes y les dí instrucciones.

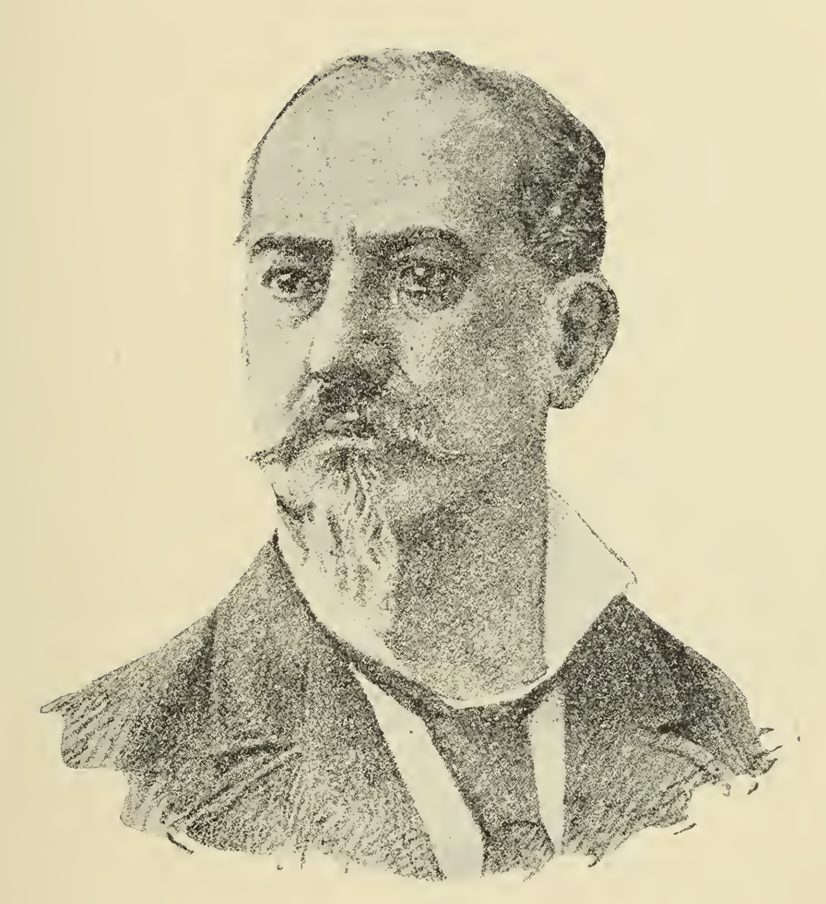
"La rendición es un acto de valor. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? La rotura del sitio la veía yo imposible; la continuación de la defensa, imposible también; nuestros hospitales llenos de heridos y enfermos sin tener ya alimentos ni medicinas que darles; el enemigo en vísperas de darnos un asalto tremendo que podría poporcionarles la toma de la plaza por causa de nuestra carencia absoluta de municiones; veía ya á nuestros soldados, y aun á algunos oficiales, extenuados, muchos de ellos macilentos por el hambre y la fatiga, y con el vestido hecho pedazos. Con-

servábamos, sí, gran dosis de moral para obedecer y sufrir, pues jamás se oyó una sola queja, ni nadie se resistió un momento á batirse en ninguna circunstancia; pero ésto era un esfuerzo heroico de patriotismo, de disciplina, de dignidad y de amor propio, y aunque nadie se quejaba, sin embargo, en las conversaciones íntimas entre jefes y oficiales, se notaba ya el decaimiento para continuar la lucha, y es seguro que entre la tropa pasaba lo mismo.

"Poco después de las cuatro y media de la mañana se oyó una fuerte detonación en el fuerte de Loreto. Parece que, sin avisarnos, todos habíamos escogido esa hora. Las denotaciones se suceden. Amanece, y el cuadro que se nos presenta no puede ser más desolador. Soldados rompiendo sus armas; oficiales destruyendo las que habían quedado enteras, pues muchos soldados, en el momento en que se comenzó á romperlas, las arrojaron y escaparon; las calles llenas de soldados que se quitaban el uniforme; la población azorada y asomándose á los balcones y ventanas. En algunos fuertes, según la orden recibida, ondeaban banderas blancas.

"El enemigo, sorprendido de lo que oía y veía, tomó las armas y se puso en estado de rechazar una salida desperada; pero, comprendiendo luego lo que pasaba, comenzó á salir poco á poco de sus obras, presenciando admirado nuestra decisión; los franceses que estaban solamente separados de nosotros por el ancho de la calle, salían á ella y se acercaban poco á poco con gran precaución, ocupando nuestras manzanas; otros, por las calles, avanzaban siguiéndonos paso á paso á distancia de ochenta ó cien pasos, á medida que íbamos rumbo al centro, haciendo alto luego que nos alejábamos de nuestros parapetos y puntos fuertes; los que estaban frente á nuestros fuertes, salían de sus trincheras y contemplaban silenciosos el espectáculo.

"Yo rompí mis cañones en la Merced y calles cercanas y me dirigí á la plaza rodeando por San Agustín. Al pasar por la bocacalle de Peñas, ví al Tenien-



General Antillón.

te Coronel Luis Terán, que con tres oficiales y dos sargentos, estaba rompiendo fusiles. Como es de grande estatura y fuerte, los tomaba de á dos ó tres y los rompía contra la banqueta. Le dije que era preciso retirarse, pues los franceses habían ocupado San Agustín y estaban en el principio de la calle.

"Nos dirigimos á la plaza y encontramos á los Generales, jefes y oficiales, que ya habían llegado; estaban unos en grandes grupos frente al atrio de Catedral, otros en el Obispado (casa de la esquina), que ocupó, durante el sitio, el cuartel general. Allí nos buscábamos los amigos y formábamos pequeños grupos, comunicábamonos lo que á cada cual había ocurrido.

"Yo busqué en el acto al General Paz, y le dí parte de lo que hice y de lo que ví respecto á la rotura de armas. Con el General estaban casi todos los jefes de artillería, que también habían ido á darle parte. El resultado ha sido, según parece, que apenas un poco más de la mitad de los cañones es la que ha sido destruída. Después supimos que fueron ochenta y nueve. Esto no ha consistido en el poco tiempo disponible; sino en que muchos cañones no estallaban con la primera cargada, y en que gran número de los soldados artilleros recibieron con enojo la orden de romper las piezas y lo hacían de mala gana. Sin embargo, la mayor parte de la poca pólvora que existía, fué quemada ó inutilizada, grande el número de cañones destruídos."

Con fecha 19 de Mayo dice el mismo autor en su diario:

"El General Porfirio Díaz ha venido á vernos, custodiado por un oficial francés. Le hemos hecho un recibimiento entusiasta y espléndido. Con vivas repetidos le hemos acompañado hasta la puerta. Es el único General que nos ha visitado, lo cual ha hecho subir en un ciento por ciento la simpatía que por él teníamos."

El 18 por la mañana recibió el General González Ortega por conducto de un jefe francés, y por manda-

to expreso del General Forey, unos pliegos con brevete impreso y manuscrito el contenido de ellos. Hé aquí su texto:

"Corps expeditionaire du Méxique.—Etat Major Général.—Los que abajo firmamos, oficiales mexicanos hechos prisioneros, nos comprometemos bajo nuestra palabra de honor, á no salir de los límites de la residencia que nos estará asignada, á no mezclarnos en nada por escrito ó por actos en los hechos de la guerra ó de política, por todo el tiempo que permanecemos prisioneros de guerra, y á no corresponder con nuestras familias y amigos sin el previo consentimiento de la autoridad francesa."

A este documento respondieron los Generales mexicanos con el siguiente:

"Los Generales prisioneros que subscriben, pertenecientes al Ejército Mexicano de Oriente, no firman el documento que se les ha remitido la mañana de hoy del cuartel general del ejército francés, tanto porque las leyes de su país les prohiben contraer compromiso alguno que menoscabe la dignidad del honor militar, como porque se lo prohiben también sus convicciones y opiniones particulares.—*Jesús González Ortega, Francisco Paz, Felipe Berriozábal, Florencio Antillón, Francisco Alatorre, Ignacio de la Llave, Alejandro García, Epitacio Huerta, José M. Patoni, Joaquín Colombres, Domingo Galloso, Antonio Osorio, Eutimio Pinzón, Francisco de la Madrid. Porfirio Díaz, Luciano Prieto, J. B. Caamaño, Mariano Escobedo, Manuel Sánchez, Pedro Rioseco, Manuel González Cosío, Miguel Auza, Jesús Loera.*"

Hablando de este asunto, dice el General Díaz:

"Al rehusarme á firmar el acto me consideré con el derecho de evadirme si podía hacerlo, puesto que el enemigo había tomado todas las precauciones al grado de tener apostado un centinela en la puerta de los cuartos donde dormíamos.

"Así, pues, el 21 de Marzo, víspera de nuestra marcha para Veracruz, estando en la prisión, me quité mi uniforme; bajé resueltamente la escalera en-



General Alejandro Garcia.

vuelto en un plaid. Al llegar al zaguán me encontré con que el comandante de la guardia, que estaba allí en pie, era el Capitán Galland del 30 de Zuavos que, habiendo sido prisionero nuestro, había hecho conmigo alguna amistad. No le dirigí la palabra, sino que simplemente lo saludé y salí para la calle sin que me conociera, aunque probablemente sospechó algo, porque en seguida subió á ver si estaba con mis compañeros. Tuve muchas dificultades en mi tránsito. Un amigo me llevó á su casa en que se había refugiado el General Berriozábal.

"Caminamos toda la noche á caballo por los montes, á fin de evitar el camino real y nos perdimos de tal modo, que al amanecer del día siguiente, nos encontramos otra vez frente á Puebla, oyendo los alertas de los centinelas que estaban á orillas de la ciudad.

"Nos dirigimos á la Hacienda de Techalote, y perseguidos de cerca, pues el cura de un pueblo donde nos detuvimos, dió aviso de nuestros pasos, llegamos á Apam en donde encontramos una fuerza de caballería que protegió nuestro arribo á la capital."

El sitio de Puebla terminó con la capitulación oficial de la ciudad el 17 de Mayo de 1863, y los franceses tomaron posesión de ella inmediatamente; pero no fué sino hasta dos días después cuando el comandante francés hizo su entrada triunfal á la ciudad de Zaragoza.

El sitio de Puebla es uno de los acontecimientos más notables de la historia de México. Nunca estuvo el lugar en posición de poder sostener una lucha prolongada; tenía, cuando comenzó el sitio, provisiones para no más de un mes y medio, y las municiones de guerra bastaban apenas para un período pocos días más largo. En la mayoría de los casos las tropas tenían que protegerse detrás de trabajos de tierra, diques de barro apresuradamente construidos y de los muros de los edificios viejos, los cuales eran fácilmente destruidos por la artillería moderna de los franceses. Y sin embargo, el sitio duró dos meses,

de los cuales tres semanas la guarnición estuvo á media ración y el parque tenía que ser usado con mucha economía. Cuando llegó el día en que no quedaba otra cosa que rendirse, los víveres se habían ya acabado, y apenas quedaba en los almacenes del ejército suficiente pólvora para destruir los cañones y pequeñas armas de los sitiados.

Todo el frente de la ciudad que da al oeste y al sur había sido derruido, y los defensores vivían en las mismas trincheras ó en las ruinas de los edificios antiguos de piedra, que les servían al mismo tiempo de murallas para librarse de las balas del enemigo, que con frecuencia lo tenían en algunos puntos al otro lado de la calle. Durante 62 días granadas y balas llovieron casi continuamente sobre la ciudad, en la cual no había un sólo barrio que no mostrara señales del terrible bombardeo. Y sin embargo, cuando llegó el tiempo de rendirse, hubo aún generales en el consejo de guerra que votaron por hacer un esfuerzo desesperado intentando romper camino á través de las líneas francesas; y con toda probabilidad, solamente el estado de debilidad en que se encontraba el ejéricto y la falta de municiones, impidió que se intentara seguir ese camino. Para México, la defensa de Puebla contra los franceses el año de 1863 está llena de mayor gloria, que la victoria del Cinco de Mayo del año que acababa de pasar.

Pero la pérdida de Puebla costó cara al partido liberal; pues abrió á sus enemigos un camino sin dificultades á la capital, y obligó á Juárez y á su gobierno á ponerse en fuga, lo que tuvieron que hacer el último día del mismo mes. El presidente liberal, su gabinete y lo que quedaba del ejército se dirigieron á Querétaro. En el camino hubo disensiones en el gabinete y también muchos de los soldados desertaron y varios de los oficiales se pasaron á los franceses. De Querétaro, el errante presidente se fué á San Luis Potosí. Y á todo esto, el General Díaz y varios otros oficiales que habían logrado escapar de Puebla, se habían unido á él. Fué durante esta peregrinación

cuando Porfirio Díaz fué nombrado comandante en jefe del ejército del centro, posición que ocupó por corto tiempo, siendo sucedido por el General Ignacio Comonfort; pues Juárez, viendo que había poca esperanza de resistir las fuerzas francesas en las altiplanicies del centro, concibió el plan de enviar al General Díaz á Oaxaca, donde tendría más oportunidad de levantar cabeza ante el triunfante ejército francés. Y así, Porfirio partió hacia el sur, á sus antiguos campos de lucha y á la escena de sus primeros triunfos; y ahí estaba destinado á ganarse los más insignes laureles, en su triple misión de jefe militar, organizador y caudillo de los grandes ideales.

CAPITULO XXII.

La Batalla de Nanahuatipan.

El éxito de los franceses en Puebla y la llegada de Maximiliano á México en Mayo de 1864, contribuyeron á desanimar á los liberales y á segregar de su partido todos aquellos, que aunque no eran factores activos en la lucha, sí simpatizaban con los principios que ellos defendían. Los conservadores se aprovecharon de las ventajas que se les habían presentado, y activaron su propaganda, especialmente en las comarcas de la Mesa Central y en las ciudades y poblaciones grandes. La retirada de Juárez de la capital, dió un golpe de muerte, por ese entonces á lo menos, á la causa liberal, y millares de individuos que se hubieran llamado liberales en condiciones normales del país, se hicieron al lado del imperio; y no parecía, sino como que todo el país había vuelto la mirada hacia Maximiliano y la intervención francesa. Aún los mismos franceses se equivocaron por esta aparente conformidad del pueblo mexicano con el programa político que se manufacturó expresamente para él; y el General Bazaine, sucesor de Forey como comandante en jefe del ejército de intervención, escribió al ministro de la guerra francés, que tenía "entera confianza que la cuestión mexicana vería pronto una solución pacífica;" y manifestó su creencia de tener bajo su mando "suficientes tropas para terminarla con todo éxito." Agrega, además, en la misma carta, que "nadie se ocupa ahora de Juárez ni de su gobierno, el cual anda errante, no se sabe por donde."

Los conservadores prometían paz al país, que había sido azotado tan largo tiempo por la guerra civil; la Iglesia naturalmente apoyaba la intervención, que sostenía la autoridad eclesiástica y sus antiguos privilegios y dignidades; y el populacho, que apenas



General Rafael Benavides.

comprendía lo que significaba todo el asunto, se dejaba conducir por los sacerdotes y por sus propios caciques, quienes desde un principio eran indiferentes ó estaban á favor del imperio.

Fué, por consiguiente, con razón aparente que Bazaine manifestó su creencia de que la cuestión mexicana estaría pronto arreglada. Pero contaba sin la reacción que tenía que sobrevenir por todo el país, y no supo tomar en consideración el profundo sentimiento innato que todo pueblo independiente tiene contra la pérdida de su independencia, por muy páliada que sea la forma de vasallaje que se le trate de imponer. Efectivamente, en los mismos momentos, en que según lo indicaban las apariencias, todos los factores de la situación mostraban una solución pacífica de lo que Bazaine llamaba "situación mexicana," nubes de tormenta comenzaban á agruparse en el horizonte político. Mientras que actualmente se celebraban en todas las iglesias de México Te Deums, en acción de gracias por el establecimiento de la paz y el triunfo de la causa conservadora, hombres como Porfirio Díaz, su hermano Félix, González Ortega, Felipe Berriozábal, José M. Maldonado, Alejandro García, Miguel Negrete, Coronel Angulo, Aureliano Rivera, Alejandro Gutiérrez, Rafael Benavides, Cristóbal Salinas, José María Ballesteros, Fernando María Ortega, Francisco Leyva, Antonio Rojas y Mariano Escobedo, se estaban preparando para resistir hasta la muerte la subyugación de México á un poder extranjero.

A su llegada á la ciudad de Oaxaca hacia fines del año de 1863, en su capacidad de comandante en jefe del ejército del Estado, el General Díaz se dedicó inmediatamente á poner en orden las finanzas y asuntos administrativos de la localidad; pues aquella entidad federal había insistido en que asumiera el cargo de jefe del Ejecutivo del Estado, lo mismo que el de jefe militar. Los buenos efectos de su gobierno se vieron pronto en el aumento de las rentas públicas y en la mejora del ejército.

Pero el General Díaz tenía también bajo su mando los Estados de Puebla, Veracruz, Tabasco, Chiapas, Campeche y Yucatán, y luego vió que las atenciones militares relacionadas con el manejo de tan vasta extensión de territorio, eran más que suficientes para ocupar todo su tiempo y emplear toda su energía; por lo cual nombró en su lugar como gobernador y comandante militar del Estado de Oaxaca al General J. M. Ballesteros. Igualmente nombró gobernadores semi-militares y semi-políticos para todas las diferentes entidades políticas que estaban bajo su mando y jurisdicción. Este arreglo, lo dejó libre para dedicar toda su atención á los deberes de su cargo, como comandante en jefe del ejército del Este.

Nuevos soldados fueron reclutados y disciplinados; se reunieron todas las armas que fué posible obtener, y se hicieron toda clase de preparativos para resistir á los franceses cuando marcharan en fuerza hacia Oaxaca y hacia el sur; como se esperaba con toda seguridad que lo harían. Toda clase de esfuerzos se hicieron también para poner la ciudad de Oaxaca en condiciones de resistir un ataque ó de sostener un sitio.

Todos estos preparativos y esta actividad de parte del General Díaz, llamó la atención de los imperialistas á ésta parte de la República, puesta por Juárez al cuidado de dicho General, é inmediatamente se tomaron disposiciones para irlo á combatir á Oaxaca. Con ese fin se mandaron á ese Estado dos fuertes columnas, una al mando del General Courtois d'Hurbal y la otra conducida por el Brigadier Brincourt. Anteriormente, sin embargo, se habían situado otras fuerzas francesas menos importantes en el Estado. Pero ninguna de éstas se había atrevido á avanzar hacia la capital, ó comprometerse seriamente con el ejército liberal que había organizado y disciplinado el General Díaz, y que lo tenía bien preparado para la lucha que pronto tendría lugar, y que decidiría si el Estado de Oaxaca quedaba en



Coronel Miguel Auza.

manos de los liberales ó tenía que reconocer la soberanía del imperio.

Los franceses, que habían situado en Tehuacán, del Estado de Puebla, su cuartel general para las operaciones contra Oaxaca, se habían limitado á avanzar sobre la capital del Estado, tan ligero como se los permitió la construcción de dos caminos carreteros provisionales para el transporte de las provisiones de su ejército. Uno de estos caminos, de Tehuacán á Oaxaca, se dispuso que pasara por el lugar denominado Cañada, mientras que el otro fué trazado pasando por Teotitlán.

El avance de los franceses fué muy laborioso, y eran constantemente acosados por las tropas liberales. Esto continuó por varios meses, y los patriotas se vieron obligados últimamente á retroceder de Huajuapam á Nochistlán y también de Teotitlán á Cuicatlán.

Por fin el General Díaz se decidió á atacar á las fuerzas francesas que se aproximaban. Toda clase de arreglos se hicieron cuidadosamente para sorprender á estas últimas, y dividir las fuerzas que estaban entre Oaxaca y Tehuacán. Los preparativos que se hicieron para este ataque y el resultado que tuvo, lo narra el General Díaz del modo siguiente:

"Cuando el enemigo avanzaba sus trabajos de construcción del camino hasta Tamazulapam, por la vía de la Mixteca, y sus preparativos hasta Teotitlán del Camino, por el de la Cañada, me propuse atacar á la segunda columna, que venía por este último; y para ocultarle mi intención, saqué de Oaxaca una columna de las tres armas, que presenté primero en Teotongo á la otra columna de la Mixteca. Después de dos días de permanencia allí, y cuando el General Courtois d'Hurbal se preparaba á resistirme, dejé el mando al General Escobedo, con orden de moverse hacia Oaxaca si el enemigo tomaba la iniciativa, y con los batallones "Morelos" y "Cazadores," marché á campo traviesa hacia Teotitlán del Camino, que era mi verdadero punto objetivo.

"Después de un día y parte de la noche de marcha pernocté cerca de San Antonio Nanahuatipán, adonde, según noticias que tuve de mis exploradores, estaba el grueso principal de los franceses, que tenían un destacamento de infantería y artillería sobre la vía de Oaxaca, avanzando en la hacienda de Ayotla.

"A las nueve de la mañana del día 19 de Agosto de 1864 llegué á San Antonio Nanahuatipán, sin que el enemigo, que ocupaba esa población, hubiera tenido noticia de mi oculta marcha, y lo batí bruscamente haciéndole mucho daño á un batallón que á la sazón se lavaba en el río; pero como los soldados franceses tenían allí mismo sus armas en pabellón, después de la sorpresa hicieron una defensa muy vigorosa, replegándose hacia la iglesia, dejaron en el campo la mayor parte de sus vestidos y mochilas y muchos muertos desnudos, pues desnudos combatieron.

"Había yo dado orden al Coronel Espinosa y Gorostiza que estaba de antemano haciendo frente á la expedición francesa de que se trata en Cuicatlán, para que, en combinación con mi movimiento, marchase á vanguardia y acudiera él también á San Antonio, con su batallón, dos obuses de montaña, una compañía del batallón "Juárez" y el escuadrón que mandaba el Coronel D. Ladislao Cantenia en Ayotla, y que estaba fortificado pasajeramente en la hacienda y con artillería, no le permitió el paso, y á virtud de faltarme el importante concurso de esa tropa, tuve que retirarme con pérdidas muy considerables de oficiales y soldados, pero sin que el enemigo se atreviera á perseguirme.

"Es lamentable que el Coronel Espinosa y Gorostiza se hubiera encontrado con ese obstáculo que él creyó insuperable; pero su concurrencia me hubiera bastado, sin duda, para tomar el pueblo de San Antonio, derrotar definitivamente á la columna del General Brincourt y apoderarme de un rico convoy que se encontraba en aquel pueblo y que por un momento



General Ignacio R. Alatorre

estuvo en posesión de mi primera columna que penetró al punto amagado.

"Me reuní después al Coronel Espinosa y Gorostiza en Tecomavaca, y marché con él á Oaxaca, mandando regresar al General Escobedo, que había retrocedido hasta Huauclilla.

"El enemigo no avanzó por entonces, y yo seguí hostilizándolo con las fuerzas que sobre él tenía en observación. Sus dos grandes caminos los seguía construyendo y reforzaba los destacamentos que los defendían."

CAPITULO XXIII.

Tentado por Amigos

El gobierno de Juárez, errante en el norte de ciudad en ciudad, sin ningún lugar fijo de residencia, acosado por los enemigos y á merced de los amigos; los franceses en posesión de la Mesa Central y de la capital de la República, y prosiguiendo una campaña activa contra los liberales desafectos que rehusaban reconocer al emperador y á la intervención; el gobierno de Juárez, decimos, en semejante situación, era ya la desesperación de sus partidarios, y esa sombría desilusión que se había apoderado de los amigos del presidente desterrado, se comunicaba á todas las clases del pueblo. Se vió el resultado en la deserción por mayor de las filas del partido liberal á la causa del imperio. Para principios del año 1865 se encontraban en los ejércitos de los franceses en México, según informes que se dieron, 25,000 soldados de los antiguos liberales del país. Para este tiempo también muchos generales habían desertado de las filas republicanas y jurado fidelidad al emperador. Entre éstos había dos que habían ocupado lugares prominentes en la vida política y militar del partido liberal. Estos eran, el General José López Uraga y Manuel Dublán, quienes después sirvieron en el gabinete del General Díaz.

Pero debe recordarse que reinaba un sentimiento general de desconfianza en la habilidad de los liberales para poder hacer frente á los franceses, y un deseo por obtener paz casi á cualquier costo, después de las agotadoras luchas por que el país acababa de pasar.

La mayor parte de los jefes liberales que se habían pasado al imperio durante esos días de lucha y

desaliento, regresaron á su propio partido tan luego como se convencieron de que la política de Napoleón III y del emperador Maximiliano no era capaz de proporcionar á su país la prometida paz que todos anhelaban.

Pero, por esos momentos, un abismo inmenso separaba los que se habían pasado al imperio de los que habían permanecido fieles al partido liberal y á Juárez, el errante presidente. Maximiliano trataba con gran consideración á todos los liberales que se le habían presentado y parece haber tenido mayor estimación por ellos, que por los mexicanos pertenecientes al partido conservador. Y ellos recompensaban su bondad, procurando conquistar adictos al imperio entre los otros jefes liberales. Uno de los que más trabajaron con este fin fué Uraga, quien trató de inducir al General Díaz á desertar en favor del imperio. También Manuel Dublán, que por algún tiempo fué gran apoyo del imperio, usó de su influencia para inducir á Porfirio á desertar la bandera liberal. He aquí la relación que el mismo General Díaz hace de estas dos fuertes tentaciones que le hicieron y cuya aceptación de su parte significaba tanto para la causa del imperio:

"El Lic. D. Manuel Dublán me llevó una carta del Prefecto Imperial, Juan Pablo Franco, en que se me proponía que me adhiriera al imperio, ofreciéndome que conservaría el mando de los estados que formaban la línea de Oriente.....

"Me indigné de que Dublán, pariente de Juárez y antiguo liberal, se prestara á hacerse intrumento de tal indicación, y considerándolo como enemigo, mandé ponerle preso, para fusilarle como espía. D. Justo Benítez, condiscípulo y amigo de Dublán, se empeñó en salvarle. Consentí en que quedara en libertad, pero á condición de que saliera del Estado y de la República con rumbo á Guatemala. En vez de hacerlo así se quedó en Tehuantepec varios días, pretextando enfermedad. Le ordené que permaneciera en Tlacolula.

"El General D. José López Uraga, que mandando fuerzas de la República se había pasado al enemigo, y tenía algún empleo cerca de la persona de Maximiliano, me envió á su ayudante el Coronel D. Luis Alvarez, que años antes había sido jefe de mi estado mayor, y estaba entonces sirviendo al imperio, con una carta fechada en México el 18 de Noviembre de 1864, en que me invitaba para seguirle en su defección y me ofrecía dejarme con el mando de los estados que formaban la línea de Oriente, y que no se mandarían á ellos soldados extranjeros sino en caso de que yo los pidiera; y aunque era verdad que yo había tenido mucha estimación y respeto por el General Uraga, ni esa circunstancia ni ningunas otras consideraciones me hubieran hecho jamás vacilar en el cumplimiento de mi deber. Por lo demás, el citado jefe había con su conducta perdido el aprecio que antes podía haberme inspirado.

"Me pareció que, en las circunstancias, era oportuno, para templar mejor el ánimo de mis subordinados, poner á su vista la invitación que me hacía el General Uraga, y con tal motivo, cité á una junta á los generales y coroneles que estaban bajo mi mando; les mostré la carta enunciada y la respuesta que provocó, la cual mandé con el ya citado Coronel Alvarez, advirtiendo á Uraga, que el segundo enviado, cualquiera que fuese su misión, sería tratado como espía. Dirigí en la misma fecha una circular á los gobernadores y jefes militares de la línea de Oriente, poniendo en su conocimiento lo ocurrido.

"He aquí la carta y contestación aludidas:

"Señor General D. Porfirio Díaz, México, Noviembre 18 de 1864.

"Muy querido amigo: Muy largo sería hacer á Ud. un relato de lo que se me ha hecho sufrir por mis correligionarios. Luis dirá á Ud. algo; pero baste á Ud. que, sin quererse batir, sin querer salir del sur de Jalisco, y sin querer sujetarse á no tomar del pueblo sino lo necesario para vivir, cada cual, amigo mío, esperaba y buscaba una fortuna en la revolu-



Coronel Félix Díaz.

cion, y ésto cuando se proponían no batirse nunca, para sólo ser los últimos.

"No creí que ésto era servir al país, ni defender nuestra causa, ni honrar nuestros principios; y sin poder embarcarme ni salir por ningún punto, me mandé entregar en Julio al emperador, para hacer cesar la guerra, sin reconocer nada. Obré también mal porque obré con desconfianza; pero hoy que proclamo aquí nuestros principios, que se me oye, que combato en un terreno legal y que veo todo lo noble, todo lo progresista é ilustre del emperador, le digo á usted, querido amigo, que nuestra causa es la causa del hombre que, amante de su país y de su soberanía, no ve sino la salvación de su independencia y su integridad. Está aquí, combatiendo con honor y lealtad por nuestros mismos principios, sin excusarlos, ni negarlos, ni abandonarlos. Si yo hubiera visto peligrar nuestra independencia é integridad de territorio, yo juro á Ud. que habría concluido en los cerros antes que reconocer nada; y si hubiera tenido la cobardía de venir yo tendría la buena fe de decir á usted: "Hay que combatir;" pero no es así. Creo que me hará justicia, Ud. que me conoce y que aceptará mi apreciación en las circunstancias. Nos perdemos y perderemos nuestra nacionalidad si continuamos esta guerra sin fruto ni resultado. Todo vendrá á poder de los americanos, y entonces ¿qué tendremos como Patria? Hasta hoy tiene Ud. un nombre limpio, honrado y considerado, buena aceptación y medio de hacer mucho en la causa del progreso, entrando franca y noblemente en la materia. Mañana, sin combatir por la cizaña de siniestros hombres, por las intrigas de sus émulos y por la misma situación, no quedaría nada, ni un nombre de gloria. Le mando á Ud. á Luis, á quien conoce Ud. Esto y mi nombre ¿no son para Ud. una garantía de franqueza y lealtad?

"Luis hablará á Ud.; yo estoy aquí para todo cuanto usted quiera, y cuando usted venga y vea lo que pasa, y se vuelva á su punto y á sus fuerzas, si

no le conviene en lo que diga á Ud., ó diga lo más conveniente, en todo trabajaré.

"Conservémonos unidos: si hemos perdido el sistema, no perdamos los principios y, sobre todo, el país en su integridad é independencia. Adiós, querido Porfirio; Ud. sabe cuánto le he querido, con qué franqueza le he hablado siempre, y cómo es su amigo que le ama y B. S. M.—José L. Uraga.

"He aquí la contestación:

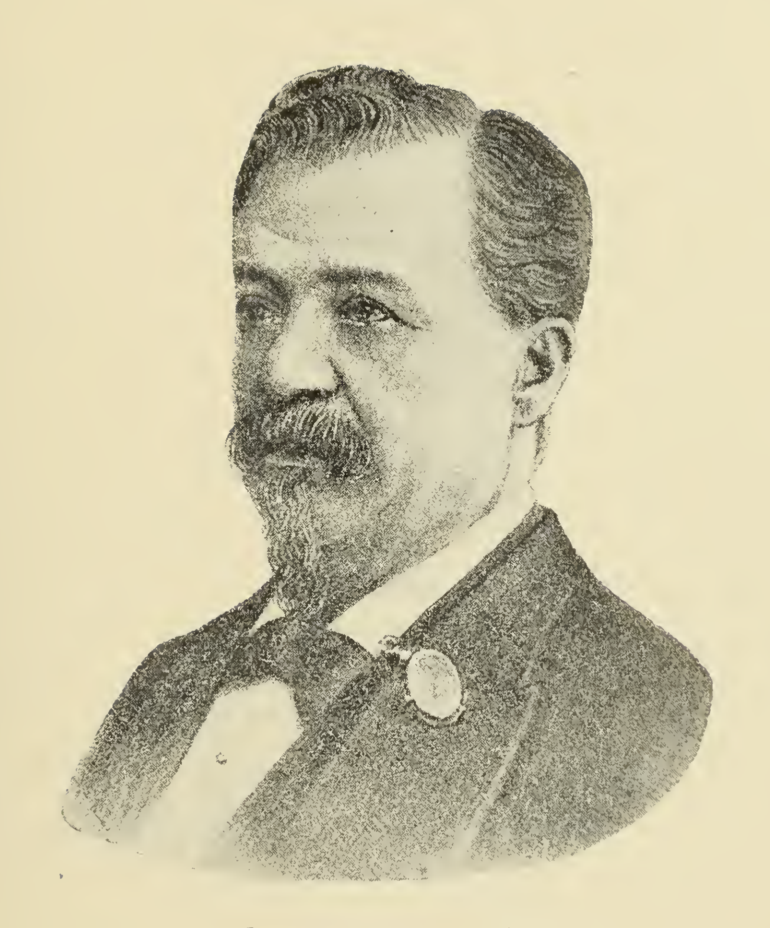
"Sr. D. José López Uraga, México.—Mi antiguo general y estimado amigo:

"Con indefinible placer abrí los brazos á Luis y fijé la vista sobre la carta que con él se sirvió Ud. dirigirme, porque había creído que su venida y su misión tuviesen otro objeto; pero si bien el desengaño fué tan pronto como doloroso y Luis me ha ofrecido hablarle franca y extensamente, tengo que corresponder á Ud., si no con mucha extensión, sí con toda lealtad.

"Quedo muy reconocido á la mediación que Ud. se digna ofrecerme, porque bien lamento los errores que han dado lugar á este paso, comprendo todo el fondo de estimación y aprecio que entraña.

"Yo no seré el que me constituya juez en los actos de Ud., porque me faltaría la necesaria imparcialidad, y antes que someterlo á juicio, lo abrazaría como á un hermano y le comprometería á volver sobre sus pasos. Pero, si Ud. puede, según su juicio, explicar su conducta, yo no podría explicar la mía, porque mi situación, los elementos de que dispongo, los hombres y el pueblo que me ayudan, que, según Ud. me dicen, eran adversos á nuestra causa en el Centro, son en Oriente otros tantos gajes de indefectible triunfo.

"El personal de la fuerza es de la misma clase que el de la brigada que mando yo en Puebla; y Ud. sabe que en pocos lugares encontraron los franceses la misma resistencia que cuando se las habían con Oaxaca. Tengo también fuerzas de otros estados, pero tan perfectamente identificadas á las otras en su mo-



Lic. Manuel Dublán.

ral, disciplina y entusiasmo que son acreedoras á igual estimación.

"En los estados de Oriente se mantiene una organización administrativa tan vigorosa y tan escrupulosa en la contabilidad que sus escasos recursos nos proporcionan los medios necesarios de subsistencia, sin que tengamos que tomarlos de los pueblos, ni que yo me vea en la pena de soportar el pillaje ni las extorsiones.

"Los franceses, después de la resistencia de Puebla, no han hecho más que dar un paseo triunfal por el interior; y yo me prometo que, en Oaxaca, si el destino les reserva ese triunfo, ha de ser á mucha costa, y solamente porque nos aplastaren por la superioridad en el número; pero no será tan remoto que obtengamos la victoria y que la República, todavía se convierta al otro día en un extenso palenque. La lucha puede, es cierto, prolongarse como la que al principio del siglo nos hizo libres é independientes; pero el éxito es seguro.

"Me hace Ud. justicia, que también le agradezco, en creer que conservo un nombre honrado y limpio, lo cual es todo mi orgullo, todo mi patrimonio, todo mi porvenir; pues bien, para la prensa asalariada, no soy más que un bandido, ni seré otra cosa para el archiduque Maximiliano y para el ejército invasor; y yo acepto, con resignación y entereza, que se deturpe mi nombre sin arrepentirme de haberme consagrado al servicio de la República.

"Siento en el alma que, habiéndose Ud. separado del ejército del Centro, con ánimo de no comprometerse en la política del extranjero, haya sido magnetizado por el archiduque y venga con el tiempo á desenvainar, en su defensa, la espada que, en otros días, ha dado á la Patria; pero si así fuera, tendré, por lo menos, el consuelo de haber continuado en las filas en que Ud. me enseñó á combatir y cuyo símbolo político Ud. grabó en mi corazón con palabras de fuego.

"Al presentárseme un mexicano con las proposi-

ciones de Luis, debí haberlo hecho juzgar con arreglo á las leyes, y no mandar á Ud. en contestación más que la sentencia y la noticia de la muerte de su enviado; pero la buena amistad que Ud. invoca, los respetos que le guardo y los recuerdos de mejores días, que me unen tan íntimamente á Ud. y á ese común amigo, relajan toda mi energía y la convierten en la debilidad de devolverlo sano y salvo, sin la menor palabra de odiosa recriminación.

"La prueba á que Ud. me ha sujetado es gravísima, porque su nombre y su amistad constituyen la única influencia capaz, si la hubiera, de arrastrarme á renegar de todo mi pasado, y romper con mis propias manos el hermoso pabellón, emblema de las libertades é independencia de México. Habiendo podido contestarla, puede Ud. creer que ni los más crueles desengaños, ni las mayores adversidades llegarán á ocasionarme la menor vacilación. He hablado á Ud. casi exclusivamente de mi persona; pero no porque olvide á mis ameritados compañeros de armas, ni á los heróicos pueblos y estados de Oriente, que tantos sacrificios han consumado por la defensa de la República. No cabe poner en duda la lealtad de tan dignos militares, ni la opinión pública, pronunciada altamente y convertida en hechos decisivos en Tabasco, en Chiapas, en Oaxaca y aún en Veracruz y Puebla. Como Ud. sabe, los dos primeros han arrojado á los imperialistas de su seno; el tercero no les permite dar un paso en su territorio; y en el cuarto y quinto, en una extensa zona, se mantiene el fuego de la guerra. ¿Cree Ud. que yo podría, sin traicionar mis deberes, disponer de su suerte sólo por asegurar la mía? ¿Cree Ud. que no me pedirían y con razón, estrecha cuenta de mi deslealtad, y que no sabrían sostenerse por sí mismos, ó confiar su dirección á otro más constante y cumplido que el que los abandonara? Así, pues, ni por mí ni por el distinguido personal del ejército, ni por los pueblos todos de esta extensa parte de la República, se puede creer en la posibilidad de un avenimiento con la invasión ex-



Lavando la ropa de la familia.

tranjera, resueltos como estamos á combatir sin tregua, á vencer ó morir en la demanda para legar á la generación que nos reemplace, la misma República libre y soberana que heredamos de nuestros padres.

"Ojalá, General, que no contrayendo Ud. ningún compromiso, vuelva con el tiempo á tomar la defensa de tan noble y sagrada causa.—Porfirio Díaz, Oaxaca, Noviembre de 1864.

CAPITULO XXIV.

La Caída de Oaxaca

El General Bazaine comprendió perfectamente la importancia de impedir ulteriores operaciones de parte del ejército del Este, y de encontrar y derrotar á los jefes liberales que se manifestaban tan activos en el Estado de Oaxaca; por lo cual resolvió mandar más fuerzas á esa parte de la República y tomar personalmente el mando de las tropas, cuando estaba para tener lugar el sitio de la ciudad de Oaxaca. Como á fines de Diciembre de 1864, el comandante en jefe francés llegó á Etla del Estado de Oaxaca, con una escolta de 500 zuavos, media batería de artillería y 300 caballos. El General Díaz mandó al Coronel Treviño con una brigada de caballería al encuentro de Bazaine, para detenerlo en la vecindad de Tamazulapan, donde el comandante en jefe francés había acampado para pasar la noche. Treviño partió aparentemente á cumplir la orden recibida; pero en lugar de hacer ésto, desapareció por las montañas de Tetela, en el Estado de Puebla, con toda su fuerza; y fué lo último que vió de él el jefe liberal, hasta después de la caída de la ciudad de Oaxaca, y de la aparente destrucción total de la causa nacional en el Este. Esta deserción de Treviño, debilitó á las fuerzas del General Díaz muchísimo y coadyuvó á infundir desconfianza entre las tropas que le quedaron.

No obstante todas las circunstancias desalentadoras que rodearon en este tiempo la campaña del ejército del Este, el General Díaz había determinado presentar batalla á los franceses fuera de la ciudad de Oaxaca. Contaba, sin duda alguna, con alguna de las sorpresas y ataques repentinos que había llevado á cabo con tanto éxito en otras ocasiones. Pero la inutilidad de parte de las tropas que tenía á su mando, la deserción de Treviño, y sobre todo, la precau-

ción desplegada por Bazaine y los generales franceses, hizo esto de muy difícil realización.

El dar una descripción detallada de todas las escaramuzas que tuvieron lugar durante la marcha de los franceses desde la capital de la República, sería cansado y de poco valor práctico. Baste decir que, debido á la superioridad en número y disciplina de las fuerzas invasoras, encontraron muy poca resistencia en su camino. No obstante lo cual, tomaron toda clase de precauciones aconsejadas por la estrategia militar, á efecto de evitar sorpresas; pues bien sabidas eran de Bazaine las tácticas del General Díaz, á quien miraba como un enemigo digno de tomarse en consideración.

He aquí la narración que hace el General Díaz de los acontecimientos que después tuvieron lugar:

"En las conferencias militares que tenía costumbre de dar á los generales y jefes, comencé á notar que se acentuaba mucho la opinión en favor de la defensa de la plaza y en contra de mi idea de librar un combate; que el asunto se traía á cuestión con poca naturalidad y que las razones aducidas eran las mismas expuestas ante mí previamente por el General Benavides, lo cual me hizo comprender que no había sido él tan reservado como era necesario y como se lo encarecí. Después de ésto no me quedaba más recurso que aceptar el sitio, pues el enemigo ya estaba cerca.

"Pude haber emprendido una retirada por las montañas, mas opté en definitiva por la defensa de la plaza ante las dificultades de última hora, relativas á transportes, que no se habían preparado, dados los designios que se tuvieron desde un principio cuando se contaba con fuerzas competentes fuera de las fortificaciones; y no había tiempo de improvisar ó conseguir aquellos transportes, pues, como antes he dicho, el enemigo estaba al frente.

"Nunca imaginé que el resultado final del sitio fuera una victoria, pero sí creí que sería largo y que haría mucho perjuicio al enemigo, pues estaba segu-

ro de que la plaza no podía ser tomada por asalto, si á mis soldados les hubiera de durar el vigor que tenían, vigor que decreció sucesivamente desde que se supo que no se podía contar con caballería que protegiera las operaciones de provisión de la ciudad, y la defección de la guarnición de Tehuantepec, de que, en los últimos instantes se tuvo noticia, que era una de las que debían también maniobrar por fuera, y la disolución de todas las demás guardias nacionales, que impotentes como se vieron por falta de la protección que esperaban de la caballería, se ocultaron algunas en los montes, se dispersaron otras, y varias entregaron sus armas al enemigo, por invitación que al efecto les hacía don Juan Pablo Franco, nombrado por Maximiliano, Prefecto Superior del Estado de Oaxaca, y que obraba por instrucciones inmediatas de Bazaine contando con la cooperación de varias personas influyentes de la localidad, que hasta entonces habían sido liberales, y que, por este motivo, tenían acceso é influencia con los oficiales y soldados de la Guardia Nacional de los pueblos.

"Las circunstancias me pusieron en la disyuntiva no de hacer una retirada, sino de huir ó defender á Oaxaca sin probabilidades de éxito, pero cumpliendo con el deber de batirme. Opté por lo último y acepté el sitio.

"Terminó el año de 1864 y las fuerzas enemigas estaban á pocos kilómetros de la ciudad. Dos ó tres días después del reconocimiento hecho por el General Courtois d'Hurbal, se movió toda la fuerza francesa y traidora y comenzó á establecer su línea de circunvalación. El General Bazaine llegó al campo enemigo el 15 de Enero de 1865 y asumió desde luego el mando en jefe. Los franceses ocuparon primero lo que ellos llamaban Primer Dominante, y cuyo nombre vulgar es el "Cerro Pelado Grande," el "Monte Alban" y el "Pueblo de Xoxo;" siguieron perfeccionando sus paralelas, no con resistencia decisiva, pero sí con pequeños tiroteos por parte de la plaza, que tendían á dificultar sus obras, las que completaron



Mariscal Francés Achile Bazaine

al cerrar su línea en "San Felipe del Agua," en cuyo lugar se apostó el General Jeaningros con los batallones "Cazadores de Africa" de á pie, y Legión Extranjera."

"El General Bazaine estableció su cuartel general desde el principio del sitio, en el pueblo de San Jacinto de Amilpas, y cuando lo hubo estrechado, lo trasladó á la hacienda de Montoya.

"Calculo que las fuerzas que tenía Bazaine, al concluir sus obras, ascenderían á unos 9,000 hombres del ejército francés y unos 1,000 traidores, siendo los últimos de caballería. Al perder mi caballería me quedaron en la plaza 2,800 hombres.

"La fuerza sitiadora se aumentó en los últimos días, pues cuando el General Bazaine hubo estrechado su línea y adelantado sus obras de aproche, y tal vez fijado día para el asalto, comenzó á detener á las fuerzas que llegaban como escoltas de los convoyes que se le enviaban, que tenían que ser considerables en cada caso, porque el Coronel D. Félix Díaz los hostilizaba valientemente en el camino. Por lo dicho, al fin del sitio, la fuerza del enemigo había aumentado considerablemente, lo mismo que su material, pues para su mejor servicio, tenía hasta morteros de 14 pulgadas.

"Durante el mes de Enero de 1865, cuando el General Jeaningros ocupaba el pueblo de San Felipe del Agua con un batallón de "Cazadores de á pié" y otro de la "Legión Extranjera," surgió un incidente por la Hacienda de Aguilera, que está entre la ciudad de Oaxaca y San Felipe del Agua, mucho más cerca de la ciudad que del pueblo, la cual hacienda no había sido ocupada por mi fuerza, porque mi personal disponible era poco y apenas me bastaba para defender el área de la ciudad. Sin embargo, como la hacienda quedaba entre ambos combatientes, sus dueños y vecinos la habían abandonado, y eso dió motivo á que la plebe, y entre ella algunos soldados de los que suelen hallarse fuera de las filas, comenzaron á extraer las semillas que había en la misma.

Con este motivo, el 28 de Enero de 1865, el General Jeaningros mandó unas compañías que batieran los que saqueaban la hacienda y tomaron posesión de ella; pero como al ocuparla sin resistencia se hizo mucho alarde de victoria, me pareció que si no apagaba su orgullo infundado sufriría el ánimo de los míos, y entonces mandé al Mayor D. José Guillermo Carbó, con la compañía de granaderos del primer batallón de Sinaloa y la tercera del de "Juárez" á desalojar á los franceses. Hubo un combate en que sufrimos grandes pérdidas por una y otra parte, pero al fin se cumplió mi mandato y se rechazó un auxilio considerable que de San Felipe del Agua mandaba el General Jeaningros. Como nunca entró en mis planes la defensa de la hacienda de Aguilera, dispuse que, en la noche, cuando ya nadie la disputaba, fuese abandonada.

"Los estragos que causaban en la fuerza sitiada los frecuentes combates que tenían por objeto impedir los aproches y el bombardeo constante que el enemigo mantuvo sobre la plaza, así como las consecuencias, cada día de mayor trascendencia, de la defección de la guarnición que había dejado establecida en Tehuantepec á las órdenes del Coronel D. Remigio Toledo, y los trabajos de los particulares liberales renegados, desmoralizaron de tal manera la tropa de mi mando, que llegaron á desertarse guardias enteras; y un día, en un ataque que el enemigo verificó sobre el fortín de "La Libertad," el mayor de uno de los batallones de Sinaloa, D. Adrián Valdés, vitoriando á sus soldados, los invitó á salvar el foso, y se fué con más de cien hombres de los que defendían la trinchera, para unirse con el enemigo, teniendo los coroneles Toledo y Corella grandes trabajos para contener la desmoralización de los demás defensores de punto y no perderlo en ese día.

"No fué este el último ni el peor ejemplo de desmoralización, pues pocos días después desertó un teniente coronel de infantería llamado D. Modesto



Coronel Apolonio Angulo.

Martínez, quien fué muerto al tocar la línea enemiga, porque los puestos avanzados lo tomaron por espía.

"En los primeros días de Febrero, recibí comunicaciones de los jefes que defendían los principales puntos, en que me decían que no respondían de la situación; que era imposible, con fuerza tan pequeña y desmoralizada, resistir el ataque de un número tan fuerte y bien armado, como el del enemigo, sobre todo, cuando en los últimos días, ya no había víveres; pero que si yo no disponía otra cosa, continuarían cumpliendo con su deber. Solamente el Coronel D. Juan Espinosa y Gorostiza, que defendía el convento de la Soledad y la línea de que dicho convento era centro, no me dirigió nunca semejante comunicación, no obstante que su situación era idéntica á la de los demás; y es que en su espíritu germinaba la honda pena que le causó ser rechazado en Ayutla y había resuelto sacrificarse, buscando reivindicación. Era un hombre de dignidad.

"El día 8 de Febrero de 1865 se nos habían agotado por completo las municiones de boca y guerra, y algunos días antes lo habían sido los víveres de las familias que quedaron dentro de la plaza sitiada, que, aunque eran pocas, se quejaban con escándalo, pues en constantes manifestaciones públicas, hacían alarde de su situación insostenible, quebrantando así el ánimo de los soldados, que ya estaba bastante decaído.

"En este estado de completa demoralización, y cuando ya la defensa no era posible, pues no sólo no quedaban reservas grandes ni pequeñas, sino que la guarnición misma de los fuertes era notoriamente escasa, dado que no me restaba ni 1,000 hombres disponibles, me pareció que no debía sacrificarlos inútilmente, cuando no podía ni corresponder al fuego del enemigo en el último definitivo asalto, que ya era inminente. Así, pues, impotente para combatir más, dada la situación que he bosquejado y bajo un cañoneo en brecha y bombardeo que indudablemente preludiaba un asalto simultáneo á distintos puestos y fortificaciones,

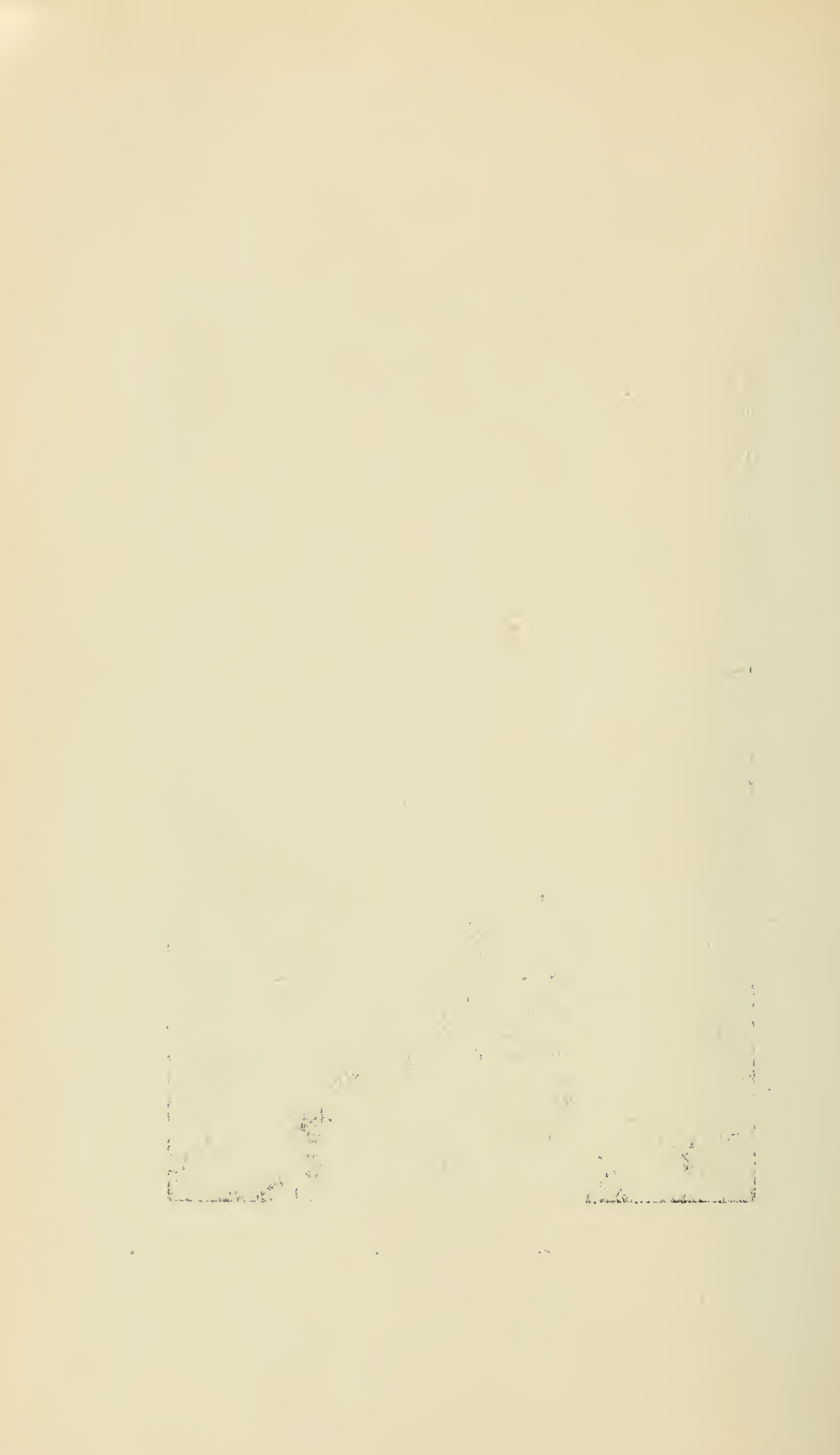
me decidí á rendir la plaza, y al efecto, monté á caballo y salí personalmente, en la noche del 8 al 9 de Febrero de 1865, á manifestar al General Bazaine, en el cuartel general de Montoya, que era innecesario el asalto que se preparaba. No observé reglas ni pedí previo armisticio, ni mandé á un ayudante con ese objeto por temor de una mala inteligencia, por una parte, y que el deseo del General Bazaine, por otra, de lucirse, hiciera que el asalto tuviera lugar sobre un montón de hombres sin municiones y sin vigor para pelear. Supe que sólo mi presencia en el cuartel general enemigo y mis explicaciones personales, impedirían el ataque, pues era grande el empeño que el General Bazaine tenía por conquistarse la gloria efímera de asaltar la plaza, especialmente desde que supo que podría tomarla fácilmente por haberse agotado ya los elementos de defensa.

"Como á las diez de la noche del día citado acompañado de los coroneles D. Apolonio Angulo y D. José Ignacio Echegaray, á quienes intencionalmente llevé conmigo para que presenciaran mi entrevista con el General Bazaine, salí de la línea fortificada y me dirigí á Montoya, en donde tenía Bazaine su cuartel general y mientras me recibían los puestos avanzados, me hizo fuego uno que había en la esquina de la calle de la Consolación; pero hablé á los soldados, diciéndoles que no era enemigo armado, y suspendieron sus fuegos. Avancé en compañía de Angulo y de Echegaray y el oficial que estaba encargado de ese punto, me mandó con destacamento á otro que estaba en la margen izquierda del río Atoyac; de allí pasamos á otro destacamento que se hallaba al otro lado del río y éste nos llevó hasta Montoya.

"Al manifestar al General Bazaine que la plaza no podía defenderse y que estaba á su disposición, y creyendo que ello equivaldría á mi sumisión al imperio, me dijo, en respuesta, que se alegraba mucho de que volviera yo de mi extravío, que él calificó de ser muy grande, pues dijo que era criminoso tomar uno las armas contra su soberano.



Muchacha Azteca.



"Contesté que consideraba de mi deber explicarle que yo no me adhería ni reconocía al imperio; que le era tan hostil como lo había sido mientras estuvo al pie de los cañones; pero que la resistencia era imposible y el sacrificio estéril, porque ya no tenía hombres ni armas. Imprimiendo súbitamente á su semblante los rasgos del desagrado, me reprochó el General Bazaine que hubiera roto la protesta que aseguraba en Puebla de no volver las armas contra la intervención; y aunque yo negué haber firmado tal documento, el General Bazaine ordenó, en el acto, á su secretario, el Coronel Napoleón Boyer, que estaba presente, trajera el libro que contenía las protestas escritas en Puebla. Buscó mi nombre y empezó á leer en alta voz, y como yo no sólo no había protestado cuando se me presentó el libro en Puebla, sino que manifesté, en respuesta, que no podía subscribir la protesta, porque tenía sagradas obligaciones para con mi país y estaba dispuesto á cumplirlas, siempre que me encontrara en aptitud de hacerlo, cuando el Coronel Boyer llegó á mi manifestación, suspendió su lectura y pasó el libro al General Bazaine, quien lo tomó y lo leyó y lo cerró sin decirme una palabra más sobre este incidente.

"Después me habló el General Bazaine de ciertas dificultades que él creía que los franceses podrían tener para ocupar la plaza porque sabía que había muchas minas, las cuales fácilmente podían estallar.

"Le dije que, efectivamente, había algunas, pero que me había visto en la necesidad de descargarlas con objeto de hacer cartuchos, porque ya no tenía municiones para defenderme; que fácilmente podría sacarse la pólvora de las pocas que aún tenían, porque yo no sabía el lugar donde estaban, y que mandaría con este objeto, á un oficial de artillería que efectuara la operación. Así se hizo, aunque siempre estalló una mina, porque un zuavo tiró imprudentemente la piola y causó la explosión.

Mandé suspender los fuegos de los cerros, y para ello fuí con un oficial francés y el Coronel Angulo

hasta la trinchera que quedaba frente á la nuestra.

"Angulo habló á Corella, y éste, sacando la cabeza por la trinchera, comenzó á insultarlo y hacerle fuego, por creer que se había pasado al enemigo y hecho traidor. Angulo explicó á Corella con muchas dificultades, cuál era la situación, y le dijo que llevaba una orden mía para que supendiera el fuego.

"Ya no se volvió á hacer uso de las armas, y Bazaine me detuvo en su cuartel general el resto de la noche, que pasamos allí, en un cuarto, donde nos puso el mismo Bazaine á Echegaray, á Angulo y á mí. Yo quedé como prisionero, sin saber cuál sería mi suerte, porque además de haber provocado el enojo de Bazaine con mis explicaciones, no pedí ninguna garantía para mí y los míos.

"En la madrugada de esa misma noche, mandé á Echegaray, por acuerdo de Bazaine, para dar órdenes de que se entregaran otros distantes puntos; y después que amaneció, me mandó el citado Bazaine á la ciudad, con D. Juan Pablo Franco, y una escolta de "Cazadores de Africa" para que permitiera la entrada á los franceses. Entró tras de mí el General Brincourt, con un regimiento, hasta el Palacio del Estado, tomando así posesión de la plaza, el ejército francés. Ya se comprenderá cuál sería el estado de mi espíritu en aquel acto de mi vida.

"Tras de aquel trance, pasé á Montoya, y de allí fuí conducido en la noche del día 9 para Etla, como prisionero de guerra, con escolta y con gran exceso de precauciones, pues me conducía una compañía de zuavos á las órdenes del comandante Chapie, hoy general de división del ejército francés, que era entonces mayor del tercer batallón del primer regimiento de zuavos. Se me llevaba entre hileras abiertas, y fuera de esas hileras marchaba á cada lado, una segunda hilera de caballería y á retaguardia, un trozo de húsares de la guardia y otro adelante, destacados ambos como á cien metros de distancia; y por dentro de los sembrados venían, como á unos cincuenta metros de cada lado, fuerzas traidoras de caballería.

"Así llegué á Etla, en compañía de los Lics. D. Justo Benítez y D. Miguel Castellanos Sánchez, y de los generales D. Cristóbal Salinas y D. José María Ballesteros, y de los coroneles D. José Ignacio Echegaray y D. Apolonio Angulo, habiéndonos conducido hasta allí el comandante Chapie.

"En Etla nos alojaron, por orden del General Bazaine, en la casa de D. José María Filio, que era la mejor del lugar y en donde Bazaine había estado alojado.

"Estando en esa población se me presentó el Mayor de Caballería, Vizconde de Kelan, que había pertenecido al Estado Mayor del Emperador Napoleón, según él me dijo, y entonces servía en húsares de la guardia. El vizconde se encargó de nuestra custodia hasta Puebla, y nos trató con mucha amabilidad, pero, á la vez, con mucha vigilancia, y tomando siempre grandes precauciones.

"Las más veces, siempre que llegaba la ocasión, me pedía permiso para dar el toque de marcha, y me preguntaba con frecuencia si deseaba hacer alto en algún punto. Así llegamos á Puebla, en donde quedé prisionero.

CAPITULO XXV.

Díaz se fuga otra vez de la prisión

La acción del General Díaz de entregarse á Bazaine del modo dramático en que lo hizo, para salvar á la ciudad de Oaxaca de ser tomada por asalto por los franceses, es característica del hombre. En su desesperada empresa, corrió el peligro de ser muerto al cruzar las líneas; y efectivamente, como él mismo lo relata, un centinela francés hizo fuego sobre él. Si la opinión que se formó del carácter é intenciones de Bazaine, fué ó no justificada, es cuestión que sólo el tiempo y la investigación paciente de la historia puede decidir; pero sí es cierto, que el General Díaz tuvo bastante oportunidad para estudiar al hombre; y su exposición del capítulo anterior, fué hecha años después que los franceses dejaron México, y por consigüiente, había tenido tiempo de reflexionar y ver en su propia perspectiva, todo el asunto de la rendición de Oaxaca y sus apreciaciones sobre los motivos que impulsaron á Bazaine en este período de su carrera, son dignas de la más cuidadosa consideración. No cabe la menor duda que el comandante en jefe de las fuerzas imperialistas francesas en México era desordenadamente ambicioso, y su historia posterior muestra que era hombre que no se detenía en nada con tal de conseguir promoción en su carrera militar. El General Díaz, por consiguiente, perfectamente comprendió el carácter del hombre con quien tenía que tratar; y ésto lo indujo á ejecutar uno de los hechos más dramáticos de su vida, hecho que mostró esa gran solicitud por la gente que está bajo su mando, que continuada durante toda su carrera militar hizo de él la figura más popular en el ejército liberal mexicano durante todo el período de las guerras del imperio.

Más de una vez han dicho los enemigos del General



Un episodio en el sitio de Puebla.

Díaz por la prensa, que violó su palabra con su primer fuga de Puebla. La historia fué oficiosamente propalada por los franceses durante los días del imperio, y gran capital se hacía de ella con el objeto de exponer al desprecio público al jefe liberal. Por consiguiente, la exposición que hace el General Díaz de su entrevista con Bazaine, es de interés especial, pues dá un mentís categórico á este rumor. Además, el examen de copias certificadas de los protocolos originales, firmados por los generales mexicanos después de la rendición de Puebla en 1863 y de Oaxaca en 1865, muestra que el General Díaz nunca firmó ningún protocolo; de lo cual se infiere, por consiguiente, que la historia fué, como hemos dicho, oficiosamente propalada por el partido imperialista para perjudicarlo con sus propios partidarios.

A su llegada á Puebla, se hicieron esfuerzos para inducir á los oficiales del ejército liberal á dar su palabra de honor de no servir otra vez en la milicia durante las guerras del imperio; y muchos de ellos, creyendo que la causa de la independencia estaba perdida, se comprometieron con la esperanza de contribuir á dar paz á su país. Pero Díaz rehusó constantemente y con la mayor firmeza entrar en compromisos de ninguna naturaleza con los invasores. El resultado de su conducta fué, que aunque se le trataba con todas las consideraciones debidas á su rango y al nombre que se había ganado como soldado, era vigilado muy especial y cuidadosamente.

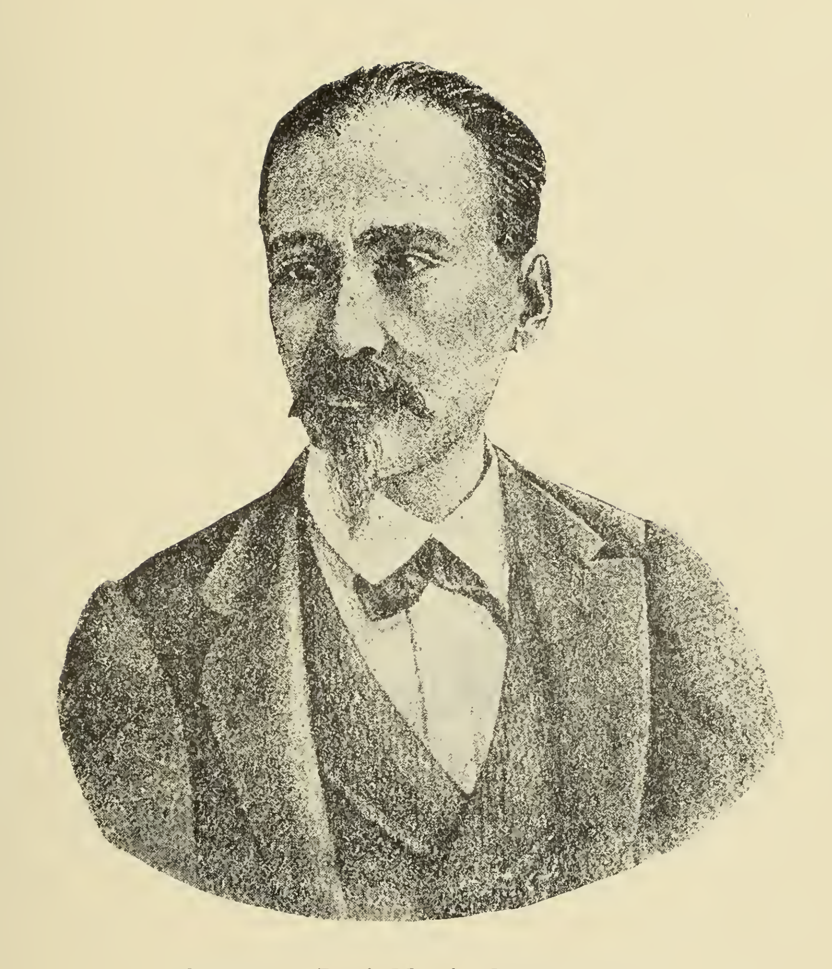
Desde el día de la rendición de Oaxaca, el comandante en jefe liberal, pensó siempre en la posibilidad de lograr escaparse de su prisión y de reasumir de nuevo su lucha por la causa nacional. El cuidado conque trazó sus planes para este objeto, y la paciencia que tuvo por seguirlos, son enteramente característicos de este gran hombre, que silenciosamente, con toda tenacidad y venciendo todas las dificultades que ha encontrado—tan numerosas y difíciles que hubieran desalentado á un hombre menos valeroso y patriota—ha trabajado sin descanso durante treinta

años en buscar la prosperidad y grandeza de México. Esta gran figura nacional ha sido mal comprendida por muchos, calumniada, y como sucede con los grandes genios, combatida durante largos años por la ambición, la ignorancia y la envidia. Pero no obstante todo, este gran patriota ha seguido impertérrito el camino que se había trazado cuando por primera vez se hizo cargo de la dirección de los asuntos del país en el año de 1876; y si él ha logrado hacer mucho más de lo que cualquier otro hombre hubiera hecho, es muy claro que hubiera podido hacer muchísimo más, si se le hubiera comprendido mejor, y si no hubiera tenido que enseñarles á sus propios compatriotas. que un hombre puede ser tan honrado, tan sincero y tan patriota cuando ocupa el primer puesto de la Nación, como cualquier ciudadano.

Las circunstancias y detalles de la fuga de Díaz de su prisión de Puebla en 1865 son tan características de este distinguido ciudadano, que preferimos, para mayor claridad y sencillez, usar de sus propias palabras:

"En Puebla fuimos entregados á fuerzas austriacas, que nos encerraron en tres prisiones distintas, poniendo á los generales, coroneles y tenientes coroneles en la fortaleza de Loreto. Allí nos juntamos con otros prisioneros liberales, entre quienes estaban los generales D. Santiago Tapia y D. Francisco O. Arce y permanecimos en este punto tres meses.

"Estando presos en dicho fuerte, nos volvieron á amonestar, como había sucedido cuando la rendición de Puebla, para que protestáramos no tomar las armas contra la intervención ni el imperio, y protestaron los más; pero sí recuerdo que no lo hicimos, por lo que respecta á los que junto conmigo fueron hechos prisioneros, el General Tapia, el Coronel D. Miguel Castellanos Sánchez, el capitán de artillería D. Ramón Reguero y yo. Castellanos Sánchez, no solamente se negó á protestar, sino que su negativa estuvo concebida en palabras ofensivas para los proponentes, por lo cual le sometieron, durante algunos días,



General José María Ballesteros.

á obscura y solitaria prisión. Para conseguir las protestas dichas, llegó á amagarse á alguno ó algunos hasta con el fusilamiento.

"No pusieron en libertad á Benítez ni á Ballesteros, sin embargo de haberse prestado á subscribir el documento de protesta, sin pasados varios meses y por recomendación de D. Bonifacio Gutiérrez. Así es que algunos días después, que de Loreto nos pasaron al Convento de Santa Catarina, colocaron en mi propia celda á dichos señores; pero un día fingí motivo de desagrado con ellos, y solicitaron del preboste que se les diera otra habitación, lo que, concedido, quedé solo, como deseaba, para preparar una evasión, y al efecto, desde luego comencé á hacer un subterráneo en el lugar que quedaba debajo de mi cama.

"Estaba situada mi celda en el piso bajo del edificio, dentro de una capilla donde había estado la celda de una monja milagrosa, y había en la capilla un pozo cuya agua, según la tradición, tenía virtudes medicinales. Ese pozo me servía para depositar la tierra que sacaba de mi obra.

"Cuando mi trabajo de excavación llegó más abajo del macizo cemento del edificio, seguí haciendo una galería horizontal hacia la calle, porque mi cuarto daba para ella, lo cual había rectificado por diversas medidas; pero antes de que pudiera concluir mi obra me cambiaron súbitamente á otra prisión.

"Efectivamente habían pasado cinco meses de estar en Santa Catarina, cuando se nos trasladó al convento de la Compañía.

"Había quedado con el mando de la plaza el barón Juan de Schizmandia; el jefe nato era el Conde de Thum, que había salido á campaña sobre la sierra de Puebla. El teniente Schizmandia me permitía ir á baño vigilado por un sargento austriaco que me seguía como sombra á todas partes y molestándome ésto, no volví á pedir permiso. Entonces me ofreció que me acompañaría él personalmente. Lo hizo así, pero usó de muchas precauciones, como ocupar una

silla frente al cuarto en donde me bañaba, y prohibir que fueran ocupados los baños contiguos....

"Exceptuando esta vigilancia, me trataba con mucha cortesía. Después del baño una vez me llevó á almorzar á su casa y luego me invitó á ir á los toros, y me condujo hasta en la tarde á mi prisión. No volví á aceptar invitaciones de esta especie, por no exponerme á que se creyera que estaba yo próximo á aceptar el imperio.

"Después me dejó que anduviese en libertad por la ciudad, esperando de mi honorabilidad que no lo comprometiese con mi fuga.

"Estas consideraciones para conmigo costaron caro al teniente Schizmandia, pues cuando volvió de su expedición el Conde Thum, le hizo fuerte extrañamiento y lo puso en arresto porque había relajado mi prisión.

"Al ocupar la plaza de México el 21 de Junio de 1867, encontré entre los prisioneros húngaros que tomé al enemigo, al Teniente Schizmandia, que había ascendido ya á mayor. Lo puse, desde luego, en libertad, y él aprovechó mi amistad personal para conseguir muchos favores y consideraciones para todos sus compatriotas que estaban á las órdenes del Príncipe Carlos de Kevenhuler y el Coronel Alfonso de Kodolich, que habían caído prisioneros, hasta que al fin permití á todos que regresaran á su país á bordo de la fragata austriaca "Novara," que había venido á Veracruz para conducir á Maximiliano.

"El mal éxito que el Conde de Tum había alcanzado en su campaña de la sierra de Puebla le tenía de mal humor. Al día siguiente de su arribo á Puebla, vino á la prisión y me llamó al salón de la corte marcial, que estaba en el mismo edificio, y allí me previno, con maneras bastante duras, que firmara una carta, previamente escrita, en que ordenara yo al General D. Juan Francisco Lúcas, que no fusilara á los jefes y oficiales traidores que tenía prisioneros, porque el gobierno imperial se proponía canjearlos por algunos



General Luis Pérez Figueroa.

de mis compañeros de prisión y que yo podía ser uno de los canjeados.

"Manifesté al Conde de Thum que no podía firmar semejante carta, y que la firma le sería perfectamente inútil, porque en mi calidad de prisionero no podía dar órdenes, ni el General Lucas estaba obligado á obedecerlas.

"En respuesta me expuso, en son de reproche, que era raro que no quisiera firmar una carta semejante, cuando había firmado en la prisión y remitido al General D. Luis Pérez Figueroa, su despacho de general; lo cual era cierto y no lo negué.

"El Conde de Thum me dijo entonces que nunca se había figurado que después de nueve meses de prisión, estuviera tan insolente, y que el Barón de Schizmandia pudo haber causado un grave perjuicio al gobierno imperial, si yo me hubiera evadido, aprovechándome de sus favores.

"Contesté al Conde, que mejor que él conocía el Barón el carácter de los dignos oficiales mexicanos, pues que él nunca los había tenido cerca y los juzgaba por el carácter de los traidores, que no se les parecían, y que las garantías que el Barón de Schizmandia había tomado para mi seguridad eran inquebrantables entre hombres de honor.

"Ese mismo día entró el Conde de Thum á la prisión y ordenó la clausura de nuestras ventanas, dejando sin luz las celdas de los prisioneros. Aumentó el servicio de centinelas de día y de noche, disponiendo que éstos entraran á toda hora en las celdas al hacer su vigilancia, ó se estacionaran en alguna de ellas, á su arbitrio.

"Sobre mí, especialmente, descargó el General Thum sus iras, y eso me hizo resolverme á abreviar la realización de una evasión que preparé para el 15 de Septiembre, día de mi cumpleaños, pero coincidiendo esa fecha con el aniversario de la independencia, no pude realizar mi propósito la noche de tal día, porque estaban muy iluminadas las calles de

Puebla, en virtud de la festividad cívica que se celebraba, y la aplacé para el día 20.

"Había yo comprado caballos y monturas, que con un criado tenía preparados ocultamente en una casa.

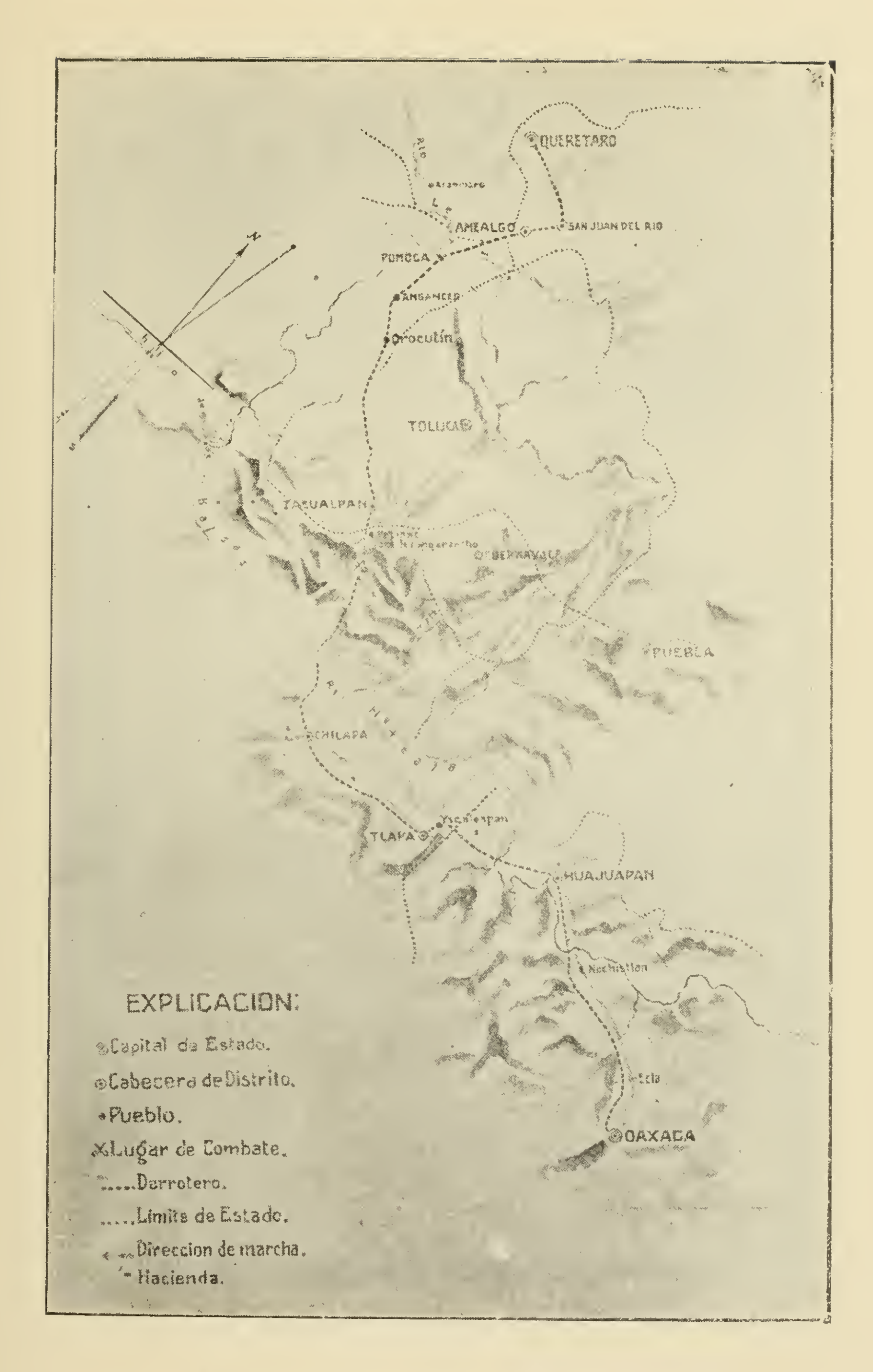
"El Teniente Coronel D. Guillermo Palomino y el Mayor D. Juan de la Luz Enríquez, mis únicos confidentes entre mis compañeros de prisión, invitaron á jugar naipes, la noche en que me evadí, á nuestros demás camaradas, para tenerlos distraídos y juntos y evitar así que anduvieran por los corredores y pudieran apercibirse de lo que pasaba.

"En la tarde del día 20, había yo añadido y envuelto, en forma de esfera, tres reatas que me proponía usar en mi evasión, dejándome otra en mi saco de equipaje y una daga perfectamente aguzada y afilada, como única arma de que pude allí disponer.

"Después del toque de silencio, me fuí á un salón destechado, en donde la entrada y salida de los prisioneros no llamaba la atención de los centinelas, porque estaba destinado á usos comunes de los mismos. Llevé conmigo las reatas envueltas en un lienzo gris, y una vez cerciorado de que no había otra persona en el lugar, la arrojé á la azotea, y con la otra reata que me quedaba, lacé un canal de piedra que me pareció muy fuerte, lo que hice con dificultad, porque no podía distinguir bien el canal, dado que no había más luz que la de algunas estrellas de una noche muy obscura. Me cercioré de la resistencia de aquel punto de apoyo, y luego subí por la cuerda á la azotea. Quité la cuerda que me había servido para subir y recogí las tres que había tirado de antemano.

"Mi marcha por la azotea para la esquina de San Roque, punto escogido por mí para el descenso, era muy peligroso, porque en la azotea del templo, que dominaba toda la del convento, había un destacamento y un centinela, que tenían por objeto vigilarnos desde la altura.

"Yo recorrí en la azotea una parte muy sinuosa, pues cada una de las celdas tenía una bóveda semiesférica, lo mismo que los espacios de los corredores



Marcha de Querétaro á Oaxaca.

comprendidos entre cada arco. Así es que, deslizándome entre esas medias esferas, ya arrastrándome por sus cavidades, caminaba necesariamente en dirección al centinela, buscando el punto por donde debía efectuar el descenso.

"La marcha diagonal, que era la más corta y más lejana del centinela, no podía ser sino aérea, á través del patio.

"Tenía muy á menudo que suspender mi avance, y explorar con el tacto el terreno por donde habría de pasar, porque había sobre las azoteas muchos pedazos de vidrio que hacían ruido al tocarlos; además, eran muy frecuentes los relámpagos, á cuya luz podía ser descubierto.

"Llegué, por fin, al muro del templo; y como allí ya no podía verme el centinela, sino inclinándose mucho, seguí de pie y me dirigí á asomarme á una ventana muy elevada que daba á la guardia de prevención, con objeto de observar si había alguna alarma. Corrí allí un gran peligro, porque el piso era inclinado y estaba muy resbaladizo, en virtud de la humedad producida por las lluvias frecuentes; y sin poderlo remediar, se me fueron los pies hasta los cristales, que eran poco resistentes, habiendo estado á punto de rodar al precipicio.

"Para llegar á la esquina de la calle de San Roque, por donde me había propuesto descender, era necesario atravesar por una parte del convento que servía de casa al capellán, quien tenía el antecedente de haber denunciado poco antes, ante la corte marcial, á los presos políticos que habían hecho una horadación que fué á dar á su casa, en virtud de cuya denuncia fueron fusilados al día siguiente.

Bajé á la azotehuela de la casa del capellán, en momentos en que entraba un joven que vivía en ella, y que probablemente venía del teatro, pues estaba alegre y tarareando una pieza. Esperé que se metiera á su habitación, y á poco salió con una vela encendida y atravesó por el lugar donde yo estaba. Me escondí para que no me viera á su paso y esperé á que regre-

sara, lo cual hizo pasados algunos minutos, que me parecieron largos en aquellas circunstancias. Cuando consideré que había tiempo para que se hubiera acostado y acaso dormido, ascendí á la azotea frontera del convento, por el lado del lote opuesto al que me había servido para bajar y seguí mi camino por ella á la anhelada esquina de San Roque, á la cual llegué al fin.

"Hay en tal esquina una estátua de piedra de San Vicente Ferrer, que era la que yo me proponía usar como apoyo para fijar mi cuerda. El santo oscilaba mucho al tocarlo, pero pensé que tendría probablemente una espiga de hierro que se sostuviera; y así, para mayor seguridad, no fijé la cuerda sino en la piedra que servía de pedestal, que era á la vez la angular del edificio, y que me pareció maciza al probar su estabilidad.

"Juzgué que si descendía inmediatamente de esa esquina para la calle, podía ser visto por algún transeunte, en el acto de descolgarme por la cuerda; y por ese motivo me propuse bajarme previamente hacia un lote que estaba cercado solamente, sin saber que había allí una pocilga de cerdos. Sobre ellos cae fatalmente mi daga, que se desprendió de mi cintura con el roce que efectuaba de espalda sobre la pared al descolgarme, ayudada por la cuerda; y aquellos animales, tal vez herido alguno, armaron un ruido tal, que podía descubrírseme si álguien ocurría con motivo del escándalo que hacían.

"Ocultándome al bajar, hube de dejar que se apaciguaran un tanto, y ya para brincar á la calle, subí á la cerca que de ella me separaba; mas tuve que retroceder repentinamente, porque en esos momentos pasaba el gendarme haciendo su ronda y examinando las cerraduras de las puertas. Cuando se retiró dicho gendarme, salí á la vía, y respiré con libertad.

"Sudoroso y agitado por la fatiga, emprendí violentamente mi marcha para la casa donde tenía mis caballos, mi crido y el guía, y pude, sin más tropiezo llegar á ella.



General Guillermo Palomino.

"Una vez en mi casa, donde me esperaba ya el guía, todos nos armamos de pistolas, montamos á caballo, y después de esquivar el encuentro de una patrulla de caballería, salimos por la garita de Teotihuacán. Estaba casi seguro de que sería detenido en dicha garita por los empleados, y me proponía forzar el paso; pero afortunadamente no fué así, pues el portón estaba abierto y se veía luz en las habitaciones y amarrado un caballo ensillado en el portal.

"Al trote atravesamos por allí, y una vez fuera de la ciudad y para ganar tiempo, seguimos nuestra marcha á todo galope.

"El Coronel Don Bernardino García debía esperarme con su guerrilla en el Paso de Santa María del Río, situado ya en los límites del Estado de Guerrero con el de Puebla; pero como mi evasión no tuvo lugar el 15, como yo le había anunciado, sino hasta el 20, ya García no me esperaba. Entre las 8 y las 9 de la mañana del 21 de Septiembre, llegamos al paso citado del río Mixteco, sin ningún incidente notable. Sabía que no estaban lejos de allí las fuerzas imperialistas del Coronel Flon, y no abandoné mi caballo ni mis armas; por lo que, mientras mi criado y mi guía pasaban en las balsas con sus monturas, y los pasadores de servicio llevaban del diestro sus caballos en pelo para volver á ensillarlos al otro lado, yo quitando solo el freno pasé á nado, agarrado con una mano de las crines de mi caballo y ayudándome con la otra, y esperé en la margen opuesta hasta que estuvieron nuevamente ensillados los de mis compañeros de viaje.

"Mi temor no era infundado; después de algunas millas que recorrimos al galope, llegamos al pueblo de Coayuca, donde había una fiesta, y donde supuse que, con ese motivo, habría algunos hombres de la guerrilla de García. Con objeto de averiguarlo, mandé al guía al centro del pueblo, mientras yo y mi mozo lo pasamos por los suburbios, para juntarnos los tres y volver á tomar el camino del otro lado.

"En ese rodeo me encontré con el alcalde del pue-

blo, á quien conocí por el bastón que llevaba, y me pareció inconveniente pasar sin decirle algo que alejara toda sospecha. En la corta conversación que tuve con él, le hice entender que era un comerciante que iba á la costa á comprar ganado. Pero el hombre aquel me conoció, me felicitó con efusión por encontrarme libre, y me ofreció sus servicios. Me hizo muchas instancias para que pasara un día en el pueblo, creyendo que estaría enteramente seguro, pues me protestaba que no tendría riesgo alguno. Resistí á sus ofertas y seguí la marcha. Apenas había dado unos cuantos pasos, cuando empecé á oir un tiroteo muy nutrido que de pronto me pareció podría provenir de fuegos de artificio, pero no tardé en percibir silbidos de balas. Entonces me dirigí rápidamente sobre una colina, separándome del camino que debíamos llevar, siguiendo á campo traviesa.

"Desde la colina pude ver que, en efecto, se trataba de un combate en el centro del pueblo, y con más razón apresuré mi marcha. A pocos momentos me alcanzó el guía, pues tanto él como yo conocíamos bien el terreno, y me informó que un escuadrón de Flon había caído de improviso á la población, con objeto de sorprender á los guerrilleros de García, que suponía habrían concurrido á la fiesta, como en efecto concurrieron.

"Seguimos, sin ser molestados, hasta el rancho de García, que distaba de allí unas quince ó veinte millas."



Julian Martínez.

CAPITULO XXVI.

Julián Martínez.

Estaba ya oscureciendo cuando llegaron el General Díaz y su escolta, compuesta del guía Francisco Hernández, y de su sirviente particular Julián Martínez, ambos indios de Oaxaca, al campamento del Coronel Bernardino García en las montañas de Guerrero.

Estos dos hombres que acompañaron al General Díaz en esta ocasión, merecen que se les mencione especialmente; pues no sólo le fueron siempre muy adictos, sino que por mucho tiempo vivieron con la familia Díaz como parte integrante de la misma.

Como Martínez estaba en calidad de sirviente personal del Comandante en Jefe del Ejército del Este, durante su segunda prisión en Puebla, y como era el medio de comunicación entre el General Díaz y sus amigos, quienes ansiaban verlo libre, es para el biógrafo, el sujeto más interesante de los dos adláteros del General.

Martínez, que sirvió al General Díaz durante todo el tiempo de las guerras del imperio, desde 1863 hasta 1867, era hombre rudo, ignorante y poco culto; pero en cambio poseía cierta astucia y agudeza, que la devoción á su amo aguzaban prodigiosamente. Por lo que se sabe, nunca se alistó como soldado, ni nunca pretendió de tal; y su único motivo para permanecer constantemente en el ejército, no era otro, sino el ser sirviente personal del comandante en jefe.

Durante varios meses Martínez llevó los mensajes que se cruzaron entre el General Díaz y los jefes liberales el año de 1865, y fué él quien proporcionó al General las cuerdas que le hicieron posible escaparse de la prisión. También fué él quien arregló todo lo concerniente á caballos y proveyó todo lo necesario para asegurar la fuga, y quien mandó aviso á Benardino

García para que aguardara al General Díaz en la mañana del 16 de Septiembre; lo que nunca llegó á tener lugar, por haber sido materialmente imposible efectuar la fuga en esa noche.

A muchos peligros se exponía Martínez llevando estos mensajes del General Díaz á sus amigos fuera de la prisión; pero simulaba tal aire de estupidez, que apartaba toda clase de sospechas del General Thum y de los oficiales y centinelas franceses que tenían á su cargo la guardia del distinguido prisionero liberal.

Aunque el General Díaz tenía la mayor confianza en la honradez y fidelidad de Martínez, y aunque en otras ocasiones le había confiado comisiones de gran importancia; procuró ocultarle que era él quien trataba de fugarse, temiendo que el mismo cariño de su fiel criado, en su ansiedad por servirlo, pudiera traicionar por alguna indiscreción su secreto. Por lo cual, le hizo creer que era un amigo suyo el que deseaba fugarse de la prisión, y que era de gran importancia á la causa liberal que tuviera éxito la empresa.

Como Martínez, además de su devoción al General Díaz, era liberal á toda prueba, coadyuvó con la mejor voluntad á llevar á debido efecto los deseos y planes de su amo. Trabajó con fe ciega, y no fué sino hasta que encontró al Comandante en Jefe del Ejército del Este en casa de un amigo del último, en la noche de la fuga de la prisión, que él supo que había estado todo el tiempo ayudando á su amo á obtener la libertad. Entonces fué su placer inmenso. Era el placer puro de una alma sencilla, que no se daba cuenta de que ese día había servido de la manera más señalada á la causa liberal, y que había servido á su país tan bien ó mejor que muchos que ostentaban orgullosamente altas decoraciones militares; pues humilde é ignorante como era Julián Martínez, le debe mucho la causa liberal por la parte que tomó en la liberación del General Díaz, quien estaba destinado á ser pronto motivo de la mayor inquietud para el Gobierno de Maximiliano.

CAPITULO XXVII.

Se pone á precio su cabeza.

Tan luego como se supo la fuga del General Díaz de su prisión en Puebla, el Conde de Thum ofreció en el acto una fuerte recompensa por su captura, muerto ó vivo; y ésto se hizo saber en todos los Estado del Sur y del Oeste, donde era probable que tratara de ocultarse el fugitivo general, y así, todos los jefes políticos de los departamentos de los Estados lo publicaron por bando. Tenemos pues, que muy al principio de su carrera, este distinguido hombre público se vió perseguido como fugitivo y con su vida puesta á precio.

Tenía entonces el General Díaz treinta y cinco años de edad: estaba pues en lo mejor de la vida, teniendo ya gran experiencia en la guerra y en el conocimiento de los hombres, y perfectamente informado de las condiciones y recursos de su país; conocimientos todos, que pocos hombres llegan á adquirir aún á edad doble de la que él tenía. Era hombre de gran habilidad, atrevido en extremo y que no conocía lo que quería decir miedo.

Mil pesos parecen poco precio para ofrecer por la cabeza de un jefe militar de la importancia del Comandante en Jefe del Ejército del Este; pero debe tomarse en consideración las circunstancias que prevalecían en ese tiempo en los distritos rurales de México; pues entonces, aún más que hoy, mil pesos eran casi una fortuna no imaginada para los soldados é indios entre los que Díaz se mantenía oculto. Y una gran prueba de su popularidad entre esa gente es, que ninguno de aquellos en quien alguna vez se confió, intentó jamás traicionarlo.

El mismo General Díaz dice que el Coronel García tenía arreglado un sistema de alarma para protegerse contra cualquier sorpresa, sistema que era

muy eficiente. Tenía colocados espías en los montes circunvecinos, que estaban en vigilancia constantemente para en caso que se acercara el enemigo. Siempre que la ocasión lo requería, éstos últimos tocaban ruidosos tambores que podían ser oídos á gran distancia ; y así le era posible á García escaparse, antes de que el enemigo se percatara de él.

La noticia de la fuga del General Díaz y de su llegada al campamento del jefe guerrillero, se extendió rápidamente por las comarcas circunvecinas, y durante la noche del día que siguió á su aparición entre las fuerzas de García, representantes de diez diferentes municipalidades llegaron al campamento á congratularlo, y á asegurarle que, aunque se veían obligados á aparecer como simpatizadores del imperio, estaban realmente en simpatía sincera con la causa liberal.

En la mañana del 22 de Septiembre, Díaz y García levantaron campo en las montañas de Guerrero, con apenas catorce hombres bajo su mando, todos ellos armados con revólveres y espadas. Con esta mal armada é insignificante fuerza, determinaron atacar los dos atrevidos jefes á la ciudad de Tehuitzingo, la cual estaba situada en la línea limítrofe entre Puebla y Guerrero, pero en la jurisdicción del primero de estos Estados. En dicho lugar había una guarnición de fuerzas imperiales consistente en 25 hombres bien armados.

Se dirigieron rodeando á la ciudad, pasando por la parte baja de sus contornos, donde no era probable que fueran descubiertos por estar el terreno bien cubierto de árboles. Allí se devidió en dos partes la diminuta furza, una de las cuales se puso al mando de Díaz y la otra al de García. Marcharon sobre la plaza desde dos puntos distintos y cayeron al mismo tiempo sobre la guarnición imperialista. Esta última fué tomada tan de sorpresa, que se rindieron á una fuerza la mitad menos numerosa que la suya, sin haber dado un solo golpe.

Tehuitzingo proveyó á Díaz y á García con armas, municiones y otras provisiones militares; é inmediatamente se reclutaron en la población cuarenta hombres, armados mucho mejor que los pocos valientes y esforzados que tomaron el lugar en plena luz del día.

El día siguiente salió el General Díaz de Tehuitzingo con su recién alistada fuerza, y poco antes de la caída de la tarde, encontró cerca Piaxtla, un cuerpo de hombres al mando del Coronel Carpintero, al cual inmediatamente atacó, derrotó y persiguió por cinco kilómetros. Los imperialistas dejaron abandonado, en su apresurada fuga, casi todas sus armas y sesenta caballos.

Así es de que, en los cuatro días que hacía que el General Díaz había escapado de la prisión, había ya derrotado completamente á dos fuerzas imperialistas bien armadas y disciplinadas, y había reunido á su derredor cerca de 100 hombres con suficientes armas y municiones de guerra, y cerca de cien caballos. Las noticias de su fuga y de sus victorias, se extendieron como el fuego por toda la línea fronteriza entre los Estados de Puebla y de Guerrero. En Tapua se le unió el Teniente Coronel Juan José Cano con setenta y ocho hombres, y pocos días después, se le unió en Tepetlapa Tomás Sánchez con treinta hombres montados.

Mas Bazaine no se había descuidado durante todo este tiempo, y había sido mandado Visoso con 300 hombres de infantería y 50 de caballería en persecución del jefe liberal fugitivo, quien se había visto obligado, á causa de fuertes y constantes tormentas, á quedarse cuatro días en Tepetlapa. En el camino de este último lugar á Tulcingo, encontró el General Díaz á Visoso, y he aquí cómo dicho general describe el resultado de dicho encuentro:

"Muy cerca del pueblo de Tulcingo, en que había una colina de por medio, encontré á un hombre que venía con el pretexto de traer pan á Tepetlapa, pueblo donde hay muchos panaderos.

"Me pareció desde luego inverosímil ese comercio y comprendí que era un explorador de Visoso. En efecto, después de amenazarle me confesó que era explorador, y me dió algunas noticias importantes, entre otras, que la tropa enemiga estaba limpiando sus armas.

"Después de un ataque de sorpresa, combinado y muy rápido sobre el atrio del templo, que era el lugar donde el enemigo se encontraba acuartelado, logré rendirlo, no obstante que hizo mucha resistencia hasta los últimos momentos, ocasionándole pérdidas de consideración, pues recogí cuarenta muertos del campo de acción. Visoso había huído con sus cincuenta caballos, dejando en mi poder toda la infantería con sus armas, sus útiles de banda y tres mil y tantos pesos en oro que tenía en su pagaduría.

"Al día siguiente organicé á los prisioneros, formando dos compañías, que pomposamente llamábamos batallones, dando á mandar una al Mayor Don Juan José Cano, que era un oficial de los que se nos habían incorporado en Tecomatlán; y la otra al entonces teniente y hoy General Don Mucio P. Martínez.

"Con mi fuerza aumentada así emprendí la marcha para Tlapa, del Estado de Guerrero; y en esa travesía se me incorporó el Coronel Don José Seguran y Guzmán, procedente de la Mixteca, que al rumor de mi aparición por ese rumbo, venía con algunos hombres montados y armados.

"No contando con recursos suficientes para hacer una campaña fructuosa, y teniendo que operar en el Estado de Guerrero, que correspondía á la división militar del General Don Juan Alvarez, me determiné á ir á la hacienda de "La Providencia," en donde tenía su casa y cuartel general, con objeto de discutir con él algún plan regular de campaña y recibir algunos elementos de guerra, si estaba en situación de facilitármelos. Vivía el General Alvarez con mucha pobreza, y todo lo que conseguí fueron doscientos fusiles de percusión con sus respectivas municiones, y

órdenes para las autoridades del Estado de Guerrero, de donde era gobernador su hijo Don Diego, para que me proporcionara víveres, que me comprometí á colectar con equidad en todos los pueblos. Por desgracia, la protección que allí encontré fué infinitamente menor de la que yo me esperaba; sin embargo, la autorización para colectar víveres en los pueblos del Estado era una buena base á falta de mejores recursos."

CAPITULO XXVIII.

Díaz derrota de nuevo á Visoso.

El General Francisco Leyva, que había estado con las fuerzas de Juan Alvarez, se unió en La Providencia con el General Díaz, trayendo consigo como una docena de oficiales, que fueron un agregado de bastante importancia á las fuerzas indígenas poco disciplinadas del último.

A su regreso á Tlapa, donde había dejado sus fuerzas al mando del Coronel Segura, encontró, que durante su ausencia, la ciudad había sido ocupada por una fuerte columna de austriacos; y que el Coronel Segura con las fuerzas liberales se había atrincherado en una montaña vecina, donde ocupaba una fuerte posición. Como las fuerzas de los austriacos consistía en 1200 hombres bien armados y tenían además seis piezas excelentes de artillería de montaña, no le era posible al General Díaz presentar batalla, por lo cual recurrió á la estrategia. Reunió cierto número de indígenas de los contornos y los hizo marchar por los flancos de la montaña á vista de los austriacos, los cuales, como es natural, suponiendo que esta gente estaba armada, y temiendo ser rodeados por una fuerza mayor, apresuradamente se retiraron dejando la población en poder de los liberales.

Cuando los austriacos se habían marchado en dirección de Chila, el General Díaz dió gracias á los indígenas por su oportuno auxilio y los desbandó; pues no tenía ni armas suficientes para ellos ni medios para mantenerlos en el servicio.

Aunque no les era posible á los liberales dar batalla á los austriacos, el General Díaz continuó molestándolos y acosándolos con ataques nocturnos, y así los obligaba á mantenerse en constante vigilancia y en temor incesante de alguna sorpresa. Su objeto era

mantener ocupados á los austriacos y separados de las fuerzas al mando de Visoso.

Repentinamente los liberales regresaron á Tlapa, donde el General Díaz, que tenía un ligero ataque de gripa, hizo circular la noticia de que estaba enfermo de gravedad. Este rumor llegó á oídos de Visoso, de acuerdo con lo que se esperaba, y decidió á este jefe á avanzar hasta una distancia de seis ó siete millas de las fuerzas liberales. Y así, Díaz había logrado ponerlo á distancia de ataque y separado de los austriacos. Esto último era lo que más le interesaba, é inmediatamente procedió á aprovecharse de este movimiento de parte de Visoso:

"El 3 de Diciembre, en la noche, sin dar ningún toque, y de la manera más sigilosa, levanté y organicé mis fuerzas y emprendí mi marcha con la cautela necesaria, hacia el pueblo de Chila, cuyas entradas y caminos conocía muy bien. Mas al llegar al lugar, supe que Visoso había marchado á las nueve de la noche para Comitlipa, que no está muy lejos.

"Todavía faltaba mucho para que amaneciera, y seguí sin dilación alguna. Al llegar en la madrugada del 4 de Diciembre de 1865, á un lugar del camino, desde donde se descubre el pueblo, ví en un pequeño cerro que está casi á tiro de pistola de la plaza, una gran fogata, y comprendí que allí había un puesto de observación; y como aún no amanecía, no podía yo ser visto por los hombres que lo formaban. En un reconocimiento que practiqué con otros dos ayudantes, dejando toda mi fuerza en el camino, pude comprender que el enemigo no tenía ninguna avanzada por el lado donde yo iba y que sólo ocupaba el centro del pueblo, esto es, la plaza, la casa municipal y la colina á que he aludido.

"Bajé entonces mi infantería de la alta planicie por la que que el camino pasa, la oculté en unos espesos carrizales y arboleda que había á muy corta distancia de las primeras casas, y la dejé allí á las órdenes del Capitán Don José Guillermo Carbó, una parte; y la otra, á las órdenes del Teniente Coronel

Don Juan José Cano. Hecho ésto, volví al punto elevado del camino, en donde había quedado mi caballería. Esperé á que amaneciera, y cuando hubo luz, emprendí la marcha con ella, haciéndome visible sobre el relieve del terreno. Entonces ví perfectamente que bajó un hombre corriendo de la colina, sin duda á dar aviso á Visoso. Creí que éste saldría á mi encuentro; pero no sucedió tal, y tuve que llegar hasta la plaza á tirotearle para que saliera á perseguirme, pues hice oportunamente una falsa retirada.

"Como los del cerro habían podido ver y hasta contar la fuerza de caballería que yo traía que apenas llegaría á cien hombres, Visoso se animó y salió briosamente tras de mí. Cuando hubo rebasado el carrizal, le rompieron los fuegos el Capitán Carbó y el Teniente Coronel Cano, cortándole el primero el camino y batiéndole el otro por un costado, en los momentos en que yo, con la caballería, volvía caras y le cargaba rudamente por la llanura de su izquierda adonde corría su gente en desorden, al sentir los fuegos á quema ropa que salían del carrizal.

"Fué completamente derrotado Visoso, y huyó con sólo unos veinte ó treinta jinetes, dejando 81 muertos, entre los cuales había tres oficiales y prisionera á casi toda su infantería, que me sirvió para formar, con el piquete de cabos y sargentos oaxaqueños que había encontrado en "La Providencia," el batallón "Fieles de Oaxaca," cuyo mando tomó desde luego el Capitán Don José Guillermo Carbó, á quien ascendí á Mayor, por sus servicios y con ese especial objeto."

CAPITULO XXIX.

Mejores días para la causa liberal.

Después de la derrota de Visoso, el General Díaz continuó acosando con toda actividad á las guarniciones imperiales de la vecindad de Tlapa, y en lo general, en todo el país situado á lo largo de la línea limítrofe entre los Estados de Puebla y de Guerrero. Varias veces extendió el campo de sus excursiones, para levantar á los indios contra los imperialistas, y siempre con gran éxito. Invariablemente, cuando tenía lugar algún encuentro entre sus fuerzas y las del enemigo, la suerte le era favorable. Con lo cual, la reputación de Díaz y de los soldados que guerreaban bajo su mando, se extendió por todas partes de los Estados de Guerrero, Puebla y Oaxaca, hasta que su nombre vino á ser el más temido y odiado en la corte de Maximiliano, que había comenzado ya á sentir los rigores é inconveniencias, la humillación y el desagrado de una situación que cada día era más difícil de sostener.

Ya los Estados del norte de la Unión Americana habían asegurado la victoria en la guerra civil que había amenazado dividir en dos la República del Norte, y la administración de Washington había reconocido al gobierno de Juárez y puesto á Napoleón III en situación tal, que encontró más ventajoso el abandonar á Maximiliano á su suerte.

Para empeorar más aún la causa del imperio, los jefes liberales habían comenzado á presentarse en campaña por todo México, con partidas bien organizadas y disciplinadas, y victoria tras victoria era ganada á las fuerzas del imperio. Estas victorias, aunque de poca importancia en lo que se refiere al número de gente comprometida en cada combate, servían para levantar el espíritu de los liberales, y sobre todo, para proveerlos de armas y municiones de gue-

rra; todo lo cual obtenían de los imperialistas derrotados.

La circunstancia de que los Estados Unidos habían reconocido al gobierno de Juárez, y habían prácticamente suspendido relaciones con Francia en todo lo referente á la cuestión mexicana, contribuyó también á alentar á los liberales, y como es natural, á deprimir correlativamente á los imperialistas.

Día tras día se sucedían las deserciones, ya de individuos, de compañías y hasta de cuerpos enteros de la causa imperial; y esto pasaba en casi todos los Estados de la Unión donde el imperio mantenía aún alguna autoridad. Entre los que se pasaron á las filas liberales, estaba el infatigable jefe de guerillas Visoso, quien en dos ocasiones había sido derrotado por el General Díaz; no obstante lo cual, fué á él á quien eligió para rendir voluntariamente su mando, á mediados del año de 1866. Al desertar de la causa imperialista se llevó consigo 200 hombres bien armados y disciplinados, todos los cuales eran mexicanos. Con el tiempo, fué Visoso uno de los oficiales más distinguidos y de más confianza del General Díaz y prestó excelentes servicios á la causa liberal.

En todas las excursiones que llevó á cabo el General Díaz contra los lugares guarnecidos por tropas imperialistas en el Estado de Guerrero, logró proveerse de gran cantidad de rifles y de toda clase de material de guerra.

Ortega se vió obligado á retirarse apresuradamente de Jamiltepec, ante las fuerzas liberales; y en ese pueblo encontró el General Díaz, cuando regresó, 400 rifles Enfield de la marca más moderna; rifles que estaban empacados todavía, pues no habían sido aún usados; y logró reunir también 100 rifles más entre los indios que encontró ahí que habían servido al imperio. Este armamento era tan bueno como el mejor que entonces se pudiera usar en México. De este modo le fué posible al General Díaz devolver al General Alvarez los mosquetes viejos que este último le había prestado poco tiempo antes.



Un Problema de México

Por todos lados acudían los indios á su llamado y podía haber reunido un ejército respetable, sino hubiera sido por la desgraciada circunstancia de no tener suficientes fondos para mantener un cuerpo grande de tropas. Todas estas dificultades se las participó, en la correspondencia que con él tenía, á Matías Romero, ministro mexicano del gobierno de Juárez en Washington.

Debe decirse, como merecida alabanza á Matías Romero, que trabajó con la mayor constancia y dedicación por la causa liberal, y logró en varias ocasiones hacer llegar á México provisiones de armas, ropa y otros artículos indispensables para proseguir la guerra. Debemos recordar, que debido á su mediación, se mandaron á México las armas que Juárez ordenó después fueran destruidas, por temor de que cayeran en poder de los conservadores, y que Porfirio Díaz, desobedeciendo esas órdenes, las salvó para beneficio de la causa liberal.

México debió mucho en esos días, no cabe la menor duda, á Matías Romero.

En el período álgido de esta terrible lucha por supremacía entre el imperio y el partido liberal, dos atentados criminales se hicieron contra la vida del General Díaz. Los detalles de dichos atentados los transcribimos valiéndonos de las mismas palabras del General Díaz. Dice así:

"El General Trujeque, que se encontraba al servicio del enemigo en el rancho de Tacache, me mandó en comisión al Capitán Don Enrique Travesí, que era ayudante suyo, y hermano de Don Manuel Travesí, mi secretario particular, ofreciéndome ponerse al servicio del gobierno con toda su fuerza. Me daba, como garantía, la vida de Don Enrique Travesí, que quedaría en rehenes con los míos, mientras yo pasaba á tener una conferencia con él en el rancho de Tacache, adonde me citaba.

"Como la situación empezaba á declinar para lós imperialistas, y yo conocía el carácter de Trujeque, no me pareció inverosímil su cambio, y salí para Ta-

cache, acompañado de un ayudante. Al salir de Xochihuehuetlán, donde me hallaba, quedaron muy alarmados todos mis subordinados de que emprendiera solo esa marcha sin escolta que me diera seguridad, y convinieron en que me seguiría á cierta distancia, para que yo no me percibiera de ello, el Teniente Coronel Don Marcos Bravo, con 100 caballos de lo mejor que teníamos. Pasé la avanzada de Trujeque sin novedad. Dicha avanzada era un puesto nada más de vigilancia, formado por cinco hombres desmontados.

"Al llegar al rancho de Tacache, y en los momentos de bajar del caballo á la puerta del jacal donde estaba alojado Trujeque, hicieron fuego, de otro que había al lado opuesto de la pequeña plaza, sobre mí y mi ayudante, hiriendo ligeramente el caballo de éste.

"Salimos á todo escape por donde habíamos entrado, forzando la avanzada y seguidos, á corta distancia, por gente de á caballo.

"Cuando mi ayudante y yo corríamos de éste modo por las colinas, ví fuerza de caballería que, al parecer, salía á cortarnos la retirada. A poco reconocí que esa fuerza pertenecía á los míos, y entonces me incorporé á ella, y retrocedió la de Trujeque.

"Acto continuo me escribió el citado Trujeque, explicándome que todo lo que había pasado fué porque me reconoció algún oficial de los que no estaban de acuerdo con él, y yo quedé en duda de la verdad de lo ocurrido, porque pensé que si hubiera habido algún plan preconcebido, bastaba que me hubieran dejado echar pie á tierra para que hubieran sido dueños de mí y del ayudante que me acompañaba."

Pero si el General Díaz tenía alguna duda acerca de las intenciones de Trujeque, el carácter del hombre y los acontecimientos que siguieron, deben de haberlo convencido de que dicho individuo tramó deliberadamente el vil atentado contra su vida, en pro del interés de la causa imperialista. No cabe duda que su plan era asesinar al General Díaz, y después culpar de tan sucio crimen, á las personas que se podía suponer no estaban en el secreto del convenio que ha-

bía sido hecho entre el mismo general y el comandante de las fuerzas conservadoras. Si semejante plan se hubiera llevado á debido término, tenía mucha seguridad Trujeque que el gobierno imperial no le pediría cuentas acerca de los medios que había empleado para conserguir su objeto. No debe olvidarse tampoco que Trujeque había sufrido varias derrotas de manos del General Díaz; cosa que había retardado su promoción, y lo había puesto, hasta cierto punto, en mal predicado con las autoridades del imperio. Además, era Trujeque hombre muy vengativo, y de aquellos que no vacilan en rebajarse hasta el grado de usar medios viles con tal de conseguir el fin que se proponen.

Algún tiempo después, el General Díaz, que aparentemente se dió por satisfecho con la explicación que le dió Trujeque acerca del ataque que se le había hecho, ataque que estuvo á punto de costar á la causa liberal su más hábil jefe, entró en negociaciones con dicho comandante, procurando inducirlo á que se pasara con toda su caballería á las filas liberales; pues como hemos visto, dicho jefe había ya manifestado antes deseos de desertar de las filas imperialistas.

Trujeque avanzó acompañado de su caballería á encontrar al comandante liberal fuera de los muros de la ciudad de Huajuápam, según se había convenido; pero en esta ocasión el General Díaz, teniendo ya muchísima razón para desconfiar del hombre con quien trataba, avanzó con la mayor cautela y procurando evitar cualquier sorpresa; precauciones que estuvieron muy justificadas; pues tan luego como Trujeque hubo avanzado al lugar fijado para la entrevista á distancia de tiro, rompió nutrido fuego sobre las fuerzas liberales que con tanta lealtad habían llegado á la cita convenida. Estos últimos, ya prevenidos contra la mala fe del enemigo, no sólo resistieron el ataque, sino que lograron rechazar á los imperialistas y los persiguieron hasta obligarlos á internarse en la población, donde lograron ponerse en seguridad, habiendo tenido para conseguirlo que

hacer fuego contra los liberales que los perseguían hasta desde los techos de las casas.

Entre tanto, Félix Díaz había llegado al Estado de Oaxaca y había dado tan buena cuenta de sí mismo, que dejó sembrado el terror por toda la vecindad del Estado. Habiéndose encontrado en esa localidad con tanto éxito, decidió reunirse con su hermano Porfirio, considerando, y con razón, que sus fuerzas unidas lograrían mayores éxitos que trabajando separadamente. El General Díaz nos relata las circunstancias de este encuentro, cuyos detalles no dejan de tener algo de romántico, así:

"La noche del 14 de Septiembre de 1866, visitando el General Díaz sus avanzados en el camino de Tlaxiaco á Chacaltongo, se sorprendió al oír el ruido de las pisadas de un caballo; y en el acto, dos personas en conversación, se acercaban por el mismo camino.

"Permanecí quieto hasta que tuve dos bultos á la vista, y entonces me adelanté con mi clarín á sorprenderles, resultando que eran un hombre de á caballo y un indio que le servía de guía. El de á caballo era un español llamado D. Eugenio Durán, á quien yo no conocía; y después de alguna conversación que tuvo conmigo, en la que ocultaba el objeto de su presencia en aquellos lugares, cuando se convenció de quién era yo, me entregó unos pequeños pedazos de papel escrito, que traía con la firma de mi hermano, en que me avisaba que, aprovechando él el estado de debilidad en que quedó la ciudad de Oaxaca, con la salida de Oronoz á perseguirme, la amagaba tan de cerca, que pocos días antes había penetrado por las calles de San Juan de Dios, hasta la Plaza del mercado, poniendo en gran alarma á toda la ciudad y obligando á la pequeña guarnición que allí había, á meterse detrás de trincheras, lo mismo á la policía.

"Agregaba Durán, que con motivo de las hostilidades de mi hermano, que seguramente había llegado á noticia del enemigo que ocupaba á Tlaxiaco, éste se movía violentamente para Oaxaca, y que era



Tierra Caliente del Estado de Oaxaca.

probable que, en los momentos que hablaba conmigo, estaría saliendo del lugar.

"Con esta noticia, ya no me cuidé más de los caminos por las avanzadas abandonados. Subí violentamente al cuartel general, en compañía de Durán; antes de llegar, mandé tocar diana, y en seguida, llamada de honor. Acudieron á mi alojamiento, con toda prontitud, los jefes y oficiales. Les leí los papeles que acababa de recibir, les manifesté que el enemigo abandonaba Tlaxiaco en esos momentos y mandé dar el primer toque de marcha.

"Ocupé á Tlaxiaco entre diez y once de la mañana, cuando el enemigo acababa de abandonarlo. Conseguí algunos recursos de los comerciantes, y en el mismo día seguí la marcha sobre la huella del enemigo. En la tarde alcanzamos algunos soldados cansados y la escolta de un oficial enfermo, á quien conducían en camilla.

"El hecho de haber tomado la iniciativa contra el enemigo, cambió por completo el ánimo de mi fuerza; y con ella ya moralizada, emprendía mi marcha hasta pasar por cerca de Yanhuitlán, donde había un destacamento de 200 húngaros atrincherados.

"Oronóz había hecho alto por poco tiempo en Nochistlán, y con este motivo me dirigí al pueblo de las Andallas, en donde encontré á mi hermano, que, haciendo un rodeo, venía procedente de las inmediaciones de Oaxaca, con objeto de incorporárseme con la fuerza que había organizado.

"Oronóz siguió su marcha rápidamente para Oaxaca; y yo, engrosadas mis filas con la fuerza de mi hermano, pernocté en Tecomatlán, pueblo que distará unos ocho ó diez kilómetros de Nochistlán, hacia el Sur y al pié de la montaña.

"En la noche, supe que los húngaros acuartelados en Yanhuitlán habían hecho una excursión á Nochistlán, en número de cien caballos. Calculando que allí podría encontrarles, me dirigí con caballería á aquel lugar, violentamente, antes de amanecer, dejando la infantería en Tecomatlán, á las órdenes del Coronel

D. Manuel González. Me acompañó mi hermano, quien entre sus soldados traía un pequeño piquete de caballería. Llegamos á Nochistlán á los albores de la mañana, y nos avisaron que los húngaros habían permanecido allí pocas horas y habían vuelto á tomar el camino de Yanhuitlán.

"Apenas habíamos avanzado algunos pasos para dicho lugar, cuando vimos formado, en una loma, un escudrón de húngaros, sobre el que cargamos inmediatamente en dos distintas fracciones, de las cuales yo mandaba la principal y el General D. Vicente Ramos la otra.

"Chocamos con tal escuadrón dos veces, y al fin, en formación táctica, emprendió una retirada ejecutada tan hábilmente que le permitió llegar á Yanhuitlán, sin sufrir grandes pérdidas.

"Dejaron los húngaros en el campo de combate, muchos hombres y caballos, heridos unos y muertos otros; entre los últimos, el jefe de escuadrón, Conde de Gant."



Batalla de Miahuatlán.

CAPITULO XXX.

Batalla de Miahuatlán.

Después de los sucesos relatados en el capítulo anterior, el General Díaz envió á su hermano Félix de regreso á la vecindad de Oaxaca, con instrucciones de amenazar la ciudad, y así impedir á las tropas imperialistas allí situadas, emprender una campaña activa contra él mismo. Se arregló entre los dos hermanos, que en caso que Félix fuera perseguido por los imperialistas de la capital del Estado, se retiraría, y entonces Porfirio amenazaría la ciudad por otro rumbo. Este plan tuvo buen resultado. Pero entre tanto, una fuerte columna al mando del General Oronoz, se puso en persecución de los liberales bajo Porfirio Díaz, los cuales se encontraban en Zimatlán. Estos últimos se retiraron y permitieron á Oronóz ocupar la población en que se encontraban. En el interín, Díaz marchó por el camino de Ejutla á las montes situados al noreste de la ciudad de Miahuatlán, donde tomó una fuerte posición, teniendo al frente el río Miahuatlán, una barranca á la izquierda y montes por todos lados.

A la retirada de las fuerzas liberales, Oronóz tomó posesión de Ejutla é hizo toda clase de preparativos con el objeto de aprovecharse de las ventajas que había ganado con motivo de la retirada de Díaz. Sus espías le habían informado, que éste último se encontraba en Miahuatlán con una fuerza muy inferior á la suya; y confiando en que obtendría la victoria, si lograba dar alcance á los liberales, se puso en camino muy temprano en la mañana del día 3 de Octubre de 1866, y haciendo marchas forzadas, llegó á la vecindad de Miahuatlán á las tres de la tarde de ese mismo día.

Cuando le informaron al General Díaz que las tropas imperialistas marchaban sobre Miahuatlán,

las fuerzas de Oronoz estaban ya casi á la vista. Los soldados liberales estaban limpiando sus armas, y los oficiales comisarios estaban inspeccionando sus respectivos departamentos. Muchos rifles habían sido desarmados y la mayor parte de los oficiales y soldados estaban á medio vestir. En la apariencia, era una fuerza tan poco preparada á dar batalla á un enemigo, como se pudiera esperar sorprender en cualquier parte, en un tiempo de campaña tan activa como la que en esos días se estaba llevando á cabo en los Estados de Oaxaca y Guerrero.

Pero apenas llegaron las noticias á los cuarteles liberales de la aproximación del enemigo á Miahuatlán, cuando el General Díaz comenzó á dar sus órdenes á los varios departamentos del pequeño ejército. A los soldados se les ordenó armar sus rifles con la mayor velocidad y prepararse para la batalla. Una oleada de excitación recorrió todo el campamento; y se vió por todos lados un apresurado armar de fusiles, atar de correas de los equipos y vestirse de oficiales y soldados. En un tiempo increíblemente corto, todos estaban listos al llamado del comandante en jefe y se recibió la orden de comenzar la retirada. La infantería, al mando del Coronel Manuel González, comenzó la retirada á lo largo del camino de Cuixtla, el cual había sido escogido á causa de la naturaleza montañosa que, mientras impedía poco la marcha de los liberales, por estar éstos acostumbrados á viajar por las montañas, donde la mayor parte de ellos había nacido y crecido, era decididamente desventajoso para los franceses y austriacos, que estaban armados y vestidos más pesadamente, y que como es natural, se veían obligados á caminar más despacio.

Pero el General Díaz no tenía intención de permitir á las fuerzas imperialistas seguir á su infantería, la cual había quedado oculta de la vista de aquellas en los tortuosos desfiladeros del camino de Miahuatlán á Cuixtla, hasta que se aseguró que su gente había puesto suficiente distancia entre sí y el enemigo, y había tenido tiempo de cumplir las órdenes que ha-

bía él dado al Coronel González. Y á ese efecto, inmediatamente tomó una de aquellas resoluciones repentinas que, en momentos de peligro, se le venían como una inspiración. Con su estado mayor y su escolta personal de treinta y ocho de á caballo, marchó rápidamente á lo largo del camino, hacia el enemigo que avanzaba, y un cuarto de hora después, había tomado posesión del monte de Los Zavaletas, como á un kilómetro al noreste de la plaza de Miahuatlán. Al pie de la ladera norte de este cerro pasaba el camino de Oaxaca, por el cual marchaban los imperialistas, detrás de una cadena de pequeñas colinas que les impedía ver lo que estaba pasando en la vecindad de Miahuatlán.

En el acto, el estado mayor y la escolta fueron desplegados en extensa línea de fuego á lo largo del frente del monte, de modo á aparentar fuerzas superiores de las que realmente habían, preparándose para dar batalla. Como á los imperialistas les era imposible ver lo que sucedía detrás de Los Zavaletas, creyeron, como es natural, que el piquete que veían en el cerro estaría fuertemente apoyado por la retaguardia.

Antes de abandonar la ciudad de Mihuatlán, el General Díaz había dado órdenes al General Vicente Ramos de seguirlo con la caballería, fuerte de doscientos jinetes, tan luego como él estuviera listo para marchar; y justamente, en el momento en que Oronoz hacía alto á la vista del monte de Los Zavaletas, Ramos y su caballería aparecían en la cumbre del mismo. Ocultándose en lo accidentado del terreno había logrado llegar á la posición ocupada por el General Díaz, sin haber sido visto por los imperialistas, sino hasta que actualmente se encontraba con el general en la cumbre del monte.

Ya Oronoz había comenzado á descargar su artillería de montaña y á prepararse para la próxima batalla, cuando logró ver á la infantería mexicana, al mando del Coronel González, desfilando á lo largo del camino de Cuixtla, al rededor de la base de uno

de los muchos cerros al norte de la ciudad; é inmediatamente se formó la idea, de que Díaz estaba sosteniendo Los Zavaletas con el objeto de detener á las fuerzas imperialistas el tiempo suficiente para permitir á su infantería escapar á los montes; por lo cual, comenzó á reunir su caballería para atacar la posición del comandante liberal. Díaz había ya anticipado este movimiento: y así, ordenó á Ramos retirarse á Miahuatlán por el mismo camino que había venido, y de allí, irse á reunir con la infantería de González. Ramos, pues, continuó por la ciudad hasta la plaza, y luego, volviendo hacia el norte, cruzó la línea de cerros que se extiende en una dirección noroeste, y dejando á estos cerros entre él y el enemigo, marchó rápidamente y se incorporó, con la infantería al mando de González en el lado norte de la Cañada de los Nogales.

En esta retirada Ramos llevó consigo la escolta del General Díaz, quien se apresuró á ir tan ligero como pudo y acompañado sólo por un corneta, hacia Miahuatlán, adelantándose á la caballería; pues le tenía preparada ya una trampa al enemigo. Se colocó al extremo de la calle por la cual tenía que pasar la caballería de Oronoz y ocultó en los maizales que habían á un lado del camino, cincuenta montañeses pertenecientes á la infantería de González, que habían sido escogidos entre los mejores tiradores. Además de éstos, se ocultaron también á ambos lados del camino doscientos hombres de Miahuatlán, que se habían ofrecido voluntarios á defender el lugar contra los imperialistas.

Como había previsto el comandante liberal, la caballería de Oronoz se puso violentamente en persecución de la caballería en retirada de Ramos, no pensando en otra cosa sino en apresurarse para ganar la victoria que les parecía tener asegurada. Repentinamente, al aproximarse á la ciudad, una lluvia de fuego cayó sobre ellos de ambos lados del camino, obligándolos á retirarse tan aprisa como habían ve-



Batalla de Miahuatlán.

nido. Al norte del cerro de Los Zavaletas, en el Campo Santo, se juntaron con la caballería de reserva.

Entretanto, Ramos había unido sus fuerzas con las de González, y el General Díaz, dirigiéndose hacia el sur, penetró por la Barranca de Luchindo, y caminando hacia arriba á paso de mata caballo, también se reunió con su infantería y caballería; las cuales estaban estacionadas sobre un cerro al lado norte de la Cañada de los Nogales. El frente de esta cañada forma un gran semicírculo que domina el lugar donde estaba el enemigo. A lo largo de todo este frente alineó Díaz su infantería, ocultando la caballería detrás del monte.

Conforme se vió que el enemigo avanzaba con la intención de atacar las posiciones de las fuerzas liberales, Díaz ordenó á Ramos que colocara su caballería en un lugar un cuarto de milla hacia el este, y que se dirigiera allí por el lecho de un arroyo de esa vecindad; pues siguiendo dicho camino se evitaba levantar polvo en la marcha, y de consiguiente, que sus movimientos fueran descubiertos. Esta disposición colocaba á la caballería prácticamente en la retaguardia de las fuerzas imperiales, cuando éstas hubieran avanzado sobre las posiciones de los liberales. Todo el plan de batalla había sido dispuesto con la mayor habilidad. Pero la infantería de los liberales estaba escasa de parque, y le era imposible contestar al terrible fuego que le hacían las fuerzas imperialistas, las cuales estaban armadas con rifles modernos. Debemos advertir, que las tropas liberales de infantería, en su precipitada fuga de Miahuatlán, no habían llevado consigo sino el parque más indispensable: para seis cargas. Naturalmente, esta provisión duró poco, y las primeras filas, que eran las que habían sostenido el fuego sobre el enemigo, se vieron obligadas á suspenderlo. Comprendiendo lo que había sucedido, ordenó el General Díaz que la retaguardia pasara al frente, y confundiéndolos intencionalmente con los otros, aparentó cierta fuerza que

realmente no existía en la resistencia que hizo al avance de los imperialistas.

A la derecha del enemigo se encontraba la caballería de Ramos oculta en el arroyo, y á la izquierda, al mando del Capitán Rojas, estaban los tiradores liberales ocultos en los maizales. El plan de Díaz era rodear al enemigo completamente y mantenerlo en jaque, hasta que le hubiera sido posible á Ramos llegar con su caballería á un lugar suficientemente adelante del arroyo, que le permitiera atacar al enemigo por la retaguardia. Pero la falta de parque desorganizó por completo este plan; pues la infantería se puede decir que estaba prácticamente á merced de las fuerzas enemigas, y lo peor del caso fué que éstas precipitaron el ataque, el cual se había procurado demorar hasta que las fuerzas de Ramos y Rojas hubieran logrado atacar por ambos flancos al enemigo.

El General Díaz se lanzó adelante con su gente, tomando al principio el camino de la barranca: la caballería imperialista trató de cortales el camino, pero el ímpetu de la caballería liberal los obligó á retroceder; pues dichas fuerzas patriotas se lanzaron sobre ellos, machete y sable en mano, con tal furia, que no les pudieron resistir. La caballería de los imperialistas se vió obligada á retroceder, pasando por las filas de su propia infantería, la cual pusieron, como es natural, en la mayor confusión; confusión que pronto se convirtió en completa derrota, gracias á los ataques de flanco que muy á tiempo hicieron las fuerzas de Rojas y los escuadrones montados de Ramos.

La caballería enemiga, que huía en gran pánico hácia los montes, se lanzó sobre su propia infantería, la cual se desorganizó por completo, de tal modo, que tirando al suelo sus armas, no pensó sino en seguir á los fugitivos. Ramos persiguió á la caballería enemiga por cerca de tres leguas, dejando ésta en su fuga lleno el camino de multitud de muertos y heridos, además de muchas armas y pertrechos de guerra.

El General Oronóz había huído apresuradamente del campo de batalla, acompañado de sus oficiales, la



Indios de los Cerros de Oaxaca.

mayor parte de los cuales lograron escapar. Entre los muertos del enemigo se encontraron 9 oficiales, pertenecientes en su mayoría al batallón mexicano al servicio del imperio. El equipo de esta parte del ejército enemigo había quedado en la retaguardia, lo mismo que los caballos, y cuando la caballería de Ramos largó sobre el flanco derecho de las fuerzas imperialistas, el enemigo había avanzado ya algo, con lo cual resultó que el ataque fué sobre la retaguardia de las fuerzas de Oronoz. Esta circunstancia impidió á los oficiales del batallón mexicano acercarse á sus caballos y lograr escapar de sus perseguidores, como lograron hacerlo los que se encontraron en esos momentos en mejores circunstancias. Entre los muertos que tuvo el enemigo estaba el famoso jefe francés de caballería, Coronel Enrique Testard, quien iba al mando de las fuerzas mexicanas; siendo franceses, hay que advertir, todos los oficiales que dichos jefes tenían á sus órdenes.

Los despojos obtenidos en esta batalla fueron de consideración: 1,000 rifles, dos cañones de montaña howitzers y de 40 á 50 mulas cargadas con parque para rifles y cañones. Pero el efecto moral de la victoria fué aún mayor. El hecho de que 700 ú 800 indios mal armados y peor disciplinados, hubieran derrotado en campo raso á las mejores tropas del imperio; tropas casi dos veces mayores en número, y mandadas por jefes distinguidos y experimentados como Oronoz, Testard, Acebal y Trujeque, desalentó por completo á los imperialistas del Estado de Oaxaca. Desde esta fecha en adelante, el nombre de Díaz y de sus victorias estuvieron en boca de todos, hasta que llegó el día, en que el distinguido General marchara triunfalmente por la ciudad de México, el 21 de Junio de 1867.

De conformidad con la ley de 25 de Enero de 1862, los oficiales mexicanos al servicio del imperio, que fueron encontrados culpables de haber desertado de las fuerzas liberales en número de 29, fueron fusilados inmediatamente en el campo de batalla; como

una contestación directa al decreto sanguinario del imperio en que se establecía, que todos los que se encontraran en armas contra el gobierno de Maximiliano, serían considerados como traidores y rebeldes, y de consiguiente, fusilados.

Los imperialistas sufrieron terriblemente en este encuentro; pues dejaron en el campo de batalla 56 muertos, 80 heridos y 312 prisioneros; lo que hacía un total de 448, lo que es más de la tercera parte del número de fuerzas imperialistas que tomaron parte en el encuentro.

Miahuatlán, fué el principio de una serie de brillantes victorias que, en menos de un año, colocaron á Porfirio Díaz á la misma altura de los más distinguidos genios militares que el país había producido durante esa gloriosa epopeya.



Batalla de la Carbonera.

CAPITULO XXXI.

Victoria de la Carbonera.

Aunque la batalla de Miahuatlán había hecho la lucha más favorable para el General Díaz y el ejército liberal de Oaxaca, la campaña que se llevaba á cabo desde hacía cerca de dos años, estaba aún lejos de terminarse; pues los imperialistas tenían todavía en el Estado numerosas y bien equipadas tropas, mandadas por excelentes generales y provistas con suficientes municiones de guerra. El General Bazaine seguía su táctica de castigar dura y sumariamente á las ciudades del Estado que se habían levantado contra la intervención, y estos métodos, sembraron el terror por todo el sur y oeste del país. No obstante lo cual, el espíritu de liberalismo continuaba aumentando, y numerosas partidas de guerrillas se habían lanzado á las montañas, desde donde continuamente acosaban á los imperialistas.

Después de la batalla de Miahuatlán, el General Díaz incorporó en sus fuerzas la mayor parte de los mexicanos que hasta entonces habían seguido á Oronoz. Esta gente, y otras más que se agregaron, especialmente las fuerzas al mando de Figueroa, subieron su ejército á 1,500 hombres, lo cual lo colocaba en igualdad de circunstancias, en lo que á números concernía, con las fuerzas imperiales que se le podían oponer fuera de la ciudad de Oaxaca, ciudad á la cual había puesto sitio.

Pero tuvo noticia que una fuerza de 1,500 imperialistas, entre quienes había muchos austriacos, marchaban rápidamente, al mando del Coronel Hotse, al auxilio de Oaxaca. Como los imperialistas estaban

bien disciplinados y bien armados, y tenían cañones rayados de tipo mucho más moderno del que tenían los liberales; y como las fuerzas de Figueroa que se dirigían á Oaxaca á tomar parte en el sitio no habían llegado aún, y había mucho peligro de que se encontraran en su camino con el enemigo y fueran derrotados, el General Díaz en el acto decidió levantar temporalmente el sitio, tratar de reunirse con Figueroa y presentar batalla á los imperialistas.

Pero antes de abandonar Oaxaca, hizo todos los preparativos para asaltar la ciudad, y dió la noticia, como si fuera un gran secreto, que esa misma noche iba á atacar el fuerte de La Soledad. Naturalmente, la noticia del asalto que se intentaba sobre esta parte de la ciudad, circuló rápidamente por entre las tropas sitiadoras, y luego llegó á los imperialistas dentro de la ciudad. Esto era exactamente lo que el General Díaz deseaba. Pues mientras la ciudad de Oaxaca estaba haciendo toda clase de esfuerzos para rechazar el inminente ataque sobre el fuerte de La Soledad, el comandante en jefe de las fuerzas liberales daba sus órdenes para retirar, lo más silenciosamente que fuera posible, todas las tropas de las trincheras y de delante de los muros de la ciudad. Cuando estuvo esto terminado, se dió la orden de marcha; y en la oscuridad de una noche sin luna, Díaz, con sus fuerzas, se dirigió al encuentro de Figueroa, para ya con su auxilio dar batalla á los imperialistas que marchaban á defender á Oaxaca.

Fué la noche del 16 de Octubre cuando se levantó temporalmente el sitio de Oaxaca; y al día siguiente se reunieron las fuerzas de Díaz y Figueroa en San Juan del Estado. Aquí se permitió un momento de descanso á las dos divisiones del ejército. Entretanto, el General Díaz con su caballería marchó hácia Hacienda Blanca y destituyó al prefecto, quien tenía la reputación de ser decididamente imperialista, y á quien amenazó con fusilar en el acto. Con lo cual los

aterrorizados habitantes huyeron hácia Oaxaca, con la noticia de que los liberales estaban aún con toda su fuerza por los alrededores. Oronoz, temiendo caer en alguna emboscada, permaneció pasivo dentro de los muros de la ciudad, mientras que Díaz marchaba rápidamente al encuentro de las fuerzas imperialistas de Hotse, que se acercaban á la población. No fué sino más tarde cuando supo Oronoz, que las únicas fuerzas liberales que había en la vecindad de Oaxaca, en la tarde del 17, eran las de la caballería de Díaz; y que la amenaza de fusilar al prefecto de Hacienda Blanca fué simplemente un plan para hacer creer á Oronoz que el ejército liberal estaba aún por los alrededores; y que probablemente, no estaba sino aguardando una oportunidad favorable para atacarlo y derrotarlo, si intentaba salir de la ciudad.

Muy de mañana del 18, el ejército liberal comenzó su marcha hácia los cerros de La Carbonera, que se encontraban directamente en el camino que los imperialistas tenían que seguir para llegar á la ciudad sitiada.

A medio día llegaron á vista del campo de batalla, campo que aparentemente había sido elegido por ambas partes contendientes; pues ambas estaban informadas que marchaban al encuentro una de otra. Cuando las fuerzas liberales estaban como á tres millas del futuro campo de batalla, se informó al comandante en jefe que el enemigo se encontraba apénas á distancia de dos horas de marcha. Esto indicaba que las fuerzas contendientes estaban poco más ó menos á la misma distancia de La Carbonera. Inmediatamente el General Díaz dió órdenes de alijerar la marcha, con la mira de ser el primero en llegar á La Carbonera. Pero apénas había llegado al campo de batalla y había ascendido á la cima de uno de los cerros que dominan el camino por el cual tendrían que pasar los imperialistas, cuando éstos últimos aparecieron en una vuelta de la carretera, solamente como á media milla de distancia.

Inmediatamente de ambos lados comenzaron á hacer sus preparativos para la batalla. Los imperialistas colocaron su infantería en el centro y la caballería distribuida en las alas, derecha é izquierda, detrás de las cuales se montó una batería para protegerlas. Esta última consistía en cuatro magníficas piezas rayadas de artillería.

El horrible silencio de la muerte reinaba en el campo mientras se hacían estos preparativos; pues nadie sabía lo que la próxima hora daría por resultado.

Eran las dos de la tarde cuando los imperialistas dispararon el primer tiro; abrieron la batalla con su batería, cuyo fuego fué contestado vigorosamente desde el cerro de La Carbonera. Pronto inició la infantería un ataque, protegida por la batería, ataque que duró un cuarto de hora. Pero aunque los liberales sufrían terriblemente con el mortífero fuego, mantuvieron su terreno, y rechazaron por tres veces al enemigo. La batería probó ser ineficaz, y cuantas veces un tiro mal dirigido pasaba sobre las cabezas de los liberales, era saludado por éstos con agudos silbidos y gritos de burla.

Encontrando imposible tomar la posición liberal por medio de cargas de infantería, Hotse ordenó á su caballería, compuesta de cinco escuadrones de Uhlanos y Húngaros, famosos por su brillo y eficiencia, avanzar al ataque. Fueron apoyados por seiscientos hombres de infantería, que deberían hacer fuego por escalones; y toda la fuerza, que presentaba la apariencia más imponente, marchó al ataque en el orden más perfecto. Pero los soldados liberales, á quienes los éxitos de las últimas semanas, las ya sabidas dificultades del Gobierno imperial y la presencia del General Díaz—cuyo nombre había llegado á ser el símbolo de la victoria en los Estados de Oaxaca y Guerrero—habían inspirado gran confianza en sí mismos, y cierto desprecio por los imperialistas (el cual no era del todo merecido) se mantuvieron

C. DEL AHUACATE

Cañada del Paraje

LOMA DE LA CULEBRA

LOMA DE LA CARBONERA

LA CARBONERA

Camino de Oaxaca

Cañada de malpaso

LOMA LARGA DE TACHAO

EXPLICACION.

Columnas austriacas ______ I y II

Artilleria austriaca ______ III

Linea de Batalla republicana ______ 1 y 2

Columna de reserva id ______ 3

Caballerias id ______ 4 y 5

Principio del Combate ______ A.

Lugar del Combate al adquirir el triunfo ______ B.

Lugar donde dio principio la persecucion del enemigo ______ C.

Posicion del General Diaz antes del Combate ______ D.

Batalla de la Carbonera.

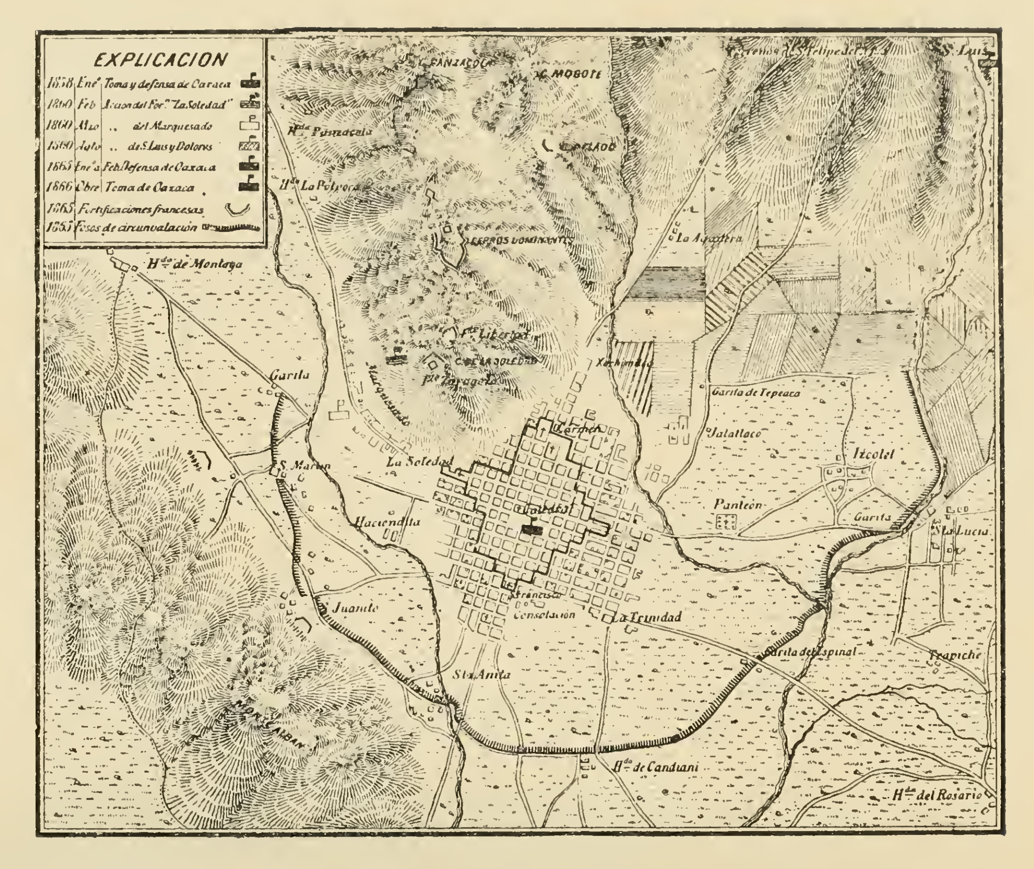
firmes en su puesto y rechazaron la caballería, la cual se encontró con un fuego tremendo de rifles y mosquetes, que sembró el terreno que pisaba de cadáveres de hombres y caballos; y cuando los jinetes imperialistas comenzaron á vacilar, la infantería liberal cargó sobre ellos y los arrojó monte abajo. De nuevo volvieron á la carga y de nuevo fueron rechazados. Cuatro cargas desafortunadas habían sido hechas de este modo sobre las posiciones liberales, cuando el General Díaz, colocándose á la cabeza de la infantería, de la caballería y de la reserva unidas, ordenó un ataque general sobre el enemigo que de nuevo avanzaba sobre sus posiciones. Como un torrente que se precipita de una montaña, descendió todo el ejército liberal, conducido por su comandante en jefe en persona, sobre los imperialistas que avanzaban, destrozándolos por completo al grito de "¡Viva nuestra Patria! ¡Viva la libertad de México!": el enemigo quedó barrido como por una tromba y sus dispersas columnas se lanzaron á los cuatro vientos.

La batalla había durado solamente cincuenta y cinco minutos; pero en ese corto tiempo los indios de los montes de Oaxaca, harapientos, medio vestidos, medio disciplinados y sin uniforme que ostentar, habían humillado el orgullo de la caballería austriaca y quebrantado completamente el poder del imperio en el sur.

Entre los que huyeron precipitadamente del campo de batalla, perseguidos muy de cerca por la vengadora caballería liberal, estaban Trujeque, quien parecía predestinado á encontrarse siempre con la derrota de manos de Díaz, Carrillo, Flon. Hotse y el temible Franco, cuyo solo nombre había sembrado el terror por todo el sur de México. La victoria fué completa, incontestable; y la persecución de los derrotados imperialistas, continuó hasta el anochecer y se llevó hasta una distancia de 15 millas del campo de batalla. Por todo el camino dejaron regado, artillería, vagones de munición, armamentos de todas clases, muertos, heridos y prisioneros.

Un inventario hecho el siguiente día mostró, que los despojos de guerra de la batalla de La Carbonera, consistieron en: 416 prisioneros, principalmente austriacos, cuatro cañones rayados, 300 cajas de granadas y metralla, 700 carabinas y rifles, gran cantidad de parque, trenes de mulas y otros efectos de guerra.

La victoria de La Carbonera aseguró la caída de la ciudad de Oaxaca; pues el lugar no estaba en circunstancias de poder sostener un sitio largo, y la esperanza de auxilio de fuera, había sido destruida de un solo golpe por las fuerzas combinadas de Díaz y Figueroa.



Oaxaca y sus alrededores.

CAPITULO XXXII.

Rendición de Oaxaca.

Inmediatamente después de la victoria de La Carbonera, el General Díaz se preparó á regresar á Oaxaca. Se dieron al ejército unas pocas horas de descanso, y en la mañana del 19 de Abril, se puso en marcha hácia la capital del Estado. Llegó ahí en la mañana del siguiente día, después de una larga y fatigosa marcha, á reasumir el sitio de la ciudad. No había estado ausente más que cinco días; y durante ese corto tiempo había dado encuentro y derrotado á un ejército de 1,500 hombres bien armados y disciplinados, capturándole prácticamente todas sus municiones de guerra y tomándole como prisioneros la tercera parte de su número. En estas veloces marchas, que se semejaban al rayo, había mostrado un genio militar sólo comparable al de Napoleón, quien, sobre todos los grandes jefes, comprendió el valor de estos movimientos rápidos que le permitían confundir al enemigo y atacar cuando y donde éste menos lo esperaba.

Durante los cinco días de su ausencia,, Oronoz había logrado introducir á Oaxaca provisiones adicionales, lo mismo que armas y municiones de guerra; de suerte, que en lo que á esto refiere, estaba en posición de continuar la defensa de la plaza. Pero la noticia de la derrota de las fuerzas imperiales en La Carbonera, la cual tuvo el día siguiente de la llegada del ejército liberal á reasumir el sitio, lo desalentó; porque él perfectamente comprendía, que ya no era factible que llegaran á tiempo nuevas fuerzas de la capital para evitar que Oaxaca cayera en poder

de los liberales. Pero, no obstante, determinó ofrecer la resistencia que fuera posible.

El mismo día de su reaparición ante los muros de Oaxaca, el General Díaz inspeccionó todas las líneas de fortificaciones; é inmediatamente comenzó á hacer todos los arreglos necesarios para cortar toda comunicación entre la ciudad sitiada y el exterior; lo cual pronto quedó enteramente asegurado. Luego comenzó el bombardeo, con la intención de convencer á Oronoz que tendría que rendirse ó sería destruida la ciudad. Oaxaca podía haberse sostenido por un período indefinido, si no hubiera sido porque la batalla de La Carbonera había puesto en manos del comandante liberal algunos excelentes cañones rayados y otros útiles de guerra que eran invaluables para un bombardeo. Los austriacos y algunas otras tropas extrangeras que estaban dentro de los muros de la ciudad, pelearon valientemente y con la mayor desesperación, lo cual el General Díaz fué el primero en reconocer; y después de la toma de la plaza, rindió homenaje de admiración al valor y galantería de los hombres que se habían visto obligados por la suerte á rendírsele.

El décimo día del sitio fué enarbolada la bandera blanca en los muros de la ciudad sitiada; y Oronoz pidió una conferencia para considerar los términos de la rendición. Esto fué concedido; y después de una conferencia, en la cual el comandante imperialista hizo todo lo posible por asegurar términos más favorables, convino en redirse incondicionalmente. Con lo que, el último día de Octubre de 1866, Porfirio Díaz marchó dentro de la ciudad donde se meció su cuna, y de donde había salido como prisionero hacía menos de dos años.

Después de haber dado órdenes para el establecimiento de medidas sanitarias dentro de la ciudad conquistada, y de reorganizar sus fuerzas, incorporando á su propio ejército todos aquellos imperialis-

tas que quisieron unir su fortuna con la de la causa republicana, el comandante en jefe liberal inmediatamente se preparó para marchar á la región del Istmo, donde los imperialistas estaban aún muy activos.

Durante la primera parte del mes de Diciembre se dirigió á Tehuantepec; en el camino se encontró con un cuerpo de imperialistas al mando del Coronel Toledo, los derrotó en Chitova y prosiguió directamente sobre la ciudad de Tehuantepec, donde llegó el 14 de Diciembre: el mismo día ocupó el lugar sin la menor oposición.

Dos días después derrotó al enemigo en Tequisixtlán, y de nuevo, el 18 del mismo mes en Jalapa. El terror que infundía su nombre se había extendido por toda la región del Istmo antes de su llegada, y no tenía más que presentarse en cualquier lugar, para que los imperialistas huyeran al saber su proximidad. De suerte que los dos sucesos últimamente mencionados, apenas pueden ser honrados con el nombre de batallas; pues aunque el enemigo trató de resistir, en ambos casos huyó después del primer encuentro con las tropas liberales.

Habiendo limpiado el Istmo de imperialistas y alistado un buen número de nuevos reclutas, el General Díaz dejó una guarnición para defender la ciudad de Tehuantepec, y se puso en marcha de regreso á Oaxaca, donde llegó el 10 de Enero de 1867.

Durante su ausencia, el cuartelmaestre imperialista Franco, que se había grangeado el odio de los liberales á causa de sus brutalidades, había sido capturado en los momentos en que trataba de escaparse á la ciudad de México. He aquí la historia de este asunto según la relata el mismo General Díaz:

"El Obispo Covarrubias había sido uno de los más eficaces auxiliares de la intervención, y se asustó mucho, porque habiéndome mandado preguntar qué consideraciones le guardaría si tomaba á Oaxaca, y siguiendo mi sistema de aparentarme sanguina-

rio para infundir terror, le contesté que lo fusilaría con su gran uniforme de Obispo, lo cual lo desmoralizó completamente; y otro tanto le pasó á Franco; y esto motivó la salida de ambos para Puebla (de allí siguieron á México.)

"Estando Franco en México con D. Manuel Dublán, después de la rendición de Oaxaca, se pusieron ambos de acuerdo para ir con una escolta hasta Tehuacán, que todavía estaba en poder del enemigo, á recibir á sus respectivas familias que habían mandado traer de Oaxaca. Con este propósito salieron de México; pero, en Puebla, comprendió Dublán que había peligro en seguir adelante, y manifestó á Franco que lo esperaría allí, si él continuaba su marcha, aconsejándole que se detuviera.

"Avisados los puestos avanzados que tenía yo en algunos lugares cercanos de la carretera que conduce de Puebla á Tehuacán, de que llegaba á Tlacotepec una fuerza de caballería enemiga en tal número que ellos podían batir, la dejaron entrar á Tlacotepec, para atacarla en dicha población con ayuda de vecindario.

"No tardaron mis soldados de caballería, mandados por el Teniente Coronel Don Ignacio Sánchez Gamboa, en apoderarse de Franco y de su escolta, que mandaron para Oaxaca, donde llegó el primero, el día 6 de Enero, antes de mi regreso de Tehuantepec.

"Luego que tuve noticia de la captura de Franco, mandé instruirle el proceso correspondiente, y después de su tramitación regular y completa y de permitirle el ejercicio de todos los recursos legales, fué sentenciado á muerte el 26, y pasado por las armas, en Oaxaca, el 30 de Enero de 1867 después de haber yo salido de aquella ciudad para Puebla."

Dice Escudero, refiriéndose al fusilamiento de Franco:

"Acaso influyó en esa ejecución un episodio des-

conocido hasta hoy y que nos creemos obligados á contar, porque revela con una precisión admirable el carácter de aquella época de luchas, de sacrificios y de gloria. "Cerca de Oaxaca, en Yanhuitlán, había dos hermanos, pintor uno, comerciante el otro, y ambos honradísimos, trabajadores y patriotas, y que veían con odio al invasor y á sus aliados. Eran los Rodríguez, indios de raza pura, que á fuerza de inteligencia y de actividad habían alcanzado una buena posición y gran influencia en los pueblos circunvecinos. Uno de ellos, sobre todo, se quiso consagrar al servicio de la causa nacional y prestó grandes auxilios al General Díaz desde que éste apareció en el Estado y comenzó su admirable campaña de guerrillero.

"Pronto fué denunciado Justo Rodríguez, el comerciante, ante el jefe imperialista, quien lo mandó reducir á prisión. Llevado el patriota ante la corte marcial, ésta lo condenó á muerte.

"Rodríguez fué encapillado en el acto y sólo se le permitió hablar con su hermano. La escena fué terrible entre aquellos dos hombres, el uno de los cuales iba á morir por adhesión á la patria. Después de abrazarse estrechamente, el que iba á ser fusilado dijo á su hermano el pintor:

"Quiero que me retrates en el acto."

"¿Que te retrate?"

"Sí. Ve á traer un lienzo, pinceles y colores. Ese retrato lo llevas al General Porfirio Díaz el día que ocupe la ciudad, que será muy pronto, y se lo entregas como un recuerdo mío, diciéndole que en esta hora suprema, sólo un favor pido, ¡que no tenga piedad para los traidores! Que cuando quiera perdonar á uno de los que han vendido á la patria, vea mi retrato y recuerde que, al marchar al patíbulo, no le he pedido en recompensa de mis servicios más que venganza en nombre de la patria y de mi familia, que queda acaso en la miseria y la orfandad."

"El pintor, con los ojos nublados por el llanto, hizo lo que le suplicaba su hermano y retrató á éste, con una verdad de expresión admirable. Al día siguiente el mártir fué fusilado por los imperialistas. Pero su última voluntad fué cumplida religiosamente.

"El General Díaz, al llegar á Yanhuitlán, se alojó en la casa de su antiguo amigo, Justo Rodríguez, y allí se le presentó el hermano de éste, llevando el retrato del mártir de la patria y su terrible testamento de venganza. En esos momentos recibió también el General en jefe la noticia de que Franco el comisario imperial había sido capturado, y la solicitud del indulto del traidor.

"Porfirio denegó el indulto y Franco fué pasado por las armas."

CAPITULO XXXIII.

Reconstrucción y Tentaciones.

En su regreso á Oaxaca el General Díaz se puso á reunir fuerzas y material de guerra suficientes para la campaña que se proponía emprender contra la ciudad de Puebla. Para esto era necesario encontrar dinero para pagar sus soldados y sus oficiales. No escaseaban los voluntarios, por lo que escribió á Matías Romero, representante del gobierno de Juárez en Washington, que podía fácilmente poner en campaña quince mil hombres, siendo el único problema por resolver la alimentación, el vestuario y el pago de este ejército. Al mismo tiempo manifestaba su poca voluntad de imponer contribuciones á la gente del sur de México, pues estaba muy pobre, debido á las condiciones caóticas que habían prevalecido durante tanto tiempo en la República. Romero logró conseguir armas con el producto de la venta de bonos nacionales que emitió; pero no le fué posible obtener dinero para pagar los gastos del ejército de la República. Sin embargo, Díaz, con su energía usual y su habilidad para hacerse de recursos, pudo asegurarse suficientes fondos para proseguir la campaña.

El jefe liberal mandó sus agentes á Tehuantepec y al sur, á Puebla y á Veracruz, á Tlaxcala y á México, á levantar el espíritu del pueblo; y en esos lugares, famosos jefes pertenecientes al partido liberal emprendieron separadamente campañas contra los imperialistas; campañas todas que tuvieron completo éxito.

Entretanto, el cargamento de armas conseguido por Matías Romero en los Estados Unidos llegó á Minatitlán, la misma pequeña población que había presenciado una de las hazañas más características de los primeros años de la vida militar de Porfirio, y donde salvó al gobierno de Juárez un cargamento

semejante. Estas armas fueron recibidas sin contratiempo y transportadas al cuartel general de los liberales.

Algunas armas más fueron colectadas, por donde quiera que se pudieron obtener, ya entre los indios que las habían recibido tiempo atrás de los imperialistas, ya de los particulares y por último, de los armamentos de las poblaciones, villas y aldeas. Se fundieron cañones en Oaxaca, y se continuó con la mayor constancia reclutando y disciplinando tropas, no solamente en el Estado de Oaxaca, sino en todas las otras entidades políticas donde habían logrado asentar el pie los liberales. Por todos lados se hacían febrilmente y con el mayor vigor preparativos para la lucha que se acercaba.

El futuro comenzaba á verse muy negro para Maximiliano y el imperio. La intervención de los Estados Unidos en los asuntos de México había obligado á Napoleón á retirar su ejército, y centenares de soldados franceses abandonaron la República. Sin embargo, en su mayor parte, los belgas y los austriacos se quedaron al servicio del imperio, el cual se había quedado grandemente debilitado con la retirada de los franceses y las deserciones al por mayor de los mexicanos que habían servido en el ejército imperial. El sentimiento del pueblo mexicano, que por su apatía había favorecido aparentemente al imperio tres años antes, experimentó una reacción, y los hombres se levantaban por donde quiera en defensa de la causa nacional. Pero era toda una multitud de gente pobre, sin armas é indisciplinada, que tendría que ser arreglada en otra forma antes de que se pudiera intentar el avance, aún contra los restos de las tropas disciplinadas que estaban al servicio del imperio.

Noche y día, casi sin descansar, el comandante en jefe liberal trabajaba asiduamente para convertir en orden la confusión que existía en las filas de las fuerzas que tenía á su mando. Por donde quiera sus generales, de acuerdo con sus instrucciones, reclutaban y disciplinaban soldados, colectaban armas y hacían



La Ciudad de Puebla.

todas las provisiones que les era posible para la próxima lucha, que decidiría si México sería gobernado por un potentado extranjero, ó si se le dejaría en libertad para labrarse por sí mismo su destino político.

Maximiliano parece haber estado incierto, cuando se determinó la retirada de los franceses, acerca de lo que debería hacer en tales circunstancias. Parece no haber duda alguna de que pensó arrojarse en brazos de los liberales, y gobernar por su medio, como soberano constitucional de México. Pero éste era sueño que nunca llegaría á realizarse; porque en la mente de los liberales estaba él inseparablemente asociado con la usurpación de los derechos políticos de México como nacionalidad independiente, y con las exacciones y opresión de que había sido víctima su partido. Era mirado como el enemigo inveterado de Juárez y de todo lo que éste representaba. Pero Maximiliano, á quien constantemente le aseguraban los imperialistas que su presencia en México era indispensable para la existencia en el país de un gobierno estable, y que había sido inducido á creer que un imperio era la única solución para evitar la anarquía política que prevalecía en el país, sin duda tenía esperanzas de que el partido liberal pudiera aceptar algún convenio; en cuyo caso, él hubiera visto con buenos ojos el plan de continuar en México como jefe de un gobierno constitucional apoyado por el partido liberal. Pero la atmósfera que lo había rodeado desde que llegó á México, lo había incapacitado para hacerse cargo de la verdadera situación y para apreciar propiamente cuáles eran los sentimientos y prejuicios del partido liberal.

La siguiente exposición del mismo General Díaz parece probar que Maximiliano, en una ocasión, pensó quedarse en México uniendo su suerte con la de los liberales:

"Condujo un día, la avanzada de Acajete, por la cordillera y con las precauciones usuales en esos casos, á mi cuartel general, á una persona llamada Car-

los Bournof, que había sido comisionado personalmente por Maximiliano, según credencial que, al efecto, trajo, para recabar mi promesa de no batir al Archiduque en la marcha que próximamente se proponía hacer de México á Veracruz, protestando que haría su travesía exclusivamente con soldados europeos, y que su objeto era embarcarse con ellos en la fragata *Novara,* que los esperaba fondeada en aquel puerto.

"M. Bournof me dijo que esto era todo lo que Maximiliano le había encargado me manifestase; pero él agregó, como opiniones personales suyas, y como informes que me daba, que Maximiliano tenía un alto concepto de mí, y que si pudiera contar con mi cooperación, se descartaría de los conservadores que lo rodeaban y de los militares de ese partido que estaban á su lado; que me darían el mando de todas sus fuerzas y que pondría la situación en manos de los liberales, porque él tenía gran predilección por nuestros principios políticos; que sentía gran respeto y consideración por el Señor Juárez y por los principios que profesaba; pero que vista la situación que él guardaba y teniéndonos á nosotros por antagonistas, no podía proceder como lo deseaba, sino como las circunstancias lo obligaban á obrar. Me pareció que M. Bournof cumplía con un encargo de Maximiliano, sin embargo de que él cuidó de hacerme entender que esto no era así, sino que tan sólo expresaba sus impresiones personales.

"Detuve á Bournof toda la noche, para mandarle al día siguiente con una respuesta verbal negativa, y le dije que no podía tener condescendencias de ningún género con el enemigo; que mis únicas relaciones con Maximiliano consistían en batirlo, ó ser batido por él, para lo que tomaba desde luego mis providencias, y que me empeñaría en hacerle prisionero y someterle á la justicia de la nación.

"En toda esa noche fué necesario fingir algunos desfiles de tropas, como si fueran de distintas armas, por la calle en donde se había alojado Bournof, acom-

pañado de oficiales que cuidaban de que se cumpliera la prohibición que le impuse para abrir las ventanas. Mi objeto era que volviese con la impresión de que en Acatlán había gran número de tropas acuarteladas y movimiento de entrada y salida de trenes y de fuerzas, cuando en realidad sólo tenía 300 caballos."

El General Díaz había sido tentado por Bazaine:

"El Mariscal Bazaine me propuso un canje de prisioneros, que acepté, encomendando su estipulación, conforme á las bases que fijó al Coronel Don José M. Pérez Milicua, á quien sirvió de intérprete el francés Don Carlos Thiele, que con ese objetó avanzó hasta la capital de la República, teniendo lugar las conferencias para arreglar el canje en Tehuacán, donde se detuvo el Coronel Pérez Milicua.

"Después de canjeados todos los prisioneros mexicanos que estaban en poder de las fuerzas invasoras, devolví sin correspondencia al Mariscal Bazaine, cerca de 1,000 extranjeros, con la condición de que fueran inmediatamente embarcados en Veracruz, como lo fueron en efecto.

"Cuando mandé á México á Don Carlos Thiele para terminar el arreglo del citado canje, el Mariscal Bazaine le autorizó para que me propusiera en venta fusiles, municiones, vestuario y equipo, ofreciéndome esos objetos á precios fabulosamente bajos, esto es, á peso por fusil, y á peso también por vestuario de lienzo, con zapatos. También comprendía la propuesta, caballada, mulada y sus respectivas monturas y arneses. Comprendí por esa ofreta y por los destrozos y remates á precio vil que el enemigo estaba haciendo de su material, que la razón de su oferta era que no tenía vehículos para conducirlos á Veracruz y acaso ni capacidad en su flota para embarcarlos, y me negué á comprarlos, pues teniendo que dejarlos, me era más barato hacerlos ocupar como propiedad del enemigo que comprarlos, aún á vil precio. Entonces expedí una circular á todas las plazas, incluyendo á las ocupadas por el enemigo, en que declaraba contrabando de guerra todos los efectos

que aquél dejara en el país bajo cualquier pretexto, é imponía una fuerte multa á sus tenedores ó encubridores, la cual sería íntegramente aplicada al denunciante en cada caso, dando á éste la mayor garantía de sigilo.

"Esta circular fué extraordinariamente fructuosa para el ejército, al grado que me permitió presentar al Presidente Juárez, á su arribo á la capital en 1867 veintiún mil hombres perfectamente vestidos, armados y municionados, habiendo sido la mayor parte de su equipo, producto de la disposición enunciada.

"El Mariscal Bazaine me mandó decir, con el citado Thiele, que á su salida de México permanecería cinco días en Ayotla, como lo verificó; y que si mientras él estaba allí, atacaba yo á la ciudad de México, le mandase decir con Thiele el uniforme de mis soldados para distinguirlos de los de Maximiliano; porque en ese caso se proponía regresar á la capital con pretexto ostensible de restablecer el orden, á fin de que todo se arreglase satisfactoriamente para él y para mí. Entendí por esto que quería manifestar que me ayudaría á apoderarme de la capital, donde estaba el mismo Maximiliano, siempre que yo accediese, en recompensa, á ciertas insidiosas propuestas de desconocer al gobierno del Señor Juárez, con objeto de que la Francia pudiese tratar con otro gobierno antes de retirar sus fuerzas de México, pues sus palabras textuales fueron estas: "Diga Vd. al General Díaz, que yo pagaré con usura el brillo con que nuestra bandera pueda salir de México."

"No me pareció conveniente seguir relaciones que habían comenzado con motivo del canje, y se extendían después hasta donde he expresado; y así lo manifesté á Thiele para que lo comunicara á Bazaine, por toda contestación."

FIN DEL PRIMER TOMO.